



**DURA LA LLUVIA
QUE CAE**

DON CARPENTER

PRÓLOGO DE
GEORGE PELECANOS

Lectulandia

Dura la lluvia que cae es una novela de crimen, castigo y la búsqueda de una redención siempre postergada en la estela de Dostoyevski. Épica en su alcance, la historia cubre más de tres décadas, desde los años veinte, más rurales, hasta el San Francisco de los años sesenta. Narra las aventuras de Jack Levitt, un adolescente huérfano, que se las arregla para sobrevivir en hoteles roñosos y salas de billar, y Billy Lancing, un joven negro, fugitivo y chapero en el mundo del billar. Tras el paso de Jack por el reformatorio y el ingreso de Billy a vida de la clase media —se casa, es padre de un hijo, tiene un negocio y una amante— el pasado persigue a ambos personajes, apresados en un destino que los une. Después del reencuentro de los dos en una cárcel de California, sus contrariedades verán un final violento y revelador.

Lectulandia

Don Carpenter

Dura la lluvia que cae

ePub r1.0

Titivillus 31.03.15

Título original: *Hard Rain Falling*
Don Carpenter, 1966
Traducción: Ramón de España

Editor digital: Titivillus
Digitalización: JJJM y slstc 2012
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Hace un par de años, el escritor y memorialista Chris Offutt me insistió en que leyera *Dura la lluvia que cae*, de Don Carpenter, que había aparecido en 1966. Como me auguró, fue una de esas escasas experiencias lectoras que sólo pueden describirse como revelaciones. De manera inexplicable, el libro llevaba mucho tiempo descatalogado, por lo que su reedición es motivo de celebración.

Muchas primeras novelas se resienten de una voz tan vehemente que las sitúa cerca del manifiesto; es muy extraño dar con una que acierte de pleno con la seguridad, la madurez y la autoridad de *Dura la lluvia que cae*. No se trata, como ha sido descrita a menudo, de una novela policial, aunque se asome de forma periférica a los delincuentes y el mundo en que éstos se mueven. No sé si clasificarla como una novela literaria o de género porque no creo que a Don Carpenter le hubiese preocupado lo más mínimo semejante distinción. Según él mismo reconoció, sólo aspiraba a escribir de manera clara y para el público en general, más que para los guardianes de las esencias. *Dura la lluvia que cae* es literatura popular de la mejor especie. No es tan sólo una buena novela. Puede que estemos ante la novela norteamericana más importante e ignorada de los años sesenta.

El libro empieza con un prólogo situado en el este de Oregón en 1923. En la población de Iona, un joven vaquero llamado Harmon Wilder conoce a una fugitiva de dieciséis años llamada Annemarie Levitt y la deja embarazada. Ella se marcha a un hogar para madres solteras y regresa sola a Iona. Harmon Wilder se convierte en un tipo que trabaja duro en un rancho y en un borracho con el rostro castigado por el alcohol y por el sol. Annemarie se va a vivir con los indios. Harmon fallece a los veintiséis años cuando un caballo le patea la cabeza. Poco después, Annemarie pone fin a su vida con una escopeta de diez cartuchos. Carpenter acaba el prólogo con su estilo típicamente sobrio: «En esa época tenía veinticuatro años. La enterraron los indios».

Nos topamos por primera vez con Jack Levitt, el hijo abandonado de Annemarie, en 1947. Tras escaparse del orfanato, deambula con una pandilla de adolescentes encallecidos que suelen rondar por la esquina de Broadway y Yamhill en Portland, Oregón. Jack es grande, fuerte y hábil con las manos. Sabe luchar, pero no apunta ningún otro talento especial. Está en esa edad en la que el cerebro de ciertos muchachos tiende de forma desproporcionada hacia la conducta impulsiva, por encima de la conciencia y la razón. Sus necesidades son elementales:

Sabía lo que quería. Quería algo de dinero. Quería echar un buen polvo. Quería cenar bien, a todo lujo. Quería una botella de *whisky*.

Jack no es un sociópata. Sólo es un joven al que nadie ha querido ni tratado bien.

En Portland, Jack se hace amigo de Denny Mellon, un chaval sin moral ni compromisos, y de Billy Lancing, un joven jugador de billar, cargado de talento, que ha aparecido por la ciudad para buscarse la vida. «Tenía la piel de color amarillo

malaria, pero resultaba evidente, pese a eso y a su alborotado pelo castaño rojizo, que era un Negro.» El tema de la raza de Lancing volverá a aparecer a lo largo de la novela, y Carpenter lo afronta con honestidad. Además, la descripción que hace Carpenter de los salones de billar y de lo intrincado de ciertas partidas es excelente, al igual que sus recorridos por pensiones, cafeterías y locales de boxeo del Pacific Northwest. Los admiradores de Nelson Algren (*The Hustler* de Walter Tevis y *The Professional* de W.C. Heinz) encontrarán también mucho que admirar en este libro.

Tras un incidente relacionado con un robo doméstico, Jack es enviado a un reformatorio en Woodburn. Su estancia incluye meses de encierro en solitario, detallados por Carpenter con un estilo valiente y aterrador. La siguiente parada de Jack es una institución psiquiátrica estatal en Salem. Obtiene la libertad; boxea de manera semi-profesional; va a la cárcel en el condado de Peckham, Idaho, por «atropellar a un borracho»; y consigue trabajo en el este de Oregón «cortando troncos a destajo». Se traslada a San Francisco y se reencuentra en un salón de billar con Denny Mellon, que ya tiene veintitantos años y está totalmente alcoholizado. Se van al cuarto que alquila Denny en una pensión cutre con vistas a la calle Turk y se lían con dos chicas flacuchas, Mona y Sue. Jack se las beneficia a las dos. El sexo, mecánico y carente de amor, está muy bien descrito. Es entonces cuando Jack empieza a experimentar el primer atisbo de auto-conciencia y descubre su auténtica naturaleza:

Sabes lo suficiente para saber que lo que sientes es absurdo, pero no tanto como para averiguar por qué. Estás sentado en otra habitación cutre de hotel esperando a un par de chicas a las que no has visto nunca para hacer un montón de cosas que ya has hecho muchas veces, y sólo pensarlo se te ponen los pelos como escarpías. Cosas. Que hacer. En las que pensabas cuando no podías disfrutarlas. Cuando sólo había una cosa, realmente, que te hiciera sentirte bien, y en las que has insistido tanto que es como masturbarse. Bueno, había otra cosa que nunca llegaste a hacer, ¿verdad? Nunca mataste a nadie. Y eso es algo que siempre quisiste hacer, machacarle los sesos a alguien, triturarlo hasta que no quedase nada que maltratar. Pero nunca lo hiciste.

La epifanía de Jack no basta para salvarle. Toca fondo con Denny Mellon, con Mona, consigo mismo. Inicia una borrachera inacabable y considera la posibilidad de quitarse la vida:

Por un instante, se apoderó de él una náusea difusa mientras su mente se acercaba indefensa a la idea del suicidio. Se preparaba para afrontarlo, como si siempre hubiera sabido que eso era lo que le correspondía: voy a morir. ¿Por qué no ahora? Tenía frío y estaba mareado. Vamos a ver, ¿por qué no? ¿Para qué coño tengo que seguir viviendo?

Tenía la botella de *whisky* en la mano y la alzó, sosteniéndola ante los ojos. ¿Quiero más de esto? ¿Quiero otro trago? De repente, era muy importante saberlo. Si no quería un trago, no quería nada de nada. Y si nada quería, más valía morir.

Porque ya estaba muerto.

—Chorradas —dijo en voz alta—. Chorradas. Lo que pasa es que estoy de mal humor.

Se llevó la botella a los labios y bebió con los ojos cerrados.

Jack vuelve a meter la pata, como era de prever. Confiando en quien no debe, sin llegar a entender del todo los mecanismos de un sistema que lo ha mantenido encarcelado durante toda su vida, es condenado como un adulto y enviado a San Quintín, en Chino. Ahí vuelve a topar con Billy Lancing, encerrado por «endilgar» un cheque falso. Se convierten en compañeros de celda y confidentes. Y además, en lo que sin duda fue un giro escandaloso cuando se publicó el libro, se hacen amantes. El modo en que Carpenter trata los temas de la masculinidad y la homosexualidad en San Quintín, «una cárcel en la que florecían los romances», resulta sincero, sobrio y a menudo enternecedor.

Un día, mientras pasaba junto a la mesa de las ensaladas con una pila de bandejas metálicas, vio cómo un hombre deslizaba un anillo de plástico en el dedo de otro. Ambos tenían un aspecto de lo más normal, sólo eran un par de ladrones, pero la expresión de sus rostros nunca la había visto en un hombre: uno de ellos se mostraba tímido y mojigato, en una burla involuntaria de una doncella decente; el otro se mostraba agresivo, pero de una manera femenina.

Billy le confiesa a Jack que se ha enamorado de él y le pide sentimientos de reciprocidad. Jack es incapaz de verbalizarlos o de darle un beso a su amigo. Lo que sucede a continuación helará la sangre del lector, y tiene tal impacto espiritual en Jack que lo sitúa en una nueva dirección.

La siguiente sección de la novela transcurre entre 1956 y 1960 y explica con todo detalle la improbable, aunque absolutamente creíble, transformación de Jack. Cómo Carpenter es un escritor realista, sabe que el daño infligido a Jack en lo más hondo de su ser nunca se podrá curar del todo. Así pues, dejamos a Jack Levitt roto, pero no vencido, bebiéndose un *whisky* de los caros. Se trata de un final extrañamente optimista, del regalo de un escritor que encontró la belleza en el aquí y el ahora. Jack cuenta con el día en el que vive y con un futuro. Y eso es todo lo que puede esperar cualquiera de nosotros.

Dura la lluvia que cae cuenta una historia excelente, pero es, por encima de todo, una novela de ideas. Se enmarca claramente en la tradición de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Ken Kesey, y *Un sueño americano*, de Norman Mailer, libros que prefiguraron el movimiento contracultural y su desafío al conformismo y al sistema. Como toda la buena literatura, este libro intenta responder a la pregunta de por qué estamos aquí, cosa que hace de manera provocativa. Es de esa clase de novelas que pueden y deben ser leídas varias veces. A mí me devolvió a mi escritorio cargado de ambiciones.

Los escritores escriben por varios motivos: dinero, fama, placer, posteridad. Durante su vida, Don Carpenter no obtuvo el reconocimiento internacional ni una

fortuna excesiva. Puede que lo quisiera así, aunque no soy yo quién para decirlo. Me gusta pensar que lo suyo era la posteridad. No hay duda de que su trabajo apuntaba en esa dirección.

«Soy ateo —dijo Carpenter en una entrevista de 1975—. No veo ni asomo de ninguna superestructura moral en el universo. Considero que mi obra es optimista porque los personajes, durante el período en que escribo sobre ellos, experimentan una emoción intensa. Creo sinceramente que eso es todo lo que hay. No hay nada más allá.»

Aun así, con este libro se hizo con un trozo de inmortalidad.

GEORGE PELECANOS

Este libro está dedicado a mi esposa y a Bob Miller.

PREFACIO

Incidentes en el este de Oregón (1929-1936)

Pueden matarte, pero no pueden comerte.
Creencia popular

ESA mañana, había tres indios de pie ante la oficina de Correos cuando la motocicleta atravesó la calle Walnut a toda pastilla, haciendo que Mel Weatherwax retrocediera en su camioneta y atropellara al vaquero que estaba cargando sacos de cal. Probablemente, el hombre y la mujer que iban en la moto ni se percataron del accidente que habían causado, de lo rápido que circulaban. Ambos llevaban gafas protectoras, y todo lo que Mel vio fue la motocicleta roja, las gafas y dos matas de pelo, negra la de él y rubia la de ella. Pero todo el mundo se olvidó de ellos; el vaquero estaba malherido y despotricaba ahí tirado, sobre el polvo rojizo, con la cara blanca de dolor. Los indios se quedaron de pie en la acera de tablas y vieron cómo Mel Weatherwax y uno de sus empleados se llevaban al vaquero herido hacia la sombra del callejón que había junto a la tienda.

El médico apareció al cabo de un rato y también se puso a despotricar, mientras se acuclillaba y palpaba con los dedos el cuerpo del vaquero. Se habían congregado ya algunas personas para ver lo que hacía el médico, y entre ellas había alguna que otra mujer, lo cual no interrumpió el flujo de juramentos del galeno. Resultó que había algunas costillas rotas y que lo más probable era que al mover el cuerpo, los extremos astillados de esas costillas hubiesen perforado los pulmones. Murió en menos de una hora, tirado en el callejón, y a esas alturas, el sol se había movido lo suficiente como para que el hombre quedara expuesto nuevamente al calor. Una de las mujeres del pueblo estaba de pie junto a él, tratando de darle sombra con un parasol, pero estaba tan ocupada charlando con una amiga que no dejaba de moverlo, con lo que de muy poca utilidad podía resultarle al vaquero. Se había muerto algo antes de que la mujer reparara en ello, y cuando ésta lo hizo, lanzó un gritito, dio un salto hacia atrás y echó a andar calle abajo con expresión mortificada.

Después de que levantaran el cadáver, seguía habiendo una multitud en torno a Mel Weatherwax, quien estaba explicando de nuevo lo que había ocurrido cuando el joven de la moto y su amiga volvieron al pueblo caminando. Él llevaba las gafas levantadas sobre su cabello polvoriento y ella tenía las suyas en torno al cuello, mientras lucía un cardenal de color púrpura en la mejilla. Ambos estaban cubiertos de polvo y parecían cansados, pero el hombre se abrió paso entre la gente y le dijo a Mel

Weatherwax, «Joder, me he cargado el motor. ¿Hay algún garaje por aquí?».

«Muchacho —repuso Mel—, acabas de matar a uno de mis vaqueros. Nadie de este pueblo te va a arreglar la maldita moto.»

Era en 1929 y ya hacía dos años que la Depresión assolaba esta parte del este de Oregón, así que a Mel no le preocupaba conseguir a otro bracero. Pero estaba encantado de tener ahí a ese muchacho para echarle la culpa del accidente, y una vez se convenció de su propia teoría, perdió los estribos y le dio un puñetazo en la cara, enviándolo de nuevo entre la gente, dando tumbos, hasta que acabó tirado a los pies de un indio. El joven se limpió el polvo y el sudor de la cara con el dorso de la mano y miró hacia arriba, hacia el indio, haciendo una mueca. Era un joven bien parecido cuyos dientes brillaban especialmente en contraste con su rostro bronceado. «Hay que joderse —dijo—, un puto indio.» Se puso de pie, atacó a Mel Weatherwax y no pasó mucho tiempo hasta que algunos de los hombres que rondaban por allí los separaran. La chica se mantenía a una prudente distancia, a la sombra y observando. Era espigada, de ojos azules y muy joven, estaba sucia y parecía cansada, pero sus ojos relucían mientras contemplaba la pelea, como si le gustara lo que veía. Después de eso, cada vez que alguien detectaba ese fulgor en sus ojos, sabía que iba a haber problemas.

Con la pelea interrumpida las cosas se calmaron un poco y Mel, derrotado, se ofreció a invitar a una copa al chico y todos se encaminaron al Wagon Wheel. Como se había creado un puesto de trabajo, ningún desempleado pensaba perder de vista a Mel hasta que eligiese a alguno de ellos. Pero resultó que fue el joven de la moto el que se hizo con el empleo, y él, Mel y el otro bracero se fueron juntos del pueblo en la camioneta, dejando sola a la chica en el hotel. De camino al rancho, recogieron la motocicleta y la pusieron en la parte de atrás, tratando de arreglarla una vez llegados a su destino, aunque algunas piezas se habían roto y la carcasa estaba doblada. Harmon Wilder, que así se llamaba el joven, le contó a todo el mundo que la había robado en Oakland, California, y que le daba lo mismo lo que fuera de ella.

No hubo ningún funeral por el vaquero muerto; no tenía ninguna familia, y como estábamos a principios del verano, todos los hombres de los ranchos estaban de lo más ocupados. Su cuerpo fue introducido en un ataúd de madera y llevado al rancho para ser enterrado allí.

La siguiente ocasión en que los indios vieron a la chica, ésta ejercía de camarera en el restaurante del hotel. Ninguno de ellos entraba en ese establecimiento: la veían a través del ventanal que daba a la calle Walnut. En esos tiempos, los indios no tenían trabajo; vivían de los cheques que les enviaba el gobierno federal a la oficina de Correos. Esos cheques no dejaron de llegar hasta finales de los años treinta, cuando el negocio de la madera se hizo tan importante que los aserraderos empezaron a contratar a los indios. Así pues, en 1929, algunos indios venían al pueblo casi a diario y se quedaban rondando ante la estafeta, conversando y observando la actividad local. Con un poco de suerte, podrían hacerse con algo de *whisky* y llevárselo a alguna parte

para bebérselo. Acabaron conociendo muy bien a Harmon Wilder, ya que éste, a diferencia de casi todos los demás vaqueros, no tenía problemas para comprarles *whisky*. Incluso se fue a beber con ellos en una o dos ocasiones. Y una vez, cuando aparecieron los dos agentes federales de Portland y cerraron el Wagon Wheel, Harmon y otros dos se fueron en coche hasta Bend, compraron una caja de canadian club y Harmon les vendió las tres cuartas partes a los indios. Parecía que todo el pueblo estuviese borracho esa noche, aunque sólo se trataba de una pandilla de carpinteros, vaqueros y cinco o seis indios. Los dos agentes federales se metieron en una pelea al intentar averiguar de dónde había salido el licor, y uno de ellos recibió un golpe en la cabeza con una botella vacía y tuvo que ser llevado al hospital, que estaba a casi ochenta kilómetros de distancia.

Poco después, la policía estatal vino y detuvo a la chica. Se llamaba Annemarie Levitt y se había escapado de su familia en Portland: sólo tenía dieciséis años. Desapareció cosa de seis semanas y volvió al pueblo en autobús, se instaló en una habitación del hotel y recuperó su trabajo en el restaurante. A esas alturas, todo el mundo se había dado cuenta de que estaba embarazada. Antes de que ella regresara a Portland, Harmon solía aparecer por el pueblo los sábados por la noche y la visitaba un ratito antes de irse al Wagon Wheel, pero luego ni siquiera le dirigía la palabra si se la cruzaba por la calle.

Para cuando cayeron las primeras nieves a finales de octubre, todo el pueblo sabía que los padres de la muchacha no pensaban enviarle de nuevo a la policía y que ella no iba a volver a Portland por decisión propia. Hacia esa época del año, los vaqueros se dejaban caer por el pueblo cada noche si contaban con algo de dinero; Harmon tenía suerte jugando a las cartas, así que se le veía bastante. No había cambiado; seguía siendo indómito y continuaba bebiendo en exceso, pero de vez en cuando hacía un alto en el hotel para ver a Annemarie, y por lo menos en una ocasión, ella se trasladó al rancho para verle.

Annemarie Levitt no se fue a vivir con los indios hasta finales de la primavera siguiente, en 1930, tras haber ido a Bend para tener a su hijo en uno de esos hogares para madres solteras. Regresó a lona sin el bebé. Nadie averiguó qué era lo que volvía más loco a Harmon: ignorar dónde estaba su hijo o ver a la madre de la criatura viviendo con los indios. Puede que no fuese ninguna de las dos cosas; puede que se tratara de lo que ella le hizo a su rostro.

Ya no amaba a Harmon; lo demostró una tarde, pocas semanas después de su regreso al pueblo sin el bebé, cuando éste la paró en la calle. Harmon llevaba una botella de *whisky* y ya estaba medio borracho, aunque sólo había transcurrido la mitad de una gris jornada invernal; la paró, le dijo algo que nadie pudo oír y luego se echó a reír y trató de pasarle la botella para que echara un trago, pero ella la cogió, se la estampó contra la mejilla tras hacerle describir un poderoso arco y el hombre salió disparado. La nieve que había sido apartada de la calle y apilada junto a la acera formaba unas masas sucias, y Harmon cayó dando tumbos sobre la nieve, dejando un

brillante rastro de sangre en la superficie, y acabó de morros contra el duro hielo de la calle; y Annemarie se quedó allí de pie, sosteniendo el cuello de la botella rota, riéndose de él, y luego se lo arrojó encima y echó a andar, dejándole tirado con la mandíbula rota, la mejilla abierta y la sangre brotándole caliente y congelándose al tocar el suelo. Hubo unos cuantos que lo vieron todo desde el otro lado de la calle, pero nadie se detuvo para socorrer a Harmon; tenía demasiada mala reputación como para esperar ningún tipo de ayuda, así que acabó por levantarse él solo y se fue trastabillando calle abajo hacia el Wagon Wheel. Finalmente, algunos braceros se lo llevaron al médico y de ahí al hospital. No, ella ya no le amaba. Puede incluso que lo odiase. Puede que fuese el odio lo que la trajo de regreso. Pero cuando le golpeó con esa botella de *whisky* y se rio al verle indefenso y con la sangre congelándosele en el suelo, dejó de odiarle para empezar a detestarse a sí misma.

Portland la había vuelto loca. Ya odiaba ese lugar a los dieciséis años; era la desgracia de la familia, una hija única; incontrolable, ya había tenido problemas con la policía en una o dos ocasiones antes de conocer a Harmon y huir impulsivamente con él; solía quedarse en su cuarto de la planta superior, después de que sus padres la hubieran enviado a dormir, y esperaba a que éstos se quedaran fritos para vestirse de nuevo, descolgarse por la ventana y pillar un tranvía en dirección al centro; pero cuando regresaba lo hacía por la puerta principal, y si sus padres la estaban esperando, perdía los estribos y les decía que se metieran en sus asuntos, y si su progenitor intentaba abofetearla o fustigarla, ella pegaba primero y le gritaba hasta que él dejaba de intentarlo, momento en el que subía corriendo las escaleras para encerrarse en su habitación. Debió de conocer a Harmon durante una de aquellas expediciones al centro, pues una noche ya no volvió a casa.

Harmon se quedó con la cara destrozada; perdió todos los dientes del lado izquierdo y se hizo con una cicatriz que iba desde debajo del ojo izquierdo a la barbilla, atravesando el labio; ahora su rostro parecía hundido, y los ojos azules habían perdido todo su fulgor: a partir de ese momento, se limitó a ser un tipo mezquino hasta el día de su muerte. Vivió la vida de un buen vaquero trabajador, puede que no exactamente aquella con la que había soñado en Oakland, California, sino otra que para él ya estaba bien; dieciocho horas al día cuando el ganado estaba en la zona, sudando la rabia que sentía gracias al sol, el polvo y el olor cálido y agrio del caballo que tenía debajo; sólo tenía el trabajo, incluso en invierno: ese millar de irritantes tareas ineludibles con relación al ganado y el derroche de energía sobrante a través de brazos y piernas, hasta el punto de que ya sólo podía obsequiarse con una salvaje noche de sábado al mes, una noche para beber y romper ventanas y partirse la cara al primero que se le pusiera por delante.

Solía escribir cartas y aparecer por la oficina de correos siempre que podía para ver si tenía alguna respuesta. La gente no tardó mucho en averiguar el objetivo de esas cartas. Las enviaba a orfanatos y hogares estatales de todo Oregón, tratando de descubrir si había en ellos algún niño llamado Wilder o Levitt; pero siempre salía de

la estafeta para sentarse en el banco, abrir el correo y arrugar las cartas después de leerlas, con el rostro negro de ira, por lo que todos sabían que seguía sin encontrar a su hijo. Puede que esa urgencia por encontrar al crío acabara también por quemarse y desvanecerse, pues al cabo de un tiempo se rindió y la gente dejó de preocuparse por él porque ya no aparecía por el pueblo y no se movía del rancho. Los vaqueros suelen ir de un lado a otro y cambiar de trabajo, pero Harmon no. Se quedó con Mel Weatherwax hasta que murió. Mel dijo que era un buen vaquero y que no hablaba mucho, alguien que no daba problemas si se le dejaba en paz. Lo que fuese que le llevo a escapar de Oakland en dirección al Salvaje Oeste parecía haber sido controlado, de un modo u otro. Puede que sólo buscara la libertad. Puede que echase un vistazo alrededor y viera que todo el mundo era prisionero de Oakland, de su propio y diminuto vecindario; todos respiraban el mismo aire, heredaban los mismos asientos en la escuela, desempeñaban los mismos trabajos tediosos de sus padres y vivían en las mismas casuchas de estuco. Es posible que todo le pareciese una cárcel o una trampa, incluyendo el modo en que todos esperaban que hiciese determinadas cosas porque siempre se habían hecho de determinada manera, y ellos esperaban que él fuese bueno a la hora de hacer esas cosas solitarias, extrañas y carentes de sentido, y puede que tuviera miedo: de los edificios, el humo, el hedor de la bahía, el aspecto gris que tenía todo el mundo. Puede que temiera convertirse él también en uno de esos adultos de rostros vacíos y solitarios, y que tuviera que conformarse con una casa en el barrio y una de las chicas del instituto y un empleo en alguna fábrica y pudrirse en ese entorno hasta el día del juicio. Por eso corrió hacia la única frontera de la que había oído hablar y se convirtió en vaquero. Pero, claro está, se lo trajo todo consigo al huir, y eso nunca le abandonó, mordiendo, destruyendo, matando, hasta que él mismo desapareció y sólo quedó el cuerpo de un hombre trabajando. Y finalmente, hasta eso murió. Fue un accidente. Un caballo le pateó y murió al día siguiente de una hemorragia cerebral; había estado tratando de arrancar el hielo de los cascos del caballo, resbaló y le retorció la pata al animal, que reaccionó de manera violenta, le alcanzó justo en la sien y ahí se acabó todo. El accidente tuvo lugar en 1936, cuando Harmon tenía veintiséis años y estaba a punto de cumplir veintisiete. Nunca consiguió ver a su hijo.

Y tampoco Annemarie. Para entonces, ya llevaba mucho tiempo viviendo con los indios y parecía estar bien, pero cuando se enteró de la muerte de Harmon, algo en ella se disparó, algo que el odio masivo de los blancos del pueblo no había conseguido disminuir en todo ese tiempo, y unas semanas después se suicidó con una escopeta de diez cartuchos. Tenía veinticuatro años en ese momento. La enterraron los indios.

PRIMERA PARTE
Delincuentes juveniles
(1947)

UNO

Había cosas peores que estar sin blanca, pero en ese momento a Jack Levitt no se le ocurría ninguna. Estaba plantado en la Cuarta Avenida, en el centro de Portland, mirando el escaparate de una tienda de objetos de broma, con las manos en los bolsillos y sus poderosos hombros inclinados hacia delante. Le llamaron la atención dos cosas. La primera era un charco de vómito de plástico, no muy convincente, de color amarillo bilis y con restos de comida saliendo de la superficie; la segunda era una mierda de perro de lo más realista hecha, probablemente, de yeso pintado de color marrón. Alguien hacía esas cosas con la intención de venderlas. En algún lugar había una fábrica cuyos trabajadores cobraban por su labor. Ojalá a Jack se le ocurriera algo así con lo que poder ganar dinero. Pero era consciente de que no tenía ni la imaginación ni la energía necesarias para un trabajo basado en el ingenio. Se sonrió ante la evidencia. Cuando estás sin blanca, te vienen a la cabeza las ideas más desquiciadas para ganar dinero. Arrollar borrachos. Entrar en una tienda (como ésta, por ejemplo, vacía a excepción de un viejo en la parte de atrás leyendo el periódico), agarrar al dependiente por las solapas, arrearle un par de guantazos en toda la boca y vaciarle la caja registradora... O también podría dirigirse a la oficina de empleo de la Tercera, a unas pocas puertas del teatro de variedades, y tratar de conseguir un trabajo. El problema era que todo Burnside estaba lleno de tíos de pie en la acera o apoyados en los edificios, por lo que habría un montón de gente buscando trabajo en la oficina de empleo. Cuando Jack apareció por Portland unos meses atrás, pensó que todos esos hombres eran vagabundos, pero se equivocó. Sólo eran trabajadores en paro. Pescadores, estibadores, carpinteros, pinches de cocina, tíos que habían estudiado para barbero y tan sólo unos pocos beodos.

Y también había gitanos, familias enteras sentadas ante sus casas de una sola planta, y Jack sabía que las chicas gitanas, esas tan guapas de vestidos exóticos, te sonríen y te guiñan el ojo y se te llevan para dentro y te ofrecen lo que ninguna gitana le ha dado nunca a nadie... Y de repente, una vez has picado, te piden dinero «por caridad» y empiezan a salir gitanos de todas partes... Los hombres eran, básicamente, vendedores de coches usados, o se ofrecían para arreglarte el parachoques abollado. Te decían que eliminarían «ese bollo horrible» por tres dólares, y si picabas, cinco o seis de ellos salían del coche en tromba y empezaban a aporrearte el parachoques hasta que el gran golpe inicial se convertía en docenas de muescas, momento en el que te pedían tres dólares por *cada una de ellas*, mientras te rodeaban y clamaban airados que un contrato era algo sagrado y que tenían testigos. Si te rebotabas y te negabas a pagar nada de nada, te ofrecían comprarte el coche. Y si no se lo vendías, acababan por irse, pero no sin despotricar. Otro sistema estupendo para ganar dinero. Lástima que Jack no fuese gitano.

De hecho, era un hombre joven que las pasaba canutas para encontrar trabajo. No es que quisiera trabajar, pero necesitaba dinero, y, en esos momentos, a la clara luz

del día, no parecía haber otra manera de conseguirlo. Tenía diecisiete años y un aspecto muy duro. Sus ojos azules eran penetrantes, fríos y propios, casi, de una serpiente, por lo que al ciudadano normal le resultaba difícil mirarle a la cara, y su cabeza parecía demasiado grande para el cuerpo que la sostenía, impresión acentuada por la mata de rizado pelo rubio que rara vez se peinaba. Parecía malo sin necesidad de mostrar enfado, y todo parecía indicar que sus enormes puños no sólo eran muy capaces de machacar cráneos, sino que parecían haber sido diseñados precisamente para eso. Jack no era la viva imagen del empleado ejemplar, y hasta cuando sonreía había tanta ferocidad en su expresión, que nadie la encontraba relajante.

Pero sólo era un muchacho, y gran parte de su dureza era una máscara que se había ido construyendo a lo largo de sus últimos doce años de vida porque había descubierto que nadie iba a protegerle si no lo hacía él mismo. En un chaval más bajito, más delgado y menos intimidante, esa expresión se habría malinterpretado por seguridad en sí mismo y habría sido convenientemente apreciada.

Apartó la vista del escaparate, sacó las manos de los bolsillos y echó a andar calle arriba. Los que le veían venir se apartaban de su camino. Era uno de esos días grises, típicos de Portland, lo cual le ayudaba a compadecerse de sí mismo. Le quedaban muy pocos dólares y lo habían echado de su cuarto de hotel. Había dejado su trabajo y no sabía dónde encontrar más dinero. Legalmente, era un fugitivo del orfanato, motivo por el cual «se le buscaba». No se sentía «buscado»: más bien pensaba que nunca nadie le buscaría en un sentido sentimental. Tenía deseos y nadie iba a caer del cielo para satisfacerlos. Intentó extraer un poco de autocompasión de ese pensamiento, pero no le funcionó: debía reconocer que prefería su singularidad, su libertad. Muy bien. Sabía lo que quería. Quería algo de dinero. Quería echar un buen polvo. Quería cenar bien, a todo lujo. Quería una botella de *whisky*. Quería un coche, para ponerlo a casi doscientos por hora (acababa de aprender a conducir y le encantaban la velocidad y el control, lo cerca que estaba el peligro). Quería algo de ropa nueva y unos zapatos de treinta dólares. Quería una automática del 45. Quería un tocadiscos instalado en la espaciosa habitación de hotel que ambicionaba, para poder tumbarse en la cama con el *whisky* y una tía buena y escuchar «How high the moon» y «Artistry jumps». Eso era lo que quería. Y le tocaba a él conseguirlo. Ya se sentía mejor: bastaba con hacer una lista de sus deseos. Eso les ponía límite. Y sabía que cada uno de sus deseos podía ser satisfecho a base de dinero. O sea, que lo que realmente necesitaba era un montón de pasta. Diez mil dólares, pongamos.

Estaba de franco buen humor cuando llegó al salón de billar que constituía uno de sus tres entornos preferidos (los otros dos eran cualquier esquina callejera y otro salón de billar), bajó alegremente las escaleras y cuando vio a su amigo Denny Mellon, le espetó:

—Oye, papaíto, ¿no te sobrarán diez mil dólares para prestármelos?

Denny frunció el ceño y repuso:

—¿Para qué los quieres?

—Casas y cosas así —canturreó Jack.

—Bueno, vale. Pensé que igual los querías tirar en bonos de guerra o algo parecido.

Al cabo de unos minutos, Jack estaba enfrascado en una partida de cuatro perras y ya se había olvidado de sus problemas.

A Jack no le faltaban amigos. Poco después de llegar a Portland, localizó a los chicos duros de la localidad y se unió a ellos, y contaba en la banda con cierta fama de ser de los que no se detienen ante nada, de los realmente duros, como Clancy Phipps y su hermano Dale, todo un líder porque (o eso pensaban los demás chicos y chicas) para él no había propuesta lo suficientemente peligrosa. En Portland, a los chicos duros se los conocía como «la banda de Broadway», y solían deambular por la esquina de Broadway y Yamhill. La banda se creó durante la Segunda Guerra Mundial y aún sigue en activo. La formaban esos chicos que no se habían sentido queridos o apreciados en sus institutos o que, directamente, despreciaban la escuela y ansiaban los estímulos prometidos por el centro de la ciudad; esos chicos que tenían problemas con el colegio, la policía y sus padres, así como con casi todo el mundo, y que por eso se reunían en una banda precariamente unida. Puede que fuesen unos cincuenta, entre chicos y chicas, y la estructura del grupo fluctuaba constantemente; sus miembros desaparecían en el Ejército o en el mercado laboral, o se casaban o hacían amigos en su propia escuela, o acababan en el reformatorio de Woodburn o abandonando el estado en dirección a Nueva York o San Francisco; momento en el que aparecían miembros nuevos, como Jack, con la intención de ser reconocidos y admitidos en el grupo por su dureza, su carencia de una moral convencional, su desagrado por los adultos y su odio a la policía.

La mayoría eran como Jack Levitt, en el sentido de que querían un montón de dinero y hacer lo que les viniera en gana, por lo menos durante un tiempo; pero casi todos lo veían de una manera diferente: querían disfrutar *ahora*, pues en el fondo sabían que no tardarían mucho en trabajar, casarse y fundar familias (como las suyas), momento en que se acabaría la diversión. Si parecían demasiado ruidosos, demasiado indómitos y demasiado desafiantes, puede que eso sólo se debiera a la desesperación, ya que ante ellos se extendían años inacabables de aburrimiento, empleos cutres, cónyuges nada atractivos y mocosos sin más futuro que ellos mismos. Jack no veía así las cosas, y tampoco tenía motivos para hacerlo. No sabía quiénes eran sus padres y no esperaba que el futuro fuese una repetición del pasado porque eso era impensable: él, por lo menos, tenía una visión del futuro que incluía un componente salvaje, una sucesión de placeres graduales y amores y alegrías, y si la cosa iba a ser una lucha, pues tampoco pasaba nada; sabía cómo pelear por lo que quería. De hecho, eso era prácticamente lo único que sabía. También había terrores enterrados, pero confiaba en que esa parte de su vida se hubiese acabado. En ese sentido, era una mezcla muy extraña: un optimista cínico. Sus esperanzas eran vagas y hasta pueriles, pero por lo menos eran esperanzas, y su imprecisión era una

bendición: para muchos de sus compañeros, el futuro estaba demasiado claro.

Aproximadamente al mismo tiempo que Jack Levitt bajaba los peldaños que llevaban al salón de billar, otro muchacho cuyo futuro también era vago, aunque él creyera que prometía mucho, bajó del autobús procedente de Seattle. Se llamaba Billy Lancing y fue el último en abandonar el vehículo: era un chaval de dieciséis años espigado, de hombros huesudos y cara de halcón, con unos ojos precisos, calculadores y demasiado viejos. Tenía la piel de color amarillo malaria, pero resultaba evidente, pese a eso y a su alborotado pelo castaño rojizo, que era un Negro. Llevaba un cortavientos blanco y sostenía una bolsa de fin de semana, pequeña y de tela azul, que metió en una taquilla de diez centavos de la estación de Greyhound; acto seguido, se fue escaleras abajo hacia los lavabos de hombres, deslizó una moneda en la ranura de uno de los retretes de pago y entró en él. Cuando salió, la llave de la taquilla la llevaba dentro del calcetín derecho, pisándola a cada paso. Eso era importante: dentro de la bolsa, junto a toda su ropa, había quince billetes de diez dólares, enrollados dos veces con una goma, que constituían todo su capital, el dinero que había ganado y escatimado y ahorrado para poder huir de casa.

Con la llave a salvo, se plantó ante uno de los lavabos, se mojó las manos de agua fría y luego se las pasó por la cara. Los baños de caballeros estaban llenos de marineros cuyas charlas y risas rebotaban de manera extraña en las paredes de azulejos, creando una barrera desquiciada de ruidos fragmentarios. Exceptuando lo del eco, a Billy le recordaba su casa en Seattle, el permanente fondo sonoro de charlas y ruidos de la gente que vivía en su bloque de apartamentos: su padre y su madre, sus hermanos y hermanas, la anciana tía del Sur, sus tres abuelos; una casa en la que siempre había alguien de pie, nunca se dejaba de preparar comidas y siempre había alguien que se iba a trabajar y alguien que acababa de volver y se estaba tomando un *whisky*; la radio en marcha, un crío llorando, otro riéndose a pleno pulmón; la permanente voz baja de la tía farfullando desde el rincón de al lado del horno, hablando de sus años en el Sur y del frío y de la lluvia; o su padre y su abuelo discutiendo sobre si la Boeing esto y la Boeing lo otro. Cuando Billy pensaba en su hogar, siempre aparecía el ruido; y ahora, en los lavabos de hombres de la estación de Greyhound en Portland, a casi cuatrocientos kilómetros de su bloque de apartamentos, el viejo temor a la asfixia, a ser estrangulado por el ruido, le atacaba de nuevo y sentía que se le tensaban las tripas y se le humedecían las palmas de las manos. «Portland me da miedo», se dijo. Eso es lo que hay. Como a cualquier otro chaval. Subió las escaleras y salió a la calle.

Nubes grises y panzudas colgaban muy cerca de los edificios del centro de Portland, pero aún no llovía y la acera estaba seca. Billy contempló la señal callejera blanquiazul: la Quinta con Taylor. Por lo que le habían contado en el Two-Eleven de Seattle, sabía que había tres salones de billar en la zona centro de Portland: el Rialto, en Park, entre Morrison y Alder; el de Ben Fenne, en la Sexta, entre Washington y Stark; y un sitio que todo el mundo llamaba «La Ratonera», en Washington, entre la

Cuarta y la Quinta. Se suponía que el sitio más animado era el Rialto, pero Billy optó por probar antes los otros dos locales. Echó a andar hacia un chófer apoyado en un Taxi Amarillo, le preguntó unas direcciones y luego se encaminó, colina abajo, hacia la calle Washington.

«La Ratonera» era fácil de encontrar: un rótulo de neón rojo, que ponía «Pool-Snooker-Billares», presidía una entrada, a medio camino entre un quiosco de comida y una agencia inmobiliaria, de la que salía una escalerita hacia abajo. Mientras Billy la bajaba, subían dos hombres de negocios que se reían de algo. Uno de ellos le miró mal y luego se hizo a un lado para dejarle pasar. Los peldaños estaban increíblemente sucios y el suelo de cemento al final, manchado y cubierto de roña, olía a vómito seco y orina. En un rincón había una botellita de vino de color verde tumbada, y, a su lado, una bolsa de papel de la que asomaba el cuello de otra botella. Billy giró a la derecha, abrió las puertas batientes y bajo tres peldaños más hasta el salón de billar.

A su derecha, un mostrador de cristal para cigarros, con unos cuantos emparedados de aspecto rancio en la parte de arriba, una máquina de millón con el habitual jugador inclinado sobre ella, una cabina telefónica y un hombre de camisa blanca, probablemente el dueño, apoyado en la barra y dándole consejos al de la máquina de millón; a su izquierda, seis mesas seguidas, todas de billar americano. En tres de ellas había partidas en marcha. Había también una fila de butacas de teatro contra la pared, ocupadas por una pandilla de ociosos que contemplaban la actividad ajena. Más allá del mostrador de cigarros, Billy vio una entrada que llevaba a la trastienda, y a través de ella pudo atisbar la esquina de una mesa de billar inglés y, algo más lejos, más butacas de teatro. Salía muchísimo ruido de la trastienda, y Billy, con las manos en los bolsillos del cortavientos, se fue para ella y se apoyó en la entrada. Había tres mesas de billar inglés y en las tres se jugaba; hombres de negocios sin abrigo que, probablemente, echaban una partidilla mientras almorzaban: todos parecían ser amigos que jugaban a diario cada mediodía. Uno de ellos, como pudo observar Billy, era un policía rollizo y de cara fofa que masticaba un bocadillo. Billy estaba a punto de dar media vuelta y desaparecer cuando notó algo en el hombro.

Se dio la vuelta y se topó directamente con la cara del propietario. Su boca estaba tensa y sus palabras eran duras, pero tras las gafas de montura dorada, sus ojos grises parecían preocupados, como si esos ojos trataran de decirle a Billy que no diera importancia a las palabras y que no le echara la culpa a quien las pronunciaba. Pero también era posible, pensó Billy mientras subía las escaleras, que el viejo pellejo sólo se estuviera disculpando. Billy no prestó atención a las auténticas palabras; tanto si eran «Lárgate, negrata» como «Arreando, negrata» o, simplemente, «Bla, bla, bla, negrata», tanto le daban y no las recordaba; carecían de importancia; «La Ratonera» no era el tipo de lugar que andaba buscando. No era más que un tugurio de baja estofa lleno de desocupados y apostadores de caballos sin presupuesto. Conclusión: ahí no había nada para él.

El local de Ben Fenne era distinto: se dio cuenta nada más entrar. Se trataba de

otro sótano, pero la escalerita de entrada era más ancha y había sido barrida; al final había una barbería a la izquierda y la sala de billar a la derecha, una sala más grande, con el techo más alto, más mesas y mayor actividad; y en vez de un mostrador de cigarros había una barra larga de madera oscura tras la que dos tipos de camisa blanca servían cervezas o cocinaban en la plancha. Un rápido vistazo circular al salón le mostró a Billy que no había ningún otro negro presente, pero ya se lo olía; tampoco había negros en el Two-Eleven de Seattle hasta que Billy persistió en su actitud, permitiéndosele finalmente que rondara por ahí. Y la verdad es que hasta se había ganado una reputación en Seattle como «ese chaval negro» que jugaba muy bien y que mostraba auténtico talento, tanto en el billar americano como en el francés.

La primera mesa a la derecha era de billar francés, y se celebraba en torno a ella una partida de 31 entre tres. Notando en las tripas, y en todos sus músculos, la tensión del juego duro, Billy se acercó al mostrador que había detrás de la mesa de billar y se subió al taburete de la esquina, apoyándose contra la pared mientras se daba la vuelta para ver la partida. Se sentía excitado ante la situación, casi como si estuviera a punto de jugarse cien dólares en una partida. Era una buena sensación, y ahora ya tenía las manos secas y podía tragar con facilidad. Casi se echó a reír de lo bien que se sentía.

El tío de la barra no tardó en acercarse a él mientras se secaba las manos en un delantal blanco y sucio: era un hombre bajito con cara de mono, aspecto cansado y brazos fuertes y peludos.

—¿Qué va a ser? —le preguntó a Billy.

Billy sintió que la risa trataba de brotarle de la garganta, pues ya sabía lo que iba a suceder, sabía lo que ya había pasado. El tío de la barra se había acojonado; pretendía decirle a Billy que se largara, pero se había acojonado.

—Tomaré un perrito caliente y un café con leche —le dijo Billy.

El camarero tenía las manos encima de la barra. Tamborileó una vez los dedos y suspiró.

—Vale —dijo.

Cuando apareció con el bocadillo, una gruesa salchicha cortada en dos y colocada entre dos finas rebanadas de pan blanco, tuvo que darle un golpecito en la espalda a Billy para captar su atención.

—Aquí tienes el bocata, chaval. Con el café, treinta centavos. Cómetelo y lárgate, ¿vale?

—¿Se creía usted que pensaba quedarme a *dormir* aquí? —comentó inocentemente Billy.

Acto seguido, le dedicó una de sus anchas sonrisas al camarero y señaló con uno de sus largos y huesudos dedos hacia el pote de mostaza que había al otro extremo de la barra. Automáticamente, el camarero se hizo con la mostaza y se la pasó a Billy.

—Mira, chaval, ya sabes a qué me refiero —le dijo.

Billy se comió el bocadillo y se bebió el café a sorbitos, haciendo como que miraba la partida de billar; pero en realidad estaba estudiando el lugar, mirando hacia

todas las mesas para ver dónde estaban los tahúres y de qué iba la cosa. A su derecha había otra mesa de billar, pero con un aparejo de *keno*: un anaquel de madera con el borde de metal en un extremo de la mesa, con agujeros numerados para las bolas. El *keno* era un juego exclusivo para tahúres, y un letrero situado sobre la mesa ponía «Juego abierto, Diez centavos por tirada», lo cual significaba que cualquiera (bueno, pensaba Billy, prácticamente cualquiera) podía entrar. Consideró la posibilidad de probar suerte ahí, pero la acabó rechazando.

Y es que en una de las mesas de billar americano del centro de la sala había una partida de bola nueve en marcha: los jugadores no eran mucho mayores que él y había un montón de mirones, sentados o apoyados en otras mesas, susurrando y haciendo apuestas. Ese sería el sitio ideal.

Cuando acabó de comer, se limpió delicadamente los labios con una servilleta de papel, atravesó la sala en dirección al baño y se lavó las manos. Cuando reapareció, se fue hasta el centro del salón, cerca de la partida que había llamado su atención. Se acomodó en una butaca de madera de alto respaldo, colocó los pies en la barra de metal que tenía delante, cruzó las manos sobre el estómago, con ganas de echarse a reír, de emitir un relincho de satisfacción, y dijo con una voz juvenil y autoparódica que se pudo oír en toda la sala de billar:

—Antes de que me echéis, ¿a quién le apetece quedarse con mi dinero? ¿Quién quiere el dinero duramente ganado por un chaval negro?

El sitio se quedó muerto durante un instante, mientras todo el mundo dejaba lo que estaba haciendo para mirarle. Acto seguido, lentamente, abochornados unos y desinteresados otros, todos volvieron a sus partidas y a sus charlas, y el ruido de la sala de billar recuperó su potencia habitual. Pero Billy ya se lo esperaba; sabía que entre ellos, seguramente en torno a la partida de bola nueve o a la mesa de *keno*, había algunos que se preguntaban a qué jugaba y qué tal lo hacía; algunos que se preguntaban si no podrían trincarle la pasta antes de que el encargado lo echase de allí a patadas. Billy también sabía que ese encargado, donde fuera que estuviese, aparecería muy pronto para sacarle de ahí a no ser que uno de los habituales le suplicase que no lo hiciera; por lo menos, no antes de poder desplumarle.

Resultó que fue el propio encargado quien le hizo la oferta. Era un tipo corpulento y de estatura media, de unos treinta años, que lucía un delantal de cuero. Apareció a la espalda de Billy y le dijo:

—¿A qué juegas, chaval?

Billy se dio la vuelta y levantó la vista hacia él.

—Yo juego a todo.

El encargado repuso:

—¿Por qué no te quedas en la avenida Williams, que es lo que te toca?

—Porque soy de Seattle y nunca he oído hablar de la avenida Williams —sentenció Billy.

—Un barrio de negros —le informó el encargado.

Seguía pacientemente de pie, con las manos en los bolsillos del delantal.

—Ya —dijo Billy—. Palos rotos, tapetes rasgados, bolas melladas y apuestas de diez centavos. ¿Y yo qué pinto en un sitio así? Yo tengo un *futuro* en el mundo del billar.

—Nadie tiene un futuro en el mundo del billar —le espetó el encargado—. Pero jugaré contigo para ver qué tal se te da. ¿Te va bien el billar americano normal?

—Me va estupendamente —declaró Billy.

—¿A dos dólares la partida? ¿Cincuenta puntos?

—Me parece bien.

—¿Y si me dejas ver tu dinero?

Billy soltó una suave risita y sacó un fajo de billetes con uno de diez en la parte de afuera.

—¿Y si ahora me enseñas el tuyo?

—Eres un cabroncete muy listo, ¿verdad? —dijo el encargado.

—¿Quieres que te suplique que me dejes jugar aquí?

El encargado consideró lo que le decían y acabó sonriendo.

—Bueno, supongo que no —dijo.

«A que soy divertido», se dijo Billy, y por un momento experimentó una breve sensación de desagrado hacia sí mismo; sabía que se estaba haciendo el Tío Tom, pero al carajo con ello: así conseguiría lo que andaba buscando. Puede que empezaran nada más que por tolerarle, pero acababan respetándole porque lo único que cuenta en un salón de billar es lo bien que juegas.

—Veamos tu dinero —dijo Billy.

Y de inmediato deseó no haberlo hecho: se le había escapado. Pero el encargado no se enfadó: se echó a reír y sacó su fajo de billetes.

—Hay un nuevo *buscavidas* en la ciudad —anunció a la muchedumbre que empezaba a reunirse.

—Negrito, negrito —canturreaba Billy mientras volvía hacia la mesa tras haber cogido un palo—, ¡te cortaremos el pito!

Eso cosechó algunas risas, y Billy sintió que se reducía la tensión en la sala. Confiaba en que el encargado fuese uno de los mejores, y también esperaba, claro está, poder derrotarle. Le sería muy útil.

A los dieciséis, Billy Lancing ya era un brillante jugador de billar americano. Contaba con ese golpe contundente que sólo tienen los jóvenes y los realmente grandes, así como una vista agudísima y, por encima de todo, lo que le hacía ser muy bueno en lo suyo: la íntima necesidad de ganar dinero, pues el dinero lo era todo para él en este mundo. Había aprendido a jugar al billar americano en la YMCA, y tras las primeras y rudimentarias dificultades de su nueva práctica, vio que, por el motivo que fuese, no había quien le tosiera. Descubrió que tenía un talento especial para el juego. Y supo que en el salón de billar para negros que había a tres manzanas de casa, la gente jugaba por dinero. Debutó a los catorce años en ese local para negros, y en

cuanto los adultos dejaron de reírse ante su imagen junto a la mesa con un desproporcionado taco en las manos, vieron que estaba ganando todas las partidas y llevándose todo el dinero, por lo que, por mono que fuera, no dejaba de ser una amenaza. El propietario del local tomó cartas en el asunto y le impidió la entrada a Billy por ser menor de edad. Así pues, se trasladó al centro, al Two-Eleven, temblando de miedo. Evidentemente, de ahí también lo echaron, pero esta vez se cabreó de veras. Regresó y lo echaron de nuevo, pero esta vez le apostó a uno de los tipos que se lo llevaron ascensor abajo a que podía ganarle al billar, así que ambos volvieron a subir, enfadados y en silencio, y se pusieron a jugar a la vista de todos; y Billy le sacó tanta ventaja a su oponente en la primera partida (estaba que trinaba, pero gestionaba su ira con frialdad) que sus tres últimas jugadas las llevó a cabo, de manera despectiva, con una sola mano. A partir de ahí, se convirtió en la mascota oficial de los jugadores del Two-Eleven, acabando por convertirse en el mejor de todos. Uno de ellos lo describió como «un niño prodigio de lo más normal».

El encargado perdió el sorteo y Billy fue el encargado del saque inicial, pero no fue un buen comienzo y su adversario empezó a escapársele: seis, diez, catorce bolas... Billy las reagrupó y el encargado sacó esta vez, desperdigando las bolas por la parte inferior de la mesa, atizándole a otras diez antes de fallar. Ya llevaba veinticinco y estaban a mitad de la partida. Pero a Billy no le preocupaba: estaba en movimiento, y el movimiento era lo que más le gustaba. Si el encargado hubiese llegado a cincuenta y ganado la partida, Billy tampoco se habría amargado: el caso era tener dinero en el bolsillo para financiarse el juego y que el brazo derecho le respondiera. Se apoyó contra otra mesa para observar la tirada del encargado, apreciando el brillante color verde del tapete nuevo, la manera en que la luz de encima resaltaba el fulgor de las bolas, cómo más allá de la mesa la oscuridad se apoderaba del resto del local, experimentando la perfecta seguridad de saber dónde estaba y reconocer que ése, y no otro, era su sitio. Finalmente, el encargado falló, comprometiendo su puntuación. Billy se acercó a la mesa, poniéndole tiza al taco y estudiando la situación al mismo tiempo.

Dijo uno de los mirones:

—Joder, John, no le has dado a tantas bolas en la vida.

El encargado hizo una mueca y repuso:

—Métete en tus putos asuntos, bocazas.

—Te estás pasando de listo —dijo el mirón.

Se oyó otra voz, más joven:

—Doble contra sencillo a que John vence al negrata.

Billy se volvió con rapidez, tratando de ver en la oscuridad:

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo —se trataba de un tipo joven y sonriente con pecas, el pelo rojo y un hoyuelo en mitad del mentón. Sacó un fajo de billetes del bolsillo de la camisa y lo blandió ante Billy—. ¿Quieres un poco de esto?

—Te apuesto cinco contra diez —le dijo Billy.

—¡El chaval es un tahúr! Pues vale, de acuerdo.

Billy le dio a treinta y ocho bolas antes de fallar, notando cómo le aumentaba la presión mientras una bola tras otra entraba en las troneras y golpeteaba con un ruido hueco por el camino de regreso, hasta que esa presión acabó siendo excesiva y falló lo que habría sido un sencillo quiebro a un lado, dejando la bola al descubierto. John, el encargado, con la cara tensa por la concentración, se inclinó sobre la mesa, hizo su tirada y la falló, dejando a Billy a su libre albedrío. John suspiró, dejó el taco sobre una mesa que no se estaba utilizando, recogió el dinero de los jugadores que habían dejado de jugar y, para cuando volvió a su propia partida, ésta ya había terminado: con la victoria de Billy.

—¿Y a ti quién te ha dicho que podías tirar mientras yo no miraba? —le soltó, airado.

—Pero si no has dicho nada —repuso Billy—. Ni siquiera he visto que te ibas.

—Por el amor de Dios, John, ha ganado con todas las de la ley —intervino uno de los mirones.

El chaval pelirrojo le entregó a Billy dos billetes de cinco con cara de asco, y John le paso a su adversario los dos dólares prometidos.

—¿Otra partida? —le propuso Billy.

—Eres demasiado bueno para mí, muchacho —dijo John.

Alguien gritó «¡Encargado!», y John fue a atenderle. Billy arrojó algunas bolas a la mesa y se puso a jugar con ellas, a la espera de que alguien le retara. Pero ahora todo estaba de lo más tranquilo en torno a su mesa, por lo que empezó de nuevo a considerar la posibilidad de que lo echaran. Las ganas de movimiento le estaban abandonando, así que empezó a fallar tiradas fáciles. Al cabo de un rato, asqueado, lo dejó, metió las bolas en el triángulo, se deshizo del taco y fue por John.

—¿Qué te debo?

John se frotó la cara:

—Nada. Si ganas te sale gratis.

—Me refiero al entrenamiento —insistió Billy.

—Coño. ¿Dos minutos? Pues dos centavos.

—No quiero deberle nada a nadie —declaró Billy.

«Me estoy pasando —se dijo—. ¿Qué cojones me pasa?» Pero metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una monedilla. Se la dio a John, quien se la quedó mirando con estupor, casi con desagrado.

—Joder —dijo—. Me la quedo para comprarme una coca-cola. Gracias, chaval.

Echó a andar hacia la barra. Billy se quedó un momento a la espera y luego tomó asiento y se puso a observar una partida. No tenía nada más que hacer. Durante las ocho horas de trayecto en autobús se había estado preparando para esta entrada en Portland, para este triunfo, y todo había sucedido tan rápido que casi ni se había dado cuenta. Debería haber sido todo más dramático; alguien debería haberse quejado a

gritos de la presencia de un negrata en el local; la gente debería haber tomado partido, y él debería haberlos silenciado a todos con su brillante manera de jugar. Pero no había sido así en absoluto, y ahora, ahí estaba, sentado, doce dólares más rico, ignorado: otro mirón desocupado. Era como si ya formase parte del decorado.

El chaval pelirrojo se dejó caer en la silla de al lado, cruzó las piernas y empezó a hurgarse los dientes con un palillo mientras contemplaba la partida que se desarrollaba ante ellos.

—Podrías ganarles a todos —le dijo a Billy—. ¿Acabas de llegar de Seattle?

—Acabo de bajar del autobús —afirmó Billy.

El pelirrojo tenía unos ojos verdes y perezosos y era de sonrisa fácil: a Billy le cayó bien de inmediato. Sacó sus cigarrillos y le ofreció uno.

—Gracias —dijo el pelirrojo—. ¿Alguna vez has ido a jugar al Two-Eleven de allí?

—Claro. Constantemente. ¿Conoces Seattle?

—He estado un par de veces, con mi viejo. ¿Has jugado alguna vez en esas enormes mesas de *snooker*? ¿Juegas bien al *snooker*?

—Bastante —dijo Billy—. Yo juego a todo.

—¿Te apetece ganarte un dinerillo jugando al *snooker*?

—¿Tengo que perder para eso? Yo nunca me dejo ganar.

El pelirrojo se echó a reír:

—Lo único que tienes que hacer es jugar. En el Rialto hay jugadores de *snooker*, no tienes que dejarte ganar ni nada de eso. Sólo tienes que irte para allá y meterte en el juego. No hace falta que chulees a nadie; ellos te chulearán *a ti*. —Y como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Me llamo Denny —y extendió la mano para estrechar la de Billy.

Éste se lo pensó un momento:

—¿Y qué tal eso del Rialto? He oído hablar mucho de él en Seattle. ¿Hay alguien ahí que pueda ganarme?

Denny soltó una risita:

—Bueno, tío, eres bueno, pero tampoco tanto. Habrá un montón de gente capaz de ganarte. ¿Cuál es tu récord?

—Cincuenta y cinco —dijo Billy.

—Cincuenta y cinco. ¿Has oído hablar de Joe Cannon? El Rialto es *suyo*. ¿Te crees que le vas a ganar con tus cincuenta y cinco? Y no sólo a él. ¿Qué me dices de Reuben Menashe? ¿Y de Bobby Case? Bobby solo tiene catorce años, pero se te puede cepillar. Se fue a Frisco hace cosa de un mes y ganó mil ochocientos jugando en el Corcoran, mientras le perdonaban la vida por parecer tan joven. ¿Puedes ganar a esos tíos? Más te vale limitarte al *snooker*. Ahí tienen a una pandilla de fieras del *snooker* que se creen que el mundo es *suyo*; tardarían un mes en llegar a la conclusión de que eras demasiado bueno para ellos, y para entonces ya los habrías desplumado.

—Yo no quiero jugar al *snooker* —declaró Billy.

No sabía por qué; tenía algo en la cabeza con lo de ser el mejor, pero no quería afrontarlo. Porque, según él mismo pensaba, no era verdad. «No quiero ser el mejor. No soy el mejor. Nunca seré el mejor.» Pero no quería jugar al *snooker* y soplarle la pasta a un capullo, mientras los jugadores realmente buenos se reían de él. De hecho, ya se había olvidado por completo de Joe Cannon, pero no conseguía entender por qué. Todo el mundo lo conocía. Era un jugador francamente bueno, y uno de los pocos que había hecho dinero con el juego, el suficiente como para comprarse su propio salón de billar y naipes. Sólo pensar en enfrentarse a él, le aterrorizaba: sabía que las manos le pesarían, que se le escaparía el taco, que las bolas se apartarían. Y Joe Cannon ni siquiera era el mejor. Sólo lo era en el Pacific Northwest, y la gente ya empezaba a decir que era demasiado viejo, que dedicaba demasiado tiempo al póquer y que estaba perdiendo el pulso con el billar. Pero Billy tenía miedo de enfrentarse a él. «Sólo tengo dieciséis años —se dijo con rabia—. ¿Por qué se lo toman así?»

—¿Cómo encuentro ese Rialto? —le preguntó a Denny.

—Vámonos —repuso éste—. Yo te llevo. Total, me apetece una hamburguesa. Y aquí no hay —dijo en voz alta—. Eh, Levitt, me voy al otro antro.

Jack apenas levantó la vista. Empezaba a sentirse desesperado; había jugado sin parar y lo único que conseguía era perder dinero. Esa misma mañana, había salido de su hotel para desayunar, y a la vuelta se había topado con un candado en la puerta de su habitación. Sabía que no podría sacar sus cosas de allí hasta que pagara los cincuenta y pico dólares que debía, pero en vez de pararse a pensar qué hacer al respecto, se había metido en una partida de billar americano. Y ahora se preguntaba por qué estaba siendo tan estúpido. Falló una tirada fácil, soltó una palabrota y tiró el taco al suelo. John, el encargado, se acercó a él y le dijo: «No te cargues el instrumental, hijo».

—Joder, tú, yo abandono —dijo Jack—. ¿Y si me lo apuntas?

John lo observó cuidadosamente y dijo:

—Vale. Por esta vez.

Jack sonrió:

—¿Y cómo sabes que te pagaré?

—Tendrás que hacerlo. No hay más remedio si quieres volver por aquí.

Sin dejar de sonreír, Jack se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, supongo que me tienes cogido por las bolas.

—Eso parece.

Jack salió al exterior. Caía una ligera lluvia y su rostro agradeció la fría humedad. Echó a andar calle arriba, hacia la Esquina, por la Sexta Avenida, e hizo un alto en una tienda de discos para escuchar lo nuevo de Stan Kenton. Era una de las pocas cosas que podías hacer cuando no tenías dinero. Pero acababas por aburrirte, así que siguió adelante. Todo parecía carecer de la menor lógica. Las cosas no eran así en el orfanato: allí se suponía que siempre tenías algo concreto que hacer. No había

esperado echarlo de menos. Pero así era. Tenía que reconocerlo. Dejó atrás el Orpheum Theater de Broadway. Echaban una película de guerra y se preguntó si tenía ganas de verla. Se sabía una manera de entrar sin pagar; te acercabas al tío que cortaba las entradas y le decías, «Sólo vengo a recoger a mi hermana pequeña», y ya estabas dentro. Si el tío tenía agallas, igual te echaba a patadas, pero la mayoría carecían de ellas. Un par de semanas antes, Jack y otros siete que deambulaban aburridos por la Esquina se colaron en el United Artists pasando en fila india junto al tío de las entradas sin decir ni pío, corriendo escaleras arriba hacia el anfiteatro y separándose a la hora de encontrar un asiento. No pillaron a ninguno de ellos; y luego, a media película, Denny, que estaba sentado en la parte delantera del gallinero, gritó «¡Numerarse!», y Jack chilló «¡Uno!» y alguien más dijo ¡Dos!», mientras las acomodadoras intentaban localizarles. Había sido divertido, pero idiota. No quería ver la película de guerra. Seguro que era una mierda. Echó a andar hacia el *drugstore* de la Esquina, se tomó una coca y esperó a que pasara algo de interés.

DOS

Su amigo, el pelirrojo Denny Mellon, apareció por el *drugstore* al cabo de cosa de una hora, y a esas alturas, Jack ya estaba a punto de morirse de aburrimiento. No era el único miembro de la banda de Broadway que rondaba por allí, pero optó por sentarse a solas para mejor alimentar su tedio; no le caía bien el grupo que estaba al final del mostrador en torno a Clancy Phipps. Clancy acababa de pasar seis meses en la cárcel del condado por robar la radio de un coche, y todos le escuchaban mientras se mostraba duro e irónico con respecto a la vida en prisión. Denny se sentó al lado de Jack y dijo «Mierda».

—¿Qué te pasa?

—Pues una tocada de cojones, tío. Agarré al negrata ese del Rialto, en vistas a sacarle lo que pudiera. Lo tenía todo pensado. Iba a ponerle a jugar al *snooker* con Hatch y todos los carcamales de la mesa del centro, trabajarle la moral, ya sabes, y luego, cuando tú aparecieras, meterle en una partida de las buenas contigo y alguien como Bobby Case y desplumarlo. Ya sabes, tú en plan tranquilo y Case a lo bestia. Pero ahora viene lo mejor: resulta que se cepilla sin problemas a Hatch y sus muchachos, ¿sabes?, con lo que nos habríamos podido quedar con la pasta de todo el mundo... Pero tú no apareciste ni a tiros y hubo que bregar con Case y ese puto chiflado de Kol Mano, que lo dejaron tieso.

—¿Cuánto le sacaron?

—Coño, pues cosa de cincuenta pavos. ¡Hay que joderse!

Jack se echó a reír.

—El dinero tampoco era tuyo.

—Podría haberlo sido.

—O sea, que tú también estás sin blanca.

Denny enseñó los dientes en una de sus típicas muecas de irlandés.

—Ni hablar. Me quedan unos diez pavos.

—Préstame cinco.

—Ni lo sueñes. En cosa de diez minutos me voy a acercar al Model Hotel a comprarme un buen pedazo de coño. Llevo todo el día pensando en eso. Hace una semana que no me como un rosco.

—Tú sí que eres un buen amigo —le dijo Jack.

De repente, también él quería una chica. Desesperadamente. Había estado en el Model y en el Rex, así como en otras dos casas de putas, con Denny y a solas, y ahora mismo eso parecía lo más agradable que podían hacer. Era tan bonito y natural, y las chicas olían tan bien, y parecían de lo más atractivas...

—Mira —le dijo a Denny—. Tú tienes diez. A cinco pavos por barba, entramos los dos. No me puedes dejar aquí tirado.

—¿Por qué no? —se guaseó Denny—. Ya sé lo que haremos: mientras yo estoy tumbado en la cama, viendo cómo se desnuda la chica, pensaré en ti, para que no

digas. ¿Vale?

—Eres un capullo —le espetó Jack, pero sabía que Denny se lo llevaría consigo.

Ésa era una de las cosas que le gustaban de Denny. Jack no acababa de entender por qué era tan amistoso, tan abierto y generoso con su propio dinero, cuando lo tenía, pero le daba igual. A Jack tampoco le molestaría que Denny intentara soplarle sus últimos cinco dólares. Consideraba que si Denny no quisiera compartir los suyos, no lo haría. O sea, que no le estaba obligando.

—Vamos —dijo Jack.

—No, es demasiado pronto. Aguantemos un poco. Aunque la verdad es que voy muy caliente. ¿Y tú? —cambió de tema abruptamente—. El negrito ese se acaba de escapar de casa. Tío, juega de miedo, pero es un pringado. Cualquiera con un poco de picardía habría olido a rata muerta, no había más que ver cómo se lo toreaban aquellos dos. Pero él cada vez estaba más cabreado y seguía tirando mejor, aunque era inútil. Ni siendo el mejor jugador del mundo puedes ganarles a esos chorizos.

—Si me lo intentaran hacer a mí, les partiría la puta jeta —declaró Jack.

—Por supuesto, ¿pero qué quieres que haga ese chiquitín?

—Pues que se jodan los chiquitines. Venga, ¡vámonos!

Denny se echó a reír:

—¡Vamos a oler esos coñitos! —giró en el taburete y se puso de pie—. ¡Vamos a reventar Broadway!

Y salió corriendo del *drugstore* con Jack detrás.

Apretaron el paso por la calle principal de Portland, deslizándose entre la muchedumbre vespertina y tropezando con algunos ciudadanos malhumorados. El semáforo estaba en rojo cuando llegaron a Burnside, pero cruzaron la calle de todas formas, consiguiendo que los coches tuvieran que frenar bruscamente y que los conductores les tocaran la bocina en muestra de ira y frustración. Jack, que iba detrás de Denny, bailando entre el tráfico, alzó ambas manos con ese gesto universal de desprecio que consiste en extender el dedo medio de ambas. Cuando llegaron al otro lado y estaban ya rodeados de chusma, redujeron el ritmo y echaron a andar, resoplando y recuperando el resuello. Por encima de ellos, bajo las nubes rojas, dos gigantescos rótulos de neón arrojaban su luz sobre las calles mojadas: uno decía «JESÚS ES LA LUZ DEL MUNDO», y le corría un mensaje por abajo en luces parpadeantes; el otro era un vaso gigante llenándose de cerveza procedente de un grifo superlativo, todo ello en luces que también parpadeaban: «CERVEZA BLITZ-WEINHARD».

El Model Hotel estaba en la esquina de las calles Sexta y Couch, encima de un colmado, y contaba con dos vías de acceso. Los chicos subieron corriendo los peldaños que salían de la entrada lateral sin iluminación, y antes incluso de llegar arriba ya pudieron oler ese extraño y excitante aroma a mujer que impregnaba la casa de putas.

—¡Vaya, vaya! —dijo Denny, sonriéndole a Jack, cuya fachada viril, recién

improvisada, se desmoronó entre risas.

Apareció la camarera por una esquina del pasillo, les sonrió a ambos y les dijo:

—Buenas noches, chicos. ¿Ya sois mayores de edad?

—Yo tengo treinta y seis —dijo Denny.

—Y yo cuarenta y dos —añadió Jack.

La camarera se echó a reír y los guió por el pasillo hacia la sala de espera.

Al cabo de menos de una hora, ya estaban de pie en la esquina de la Sexta con Burnside, preguntándose qué hacer a continuación. Se habían gastado todo el dinero, comparado a sus respectivas chicas y agotado por completo el tema del sexo. Ahora Jack se sentía inquieto e irritado consigo mismo sin motivo alguno. Se preguntaba qué iba a hacer para sacar algo de pasta. Sin ningún destino concreto en la cabeza, empezaron a subir por Burnside en dirección a la zona del estadio. Denny caminaba en silencio, pero Jack era incapaz de guardarse sus pensamientos para él.

—Maldita sea. Necesito pasta. Tenemos que encontrar alguna manera de conseguirla. No son ni las ocho, por los clavos de Cristo.

—¿Por qué te cabreas tanto? Yo también estoy tieso.

—Sí, pero tú siempre puedes volver a casa por cama y comida. Yo estoy en la puta calle, tío.

Denny le puso la mano en el hombro a Jack.

—Mira, te puedes incrustar en mi casa un par de días. Siempre te lo he dicho.

—¡A la mierda! ¡Lo que quiero es dinero!

Dejaron de andar. Se encontraban en una zona de concesionarios de automóviles y solares desiertos llenos de coches usados. Jack deseaba desesperadamente que apareciera un ciudadano lo suficientemente tonto como para poder partírle la cara, arrastrarlo a la parte de atrás del negocio de coches de segunda mano y robarle la cartera. Pero ese modelo de ciudadano no se dejaba ver por ningún lado. Y tampoco pasaban muchos coches.

Le echó un vistazo al sitio de los vehículos de ocasión. En la parte de atrás había una caseta pequeña y blanca con una luz nocturna que se veía a través del cristal de la puerta.

—¿Por qué no entramos ahí a ver si hay algo de parné? —le comentó a Denny, que pareció sorprendido.

—Vale —dijo éste.

Siguió a Jack por la grava del solar y le vio recoger un trapo del suelo, envolverse el puño en él y romper el vidrio de la puerta. Jack metió la mano por el agujero para abrir la puerta desde dentro, y ambos se colaron en la caseta; Denny le echó un rápido vistazo a la calle.

Había dos escritorios, cubiertos de papeles, entre los que casi no se podía pasar; unos cuantos calendarios en las paredes y un madero grande con llaves colgando de clavos. Jack se puso a revisar los cajones de una de las mesas mientras Denny, tras unos instantes de duda, hizo lo propio en la otra. No encontraron más que formularios

sin rellenar, expedientes desordenados de solicitudes de préstamo y cambio de títulos, así como media manzana, que Denny arrojó a la papelera.

—Mierda —dijo—. Estamos dejando huellas por todas partes, joder.

—¿Y qué? Las mías no las tiene nadie. ¿Y las tuyas?

—Coño, no. A la mierda. No hay dinero. Vámonos de aquí.

—¿Asustado?

—Por supuesto, tío majara. Vámonos.

Jack estaba mirando el tablón de las llaves.

—Agarremos uno de esos putos coches y salgamos pitando de aquí.

Se hicieron con las llaves de un cadillac de 1946, dieron con el vehículo y se fueron de allí con él, cargándose la frágil cadena de la entrada y oyendo perfectamente cómo se tensaba y rompía. Tiraron por Burnside arriba, con Jack al volante. Nunca se le pasó por la cabeza a éste que acababa de cometer un robo de mayor cuantía entre otros delitos graves y leves. Lo único que sabía era que por fin se hallaba al volante de un automóvil espléndido, con el depósito de gasolina bien lleno, y que tenían la noche por delante. Se tiró casi una hora sin volver a pensar en el dinero.

Tras sacar el cadillac a la autopista y ponerlo en marcha unas cuantas veces, Jack y Denny regresaron a Portland y, durante un rato, recorrieron las caras y curvadas calles de Council Crest. Conducir un coche tan grande y potente a altas velocidades había sido de lo más estimulante, y ahora se estaban relajando y no hablaban, limitándose a contemplar por las ventanillas las casas de los ricos. El plan consistía en abandonar el coche por ahí arriba y bajar caminando hacia la zona centro.

—Oye, yo he estado en esa casa —dijo Denny, señalándola.

Jack aparcó el coche delante y trató de atisbar algo en la oscuridad. La casa a la que se refería Denny estaba protegida por árboles y una verja, y su segunda planta, que ambos podían ver desde sus asientos, estaba a oscuras y parecía vacía.

—¿Te acuerdas de aquel chaval, Weinfeld? —preguntó Denny—. Vive aquí. Yo vine un día, a almorzar. Me debía ocho pavos de una partida de *snooker* y me trajo aquí para cobrar. ¡Joder, menuda mansión! Nunca habrás visto algo parecido. Tienen una habitación para cada mierda que se te ocurra; el viejo hasta tiene un bar propio, a todo lujo. Deben de ser casi millonarios.

Jack echó un vistazo a las negras ventanas del edificio, enmarcadas por húmedos abetos, bajo un techo que parecía contar con una docena de chimeneas.

—Joder —dijo.

—Son unos cabrones muy ricos —comentó Denny—. Y por cierto, están de vacaciones en México. Weinfeld apareció la semana pasada preguntando si alguien quería fotos guarras o algo por el estilo.

—¿Ese sitio está vacío?

Denny miró a Jack y esbozó una sonrisa.

—Más vacío que el infierno, tío. ¿A qué estamos esperando? ¡Salgamos del coche

y a la carga!

—Seguro que tiene que haber dinero por algún lado —dijo Jack—. ¡Una oportunidad cojonuda!

Ni los Weinfeld eran ricos ni la casa una «mansión», pero ellos carecían de la menor experiencia en esos temas y eran incapaces de detectar las diferencias. Weinfeld era el propietario de una pequeña zapatería especializada en botas de trabajo y números raros. Se ganaba bien la vida y tenía una casa confortable; en 1947, habría valido unos 20.000 dólares. Estaba rodeada por una verja, césped y árboles, y las habitaciones contaban con unos muebles pesados de aspecto ornamental; en la mayor parte de la planta baja, las alfombras eran mullidas e iban de pared a pared; la del salón era persa, de color azul, muy grande y extremadamente bella, con diseños muy bonitos en los bordes: blancos, granates, dorados y azules. Los chicos se quedaron en mitad de esa alfombra, contemplando a su alrededor la casa más espléndida que jamás hubieran visto fuera de la pantalla de un cine. Jack observó que la mayoría de las ventanas de la casa tenían esas espesas cortinas dobles que podían usarse durante los apagones, así que las corrió y encendió las luces. Había una enorme chimenea, y encima de ella, una repisa adornada con delicadas figuritas de animales hechas en cristal; y sobre la repisa había una imagen, una pintura al óleo, de una mujer atractiva y de aspecto agradable con un vestido blanco y un fajín azul. El cuadro disponía de su propia luz, que se encendió junto a las lámparas de pared cuando Jack le dio al interruptor. (Ese interruptor no le hizo ninguna gracia: no hacía ruido, ningún *clic*, pero las luces se encendieron de todos modos.)

—Dios mío —dijo Jack.

—¿Qué te había dicho? —comentó Denny, con orgullo—. ¿No es una mansión? Almorzamos en esta habitación. Él tiene una para él solo ahí arriba, con su propio escritorio y un montón de mierdas colgadas de las paredes. Debe de ser un cabrón muy solitario, porque si no, ¿para qué iba a venir al salón de billar?

Durante un rato, se olvidaron de lo que pretendían hacer al colarse en la casa y se dedicaron a explorarla.

—¡La madre que los parió! —dijo Jack—. ¿Pero tú has visto esta *ducha*? Un grifo arriba y cuatro a los lados. Tío, es como para quedarse ahí quieto y volverse tarumba. Y el control no tiene dos manijas, sino una que pasa de frío a caliente.

El dormitorio principal estaba en la primera planta y tenía en el centro una enorme cama doble, con postes dorados y un cabezal blanco. Todo el mobiliario del dormitorio congeniaba a la perfección, y en las paredes había diferentes juegos de imágenes. En la cama había una colcha de satén dorado, y Jack no pudo evitar arrojarse sobre ella. «¡Caramba!», es cuanto pudo decir. Se quedó tumbado de espaldas, contemplando la cristalina lámpara del techo.

Finalmente, Denny se puso a registrar los cajones de la cómoda.

—Este tío debe de tener cincuenta pares de calcetines —comentó.

En uno de los cajones de arriba encontró unos gemelos, un viejo y usado anillo de

oro (que se metió en el bolsillo) y algunas baratijas diversas, pero nada de dinero. Jack se levantó para ayudarle, registrando el tocador de la señora de la casa. Acto seguido, ambos examinaron los trajes que había en el armario del señor, pero no encontraron más que unas entradas arrugadas y algunas monedillas.

—¿Dónde está ese bar? —quiso saber Jack—. Igual hay algo de priva. Me vendría bien un trago.

—Está en el sótano. Vamos allá.

La sala de fiestas tenía un suelo de baldosas rojas, una chimenea (*¡otra!*, observó, sorprendido, Jack), almohadones de brillantes colores sobre muebles de metal y, en un extremo, una barra de madera pulida con tres taburetes tapizados en cuero. Jack se sentó a la barra y Denny se situó tras ella. Había varias botellas de licor a la vista, y Denny descubrió una neverita que resultó estar medio llena de cerveza embotellada. Denny blandió una de esas relucientes botellas y dijo:

—Lookie. Una marca de la Costa Oeste. Menuda pandilla de roñicas. ¿Qué va a ser?

—Un buen pelotazo, si es usted tan amable.

—Veamos —dijo Denny, examinando las botellas a su disposición—. ¿Quieres *whisky* escoces, de centeno, *bourbon* o tal vez ginebra?

Jack soltó una risita.

—Escocés y de centeno. Nunca he probado ninguno de los dos.

Denny cogió dos vasos de cerveza, los dejó sobre la barra, los medio llenó de una mezcla de *whiskies* y luego añadió cerveza de una de las botellas, zampándose a morro lo que quedaba. Jack y él entrechocaron los vasos y bebieron.

—¡Joder, por los clavos de Cristo! —dijo Denny al cabo de un instante.

Jack le sonrió, expectante.

—Bebamos algo más.

—¿Sabes una cosa, tío? Esta noche ha sido la hostia. Follamos, nos damos una vuelta en cadillac y ahora bebemos priva de la cara. ¿Te das cuenta de que así es como viven los ricos?

—Si tuviésemos algo de dinero... —dijo Jack—. Me pregunto dónde guardan la pasta para las emergencias.

—Tómame otra copa, nene.

—¿Cuándo crees que volverán a casa?

—Ah, coño, yo vi al chaval el miércoles o el martes. Estarán fuera una semana. Oye, nos podemos quedar toda la puta noche.

—En eso estaba pensando. Un par de copas más, encontrar el dinero, dormir y largarnos justo antes del alba.

—¿Y si encontramos un par de miles de pavos? ¡Hasta nos podríamos ir a México!

—Déjame que le dé ahora a esa ginebra —dijo Jack—. Tampoco la he probado nunca.

TRES

Billy yacía en su cama del hotel de la calle Couch y medio escuchaba una conversación tenue y fragmentada entre un hombre y una mujer en la habitación contigua. El tema le resultaba de lo más familiar, pues lo había escuchado mil veces en su propio hogar: la guerra había acabado, el dinero fácil de la Costa Oeste se ponía fuera del alcance de los negros, los precios se estaban volviendo locos, las compañías financieras volvían a tener el corazón de piedra... Billy sonrió con amargura. Es como si quisieran que volviese la guerra, para poder ganar más dinero.

El hombre de la habitación de al lado trataba de convencer a la mujer para que se trasladaran a Detroit, donde él estaba seguro de poder encontrar trabajo; ella, por el contrario, no quería dejar atrás a su familia materna. La discusión iba y venía de manera tediosa, así que Billy dejó de prestarle atención: ya tenía bastante con sus propios problemas.

Saltó de la cama, se quitó los calzoncillos y se plantó ante la pila del rincón, abriendo el grifo del agua caliente. Salió un chorrito de agua apenas tibia, y Billy sacó una toalla de la bolsa y se dio un baño de esponja, de pie sobre la toalla del hotel, para secarse luego con la suya, mucho más gruesa y suave. Lavarse era algo que siempre le hacía sentirse bien, espabilado y consciente, por lo que se sonrió a sí mismo en el espejo y luego, para pasar el rato, descubrió sus dientes en una mueca modelo chimpancé. Se los lavó, todavía desnudo. Eran pequeños, bien formados, de una hermosa blancura, y estaba muy orgulloso de ellos, tanto como lo estaba de los pequeños músculos de sus brazos y piernas. Era un chaval delgaducho y huesudo, vale, pero eso engañaba. Contempló los músculos de sus brazos mientras frotaba los calcetines entre sí y luego los aclaraba; se había fabricado esos músculos haciendo flexiones y escalando la cuerda en el colegio: por un instante, lamentó haber dejado la escuela. Aunque esa sensación no duró mucho; si bien carecía de la agradable comodidad de ir al colegio, disponía de algo mucho mejor: la libertad de movimiento. Eso era más importante que leerse todos esos libros sobre el mundo de los blancos, plagados de mentiras que hasta él podía detectar. Esto era mucho mejor.

Exceptuando lo que le había arrancado del sueño, la certeza, absoluta y repentina, de que la noche anterior le habían timado. Le vino con el impacto de una patada en el pecho: aquellos dos tíos del Rialto lo habían trampeado, y con gran facilidad. Pero lo que le hizo incorporarse, totalmente despierto y absolutamente cabreado, era que él se lo había permitido. Y no era ningún pringado. ¿Cómo había sucedido? ¿En qué había estado pensando?

«¡Idiota!», se dijo a sí mismo en voz baja mientras se vestía. Había sido una víctima de la fiebre del dólar: estaba tan excitado ante la idea de jugar allí, contra los mejores de Portland, que se olvidó de la posibilidad de que lo timaran, creyendo automáticamente que todo el mundo era como él y que lo único que todos querían era dar lo mejor de sí mismos por puro placer. Se imaginaba a esos dos tíos, en los

lavabos de caballeros o en cualquier otro sitio, repartiéndose su dinero. Riéndose de él. Y no les faltaban motivos: se había portado como un imbécil.

La voz del hombre de la habitación contigua subió repentinamente de volumen, con una rabia que hacía temblar las paredes: «¿Y qué vamos a hacer cuando aparezcan los betunes?».

Billy puso mala cara. Acento sureño, muy fuerte; él sabía imitarlo fácilmente. Probablemente, ese tío vino al Oeste a por el dinero fácil de la guerra y ahora no sabía qué hacer cuando llegase el invierno. Peor para él: más le valía volverse a casa a recoger algodón y comer carrilleras de cerdo, o lo que hicieran allá en el Sur.

«¿Te das cuenta de lo solo que estás?»

Billy se pegó un susto: no era tanto una voz como un pensamiento. «¿Cómo que solo? —se dijo—. Si he estado solo toda mi vida. Querrás decir que echo de menos mi hogar.» Se echó a reír en voz alta, pero era una risa malsana, falsa y nada convincente.

Llevaba en lo de Ben Fenne cosa de una hora, practicando el billar americano, cuando aparecieron Denny y Jack Levitt. Mientras contemplaba el fofo rostro irlandés del primero, Billy se preguntó si ése había estado en el ajo del timo de la víspera. Se le veía cascado y sin afeitar, como si se hubiera corrido una juerga con dinero ajeno, y eso ya era motivo más que suficiente para que Billy sospechara de él, pero el tío se le acercó directamente, riendo, le dio los buenos días y le presentó a su amigo Jack Levitt. Éste también se las traía, pues era el sujeto de aspecto más ruin que Billy hubiera visto en su vida, con esos ojos azules fríos y muertos, esa cabeza demasiado grande para un cuerpo musculoso que ya lo era bastante, ese pelo rubio y rizado, esa piel rubicunda... Un mal bicho, no había más que verlo. Billy le estrechó la mano y vio cómo se la agarraba con sus dedazos, aunque no llegó a estrujársela como hacen los que tratan de impresionar a la gente. Billy llegó rápidamente a la conclusión de que Jack Levitt le daba miedo y que haría todo lo posible para no cruzarse en su camino.

—¿Qué tienes hoy entre manos? —le preguntó Denny—. ¿Quieres venirte al Rialto a hacer un poco de pasta?

—Puedo jugar contigo aquí y ahora —repuso Billy.

—Estoy tieso —dijo Denny—. Y además, eres demasiado bueno para mí.

—No pienso poner los pies en el Rialto por un tiempo —anunció Billy—. Ya sabes lo que me ocurrió allí, ¿no?

—Pues claro —sonrió Denny—. Te desplumaron. ¿Y qué? Sigue habiendo un montón de tíos a los que puedes ganar.

—¿Y tú qué sacas de eso? —inquirió Billy—. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

—Apostamos por ti, colega. Si tú ganas, nosotros ganamos.

Billy se echó a reír.

—¿Por *cojones*? ¿Contra vuestros propios *amigos*?

—La pasta es la pasta, chaval. Necesitamos toda la guita que podamos pillar.

—Muy bien, pero yo he encontrado un hogar, ¿sabes? Y me pienso quedar por aquí un tiempcito, a ver si puedo encontrar una partida honrada.

—Eres un mierda —le espetó Levitt.

Billy regresó a sus prácticas y les dio la espalda a los dos. Se le pusieron de punta los pelos del codo al hacerlo, pero no tenía más remedio. Disparó con sumo cuidado y tuvo que concentrarse para que no le temblaran los dedos. Los escuchó hablar a su espalda hasta que, finalmente, se fueron.

Era sábado y, a eso de mediodía, el salón empezó a llenarse. La mayoría de los parroquianos eran adolescentes que se congregaban en torno a las dos mesitas de *snooker* de la parte de atrás: los que no jugaban ocupaban las butacas modelo teatro y apostaban o se limitaban a mirar. La partida de *keno* contaba con cuatro jugadores, todos ellos hombres de mediana edad, y el resto de las mesas estaban abarrotadas, al igual que la barra. Había dos máquinas de millón tras las cabinas telefónicas, al final del mostrador, y ambas bullían de jugadores y de grupos de mirones. La radio estaba puesta en un partido de béisbol: más ruido que añadir a las charlas a gritos, el sonido de las bolas al entrechocar, el tintineo eléctrico de las canicas del millón y el clamor del ventilador. Esa sala larga y oscura se veía azulada por el humo y sudorosa de humedad. Billy observó que los hombres que entraban estaban mojados, aunque no llovía desde hacía una hora. La lluvia era una de las cosas de las que no había conseguido librarse: en Portland llovía casi tanto como en Seattle. Evidentemente, la lluvia sólo le interesaba a Billy por un motivo: apelmazaba el tapete y tenía que tirar con algo más de fuerza para que las bolas se movieran de la manera adecuada.

Al cabo de un rato, John, el encargado, se acercó a él y le dijo:

—Ahora tienes que dejar la mesa.

Le entró un escalofrío de terror, rápidamente sustituido por rabia y bochorno; sabía que no lo echaban de la mesa por su raza, sino porque había otros jugadores esperando. Pero no podía evitar esa primera reacción, y cuando se volvió hacia John y se encogió de hombros, vio en sus ojos una expresión comprensiva, rayana en la preocupación. John le dijo con rapidez:

—Hay gente que espera.

—Ya —dijo Billy.

Pagó por el tiempo empleado, dejó el taco en su sitio y luego, sin prisas, se acercó a mirar la partida de *keno*.

El *keno* se juega en una mesa normal de billar; en un extremo hay una plataforma de madera levantada un centímetro y pico sobre el nivel del tapete, y a lo largo del borde frontal hay una rampa de metal. En esa rampa hay cuatro hileras de agujeros, espaciadas de manera alternativa, y cada agujero está numerado. En el centro exacto de la plataforma hay un orificio en forma de estrella. El jugador cuya bola va a parar al agujero estrellado se apunta un *keno* más el valor puntual de la bola. Si la bola, o bolas, van a parar a cualquier otro orificio, el jugador se apunta el valor del agujero, y si el número de la bola coincide con el del agujero, también consigue un *keno*. La

partida se libra con un juego habitual de quince bolas de billar americano, situadas al otro extremo de la mesa. En la partida que Billy estaba observando, cada *keno* valía cincuenta centavos para cada jugador, y el que tenía mayor puntuación cuando las bolas estaban en la fila le sacaba un dólar a cada uno de los demás, menos los *kenos*. Cada partida terminaba con una bronca de cálculos sobre las puntuaciones, pero Billy se dio cuenta enseguida de que había mucho dinero cambiando de manos. Parecía un juego en el que valía la pena meterse.

El *keno* aparenta ser un juego de azar, que es lo que más atrae a los jugadores pobres, pero Billy, mientras andaba por ahí, mirando y bebiéndose una coca-cola, observó que eran los que tiraban mejor los que siempre iban por delante. En ese juego había más de lo que podía verse a simple vista; no bastaba con empalmar los lanzamientos para recorrer la mesa y acabar en la plataforma, aunque eso era exactamente lo que hacían casi todos. Los jugadores iban y venían; en un momento dado, Billy contó seis, más otro, con un gesto plácido de idiota en la cara, que se limitaba a quedarse junto a la pizarra para apuntar los tantos y comentar la partida como si fuese un locutor radiofónico. Pero los buenos jugadores, sin que nadie lo notara, siempre se las apañaban para dejar la bola en una mala posición para el siguiente, y en vez de limitarse a mandar una bola a la plataforma, le daban de una manera que golpease a las demás, alterando su posición en la plataforma y consiguiendo más puntos. No contentos con eso, parecía que los buenos jugadores supieran calcular la fuerza exacta que requería una bola para llegar a su agujero de *keno* y permanecer en el, sin rebotar hacia fuera o sobrepasar el extremo de la mesa. De todos modos, a Billy le parecía sencillo, por lo que estaba deseando participar.

Aguantó tres o cuatro partidas de mirón y, finalmente, acabó jugando sin tener que insistir demasiado. Un tipo alto y coloradote que no paraba de perder mientras Billy seguía el juego, y que achacaba a gritos sus malos tiros y sus malas jugadas a la mala suerte, lo dejó asqueado cuando tuvo que pagar por los ocho *kenos* y el tiempo transcurrido sobre el tapete. «Desde luego, hoy no es mi día, joder», anunció. Fue a dejar el taco en su sitio, pero en vez de eso, se lo echó a Billy a las manos. «Toma — le dijo —, allá tú.»

Billy se acercó a la mesa, cogió un trozo de tiza y se quedó ahí de pie, frotando con la tiza la punta del taco, cosa que a nadie le pareció mal. Uno de los jugadores le dijo: «Sígueme», y ya estaba dentro. Aparentemente, su dinero era tan bueno como el de los demás. La sensación de actividad empezó a apoderarse de él y le hizo sentirse muy bien; notaba cómo se espesaba en su garganta y en lo más hondo del vientre, y el placer inminente era casi sexual. Cuando le tocó tirar, se inclinó lentamente sobre la mesa, saboreando el momento. Catapultó la bola seis por un lado con la velocidad y la dirección que, según él, la haría subir a la rampa, golpear la bola doce, que estaba en el centro del orificio *keno*, desplazar tras ella la bola diez y procurarle un mínimo de veintiocho puntos más *keno*, puede que *keno* doble si la diez seguía rodando y acababa en su propio agujero de la fila de atrás. En vez de eso, la seis alcanzó la

rampa, pasó junto a la doce sin tocarla, rozó la diez y fue a parar al final de la mesa, golpeando contra el borde de manera ruidosa.

El idiota de la pizarra canturreó: «... y el dinero nuevo *descarrila* y no pilla *nada de nada*. Siguiente tirador, el señor Frank Bartholomew, ¡si es tan amable!».

Había cinco jugadores en la partida, y tuvo que pasar un buen rato hasta que Billy pudiera volver a tirar. Pero se le pasó la espera volando, pues estaba ocupadísimo observando a los tiradores. Cuando le tocó el turno, el tipo alto llevaba 32 puntos y dos *kenos*. Contempló cuidadosamente la colocación de las bolas. Alguien gritó «Tira de una puta vez», pero no le hizo ni caso. Esta vez disponía de un tiro claro: era la bola cinco, cuyos agujeros estaban en la fila de atrás; podía ir por un *keno* y cinco puntos, pero ya no se fiaba de su pulso para el juego y se temía que si realizaba un tiro directo, acabaría metiendo la pata de nuevo. Había un montoncito de bolas en mitad de la plataforma, dos de ellas no en agujeros, sino apoyadas contra otras. La cosa sería meter la cinco en el montón, pero si lo hacía, la siguiente bola acabaría también en la rampa y su puntuación se resentiría. Billy disponía de un golpe lo suficientemente bueno como para darle a la cinco de la manera adecuada para que la siguiente bola acabase yendo de un extremo a otro de la mesa, pero para eso debería darle demasiado fuerte. Había más bolas a las que atizar, pero ninguna de ellas estaba en una buena posición. Sólo había otra alternativa: darle a la bola siguiente de modo que se curvara detrás de la cinco y fuera directamente hacia el montón en vez de impactar en ángulo; de esa manera, la otra bola daría un quiebro hacia atrás. Pero eso era una tirada circense, extremadamente difícil, de las que hacen que el jugador parezca un tonto exhibicionista si salen mal.

Eso sí: era el único tiro que le permitiría recuperarse. Así pues, calculando cuidadosamente, extendiendo los dedos, Billy disparó. La bola tomó una dirección, luego se curvó finamente tras la cinco, la golpeó y emprendió el camino de vuelta, donde le dio a otras dos antes de detenerse. La cinco recorrió el metal, impactó con las demás y las liberó; se tambalearon un poco antes de asentarse en otros agujeros. La cinco aterrizó en el agujero dos, pero Billy puntuó también gracias a otras cuatro bolas: el total fue de 44 puntos.

—Por el amor de Dios —murmuró alguien.

—¿Qué, no hay *kenos*? —gritó el idiota—. Cuarenta y cuatro puntos para el caballero, que pasa a ser el líder...

Billy se sentía mejor.

Una o dos horas despues, cuando levantó la vista hacia la puerta, vio entrar de nuevo a Denny y a Jack Levitt. Pero le daba igual: no le interesaban lo más mínimo. Podía ganar mucho dinero donde estaba; ya iba veintitantos dólares por delante y no había nadie en esa partida que pudiera ganarle. Era consciente de estar disfrutando de la fortuna del principiante, pero ya le parecía bien: cualquier golpe de suerte sería bienvenido.

Denny se le acercó al cabo de un rato y le dijo:

—Oye, ¿y si me prestas un pavo?

Automáticamente, Billy se llevó la mano al bolsillo de la camisa, sacó un arrugado billete de dólar y se lo entregó.

—No te lo gastes todo en el mismo sitio —le dijo.

—Gracias, chaval. Esta noche te lo devuelvo.

Se fue a la barra y gritó «¡Veinte monedas!». Más adelante, Billy lo vio en las máquinas de millón, en plan tentetioso, azotando a la suya con las palmas de las manos, despotricando y suplicando. Billy se rio por dentro. ¡Menuda ambición la suya! ¡Jugar con una *máquina*! Para Billy, eso era como tirar el dinero por la ventana. Pero tanto le daba: se estaba haciendo rico ahí mismo.

Jack Levitt ocupó un taburete situado entre la mesa de billar número uno y la mesa de *keno*, y se dedicó a observar a Billy. La partida siempre era más interesante cuando participaba en ella alguien del que ibas a favor o en contra, y Jack quería ver ganar a Billy. Ya se había dado cuenta de que ese chico era un fenómeno, un tío nacido para eso, como Bobby Case. Era un placer verle tirar, incluso en un juego como el *keno*, lleno de trampas, berridos y mala suerte. A Jack le gustaría ser grande en algo, tener una habilidad o un talento propios que le proporcionaran algo que hacer. Era un buen luchador, nadie de su envergadura le había ganado nunca, ni dentro ni fuera del orfanato, pero eso era distinto, pues cualquier hombre debería saber defenderse, con puños, navaja o pistola o con lo que tuviera más cerca. Eso era fundamental. No, él deseaba tener algún talento especial, como el de Billy para el billar, que le llevara a volcarse en sí mismo como parecía hacer él. Y además, un talento como el de Billy daba dinero; ése era el objetivo final del talento: ganar dinero contra los que no tenían tanto. O sea, que volvía a estar en las mismas, necesitando dinero.

La noche anterior había sido un desastre. Divertida, sí, pero habían registrado la casa de arriba abajo para no encontrar ni un céntimo. Bueno, vale, había un montón de cosas que podrían haber robado e intentado vender: ropa, radios, fonógrafos, varias cajas de licor (ninguna de ellas lucía los sellos de los Impuestos del estado de Oregón sobre el Alcohol, como pudo observar Denny con admiración) y más alimentos enlatados y secados de los que Jack hubiese visto jamás fuera del orfanato, como si los Weinfeld se estuviesen preparando para una nueva guerra. Pero Jack y Denny se habían desprendido del cadillac y no tenían ninguna intención de volver a acercarse a él. Hasta le habían borrado sus huellas dactilares, lo que los hacía sentirse, al mismo tiempo, enrollados y medrosos. No podían recorrer calles residenciales con las manos llenas de cosas, ni siquiera antes del alba. Así pues, se emborracharon un poco más, pusieron la radio, hicieron el ganso por ahí, guisaron algo en la cocina y se fueron a dormir. Habían jugado al piedra, papel o tijeras para ver quién dormía en la gran cama de la planta principal y ganó Denny, pero éste, lamentablemente, se durmió con uno de los enormes habanos de Weinfeld en la mano y acabó quemando la colcha de satén dorado: cuando le despertó el olor del humo, ya la había dejado

hecha unos zorros. En la planta superior había tres dormitorios; dos de ellos, evidentemente, pertenecían a las chicas, así que Jack se quedó dormido en el cuarto del chico, tan borracho que ni se molestó en quitarse los zapatos.

¡Pero nada de dinero! Habían pasado un día y una noche, transcurría una jornada más y nada había cambiado. Ni siquiera tenía suficiente para pagarse un almuerzo. Claro que no se iba a morir de hambre en la sala de billar; siempre podía gorrear veinte centavos para un perrito caliente, pero eso no le servía de nada. Tenía todas sus cosas retenidas en la habitación del hotel y la ropa que llevaba se estaba pudriendo (había sido una delicia lavarse en la impresionante ducha de azulejos con cinco chorros de los Weinfeld, pero cuando se volvió a poner la ropa, olía fatal y su pegajoso contacto con la piel resultaba asqueroso)... De hecho, toda su vida, desde que abandonó su segundo trabajo dos semanas atrás, se había ido rápidamente por el retrete.

Había estado trabajando como chico de los recados para una compañía especializada en planos, de donde se fue tras una trifulca con el encargado. Éste, un tipo gris de ojos amarillentos, le había acusado de quedarse parte del dinero de las entregas a domicilio. Y sí, de acuerdo, Jack se había quedado ese dinero, la verdad es que lo hacían todos los chicos de los recados, pero sabía que no podrían probarlo y lo negó. Cuando el encargado siguió mostrándose suspicaz, le dijo que podía agarrar el empleo y metérselo por el culo. Luego pidió la soldada que se le debía y se marchó de allí. Total, el trabajo siempre le había dado asco; correr por el centro de Portland con unos rollos enormes de planos, siempre corriendo, nunca bastaba con caminar, y luego había que barrer el local y aguantar el rollo mandón de los impresores, quienes, a falta de ninguna autoridad real, se dedicaban a maltratar a los chicos. Y además, aquel sitio olía a calor y a productos químicos, y le daba náuseas. No podía entender cómo había gente que podía trabajar allí y hasta asegurar que les gustaba.

Desde entonces, había estado viviendo de su ingenio, aunque sin grandes resultados. Y ahora sí que estaba, finalmente, entre la espada y la pared, en ese punto en el que tenía que decidir si iba a *dejarles* dirigir su vida por él (lo que siempre habían hecho *ellos* en el pasado) o si era *él* quien tomaba las riendas de su existencia. Hasta ahora, desde su ansia romántica de «libertad», no había parado de hundirse. Sería muy fácil rendirse y dejar que *ellos* volvieran a hacerse cargo de todo. Regresar al orfanato, donde trabajaba porque le decían que lo hiciera, donde iba al colegio porque le decían que fuese... Pero la cosa sólo duraría cosa de un año más, hasta que cumpliera los dieciocho. Y en ese momento, hasta el orfanato se desharía de él. Aunque también podía hacer lo mismo que muchos otros, alistarse en el ejército. Decían que el ejército se haría cargo de ti; bastaba con rellenar un formulario y obedecer órdenes; no había guerra, así que tampoco corrías peligro de que te volaran la cabeza; una vida tranquila y agradable, uniformes, cuarteles, rancho y venga a andar con el fusil a cuestas.

De sólo pensarlo le entraban ganas de vomitar. Sabía que eso no era para él. Si se

había escapado del orfanato era, precisamente, porque era el chico más duro del lugar, no había ningún reto que asumir y se estaba volviendo loco de aburrimiento. O de algo. El ejército sería más de lo mismo; volvería a experimentar ese odio difuso cada vez que le dijese lo que tenía que hacer, y tarde o temprano le zurraría a alguien y lo enviarían al calabozo.

Bueno, sí, también podía conseguir un trabajo. Hacer lo que se le dijera. No incordiar a nadie. Cumplir el horario y pirarse. Bah. ¿Qué diferencia había?

Contempló los billetes verdes que desaparecían en el bolsillo de Billy Lancing al final de casi todas las partidas. Ya debía de tener un buen fajo. Jack le tenía ganas a todo ese dinero. Deseaba acercarse a Billy y quitárselo, sin más. ¿Por qué no? ¿Por qué no esperar a que se vaya, pillarlo en algún lugar solitario, atizarle, quitarle todo el dinero y a tomar por culo? Jack experimentó el picor de una emoción que no podía identificar, pero que tenía algo que ver con el *talento* del negro, y podría ser injusto (¡qué extraña palabra!) robarle el dinero... Pero ese pensamiento desapareció, y Jack decidió que si se le presentaba la oportunidad, la aprovecharía. Confiaba en que el muchacho no le odiara por ello. Pero ¿qué más le daba? Ni siquiera eran amigos; cada vez que el chaval miraba a Jack, se le velaban los ojos con lo que este sabía que era miedo; joder, lo más probable es que ese chico le odiara, a él y a cualquier blanco grandote con pinta de cabrón.

Denny volvió y se sentó al lado de Jack, gruñendo de asco.

—¡Mierda! Esa puta máquina está amañada, ¿sabes? —se palpó los bolsillos—. ¿Te quedan cigarrillos?

Levitt sacó su paquete, extrajo los dos últimos pitillos y le pasó uno a Denny.

—¿Te queda algo de pasta? Me está entrando hambre.

—Me pregunto cómo es que aquel ricacho cabrón no tenía unos cuantos cartones de tabaco por ahí —dijo Denny—. Cigarros sí, pero cigarrillos no. ¡Menudo capullo! —Lo encendió y le dio una calada—. Ahh. ¿Dinero? No, no tengo dinero. Igual le puedo soplar algo más de guita a ese negrata. —Se le ensancharon los ojos de sorpresa—. Oye. ¡Tengo una idea!

—¿Estás de broma?

—No, de verdad. Mira, lo más probable es que los padres de aquel chico tarden una semana en regresar. Volvamos allá esta noche, muchacho, ¡reclutemos a unas cuantas tías y montemos una fiestecita! ¡No podemos dejar ahí toda esa priva! Montamos una juerguecilla y luego nos llevamos la bebida sobrante en el coche de alguien y la almacenamos en algún sitio. ¡Podríamos estar borrachos un año, colega!

—O podríamos vender una parte —le sugirió Jack.

—Vale, pero primero nos podríamos obsequiar con una buena fiesta, un poco de chocho, unos amigos, todo muy tranquilo, ya sabes, pero que mole.

—No me vendría mal una fiesta —reconoció Jack.

—Voy a intentar sacarle otro pavo al negrata. Creo que le invitaré al jolgorio —dijo Denny, y saltó del taburete y fue hasta donde estaba Billy.

Jack contempló sus rostros, captó la sorpresa de Billy y cómo parecía casi enfadado, y luego le vio reír, justo antes de acercarse a la mesa para hacer una tirada. Denny volvió y se sentó de nuevo.

—¿Le has invitado a la fiesta? —preguntó Jack—. ¿Para qué coño quieres que venga?

—Claro que lo he invitado, ¿por qué no? Igual podemos montar una partida de póquer y le sacamos la puta pasta. —Denny se rascó el hoyuelo del mentón—. Ya sabes lo listillo que es ese enano; yo voy y le digo: «¿Te apetece venirte con nosotros esta noche a una fiesta?». Y él me suelta: «¿Qué clase de tocomocho es éste?» Y yo le digo: «Nada de tocomocho». Y él me dice: «¿Para qué cojones quieres que vaya a tu fiesta?» Y luego añade: «Ah, ya lo pillo, ¡necesitáis mis verdes *billetitos* para la fiesta!». Y yo le digo: «Joder, tío, pues sí, de eso se trata en parte, pero ¿a ti qué más te da? No tienes amigos en Portland, y debes andar en busca de colegas blancos, o no rondarías por las zonas blancas de la ciudad, ¿así que, qué más te da? ¿Quieres venir?». . . Y se lo piensa un minuto, me he dado cuenta de que no le gustaba que lo desenmascararan, pero a tomar por culo, tú, y al final me dice: «Joder, vale, ¿qué más me da?». O sea, que se apunta.

—Sigo sin entender por qué lo has invitado —dijo Jack—. Es un negrata. Si te he de ser sincero, estaba pensando en seguirle cuando se vaya y zurrarle la badana para quitarle el dinero.

Denny frunció el ceño:

—Coño, eso sí que no. Vamos a ver, el hombre viene aquí y... No, vamos a ver, es un negrata, sí, ¿y qué?

Jack le dio unas vueltas al asunto. Vale, ¿y qué? A él siempre le habían dicho que los morenos eran mala gente, pero nadie le había dicho nunca *por qué*. Se lo habían dicho *ellos*. Con eso bastaba para que fuese mentira.

—Pues sí —dijo de manera vaga—. Supongo que tienes razón.

—¡Ay! ¡Me he olvidado de sacarle otro pavo! —exclamó Denny.

Volvió a saltar del taburete y regresó junto a Billy. Éste se echó a reír y dijo, lo bastante alto como para que todo el mundo le oyera: «¿Cuándo fue que te subí el sueldo?», pero su mano fue a parar al bolsillo y salió con un dólar, igual que antes. Denny le hizo a Jack la señal de victoria y acabaron sentados a la barra, comiendo perritos calientes y bebiendo café; Denny compró un paquete de cigarrillos para cada uno.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. El betún este es un buen tío.

—Es un primo —dijo Jack.

—No lo es —insistió Denny—. Es *honrado*. Lo que es muy distinto. En cualquier caso, no le he chuleado la pasta, se la he *pedido*.

—No veo la diferencia.

—Pues que se la voy a devolver.

Jack reflexionó unos instantes y luego dijo:

—¿Te refieres a que le vas a devolver los dos dólares o todo el dinero que le saquemos esta noche?

—Los dos dólares, naturalmente.

Jack se echó a reír.

—Ya lo pillo.

—¿Por qué habría de devolverle un dinero que he *ganado* yo?

—Hola, tipo duro —dijo una voz rasposa.

Jack se dio la vuelta y vio a Kol Mano, y tras él, a Bobby Case; ambos llevaban chaquetas de cuero de aviador, jerséis de cachemir, pantalones a cuadros y zapatos de cuero relucientes.

Mano y Jack se dieron la mano de manera educada. Mano era de esa gente que daba el apretón como si fuera una especie de juego. A Jack le caía bien, pues le reconocía un talento. No uno en concreto, como el del billar, sino uno en general, por su habilidad para ganar dinero y vivir a su manera. Kol Mano tenía poco más de veinte años, y cuando hablaba, se tapaba con un dedo el agujero que tenía en la garganta. Había participado en la Segunda Guerra Mundial, donde lo habían herido y enviado desde Francia a un hospital en Inglaterra. Incluso antes de salir del hospital, ya estaba metido hasta el cuello en bandas del mercado negro, vendiendo relojes y todo tipo de cosas, incluyendo material clínico. Le condecoraron con la Estrella de Plata, le dieron el alta, lo detuvo la Policía Militar y lo juzgaron, todo ello en diez días. Primero se le desmovilizó con deshonor, luego cambiaron el concepto por el de baja médica y ahora contaba con una incapacidad del cien por cien. Tenía los ojos soñadores de un alcohólico y los dedos delicados de un tahúr, y era ambas cosas. Todo el mundo pensaba que estaba un poco loco.

Pero no era así, pues poseía la cabeza más fría que Jack hubiese visto jamás. Cuando no estaba jugando en la sala de naipes del Rialto, o timando a alguien al billar americano, se le solía encontrar en su habitación del hotel de la acera de enfrente, en la cama, despierto. A veces se tiraba varias semanas en el hospital de veteranos que había al otro lado del río, en Vancouver, para que le cuidaran la garganta. Con el dedo sobre el agujero, hablaba con un susurro ronco, pero sin el dedo, un leve silbido opacaba todo lo que decía. Cuando jugaba al póquer, mantenía a menudo un cigarrillo en la comisura y arrojaba el humo a través del orificio. «Despista al enemigo», aseguraba.

—¿Cómo está el patio, Levitt? —le preguntó a Jack.

Trataba a casi todos los que rondaban por los salones de billar con un callado desprecio, pero se mostraba amigable con Jack, comportándose como si se conocieran de toda la vida, casi como si compartieran un pasado, un secreto, algo que sólo ellos podían entender. Jack no sabía de qué iba la cosa, pero le daba igual. Kol Mano le caía bien, y le gustaba sentirse alguien en quien él confiaba.

—Ahí está vuestro primo —dijo Denny, señalando—, pero es consciente de que ayer lo chuleasteis.

Dijo Bobby Case:

—No tengo por qué chulearle. Puedo ganarle.

Bobby tenía catorce años, pero aparentaba doce por su femenina piel lampiña y su extrema delgadez; aunque ya se apreciaba cierta dureza en torno a la boca y la sospecha asomaba a sus ojos. Era un tío hosco y apasionado que no podía soportar las referencias a su edad, como si fuese algo de lo que avergonzarse. Se acercó a Billy, con el cabello rubio cayéndole sobre los ojos, y le dijo:

—¿Te apetece una partidilla?

Billy le miró con desconfianza:

—¿En plan legal?

—¡Pues claro! ¿Acaso hay otro?

—Espera un momento —le dijo Billy.

Hizo su tirada y luego ignoró a Bobby Case hasta que acabó la partida, momento en el que pagó sus pérdidas y se apartó de la mesa con Case.

Uno de los jugadores de *keno* se quejó:

—¡Se está yendo con toda la pasta!

—¿Y qué quieres que haga? —le dijo Mano con su voz ronca—. ¿Que la devuelva?

Le guiñó un ojo a Jack, que le respondió con una sonrisa.

Denny, Jack y Kol Mano siguieron a los otros dos hacia una mesa de billar americano, y enseguida se les unió John, el encargado. Jack ya podía sentir cierta electricidad en el entorno: iba a ser una partida digna de verse, una competición entre el genio local y un recién llegado. El hecho de que ambos «genios» fuesen tan jóvenes no alteraba en nada la atmósfera. Jack deseaba desesperadamente poseer algo capaz de electrificar un lugar.

John el encargado se mantenía a la espera, con las manos en torno al triángulo de las bolas, aguardando hasta que los participantes se inclinaran por un juego u otro.

—¿Qué se te da mejor? —le preguntó Case a Billy.

—Yo juego a todo —repuso Billy.

—¿Juegas al *one-pocket*?

—¿Eso es lo tuyo?

Case parecía casi cabreado:

—Pues sí. Eso es lo mío. ¿Quieres jugar?

Dijo Billy con picardía:

—¿Qué ventaja me das?

Case, asqueado, se apartó de la mesa, pero enseguida volvió.

—Nada de ventajas —le soltó.

—Vale —dijo Billy—. Pero si eres demasiado bueno para mí, me abro.

Denny les susurró a Jack y a Mano:

—Mierda, Bobby debería darle ocho a cinco, ¿no? Esto no es manera de jugar.

Pero dejó de susurrar cuando Billy dijo:

—¿Cuánto te quieres apostar? ¿Veinte dólares?

—*One-pocket* —dijo John a regañadientes, y colocó las bolas, relleno una tarjeta de tiempo y la colocó en la pantalla de cristal de la lámpara.

Case, que ya estaba que trinaba, se quedó mirando fijamente a Billy.

—Veinte está bien.

—Maldita sea —dijo Denny—. ¿Por qué está todo el mundo tan tenso?

—¿Para qué perder el tiempo? —dijo Case, apartándose el pelo de los ojos.

Su boca de niña estaba blanca en las comisuras.

Denny se dejó caer en una silla.

—Adiós a la puta partida de póquer —dijo de mal humor.

—¿Hay una partida de póquer? —preguntó amablemente Kol Mano.

—La había. Dame un cigarrillo, ¿quieres? No, espera un momento, ya tengo un paquete. Eh, colegas, ¿queréis venir? Vamos a celebrar una fiesta. ¿Tenéis coche?

—Pues claro que tengo coche —dijo Mano—. ¿Qué te pensabas, que soy un pringado como tú?

Denny le guiñó el ojo a Jack y le dijo al otro:

—Tú has estado en el mercado negro. Puede que seas el tío adecuado para llevar esto.

—¿Para llevar qué?

Denny le explicó su idea y Mano le escuchó atentamente.

—A mí me parece bien —afirmó.

Jack estaba un tanto sorprendido. Lo cierto es que los planes de Denny se le habían antojado un tanto majaretas:

—Oye, ¿de verdad crees que está bien?

—¿Por qué no? —repuso Mano—. Nos corremos una juegucilla y luego robamos algo. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿Y qué pasa con la poli? —preguntó Jack en plan cagueta, cosa que lamentó de inmediato: no quería perder la buena opinión que Mano tenía de él.

—Polis. Con esos hay que echarle un par. Si me preocuparan los polis, tendría que encerrarme en mi cuarto y no hacer nada. Que les den por culo.

Mientras observaba los movimientos lentos, más propios del ajedrez, de la partida de *one-pocket*, Jack llegó a la conclusión de que Billy iba a ganar, y le cayó bien sólo por eso. Aunque Bobby Case era mejor jugador, Billy estaba consiguiendo incordiarle; Case jugaba con rabia y desprecio, como si quisiera demostrarle a ese negrata que podía derrotarle sin esforzarse. Sus movimientos eran más rápidos que prudentes, y disparaba antes de tomarse el tiempo necesario para calcular la colocación de las bolas; tenía la cara rígida, tratando de enmascarar la ira que brillaba en sus ojos. Cada vez que intentaba una tirada que habría sido formidable de alcanzar su objetivo, pero que le haría quedar como un tonto si fallaba, Billy Lancing se disponía a tirar tomándose su tiempo, dando vueltas a la mesa sin prisas, sin nervios, sin inmutarse, hasta que tomaba una decisión y, entonces, ejecutaba un tiro seguro y

frustrante para su oponente y encestaba la bola en la tronera. Incluso cuando la tirada no era definitiva, dejaba tesa la siguiente bola, sin importarle si le esperaba otra buena jugada o no; y aunque Bobby Case, gracias a una racha de suerte al principio, contaba con cinco bolas frente a las dos de Billy, Jack intuía que Billy iba a ganar de todas, todas. Señaló a Kol Mano con el dedo y dijo:

—Diez dólares a favor de Billy.

Billy estaba al otro lado de la mesa, dándole tiza al taco, y levantó la vista, claramente sorprendido, hacia los ojos de Jack:

—¿Estás apostando por mí?

—Pues claro. Vas a ganar, ¿no?

Siguieron observándose y Jack sintió que algo inidentificable pasaba entre ellos, una calidez inesperada, una comunicación...

Y se vio obligado a romper el contacto visual. Miró a Mano:

—¿Te parece bien?

—Tomo nota —dijo Mano.

Apartó el dedo de la garganta y le salió un ruido como de pedo.

Evidentemente, Jack no tenía esos diez dólares. Apostaba con los cojones. Pero eso no cambiaba nada: si las cosas no quedaban claras, Mano se limitaría a no pagar y nadie saldría dañado. Pero Jack, de repente, estaba seguro de que Billy iba a ganar.

Así fue. Nunca hizo dos bolas seguidas, pero tampoco la cagó, mientras que Bobby Case metió mucho la pata y le dejó la pista libre. La partida acabó 8 a 7, y Case, tan rápido como molesto, colocó las bolas en el triángulo para la siguiente. Billy se quedó a la espera, con su nuevo billete de veinte metido en el bolsillo.

Mano le dio a Jack dos billetes de cinco:

—¿Otra?

—Por supuesto.

Denny soltó una tosecilla de advertencia, pero Jack le lanzó una mirada secreta que quería decir «espera y podrás compartir los beneficios». Denny respondió con una expresión de profunda desconfianza.

—Bobby ha estado haciendo el tonto —dijo Mano—. Esta vez se va a forrar.

Mano había estado circulando entre la gente, aceptando apuestas, y ahora que Billy había ganado la primera partida le llovían los partidarios.

Billy volvió a ganar. Hizo la primera tirada, liberando las bolas, y Bobby vio la oportunidad de un golpe circense, lo dio y falló, momento en el que Billy, de forma lenta, segura y cuidadosa, empalmó ocho bolas y ganó la partida en menos de cinco minutos.

—No das una, ¿eh? —le dijo a Bobby—. ¿Qué te parece si te pones las pilas, subimos las apuestas y me arrollas?

Bobby se secó los labios, se echó el cabello hacia atrás y asintió sin mirar a su oponente.

—Cincuenta —dijo en voz baja.

—Que yo los vea —dijo Billy.

A Jack le entraron ganas de reír a carcajadas. ¡Qué sentido de la oportunidad! ¡Qué insulto tan mortal!

Case miró a Kol Mano, que negó con la cabeza.

—Dejémoslo en diez —dijo Case, y sacó un montón de billetes de un dólar y los desplegó sobre la mesa.

—Querrás decir ocho, ¿verdad? —le preguntó inocentemente Billy, tocando los billetes de uno en uno con la punta de un dedo.

—Vale, maldita sea, ocho. ¿Quieres jugar o no? ¿O piensas largarte como un cagueta?

Billy aparentaba decepción, pero Jack veía que estaba tenso y excitado, puede incluso que asustado.

—Vaya —dijo Billy—. Ahora empiezas a insultarme. Y yo que pensaba que era una partida entre amigos...

Acto seguido, hizo como que se enfadaba.

—¿Por ocho dólares? ¿Estás de broma?

Denny canturreó:

—La *partida*... ha... ¡terminado!

Apareció John el encargado de entre la masa de mirones, cogió la tarjeta de tiempo e hizo unos garabatos en ella, echándole un vistazo al reloj de la entrada:

—Será un dólar por cabeza.

—Has perdido, *sacacuartos* —le espetó Billy a Bobby Case—. El tiempo lo pagas tú.

Abandonó la mesa, dejó el taco en su sitio y se dirigió a los lavabos de caballeros. Bobby le pagó a John su dólar y se acercó a Mano. Sonreía como un chaval, como un crío de diez años al que han pillado robando en el Todo a Cien.

—La has cagado —dijo Mano.

—Billy ha jugado de maravilla —intervino Denny—. No has tenido ni una oportunidad.

Jack se sentía decepcionado. Había ganado veinte dólares, de los cuales le debía la mitad a Denny. Tenía los billetes en el bolsillo, pero sabía que no le darían para mucho, aunque no los compartiera. Bastaba para pasar un buen rato, pero no para salir del atolladero.

—Vaya mierda —se le oyó decir claramente.

—¿Y tú de qué te quejas? —le dijo Mano, con el dedo en la garganta—. Has ganado veinte, y me apuesto lo que quieras a que no tienes nada más.

Jack se plantó ante Mano con las manos en los bolsillos.

—Yo contigo no apuesto. Seguro que estás tieso.

Hasta Mano se echó a reír.

—¿No habíais dicho no sé qué de una fiesta? —preguntó Case—. Vamos a hacer algo.

—Es esta noche —dijo Denny, y señaló hacia la pared: eran las tres menos cinco—. ¿Qué podemos hacer esta tarde?

—¿Sólo es esa hora? —dijo Case—. Joder, yo pensaba que ya eran casi las ocho. Llevo todo el día de pie.

—Deberías haberte quedado en la cama —le dijo Mano, con sequedad—. Me has costado ochenta machacantes.

—Lo siento, he debido perder el pulso —dijo Case.

Se le veía joven y tímido, sin asomo de su antigua rabia.

—Querrás decir que has perdido la cabeza —le corrigió Mano.

Billy volvió del cuarto de baño.

—¿Sigo invitado a esa fiesta?

—Joder, tío, pues claro —repuso Denny—. Pero es esta noche. ¿Qué vamos a hacer ahora? Ya no aguanto más este puto salón.

—Tengo que ver a un tío —dijo Billy—. ¿Por qué no quedamos aquí a eso de las siete o las ocho?

—No, coño, vamos al cine o a hacer algo —dijo Denny sin mucha convicción.

Jack y Kol Mano intercambiaron una mirada suspicaz: sabían que Billy quería largarse para guardar algo del dinero, y Denny también lo sabía y no quería verlo desaparecer.

—¿Qué tal lo de la partida de póquer? —propuso Mano, aunque a nadie en particular.

—Hombre, sí —dijo Denny—. ¿Tú juegas? —le preguntó a Billy.

—No he jugado en mi vida —anunció Billy. Pero todo el mundo se dio cuenta de que era una maldita mentira—. Os veo esta noche, tíos, ¿vale?

Y echó a andar hacia la salida, pequeño y garboso, como si su cortavientos blanco fuese una bandera victoriosa.

—Hay que reconocer que el pequeño chupapollas es digno de admiración —dijo Mano—. No sólo tiene talento, sino que también dispone del cerebro suficiente como para conservar su dinero. Seguro que nadie lo vuelve a zurrar como hicimos nosotros ayer. El chaval, simplemente, estaba nervioso y quería ponerse a prueba; no volverá a pasar. —Y a Case le dijo, severamente—: Y tú apréndete la lección, desgraciado: si pierdes los estribos, también pierdes el dinero.

—Que te jodan —repuso Case sin muchas ganas; sin el taco se le veía de lo más perdido.

—Ya lo tengo —dijo Denny alegremente, levantando un dedo—. Levitt tiene veinte pavos: vámonos al Model Hotel a follar.

—¿Con *mis* veinte? —protestó Jack.

—Con *mis* veinte —le corrigió Mano—. Es un buen plan. Hay que compartir la riqueza.

—Id tirando, chicos —dijo Bobby Case.

—¿Qué pasa? ¿No te van a dejar entrar? —le preguntó Denny.

—Es que no me apetece.

—Buen chaval —dijo Mano—. Vámonos.

Mientras subían las escalerillas, les dijo a Jack y a Denny:

—Me sé de un sitio en el que os servirán, tíos; añadamos cinco pavos y a beber cerveza.

Jack no lo lamentaba en absoluto. Total, ¿qué otra cosa podía hacer con veinte dólares?

CUATRO

Billy sintió todo el peso de su soledad esa misma noche, de vuelta en el Ben Fenne's, medio esperando a que aparecieran Denny y los demás para llevárselo a la fiesta. Sólo había unas pocas partidas en marcha, nada en ellas para Billy (en la mesa de *keno*, unos universitarios jugaban partidas de diez centavos), así que se quedó sentado a la barra, detrás de la mesa de *keno* y cerca de las máquinas de millón, alargando una taza de café, esperando y haciendo como que no esperaba; haciendo como que no quería a los demás chicos como amigos, sino como adversarios. Se sentía muy tonto.

Era curioso lo que había soñado cuando regresó a su cuarto para guardar la mayor parte del dinero y se tumbó a descansar un rato. Recordaba perfectamente algunos fragmentos del sueño: le había dado veinte dólares a Denny para asegurarse de que lo esperaría; le había dicho a alguien, la verdad es que no se trataba de Denny; de hecho, Billy pensaba que debía de haber sido un chaval negro, las mismas palabras que a Denny: «Ahora ya no tienes que explotarme». Sólo que en el sueño todo estaba muy mezclado. Había estado jugando al billar americano, vale, pero en un vasto campo verde con nubes blancas por encima. La hierba era como la de un campo de golf, y él se había tumbado en ella para darle a las bolas de billar. El sol le quemaba la espalda y había otros chavales por ahí. Parecían tener todos unos diez años, y Billy pensó que igual, en el sueño, también él había sido un crío. Era el único que jugaba al billar; los demás estaban al final del campo, recogiendo flores. Luego todo se hizo muy confuso. Uno de los chicos se acercó a él y le ofreció un ramo de flores, Billy podía verlo de nuevo, sonriendo a través de las flores, y por algún motivo, le dio algo de dinero y dijo: «Ahora ya no tienes que explotarme».

Tomó un sorbo de café y luego consultó el reloj. Eran las siete y veinte. Se encogió de hombros. Algo le inquietaba, y estaba seguro de que no se trataba únicamente de Denny. Era algo del sueño. ¿Era dinero lo que le había dado al crío? Trataba de fijar la imagen en su mente. Había algo... Y de repente lo recordó. Pero era una locura aún mayor. No era dinero lo que cogió el chaval, sino su brazo derecho. Ahora recordaba haber pensado, con cierta sorpresa, que no le había dolido arrancarse el brazo derecho. Querer es poder, se dijo; no, eso es una chorrada. ¿Y qué había dicho? «Ahora ya no tienes que soltarme.» En casa, su tía tenía un par de libros de sueños que solía consultar con regularidad; puede que ella se lo pudiese explicar. Intentó reírse, pero el recuerdo de aquellas imágenes aún le inquietaba. El ancho campo era un lugar en el que ya había estado, de pequeño. Probablemente, un campo de fútbol americano. Nubes, por supuesto, en Seattle siempre había nubes; la parte más extraña era lo del calor en la espalda, que casi podía sentir aún. «Ahora ya no tienes que soltarme», creía recordar, pues los demás críos acabaron de coger flores y echaron a correr calle abajo, pero no se iban a casa. Él era quien tenía que ir a casa, en lo alto de aquellas colinas. Los demás se dirigían al centro para vender las flores o

algo así.

—Te llamas Billy, ¿verdad?

Asustado, levantó la vista hacia un rostro blanco y dijo:

—Así es.

Era evidente que aquel tipo era un poli de paisano: grande, corpulento, con una boca dura. Pero parecía bastante amigable.

—¿Podríamos hablar allí detrás? —le preguntó a Billy.

—Por supuesto.

Atemorizado del todo, Billy siguió al poli hasta la parte trasera del salón de billar, donde tomaron asiento uno junto al otro. Billy se inclinó hacia delante, dejando que las manos le colgaran entre las piernas. Quería juntar las manos para impedir que le temblaran, pero no lo hizo.

—¿Pasa algo? —preguntó, con una leve sonrisa.

—¿Te sientes culpable? —dijo el poli.

—Como todo el mundo, ¿no?

Al poli no le gustó ese comentario. Billy observó algo extraño en su campo de visión; no podía ver claramente la cara del poli, pero a su alrededor había una especie de aureola en plan arcoiris, y todo lo demás era borroso e impreciso. La cara, esa cara grande y blanca, se retorció un poco ante las palabras de Billy, y dijo:

—No. Todo el mundo, no. Eres nuevo por aquí, ¿verdad?

—Sí, señor —reconoció Billy—. Acabo de llegar de Seattle para visitar a mi tía.

—Esta tarde has ganado mucho dinero, Billy. Pero también llevabas mucho al llegar. ¿De dónde lo habías sacado?

—Esos quince dólares eran mi dinero para el viaje, señor.

—¿Cuándo piensas volver a Seattle?

—El domingo por la noche, señor. En tren.

—Así me gusta —dijo el poli, y se puso de pie—. No era más que una charla amistosa, chaval. No pasa nada. Eres un jugador de billar bastante bueno, muchacho.

«¡Y tú eres un hijo de la gran puta!»

Billy se levantó, temblando de rabia y alivio, y vio cómo el polizone regresaba a la barra, donde agarró un vaso medio vacío de cerveza y le echó un trago. «Así te pudras —pensó Billy—, ¡poli cabrón corrupto hijo de puta!» Sabía que lo habían trincado únicamente porque el poli se fijó en él y le entraron ganas de pasar el rato; probablemente, confiaba en que Billy se derrumbara ante el interrogatorio y le confesara un par de violaciones y algunos robos de gallinas; lo trincó por pura rutina, sabía que Billy le había mentado y tanto le daba; sólo estaba pasando el rato; lo más probable es que estuviese fuera de servicio y tomándose una cerveza antes de volver a casa o al tajo. A Billy le temblaba todo el cuerpo, así que se fue al baño de caballeros, se echó agua fría en la cara y se la secó con una toalla de papel. Plantado ante los enormes y malolientes urinarios, intentó mear, pero no le salía. Se quedó ahí de pie, temblando, a la espera, con algunos espasmos ocasionales fruto de la rabia.

«¡Venga, coño, meal!», dijo entre dientes. Pero era consciente de que toda su ira no iba dirigida al poli; había algo más; la idea de que, a fin de cuentas, no le habían echado a la policía encima.

«¿Por qué no? ¿Por qué no habéis intentado encontrarme?»

Tenía ganas de echarse a llorar, de lo claro que lo tenía: estaba solo, nadie le quería ni le buscaba, la policía pasaba de él, no era más que un negro inútil. Pero ni eso tenía importancia: la negritud. Y es que ni siquiera era negro, sólo amarillo. Aunque daba igual: podría cubrirse la cara de harina, cosa que había hecho una vez, de pequeño, y seguirían ignorándole o riéndose de él. Su problema era *él*, no la negritud. Era él a quien no querían y al que dejaban escapar y del que no les importaba que acabara pudriéndose en una celda lejana. Con la terrible claridad de la auto-compasión, se vio a sí mismo como realmente era: un niño aterrorizado que no había sabido plantar cara al accidente que era su nacimiento, que no había tenido el carácter necesario para decirle al mundo que lo quisiera o que se fuera al carajo. No era más que otro pusilánime, alguien capaz de repartir dinero con la esperanza de que la gente se apiadara de él.

—Joder, pensaba que te habías ido por el retrete —le dijo Denny, sonriendo. Se situó en el otro urinario, se sacó el pene y empezó a mear ruidosamente—. Tío, tienes la cara gris. ¿Te ha asustado ese puto poli?

Billy hizo como que había terminado y se fue hacia el lavabo.

—Te aseguro que sí, compadre.

—Es un capullo —le dijo Denny—. Oye, ¿los tíos de color os ponéis morenos?

Billy levanto la vista hacia Denny. No había ni asomo de burla en su rostro.

—Pues claro —dijo Billy—. Como todo el mundo.

—Ya, es que tienes el pelo algo rojizo, como yo. Y los pelirrojos se queman de mala manera, ¿verdad?

—Por eso me gusta pasarme la vida en un fresco y agradable salón de billar —dijo sonriendo Billy.

—Sí, pero se te enmohecen las pelotas. Vámonos de juerga.

«Vaya, vaya —se dijo Billy—. Vaya, vaya.»

Enseguida se olvidó de lo de ser un héroe en la pesadilla de un cobarde, y para cuando llegaron a lo alto de la escalerita y se amontonaron en el coche, ya estaba de un humor excelente, y cuando acabó en el regazo de Jack Levitt, el único sitio que quedaba libre, dijo:

—Ahora, cada vez que pillemos un socavón, me vas a deber un dólar.

—Tómame una cerveza —repuso Levitt.

—Que la pague —dijo Bobby Case desde el asiento delantero—. Es el que tiene toda la puta pasta.

—Ese no paga una *mierda* —dijo Denny—. La fiesta corre de *mi* cuenta.

Todos se echaron a reír, menos Kol Mano, que insistía en recorrer Broadway una vez más, con la esperanza de pillar a algunas chicas. Cuando pasaron ante la Esquina,

había unos cuantos tíos apoyados en un coche, delante del *drugstore*, y Denny les lanzó unos berridos insultantes.

Bobby Case le dijo muy seriamente a Billy:

—¿Sabes una cosa? Tú y yo deberíamos ir a Frisco. Por ahí hay la hostia de pasta, y se morirán por jugar contigo. Les podríamos sacar una fortuna a esos cabrones. Yo ya lo hice una vez, y todos creyeron que lo mío era pura chamba.

—No es mala idea —dijo Billy—. No es mala idea.

—Joder —dijo Denny—. Vosotros dos juntos seríais letales.

En el coche había tres muchachos a los que Billy nunca había visto, y uno de ellos dijo:

—Yo no me creo que engañaras a nadie en San Francisco, Case. Lo que creo es que no podían *aceptar* la idea de que les ganases.

—Eso es verdad —le dijo Billy. El chaval que había hablado aparentaba unos dieciocho y lucía una frente muy despejada y una nariz larga e inquisitiva, pero casi no tenía mentón—. Yo ya lo he visto en Seattle. Tíos que no podían soportar la idea de que les machacara un negrito. —Se echó a reír—. ¡Pero me los comí con patatas!

—Tú a mí no me comes nada —se guaseó Denny.

—Te costaría dos dólares —dijo Billy, siguiendo la broma.

Mano apartó un momento la vista del volante, con un gesto de impaciencia, y Billy se preguntó si, a fin de cuentas, no iría a resultar que no le gustaban los negros. Pues bueno, si así era, que le dieran mucho por culo. A los demás no parecía importarles. Echó un trago de la botella de cerveza que le había pasado Levitt de la caja abierta que había en el suelo, sintiendo como si unas frías agujas le bajarán por la garganta. Esta noche, se dijo, me lo pienso pasar como si se fuese a acabar el mundo.

CINCO

La fiesta se salió de madre a las primeras de cambio. La idea original había consistido en una partida de póquer para desplumar a Billy Lancing, seguida de una juerga en la que beber todo el alcohol gratis posible y llevarse el que quedara, todo de lo más discreto tras las espesas cortinas de esa casa tan lujosa, pero la partida se desinfló y luego, para hacerse con algunas chicas, tuvieron que invitar a demasiada gente. La cosa no tardó nada en convertirse en un caos.

La primera cosa extraña que detectó Jack fue que Kol Mano desapareció a los pocos minutos de llegar. Había aparcado el coche a un par de manzanas, debajo de unos árboles, y cuando llegaron a la casa y se colaron por la parte de atrás, Mano dijo: «Esto no mola nada». Poco después de que Denny le mostrara las provisiones de *whisky* en cajas, Mano desapareció y Jack observó que lo mismo había sucedido con dos de las cajas de licor. Probablemente, Mano no tenía la menor intención de quedarse, y Jack se quedó con la ligera impresión de que le habían tomado el pelo. Mano era muy raro; la gente se olía que era drogadicto, maricón o muchas otras cosas, pero Jack no sabía nada concreto al respecto; él sólo veía a Mano como un tío muy enrollado que siempre parecía estar cerca de donde había dinero. Y ahora se había largado. Jack pensaba mantener con él una buena charla. Se encogió de hombros. Otra vez sería. Ahora había que prestar atención a la fiesta.

Alguien había descolgado el teléfono y ahora había como quince personas deambulando por la casa, y daba la impresión de que tocaban a dos chicos por chica; Jack pretendía agenciarse a una de ellas. El hecho de haber visitado el Model Hotel el día anterior y esa misma tarde no quería decir nada. Deseaba fervientemente a una chica. Algunas hasta eran bonitas, así que decidió que la más guapa de todas tenía que ser para él.

Recorrió las tres plantas de la casa, con una botella de *whisky* en la mano, en busca de actividad. Había chavales por todas partes, y ninguno de ellos había estado antes en una casa así. La mayoría, como Denny, vivían en hogares abarrotados de sitios como St. Johns, Selwood o el noroeste de Portland, y ver toda esa riqueza los subyugaba. Al principio se limitaban a rondar por ahí, casi intimidados por la presencia ausente de los ricos y poderosos dueños de la propiedad, contemplando la ropa cara de los armarios y esos cajones trufados de cosas de seda. Pero al cabo de un rato, el *whisky* y la familiaridad les quitaban esa sensación de hallarse en un museo y empezaban a dar la nota y a portarse como si estuviesen en una casa normal, celebrando una fiesta normal. Únicamente Jack, Denny y Billy Lancing sabían perfectamente que sólo por encontrarse dentro de la casa ya estaban cometiendo un delito. Les habían dicho a los demás que contaban con el permiso del joven Weinfeld. Bobby Case también lo sabía, pero tras deambular por ahí cosa de media hora, se hizo con algunas prendas del chico (que le sentaban muy bien) y abandonó la fiesta.

Obedeciendo a un impulso, Jack salió al bien cuidado jardín que había en la parte

de atrás de la casa. Había césped, y la enorme sombra negra de los árboles oscurecía la zona más alejada del jardín. El cielo estaba nuboso y de color rojizo gracias a las luces del centro de la ciudad. De la casa llegaban algunos ruidillos, que no eran lo bastante fuertes como para ser oídos en las casas vecinas, pero la luz se colaba a través de las cortinas de las ventanas y eso sí que podía ser visto: sólo había cortinas opacas en la parte frontal de la casa y en la primera planta. Jack se empezó a preguntar si la gente sabría que sus vecinos estaban, teóricamente, de vacaciones. No tenía la menor idea del comportamiento vecinal; no sabía que en los barrios de clase media alta como éste, era corriente que los vecinos no se conocieran personalmente y que, incluso, ni se saludaran al cruzarse; tampoco sabía que los Weinfeld eran judíos, y que en esta zona concreta del vecindario eran los únicos. Así pues, empezó a preocuparse por lo que podría pasar si alguien veía luz en las ventanas o captaba un ruido, una risa o un berrido y decidía llamar a la policía.

Echó un trago de *whisky* y tosió. Si aparecían los maderos, lo más probable era que se plantaran ante la puerta principal y llamaran al timbre. Había tres o cuatro coches aparcados por ahí. Los polis se fijarían en ellos, y sus propietarios ya se podrían ir preparando para la que se les venía encima. Pero Jack, nada. Cuando llegase la pasma, él saldría por la puerta de atrás. Le echó un vistazo a la verja. Podía saltarla con facilidad, pues no mediría más de dos metros. No tendría ningún problema para salir pitando. Se relajó.

Pero también era cierto que si se escapaba (suponiendo que la poli llegara a aparecer), seguiría estando igual que al principio: sin blanca, sin domicilio, etc. Le dio un ataque de rabia, no hacia la sociedad que no había sabido proporcionarle dinero, tampoco hacia sí mismo por negarse a trabajar, sino por la situación en sí, por la mera existencia. ¡Maldita sea!, se dijo. Echó otro trago de *whisky*. No había nada que pudiese hacer al respecto, así que podía emborracharse tranquilo, divertirse, hacerse con una tía y lamentarse de todo ello con posterioridad.

—Hola —dijo una voz surgida de la oscuridad—. ¿Tomando el fresco?

—¿Quién eres?

—Billy.

Se acercaron el uno al otro. Billy también tenía una botella, y se quedaron juntos unos instantes, bebiendo en silencio. Finalmente, Jack dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí afuera? ¿Tomando el fresco tú también?

—Pues sí. La fiesta no vale gran cosa, ¿verdad?

—Bueno, ya sabes...

Luego, cuando Jack dispusiera de tiempo para pensar en ello, se preguntaría por qué no había aprovechado esa oportunidad de oro para dejar a Billy fuera de combate y robarle el dinero. Con todo ese tiempo a su disposición, pasó lista a todos los motivos que pudiese almacenar en la mente. No era porque Billy y él fuesen amigos, y aunque lo hubieran sido, Jack no encontraba razones para no robarle; Billy tenía dinero a espaldas y él lo necesitaba.

Y tampoco era porque Billy fuese más bajito e indefenso, ni porque confiara en que Jack no se aprovechara de ese encuentro casual; esa clase de motivos se la había sudado a Jack toda la vida. Y, desde luego, no era porque Jack no lo hubiera pensado, o le diera miedo la idea, o le pareciese poco ético invitar a alguien a una fiesta para luego robarle (ese había sido, precisamente, el motivo para invitar a Billy). De hecho, durante todo el tiempo del que dispuso para darle vueltas al asunto, Jack fue incapaz de dar con una respuesta lógica y razonable. Se quedaron ahí, en el jardín, charlando, y luego volvieron a entrar en la casa. Eso es todo lo que hubo. Era inexplicable.

En el interior de la casa estaban pasando muchas cosas. En la sala de fiestas del sótano, había tres parejas bailando y un chico solitario estaba detrás de la barra probando diferentes combinaciones alcohólicas de lo más exóticas. Cuando Jack apareció en busca de otra botella, el muchacho en cuestión sostenía un vaso para batidos con un líquido verdoso dentro y hacía unas muecas propias de un sabio loco. Jack le quitó el vaso y tomó un sorbo: sabía a caramelo amargo. Le devolvió el vaso y se hizo con una botella medio llena de Cutty Sark. Observó a los que bailaban. Todos parecían encontrarse en otro sitio mientras se movían lentamente a los sonos de la canción que salía de la radio, «Dream».

Todo parecía muy agradable. Subió a la planta de arriba. El salón estaba vacío. Varios animalitos de vidrio se habían caído de la repisa o habían sido arrojados al hogar, por lo que estaban rotos. La bella dama del vestido blanco con el fajín azul contemplaba la habitación vacía con una sonrisa dulce, agradable y cálida, sin reparar en lo que les había pasado a sus ornamentos. También su hermosa alfombra persa había resultado dañada por las quemaduras de cigarrillo y el licor derramado, pero ella no se daba cuenta, pues miraba hacia la lejanía. Jack la saludó con la botella y se dirigió a la cocina. Denny, Billy Lancing y otros tres chicos estaban sentados en torno a la mesa, charlando. La habitación estaba llena de humo. Alguien había estado guisando algo en el hornillo, que, tras rebosar, se había chamuscado. La cocina lucía unas largas marcas de color negro amarillento, y el gas seguía encendido bajo una olla negruzca. Jack se acercó a echar un vistazo, pero fue incapaz de averiguar qué se había estado cocinando. Los chicos de la mesa parecían estar hablando de otra fiesta, no de ésta, sino de una del pasado. Jack no acababa de entender lo que decían. O estaban borrachos o el borracho era él. Puede que todos lo estuvieran. A Jack le zumbaban las orejas y se notaba las piernas largas y gomosas. Uno de los muchachos se acabó su botella y la arrojó a través de la cocina. Se rompió. Jack sonrió. Eso parecía divertido. Observó su botella. Demasiado llena.

—Quiero un puro —dijo, pero nadie le contestó.

Salió de la cocina dando tumbos. ¿Dónde estaban los puros? Ah, sí, en la «Biblioteca». Jack sabía que la habitación que buscaba se llamaba la «Biblioteca» porque había visto películas en las que la gente tenía esa clase de cuartos. Era una habitación llena de libros, pequeña, pero repleta de libros. Y había un escritorio. Denny y el lo habían registrado la noche anterior en busca de dinero. El hijo de puta

del escritorio no guardaba dinero ahí. Capullo. Jack dio unas vueltas hasta encontrar esa habitación. La luz estaba apagada, así que le dio al interruptor de mercurio (que no hizo clic) y pilló a un chico y una chica en el sofá de cuero. Atisbó un poco de muslo blanco mientras la chica se volvía rápidamente hacia él, bajándose la falda. Tenía la cara manchada e hinchada y los labios entreabiertos sobre dos prominentes dientes de conejo. El chico se incorporó, con su largo tupé hollywoodiense enredado y desplomado sobre la frente. Lucía granos diversos y el esbozo de un bigotillo.

—Largo —les dijo Jack.

—Oye, mira... —entonó la chica.

—Pero ¿qué coño te pasa? —dijo el chico.

Pero se marcharon y Jack se puso a buscar los habanos. Había un armarito debajo de una estantería de cristal. Aquí están, se dijo mientras se inclinaba. Sacó un cigarro, le dio un lametazo de arriba abajo, le arrancó uno de los extremos y lo encendió. El puro sabía muy fuerte y le quemó la garganta al inhalar. La buena vida; los ricos se fuman estas putas sogas; y yo me las pienso fumar también aunque me maten. Echó un vistazo a su alrededor. Libros. Dinero escondido entre los libros. Por supuesto. ¿Dónde si no? En esta casa tiene que haber dinero, y debe de estar entre los libros. Empezó a sacarlos de los estantes y a mirar detrás de ellos. Al cabo de un momento, estornudó; había mucho polvo detrás de los libros, y el polvo tenía un olor especialmente acre. Sacó sin cuidado alguno los libros de los estantes abiertos, que fueron a parar a la alfombra, echando polvo y rompiéndoseles el lomo. No encontró ni un céntimo. La estantería acristalada estaba cerrada. Ahí es donde debía de estar el dinero. Se hizo con un ejemplar de *La estela de la bruja roja* y lo utilizó para cargarse el cristal de los dos lados. Tiró el libro y metió mano en el estante. Habría que tener cuidado para no cortarse. Y abrir cada libro; puede que hubiese billetes de veinte dólares entre las páginas. Extrajo un grueso volumen titulado *The Perfumed Garden* y se puso a pasar las páginas. Nada. Lo arrojó a través del cuarto. Sacó más libros, la mayoría sobre la guerra civil, los hojeó y los tiró a la pila que ya se había formado en el suelo. Finalmente, encontró algo de dinero. Un billete confederado de veinte dólares que se utilizaba como punto de lectura. Le llevó un buen rato averiguar lo que era. Acto seguido, mientras sostenía ese dinero inútil, perdió los estribos en serio y se lanzó a patear la pila de libros y a despotricar con voz profunda y rabiosa. Miró a su alrededor en busca de algo que le inspirara para cometer alguna tropelía, pero la habitación ya estaba hecha cisco, así que, pisando o pateando los libros, salió de allí con el billete confederado aún en la mano.

Mientras atravesaba el comedor, vio a un chico tumbado bajo la mesa, con la boca abierta, roncando. Se lo quedó mirando fijamente y luego se agachó y le metió el billete de veinte en la boca. El chaval se asfixió, puso los ojos como platos, se puso de lado y empezó a vomitar en la alfombra. Jack le dijo: «Lo siento, no quería hacerte daño», y regresó a la cocina. Le apetecía un bocadillo de ensalada de huevo. Y para eso había que hervir unos huevos, cortarlos, añadir mayonesa, encontrar pan y hacer

el bocadillo. Abrió el frigorífico a lo bestia y observó el interior. Había montones de comida, pero huevos no. «¡Hay que joderse!», clamó. Apartó a manotazos algunas botellas y paquetes de la nevera y oyó ruidos de cristal roto.

—Oye, nos vamos a tomar el aire —le dijo Denny al oído—. Vente, que se te ve cocido.

—*Estoy cocido* —declaró Jack.

Quería explicarle a Denny todo lo de los libros, pero no podía encontrar las palabras. Siguió a Denny y a Billy hacia el jardín de atrás. «Igual ahora hostiamos al cabroncete y le guindamos la pasta», pensó.

Se sentaron los tres sobre la hierba mojada y Denny y Billy encendieron sendos cigarrillos. Jack aún llevaba el puro en la mano, pero no se lo fumaba y se limitaba a dejar que se fuese quemando.

—Maldita sea —dijo Denny en la oscuridad—. Vaya puta mierda de vida. ¿Sabéis qué?

—¿Qué? —preguntó Billy sin mucho interés.

A Jack no le pareció que estuviese borracho.

—¿No estás mamado? —le preguntó.

—No siento ningún dolor —declaró Billy.

—Mierda. Seguro que no bebes.

—Claro que bebo.

—Jodido negrata cagueta.

—Coño —dijo Denny—. ¿Sabéis qué? Me voy a alistar en los Marines. De verdad. Quiero salir de esta mierda de vida. El colegio. Odio el colegio.

—Yo también —dijo Billy—. Pero me acabo de largar; no pienso meterme en el Cuerpo de Marines.

Jack movía el aire fresco en su dirección, lo retenía un instante y lo dejaba marchar. Casi se le había aclarado la cabeza.

—¿Marines? —preguntó—. ¿Y para qué cojones, Denny? ¿Te has vuelto loco?

—Joder, es que no voy a ninguna parte. Hago novillos constantemente, me pillan, me castigan, mi vieja me zurra la badana y luego tengo que volver al cole. Yo ahí no hago nada más que quedarme sentado, malgastando la vida. ¿Sabéis qué? ¿Sabéis lo que me dijo Clancy Phipps? Va y me dice: «Más vale que te alistes ahora, mientras puedes, pues cuando estés fichado ya no podrás». ¿A que es horrible? El tío lleva toda la puta vida queriendo apuntarse a los putos marines, pero resulta que trinca una radio y le caen seis meses y ahora los Marines no lo quieren. Pero Dale, su hermano pequeño, y yo nos vamos a alistar juntos. Después de su hermano, Dale Phipps es el cabrón más duro que he visto en mi vida. Pues él y yo nos alistamos.

—No es tan duro —dijo Jack.

Tenía envidia, pero no tanta como para unirse a los Marines.

—¿Sabéis qué? Estar en los Marines es peor que la cárcel. Las pasas realmente putas.

—No —dijo Denny muy en serio—. Claro que las cosas son duras en los Marines, pero tío, es que son *muy duros*; tienes que ser muy bueno para salir adelante. Pero merece la pena.

Dijo Billy:

—Ay, Señor, pero si ahí se pasan la vida tocándote los huevos. Prefiero echarme a la carretera. Supongo que si soy un jugador lo suficientemente bueno no tendré problemas para ganarme la vida.

—Pues mira —dijo Denny—, eso está muy bien. Pero es que tú tienes un talento especial, unas habilidades... Y yo no tengo nada. O sea, que lo único que puedo hacer es meterme en el ejército. Y los Marines son lo mejor que hay ahí dentro, ¿no?

—No te digo que no —reconoció Billy—. Pero prepárate para lo que te espera.

—Que os den por culo, tíos —les espetó Jack—. Vosotros tenéis vuestras ambiciones. Yo no.

En esos momentos, sentía una gran lástima por sí mismo.

—No —dijo Billy—. Si ya sé que va a ser duro, siendo negro y tal, pero supongo que aguantaré lo que me echen porque soy bueno en lo mío, ¿no? Eso es lo más importante. Joder, mi viejo no tiene habilidades para nada, así que cada vez que despiden a los negros, se le va la olla y se emborracha en casa y se compadece de sí mismo. Y éramos muchas bocas que alimentar, así que me largué, ¿sabes? Y me lo pienso montar.

—Lo conseguirás —le dijo Denny con admiración—. Tienes los huevos necesarios, y Kol Mano dice que también el cerebro. Oye, dime una cosa: ¿Cuánto dinero llevas encima? Te juro que no te lo vamos a quitar; sólo quiero saber cuánto has ganado hoy y cuánto te has guardado. Venga, hombre.

Billy soltó una risita.

—Me he traído veinte, pero hoy he ganado casi cien.

—¡Dios mío! —exclamó Denny.

—¡Los cojones! —dijo Jack.

Se puso de pie y le crujieron las juntas. Se dirigió hacia la casa. Aún podía oírles hablar de sus planes de futuro mientras entraba en la residencia. No era un momento muy significativo para ninguno de ellos, pero más adelante, cuando Jack dispusiera de mucho tiempo para pensar, ese momento adquiriría importancia: fue la última vez que vería a cualquiera de los dos en muchos años. Pensaba en ellos a menudo, en ambos, mientras estaba sentado en la penumbra y recordaba su pasado; pensaba en el carácter amistoso de Denny, en su generosa bondad; exageraba sin medida, convirtiendo a Denny en su memoria en una especie de santo, destruyendo a conciencia al auténtico Denny... Pensaba en Billy y en su talento y valor, exagerando como con Denny, con lo que esos dos muchachos acabaron casi por convertirse en símbolos de lo que a él le faltaba, o soñaba a oscuras que le faltaba. Luego se olvidó de ellos como se olvidaba de prácticamente todo. Pero eso fue mucho después.

Ahora mismo, sólo quería dormir. Estaba muy borracho, y el sueño se le antojaba

tan deseable como una mujer. Se fue escaleras arriba y echó un vistazo al dormitorio del chico de la casa. Había una pareja en la cama. «Perdón», dijo, y se fue a la habitación de una de las chicas. Estaba vacía. Se metió en la cama como si fuera un peso muerto, sintió el frescor de la sábana de abajo y se quedó frito.

SEIS

La verdad es que no sabían qué hacer con él. Se negó a decirles quién era, o qué edad tenía o nada de nada. Se lo llevaron, lo ficharon como Juan Nadie y lo encerraron en la cárcel municipal a la espera de juicio.

No puso las cosas fáciles. Al despertar, se dio la vuelta, vio a los dos enormes policías de paisano junto a la cama, parpadeó y se lio a bofetadas. La verdad es que no intentaba escapar, pues ni se le pasó por la cabeza que tal cosa fuera posible: se limitó a pelear. Uno de los agentes tuvo que atizarle en la sien con la porra de goma y plomo, momento en el que las piernas le fallaron y, tras lanzar un último y brutal puñetazo al aire, se desplomó sobre la alfombra. Lo esposaron mientras seguía atontado, y luego uno de los policías se le sentó encima y le dio un buen sopapo en la cara, para que fuese viendo cómo estaba el patio. Ni siquiera se enteró mucho de nada.

Se lo llevaron escaleras abajo y pudo echarle un último vistazo a la casa. El salón estaba hecho un asco: cortinas rasgadas, vómito y quemaduras de cigarrillo en la alfombra, una lámpara derribada y con la pantalla torcida... No reparó en lo mucho que olía la casa a humo, vómito y orina hasta que abrieron la puerta principal y olió aire fresco. «Caramba» dijo. Ese fue el primer comentario que le oyeron los policías, y también el último.

Por una vez, lucía el sol en Portland, y Jack detectó sobre el césped el brillo potente y diamantino de los cristales rotos. Lo subieron al negro vehículo policial, con un agente delante y otro atrás con él, y recorrieron las curvadas calles hacia el corazón de la ciudad. El movimiento del coche le revolvió el estómago y le dio dolor de cabeza. Se inclinó hacia delante y vomitó en el regazo del poli, momento en el que oyó un ruido, encajó un porrazo y se volvió a quedar traspuesto.

Registrarle no sirvió de nada, pues carecía de ningún tipo de identificación. Lo más probable es que hubiera sido citado, juzgado y enviado a prisión, de no ser porque uno de los policías lo reconoció del local de Ben Fenne. Dicho policía pasaba la hora del almuerzo en ese salón de billar casi cada día, jugando al *keno*, y sabía que se llamaba Jack. Por pura rutina, recurrieron a los archivos y descubrieron que se trataba de una Persona Desaparecida y que, encima, era menor de edad. Así pues, en vez de enviarlo a prisión, en Salem, fue a parar a un reformatorio de Woodburn.

SEGUNDA PARTE
Una muerte en el patio grande
(1954-1956)

SIETE

Denny había crecido desde la última vez que Jack lo había visto; ahora medía cinco centímetros más que él, por lo menos, era más corpulento, tenía la cara más llena y el pelo rojo empezaba a retrocederle levemente en las sienes. Pero sus ojos verdosos y su sonrisa seguían siendo inconfundibles; y aunque ya debería tener veinticuatro o veinticinco años, seguía pareciendo un chaval. Estaban sentados en un salón de billar de la calle Market y Denny le contaba a Jack una historia divertida.

—Menudo follón. Ibamos a asaltar ese tugurio de tahúres de South City, y el tío que nos lo había señalado dijo que todo lo que había que hacer para que te dejaran entrar era sonreírle al menda de la puerta, y una vez dentro, pues sacabas las armas y le gritabas a todo el mundo que se tirara al suelo. La pasta estaba justo ahí, en un armario de madera situado entre las mesas, y el nota del delantal verde era el que tenía la llave, ¿vale? O sea, que la cosa parecía fácil; el organizador del palo decía que no habría problemas. Siempre lo decía, nada de problemas: como él no participaba, todo le parecía muy fácil, bastaba con hacer que todo el mundo se cagara de miedo y pillar la pasta. Chupado.

»Bueno, el caso es que estoy en la puerta, diciéndole al tío que me deje entrar, con las manos metidas en los bolsillos de mi enorme chaquetón, y él me abre la puerta y yo me cuelo con las armas a la vista, gritando como un poseso, y todo el mundo se tira al suelo, derrumbando mesas, palideciendo y toda la pesca, y ahí estoy yo, mirándome a mí mismo en uno de esos espejos grandes que suelen estar en la pared del fondo, ya sabes. Tío, a mí me gusta cagar al primer apretón. Sabía perfectamente que detrás del puto espejo había un par de matones asquerosos, o algo parecido, con metralletas, escopetas recortadas o lo que fuera, ya sabes, tronchándose de risa y a punto de disparar. O sea, que ahí me tienes, mirándome a mí mismo, y todo el mundo sale pitando, gritando o comiéndose el serrín del suelo, así que opto por pegarle un par de tiros al espejo, ya sabes, para poner en fuga a esos cabrones, pero de repente pensé, bah, a la mierda, y me fui por el tío del delantal verde y me abrió la caja del dinero y me dio la pasta como lo hacía cada día o como si le importara una mierda, y yo me metí el dinero en los bolsillos y pegué unos berridos para que todo el mundo se quedase donde estaba. Colega, casi *sentí* las balas entrándome por el culo, pero conseguí llegar hasta el coche sin que me pasara nada, y me tiro dentro y le digo a Tommy *¡Lo conseguí!*, y salimos de allí a toda leche y no pasó nada de nada. ¿Qué te parece?

Se reía y contemplaba pícaramente a Jack:

—Resulta que esos clubs de póquer están legalizados, y al día siguiente, el periódico decía que nos habíamos llevado ochenta mil dólares. Fue entonces cuando comprendí por qué los tíos de detrás del espejo nunca llegaron a abrir fuego y freírme; probablemente, el jefe en persona también estaba detrás del espejo y dijo: «Vamos a dejar que nos robe ese capullo, que así podremos desplumar a la compañía

de seguros».

—¿Cuánto trincasteis en realidad?

Denny suspiró en voz alta:

—Dieciocho, en total. ¡Menudos chorizos!

Jack sonrió. Estaba contento de haberse topado con Denny después de tantos años.

—O sea, que ahora eres todo un ladrón —dijo.

—Bueno, llevo un tiempo sin hacer nada. Nos jodieron a base de bien. Salgamos de aquí.

Se levantaron y abandonaron el salón de billar en el que habían coincidido por casualidad, subieron por la calle Turk unas cuantas puertas y entraron en un bar. Era media tarde y había muy poca gente en ese tugurio en penumbra. Ocuparon una mesa en la parte de atrás y Denny dijo:

—Ibamos a dar el palo en Playland, aquel sitio de la playa, ¿sabes? Teníamos un gran plan. El organizador ese del que te he hablado se lo curró durante semanas, yendo allí, dando vueltas, buscando el dinero, calculando los trayectos de huida y tal, y luego nos hicimos con un montón de armas; colega, debíamos tener diez o doce trastos: rifles, pistolas automáticas, revólveres, pistolas de gas lacrimógeno, de todo... Así pues, una noche nos vamos para allá. Tommy, el tío que hacía de conductor, se había comprado un coche nuevito, y todos habíamos metido ahí las armas, y para allá que nos fuimos, y Tommy aparca y nosotros salimos a echar un vistazo, nos subimos a algunas atracciones, jugamos con las máquinas, nos lo pasamos de coña y luego volvemos al coche y, tío, no te lo vas a creer: ¡Tommy había aparcado en zona prohibida. Ya no estaba. *Se lo había llevado la grúa!* Con armas y todo. Ya no estaba. O sea, que nos habíamos quedado sin curro. Tommy se largó a México. El coche era suyo, registrado a su nombre y toda la pesca. ¿Tú has estado en México?

—Una o dos veces —dijo Jack—. Pero nunca he pasado de Laredo.

—Pero ¿qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

—Bueno, ya sabes...

Denny se quedó a la espera unos instantes, pero Jack no añadió nada más, así que se echó a reír.

—Bueno, vale.

—He estado boxeando —reconoció Jack—. Por el circuito del Suroeste, Los Ángeles. Lo acabo de dejar.

—¿Lo dices en serio? ¿Tú, boxeador?

Jack asintió y bebió un poco de cerveza. Se había callado que también había estado cortando troncos, trabajando en una conservera y en una fábrica de muebles, atracando gasolineras, robando a borrachos y viviendo en medio centenar de cuartos espartanamente amueblados, haciendo como que lo suyo era libertad de la buena, despertando cada mañana con el temor a que el tiempo trajese un viento seco que se

llevara su fuerza y su juventud y durmiendo entre pesadillas cada noche. Ahí sentado, le sonreía a Denny, veía lo que el tiempo había hecho con él y se preguntaba, mucho más tranquilo ya, por qué le preocupaba tanto su paso. Le sucede lo mismo a todo el mundo, pensó, nos quedamos aquí sentados, envejecemos, morimos y no pasa nada.

—Mira —le dijo Denny—. Esto te va a gustar. Llevo a cuestras a un par de tías; me ligué a una y la otra se apuntó, y ahora estamos los tres juntos. Puedes quedarte con la otra, ¿vale? ¿A que no tienes nada mejor que hacer?

—Es estupendo —admitió Jack.

Sentía que algo se le escapaba en su interior, y decidió que era mejor así. Esto sería mucho más fácil. Ya habría tiempo para pensar.

El cuarto de hotel de Denny tenía una cama doble y un catre muy pequeño en una esquina. Ahí sentado, Jack podía ver a las muchedumbres de la calle Turk, congregadas ante la entrada de los cines, de los clubs, de los palacios del perrito caliente, de los quioscos y de las barberías. Sostenía un grueso vaso del hotel en forma de barrilete, lleno de *whisky*, mientras Denny estaba tumbado a la bartola en la cama doble, hojeando un tebeo. La habitación estaba repleta de ellos, así como de ropa femenina apilada en las dos sillas y a punto de caerse sobre la fina moqueta. Sobre ésta yacían paquetes, bolsas vacías, cordeles y envoltorios de hamburguesa de color naranja amarillento, que se deslizaban incluso bajo la cama. En el rincón donde estaba el camastro en el que reposaba Jack podía verse, cubierta de polvo, la Biblia del cuarto partida en dos.

¿Cómo se despierta uno? Una cosa es saber que llevas toda la vida durmiendo, y otra muy distinta, despertar de ese sueño, descubrir que estabas bien vivo y que la culpa no era de nadie que no fueras tú mismo. Evidentemente, ahí estaba el problema.

De acuerdo. Todo es una ensoñación. Nada funciona. Pasas de un sueño a otro y no hay ningún motivo para el cambio. Tus ojos ven y tus oídos oyen, pero nada de lo que ves y oyes tiene la menor lógica. Todo sería más fácil si creyeras en Dios. En ese caso, podrías despertarte y bostezar y estirarte y hacer muecas en un mundo construido basándose en la compasión y la muerte, el castigo del mal y la alegría del bien, y aunque el juego fuese una chaladura, por lo menos tendría unas reglas. Pero no se entendía nada. Nunca se había entendido nada. El problema, ahora que estaba dormido y no despierto, era que lo que veía y oía tampoco tenía el menor sentido.

Un lío, se dijo. Sabes lo suficiente para saber que lo que sientes es absurdo, pero no tanto como para averiguar por qué. Estás sentado en otra habitación cutre de hotel, esperando a un par de chicas a las que no has visto nunca para hacer un montón de cosas que ya has hecho muchas veces, y de sólo pensarlo se te ponen los pelos como escarpas. Cosas. Que hacer. En las que pensabas cuando no podías disfrutarlas. Cuando sólo había una cosa, realmente, que te hiciera sentirte bien, y en las que ya has insistido tanto que es como masturbarse. Bueno, había otra cosa que nunca llegaste a hacer, ¿verdad? Nunca mataste a nadie. Y eso es algo que siempre quisiste hacer, machacarle los sesos a alguien, triturarlo hasta que no quedase nada que

maltratar. Pero nunca lo hiciste.

Antes incluso de que el reformatorio le mostrase su cara más desagradable, Jack ya había intentado matar a un guardia, pues llevaba el crimen dentro de sí. Sabía que él, o su ansia de matar, no era el resultado de un proceso de brutalidad en el reformatorio, que él no era una víctima de la estupidez y crueldad ajenas. En realidad, el reformatorio fue un modelo de vida sin artificios, sin ese oropel del sentido y la motivación que sólo sirve para enmascarar la verdad: que los hombres no eran más que unas unidades a las que había que cuidar y mantener calladas... Nada más tenía importancia, exceptuando que se suponía que no tenían que matarlos. Jack no entendía esta última norma, y su única manera de asumirla consistía en pensar que si los guardias se cargasen a todos los prisioneros, se quedarían sin trabajo. O eso o que no tenían los cojones necesarios. Tuvo mucho tiempo para pensárselo.

El guardia, un vigilante nocturno, en realidad, aunque él se consideraba un guardián, los había sacado de su casita en plena noche, sólo para ponerlos contra la pared y acusarles de prácticas sexuales antinaturales; se puso a caminar hacia uno y otro lado, por delante de ellos, retándoles a que hicieran un solo movimiento, mientras sus ojos amarillentos recorrían sus cuerpos de arriba abajo en busca de señales de perversión; un palurdo analfabeto y estúpido del centro de Oregón que nunca habría podido obtener otra clase de empleo, con esa mandíbula cazorra y esos dientes mellados, se dedicaba a mangonear a esos muchachos porque eran los únicos seres humanos de esta tierra a los que podía mandar; por eso los miraba con sus espantosos ojos, que brillaban con un deseo que no tenía agallas para satisfacer... Y cuando el chico que estaba junto a Jack, que aún estaba medio dormido, soltó una risita y murmuró algo, el guardia lo agarró por el pescuezo y lo sacó de la fila a empujones, lo puso de rodillas y le dio un revés en toda la cara. El chaval hizo un ruido de rabia y sorpresa, y Jack, fuera de control, ahogado por el más puro placer, se acercó a ese blanco perfecto para sus ambiciones, lo agarró, le atizó dos veces, lo arrojó contra la pared y se le tiró encima, machacándole fría y cuidadosamente con los puños el rostro y la garganta, sin olvidarse de asestarle un buen rodillazo en la entrepierna; lo levantó y lo volvió a plantar contra la pared, con una mano en la garganta y la otra arreándole en la cara... asesinándolo con sus propias manos. Cosa que habría conseguido de no ser porque los demás vigilantes, al oír el ruido, aparecieron para apartarle de su víctima, aporrearle y llevárselo a rastras a la celda de castigo, el agujero, donde lo dejaron desnudo y con el deseo asesino no satisfecho y quemándole el corazón; lo dejaron ahí cuatro meses y tres días, 126 días sin luz, para que recordara, pensara y soñara con su descubrimiento.

La celda de castigo medía unos dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho y dos de alto. El suelo y los muros eran de cemento, y no había ventanas. En la parte inferior de la puerta de hierro había una ranura por la que le pasaban una palangana, la comida y la bebida. No le alimentaban a diario, y ése era el motivo de que nunca supiese cuánto tiempo había pasado. Al cabo de un rato, el tiempo dejaba

de existir. El tiempo se detenía de una manera extraña. Al principio se dio cuenta de que no había presente ni nada parecido a un momento; sólo había el movimiento de sus pensamientos entre el pasado y el futuro, entre lo que había ocurrido y lo que iba a suceder. Luego, lo que había ocurrido dejó de ser real, como si su mente hubiese inventado un pasado que su cuerpo era incapaz de recordar; los sentidos le traicionaban, convirtiéndose en sueños, y los sueños acababan por perder cualquier contacto con los sentidos. Al principio, no podía ver porque no tenía luz en la celda; luego, eso se convirtió en un delirio, y no podía ver porque había perdido la vista, y más adelante hasta eso dejó de parecerle real: si no podía ver, era porque no había nada que ver y nunca lo había habido... El cerebro le había tomado el pelo, haciéndole creer que había formas y colores, pero ahora se daba cuenta de que no existían tales cosas. A veces, le abandonaban todos sus sentidos y no podía sentir la frialdad del cemento o el olor de sus excrementos, y los ruidillos que hacía y los sonidos que se filtraban a través de la puerta se apagaban de manera gradual, y se quedaba a solas en el interior de su mente, sin un pasado que contemplar, ya que también había perdido la visión interior, y sin un futuro con el que soñar, pues no había nada más que el vacío y él mismo. La sensación no era ni cómoda ni incómoda. Esas cosas no existían. Todo carecía de color, de sensaciones y de ideas, y a veces se limitaba a desaparecer en ese vacío.

Pero, de repente, había ruidos en la puerta, seguidos del olor de la comida, y todo le volvía de prisa y corriendo, del mismo modo que el aroma de la pitanza le golpeaba y le animaba y empezaba a temblar, a agitarse y a reír mientras localizaba rápidamente la palangana y la deslizaba por la ranura a cambio de la comida y de una taza de agua; y durante unos segundos, cada uno de sus sentidos volvía a ponerse en plena marcha y su mente desplegaba una imagen gloriosa de cómo sería la comida, y él hundiría los dedos en ella, fuera lo que fuese, y empezaría a zampársela a lo bestia, metiéndosela en la boca y tragando, con la avaricia y el terror haciéndole un nudo en el estómago de tal magnitud que, al cabo de unos pocos segundos, se sentiría empapuzado y a punto de vomitar. Después, se tumbaría, resoplando por el esfuerzo, y esperaría a que se le pasara la excitación; a continuación, lenta y cuidadosamente, se comería lo que había quedado y se bebería el agua. Luego se sentaría con las piernas cruzadas en mitad de la celda, esperando la reacción. Porque a veces le echaban jabón en polvo a la comida, aunque él no sabía por qué, y entonces había que encajar durante horas la humillación de la diarrea. Jack nunca sabía si le habían echado jabón en la comida o no; tras las primeras veces, era incapaz de notar el sabor o sentir la dentera, así que se limitaba a esperar el primer zurriagazo interior. Era incapaz de no comer: en cuanto le metían la comida en la celda, se abalanzaba sobre ella sin pensarlo. Daba igual si lo alimentaban dos veces en una hora, pues pasaría lo mismo. Al cabo de un tiempo, ya ni los odiaba por hacerle eso.

Cuando lo arrojaron al agujero, lo que más le preocupó no era la falta de mantas, el escaso espacio o los primeros terrores de la oscuridad, sino el hecho de que estaba

desnudo, de que lo habían despojado de su dignidad. Daba igual que no hubiese nadie para verle; lo realmente importante, lo que más incrementaba el odio que sentía, era la humillación de su desnudez, que parecía privarle de cualquier clase de orgullo y desposeerle de su autoestima, de su humanidad, de su derecho a considerarse un hombre. En cuclillas sobre la palangana, a la espera del siguiente espasmo de sus agónicos intestinos, soñaba con un futuro en el que acabaran por soltarle y hubiera alguien al que poder matar para aplacar su rabia; soñaba con la gloria de ese crimen. Era una idea a la que se agarraba todo lo posible, así como la última en abandonarle cuando se deslizaba de nuevo hacia la nada: le habían arrebatado la dignidad y los mataría por ello.

Atravesó la autocompasión muy rápidamente. Se le ocurrió, tras pasar un tiempo imposible de calcular sumido en la oscuridad, que se moriría ahí dentro, a causa simplemente de su inmensa soledad, y que cuando muriese nadie se enteraría durante un montón de días, y que cuando por fin se descubriera, abrirían la puerta, sacarían su cuerpo, lo meterían en un ataúd de madera y lo enterrarían en cualquier parte, sin señal alguna, y apuntarían en su expediente que el caso estaba cerrado y que Jack Levitt ya no era un problema administrativo. Estaría muerto y olvidado, y nadie lamentaría su suerte. Habría un gran alivio, pues podrían clausurar su expediente. Se quedarían muy satisfechos al verlo completo al fin, y puede que lo enviaran al orfanato y se hicieran con sus papeles de allí, y que lo enviaran también a Portland y consiguieran su informe policial, y escribieran a los sitios en los que trabajó y se hiciesen con sus tarjetas laborales, sus declaraciones de renta y cualquier trozo de papel que llevara su nombre para hacer con todo ello un fajo enorme (no, nada de enorme, una carpetilla, puede que un sobre de color marrón claro), y lo sacaran de los archivos **ACTIVOS** para colocarlo en el de **INACTIVOS**, y al cabo de unos años, cuando necesitaran hacer sitio en el gran archivador verde, sacarían su carpeta y la quemarían, y así Jack habría desaparecido de la faz de la Tierra y ni un solo ser humano sabría o recordaría quién había sido, ni le importaría que ya no estuviese. Ni un solo ser humano sobre la faz de la Tierra lloraría su muerte.

Al pensar en esto, le entraron ganas de llorar. Pero entonces otro pensamiento se materializó para salvarle; su mente le dijo que a él tampoco le preocuparía la muerte de ninguno de ellos. Ahí fuera, la gente caía como moscas y a él le daba igual. No le preocupaba lo más mínimo. Le daría lo mismo que se muriesen todos. Le tenía sin cuidado. Así pues, ¿por qué se iban a preocupar *ellos* por *él*? Él pasaba mucho de *ellos*. Que les dieran por culo. A todos y cada uno de ellos. Soltó una risita, un crujido oxidado. Casi se sentía lleno de esperanza.

Había seis celdas de castigo y podía establecerse cierta comunicación a base de berridos, pero eso solía requerir un esfuerzo excesivo y, a veces, a Jack le abandonaban los sentidos y no podía oír. Aunque a veces sí. Podía oír cómo traían a otros chicos, gritando, amenazando, llorando algunos, y él mismo se encargaba de suprimir la piedad ante la desgracia ajena; tampoco nadie se apiadaba de él. Puede,

incluso, que lo considerasen una especie de héroe. Pues que les dieran por culo. Tal vez descubrieran en las celdas la misma verdad que él, y se dieran cuenta de que no existía nada más que una chispa de energía, y que esa chispa podía morir sin motivo alguno, de la misma manera que tampoco había ninguna razón para su existencia. No tardarían mucho en comprender que gritar no sirve de nada, ya que una chispa de energía carece de oídos; las orejas son una mentira, una broma, un sueño para mantener la chispa, algo para lo que tampoco hay motivo. Como no lo hay, asimismo, para dejar que se apague. Puede que también aprendieran a no odiar a los guardianes, pues tanto éstos como el resto de los habitantes del planeta eran prisioneros en celdas oscuras, aunque no fuesen conscientes de ello; y, de hecho, su prisión era peor que la de Jack, pues estaban encarcelados entre sus propios límites, mientras que él sólo lo estaba por ellos. Jack había descubierto esos límites ajenos: ellos no podían sacarlo de dónde estaba y matarlo, y tampoco podían soltarlo porque él les plantaría cara, así que tenían que mantenerlo encerrado y alimentarle y recogerle la mierda y los meados, todo ello porque tenían unos límites de los que él carecía. Si Jack tuviese un enemigo, lo mataría. No se detendría ante nada. Mataría a su enemigo rápidamente, se lo quitaría de en medio, y ya no tendría a ese enemigo. Pero ellos no podían actuar así. Suerte tenían de que Jack no tuviera ningún enemigo. Pues de ser así, saldría de allí, lo encontraría y lo mataría. Pero resulta que no odiaba a nadie y no necesitaba acabar con ninguna vida humana; en vez de eso, se quedaba ahí sentado a esperar a que le dejaran salir, momento en el que se cargaría al primer ser humano que viera. Así aprenderían.

Pero incluso esta idea, que podía ir creciendo hasta alcanzar la condición de manía, acababa por esfumarse, y Jack se quedaba sin nada, ni tan siquiera con la locura.

Sólo hubo una vez más, tras el episodio autocompasivo, en que estuvo a punto de derrumbarse. Acababa de comer y, para variar, no había nada en la pitanza, lo que le permitió disfrutar de unos momentos de cierta satisfacción, escuchando los ruidos del pasillo y sin pensar en nada en concreto. Oyó a los guardias traer a un muchacho que estaba llorando. Por el sonido del llanto, Jack dedujo que debía tratarse de un chico muy joven, puede que de no más de doce años. Escuchó la puerta de la celda al abrirse, y luego bajó el volumen de los gemidos. Oyó alejarse a los guardias.

Y entonces el chaval nuevo empezó a gritar. Fue toda una sorpresa para Jack. Nunca había oído un sonido igual. Era un grito de lo más agudo, como si el chaval estuviese agonizando. Acto seguido, Jack le oyó llamar a su madre, y hubo más berridos, más fuertes que los anteriores, y se asustó. Sentía su propio grito subiéndole por la garganta y su propio terror en el corazón; le gritó al crío que se callara, y oyó a los demás chicos de las celdas chillándole; pero el chico nuevo no se callaba, así que Jack y los otros se lanzaron a gritar para que viniera el guardia y lo sacara de ahí. Jack estaba sintiendo el pánico; temía que si ese crío no dejaba de gritar, se volvería loco, pero el crío seguía a lo suyo; los chillidos duraron horas hasta que, por fin,

apareció un solo guardián. Jack sabía que debía de ser de noche porque sólo venía uno. Durante el día, o cada vez que encerraban o soltaban a algún chaval, los guardias venían en parejas. Así pues, era de noche, y el guardia solitario pasó junto a la celda de Jack y se dirigió al chico nuevo: «Cállate de una puta vez, joder». El chico decía que le dolía el estómago, pero el guardia, tras un momento de silencio, dijo: «Está fingiendo», y se largó. Jack y los demás se pusieron a gritar y a chillar, airados ante la cobardía del guardia, pues eran conscientes de que éste había tenido miedo de abrir la celda sin un colega al lado, y Jack pensó de nuevo que se iba a volver loco; gritó y juró y lloró de rabia hasta que no pudo más y se tiró en el suelo de la celda boca abajo, temblando de odio a los guardias y a su redescubierto miedo a la oscuridad. Ahora, los únicos sonidos que se oían eran los apagados lamentos agónicos del chaval nuevo, pero hasta éstos acabaron por desvanecerse y las celdas de castigo quedaron en silencio. Un silencio, aún más aterrador, que llevó a Jack a morderse los labios hasta hacerse sangre para no ponerse a gritar.

Por la mañana, cuando apareció el médico con tres guardias, el crío ya había muerto. De apendicitis. Y Jack pudo captar el furioso enfado del médico y los bochornos murmullos de justificación de los guardianes. Pero el chico había muerto, un chaval al que nunca había llegado a ver, y volvió a experimentar la desesperación.

Hubo una investigación y el guardia nocturno fue despedido. Cuando el senador estatal a cargo de las pesquisas se plantó ante la celda de Jack, le preguntó a éste, a través de la puerta, cuánto tiempo llevaba ahí, pero no obtuvo respuesta. El senador estatal envió a uno de los guardias a buscar los archivos punitivos, y Jack se enteró por fin de lo que había durado su estancia allí, un encierro que, como dijo el senador estatal, con una voz sorprendida y apagada, tras consultar los expedientes, había sido de 87 días; con un estupor que le hacía temblar la voz, el senador estatal exigió que se abriera la celda y que sacaran al chico, pero Jack no tenía muy claro si ese hombre pretendía liberarlo o sólo quería saber qué clase de animal era capaz de pasarse 87 días completamente a oscuras sin morir; así pues, cuando se abrió la puerta y una luz tenue le deslumbró, algo tan negro como alegre explotó en su interior y golpeó al senador, agarrándole y tratando de asesinarle; aunque descontrolado, débil, atontado e indefenso, le echó las manos al cuello a aquel hombre, apretando con los dedos mientras oía cosas raras y casi le ahogaban los rugidos procedentes de su interior; los guardias lo separaron del senador y lo arrojaron de nuevo a la celda, momento en el que éste decidió regresar a Salem y darle carpetazo a la investigación. Y así acabó todo.

Cuando vinieron a sacarle, el día anterior a su decimoctavo cumpleaños, abrieron la puerta y se echaron hacia atrás; cuatro guardias ocupaban el pasillo, y uno de ellos sostenía una camisa de fuerza de lienzo blanco. Pero Jack se puso de pie y echó a andar tan tranquilo por el pasillo, con los ojos cerrados. Lo primero que les dijo a sus guardianes fue: «Me duelen los ojos cantidad». Los llevaba vendados, como

protección, y una vez le pusieron la camisa de fuerza, se lo llevaron a un lugar en el que había dos psiquiatras dispuestos a examinarle. El plan consistía en transferirlo del reformatorio al hospital mental de estado, ya que las autoridades no se sentían capaces de soltarlo y la ley decía que debían dejar de ejercer su custodia sobre él cuando cumplierse los dieciocho. Los dos psiquiatras le hicieron un montón de preguntas y él las respondió con tranquilidad, vendado y embutido en la camisa de fuerza y los pantalones que le habían puesto los guardias. Sentado en su silla, les mintió a ambos doctores y les dijo que se sentía avergonzado de sí mismo y que cuando el senador había abierto la puerta, estaba en plena pesadilla y lo lamentaba mucho; pero, por si acaso, lo transfirieron a la institución mental de Salem, lo encerraron en un cuarto situado en un largo corredor marrón y fue puesto treinta días en observación a cargo del equipo médico. Sólo consiguió ver cuatro veces a uno de los doctores, y después de la primera visita, lo pusieron a pasar la fregona y le permitieron utilizar la sala de día del ala de observación. Al cabo de los treinta días previstos, lo soltaron, pero seguía teniendo que llevar gafas oscuras y tenía la piel pálida y rasposa. Sabía que había tenido suerte. Sabía que era una casualidad que hubiesen venido a buscarle en un momento en el que era perfectamente racional. Si hubiera estado bien metido en sus sueños criminales, como cuando recibió la visita del senador estatal, podría haberse tirado lo que le quedaba de vida en el asilo para perturbados. Había tenido mucha suerte al ser interpelado en uno de sus pocos momentos de cordura. Resulta que estaba orinando cuando oyó a los guardias en el pasillo. O sea, que no le habían cogido por sorpresa. Durante todo el lapso de transición posterior, se las apañó para controlarse, algo para lo que los ojos le fueron muy útiles. Le dolían de tal manera que se concentró en el dolor para evitar pensar en el asesinato; y para cuando lo soltaron del manicomio, ya se había controlado del todo. Durante cosa de medio año, trabajó en la zona este de Oregón, cortando troncos para una pandilla de dudosa legalidad en las montañas que hay entre Oregón e Idaho, dejando que el sol y la dura labor le aportasen fuerza y tranquilidad. Y cuando lo acabaron echando por pelearse, no pasó nada, ya que no había intentado matar a su oponente; el tío se había emborrachado y empezó a meterse con Jack, así que llegaron a las manos, pero como hombres, no como animales, y cuando los echaron a ambos, se fueron juntos a Boise, se emborracharon, se lo pasaron de miedo y Jack fue consciente de que todo iba a ir bien. Temía soñar con el agujero, pero nunca lo hizo. O si lo hizo, nunca lo recordaba por las mañanas, y eso era lo importante. Jack quería pasárselo bien, así que las pesadillas le hubieran amargado el delicioso placer de dormir en una cama.

Cuando las chicas aparecieron por fin en el cuarto de Denny, Jack experimentó una leve depresión; pero, al mismo tiempo, sintió los estímulos habituales que traen consigo las novedades, sobre todo si son de sexo femenino. Eran tal para cual: delgadas, melenudas, con unas caras astutas y hambrientas cuyas bocas infantiles se habían endurecido. Sus cuerpos finos y prietos iban envueltos en vestidos negros de

cóctel, nuevos y prácticamente idénticos, relucientes zapatos azules y medias negras. Demasiado maquillaje, excesiva palidez en las mejillas, cejas demasiado marcadas, voces quebradizas y sin expresión con un tono enrollado autoimpuesto. Debajo de todo eso, Jack se daba cuenta de que ambas chicas eran muy normalitas. Pero el intento de estar a la moda, de vestirse como putas baratas de Nueva York, ya resultaba estimulante en sí mismo.

Denny saltó de la cama y le presentó a las chicas como Mona y Sue, y ellas asintieron con la cabeza, aunque ninguna de las dos miró a Jack a los ojos, se sirvieron sendos vasos de *whisky*, se dejaron caer en el lecho, cada una con un tebeo, y se pusieron a leer con aparente concentración.

Denny le sonrió a Jack.

—Son tímidas —dijo—. ¿Qué tal ha estado la peli?

—Un tostón —declaró una de ellas.

Jack suspiró y se volvió a sentar. Ya había atravesado muchas escenas como ésa. Todo el mundo sabía de qué iba la cosa, pero nadie quería reconocerlo. Las chicas seguirían en ese plan: aburridas, indiferentes, picajosas, demasiado enrolladas para vivir, hasta que se emborracharan, momento en el que alguien pondría la radio y ellas se lanzarían a bailar en el pequeño espacio que había entre las camas, y alguien empujaría a una de las chicas hacia el catre y, en la oscuridad, los cuatro se convertirían en parejas fornicadoras casi al azar, con la luz colándose por la cortina de la ventana, y luego alguien vomitaría, y algo después alguien sugeriría un cambio de pareja, y al cabo de una hora de insípida tabarra, puede que ellas se prestaran o que no, y todo el mundo se acabaría quedando frito de alcohol y aburrimiento, y la radio seguiría poniendo música a sus confusos sueños, y al final no habría más remedio que despertarse. Qué manera de perder el tiempo, se dijo Jack. Negó con la cabeza, tratando de deshacerse de esa abrumadora sensación de desperdicio. Había venido a San Francisco a pensar, y a este paso no iba a hacerlo nunca. Siempre acababa optando por lo más sencillo, por lo primero que tenía a mano.

En la cama, una de las chicas, Mona, le echó un vistazo y le dedicó una bonita sonrisa:

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Pongamos la radio, bailemos o algo así —le dijo Jack—. Hagamos algo.

Quería acabar de una vez, como si se tratara de un trabajo o una pelea.

—Ni siquiera es de noche —dijo Mona.

Quisquillosa, la niña, se dijo Jack. Como si bailar de día fuese cosa de burgueses.

—Pillemos algo de comida china y luego nos vamos a un club nocturno —dijo Mona. Lanzó el tebeo a flotar por la habitación—. Ya me he leído esta mierda.

—Estoy harto de la comida china —declaró Denny.

Estaba de pie ante el espejo del lavabo, inspeccionándose los dientes.

—Pero si casi nunca comes platos chinos —le dijo Sue.

Era la más brillante de las dos, decidió Jack; había algo en sus ojos, un

resplandor, algo. Le pareció que tenía su interés. La muchacha le dijo:

—Cada vez que vamos a un restaurante chino, se zampa una hamburguesa o algo parecido. Te lo juro por lo más sagrado.

Sin inmutarse, Denny le soltó:

—Mira, guapa, yo he vomitado más comida china de la que tú te has zampado.

Mona se echó a reír de manera sarcástica.

—Seguro que sí. Menudo vomitón estás tú hecho. Ese eres tú: Don Vomitón.

—Méteme la nariz por el culo y te volaré el cerebro —le dijo Denny sin mirarla.

Mona le hizo una mueca a Jack.

—Qué ingenioso que es. ¿Tienes un traje?

Jack reconoció que sí. Tenía la ropa en una taquilla de la estación de autobuses.

—Pues nos vestimos y nos vamos a un sitio realmente caro —dijo Mona—. Que siempre acabamos en tugurios de mierda.

—Suenan bien —dijo Jack—. Pillaré una habitación en este hotel y me daré una ducha y me cambiaré.

Se levantó y se acabó el *whisky* de un trago. No le estaba subiendo todavía, pero tampoco lo esperaba.

Sue se inclinó para decirle algo al oído a Mona. Los serios y apacibles ojos de Mona estaban clavados en Jack mientras escuchaba el mensaje secreto de su amiga. Tras aportar al diálogo sus propios susurros, dijo:

—Me voy contigo.

—Nos vemos en cosa de una hora, chavales —dijo Denny.

Jack y él se quedaron mirando el uno al otro.

—Ha sido un placer verte, nene —añadió Denny.

La cosa resultaba casi embarazosa. Denny parecía realmente feliz con la situación. Como si fueran viejos y queridos amigos, en vez de compañeros de juego que se acababan de cruzar en otro salón de billar.

Jack y Mona salieron del hotel y subieron por Market hacia la estación de autobuses. La calle estaba abarrotada de gente que salía de trabajar, de soldados, marineros, los vagos del barrio y los que iban de compras. Mona caminaba junto a Jack y se le colgaba del brazo. A él no le hacía mucha gracia ese gesto de intimidad repentina: no le gustaba que lo tocasen. Aunque estaba acostumbrado; a la gente parecía encantarle tocar a un boxeador cuando entraba o salía del estadio, sobre todo cuando salía, si había ganado, y a Jack le daba un poco de asco, como cuando aquella vieja de Phoenix se coló en su camerino y le ofreció cinco dólares por mirarle mientras se duchaba.

—Mira a todos esos malditos burgueses —le dijo Mona.

En el crepúsculo, su rostro era tan bonito como despiadado, con esa boca que se le torcía ligeramente de disgusto. Todos eran iguales. Ellos eran enrollados y cualquiera que trabajase para vivir era un burgués. Sobre todo, cualquiera que tuviera más de treinta. De repente, también Jack se sintió algo especial, aunque ni enrollado

ni burgués; era otra cosa, algo para lo que no había palabras. La verdad es que no entendía a la gente que trabajaba para ganarse la vida. Pero tampoco le caían mal, a excepción de los que trataban de mangonearle. Y no eran muchos.

Cuando accedieron a la estación de autobuses, Mona dijo:

—Te juro por Dios que ojalá me fuese a alguna parte. Odio las estaciones de autobuses. Siempre me recuerdan que no voy a ningún sitio. Me gustaría ir a Nueva York, a Los Ángeles o a una ciudad así. ¿Tú no?

—Acabo de llegar de Los Ángeles —dijo Jack.

—¿En autobús?

Mona parecía pasmada, como si no se pudiera ir a ninguna parte en autobús. Jack la dejó tirada en la entrada mientras iba por el maletín y la bolsa de viaje. Cuando volvió, ella estaba hablando con dos marineros.

—Vámonos —le dijo.

—No me interrumpas —repuso Mona sin mirarle—. Que estoy hablando.

Uno de los marineros miró a Jack con preocupación. Ambos eran jóvenes y lampiños, aunque con cara de gamberros. Uno de ellos intentaba dejarse bigote y reposaba la mano sobre el brazo de Mona. Miró a Jack y retiró el brazo. Jack se dio la vuelta, salió por la puerta y regresó al hotel a solas.

Se hizo con un cuarto a unas pocas puertas del de Denny, deshizo el equipaje, se dio por instalado, se desnudó y se dispuso a darse una ducha. Dejó que el agua caliente le diese con fuerza en el cogote; últimamente, los músculos de por ahí se le habían tensado lo suyo, y había descubierto que el agua caliente los ablandaba tan bien como el *whisky*, o mejor. Antes de cada combate, pasaba casi una hora en la ducha, dejando que el agua se deslizara sobre su cuerpo mientras iba ingiriendo sorbitos de licor. Siempre estaba medio cocido cuando salía al cuadrilátero. El *whisky* lo calmaba y le permitía ser más mecánico. Castelli le había dicho que, como luchador, tenía dos graves problemas: se despellejaba con mucha facilidad (sangraba demasiado) y mostraba cierta tendencia a pasar del boxeo a la pelea callejera cuando creía que estaba perdiendo. Esto último lo podía controlar a base de *whisky*, pero lo primero había echado a perder lo que podría haber sido una carrera sólida como boxeador. Corrió la voz de que se cortaba con facilidad, y sus adversarios siempre le daban en la cara para hacerle sangrar. Fue así como perdió por KO sus últimos siete combates, cuyos asaltos finales tuvo que afrontar con una película de sangre sobre los ojos y el sabor salado de ésta en la boca. Eso era lo que más le sacaba de quicio y lo que le convertía en un objetivo fácil para cualquier luchador medio decente. Prado Vásquez, un chaval con el que se tomaba copas y se lo pasaba bien, un poco más y lo mata en su penúltimo combate, pues Jack tenía tanta sangre en los ojos que dejó de moverse un segundo para intentar secárselos y Prado (aún podía ver su tenso y pequeño rostro oriental) aprovechó la coyuntura y le dio un golpe corto en la punta de la mandíbula, momento en el que, por primera vez en su carrera, Jack perdió el sentido y lo recuperó cuando ya estaba en el vestuario. Después de eso, se pasó un

par de días como si se le hubiera soltado el corazón. Y tras la siguiente derrota, Castelli se deshizo de él.

Pero no pasaba nada. Ya empezaba a estar harto. Todo el mundo se divertía menos él.

Mientras se secaba, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

Abrió la puerta y la dejó pasar. Su desnudez la pilló por sorpresa, y el desconcierto la llevó a quedarse callada unos instantes, mientras atravesaba rápidamente la estancia y se ponía a mirar por la ventana, hacia la luz exterior. Jack continuó frotándose con la toalla.

—Bueno, bueno, bueno —dijo finalmente la chica—. Hay que ver lo contento que estás de haberte conocido.

—Puedes irte, si quieres —dijo Jack—. Pero no creo que quieras.

—Tú lo sabes todo, ¿verdad?

Se rio de ella:

—¿Te vas a duchar?

La muchacha pareció realmente avergonzada.

—Supongo —dijo.

Pero Jack no quería ser malo.

—Mira, tú y tu amiga podéis usar mi cuarto para lavaros y cambiaros, que yo esperaré con Denny. ¿Ya han acabado esos dos?

Mona cerró un ojo y lo miró de través mientras él se ponía los calzoncillos.

—¿Cómo es que me has dejado allí tirada? Sólo estaba hablando con un chico al que conocía. Estás cachas, ¿sabes? —Hizo una mueca—. Vaya si lo sabes.

—Ve por tus cosas mientras acabo de vestirme —le dijo Jack.

Mientras pasaba a su lado, Mona se detuvo, se acercó más a él y le tocó los músculos del brazo. Jack observó que llevaba las uñas pintadas de color naranja, y que una de ellas estaba rota. Al oler su perfume, le invadió un repentino mareo sexual; tenía ganas de echarla al suelo y poseerla ahí mismo, pero se contuvo; sabía que acabarían haciendo el amor y no había motivos para mostrarse brutal; sería mejor, mucho más agradable, acercarse lentamente al momento de la verdad. Se quedó, pues, a la espera, con los ojos clavados en la leve curva de sus pechos.

—Menudo cuerpazo —dijo Mona, casi para su capote.

Puso morritos para que la besaran, así que Jack le dio un besito, la agarró por las nalgas y la atrajo hacia él.

—Apaga las luces —le dijo ella—. Y corre las cortinas, también. Esto no está lo suficientemente oscuro. No mires. Desabróchame, ¿quieres? Espera un momento. Vale.

Se metió en la cama con él, con su cuerpo delgado e inocente visible en la penumbra, e hicieron el amor. Jack, desesperado; Mona, nerviosa; y cuando todo

acabó, ella le apartó y se puso boca abajo en la cama, con los brazos rígidos a los lados. Jack se levantó, fue al cuarto de baño y salió de allí vestido. Ella continuaba en la misma posición.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Estaba familiarizado con diferentes variaciones de esta reacción, que siempre le irritaba. Ella intentaba hacerle pagar la diversión mostrándose distante, culpable y luego, inevitablemente, desagradable.

—Nada —dijo Mona—. Vete, que me quiero vestir.

—¿Y si te envío a la otra chica con las cosas que te has dejado en el cuarto de Denny?

—Si te hace ilusión... —tenía la voz ahogada por la almohada, pero seguía impregnada de frialdad y amargura.

—¿Estás cabreada? ¿Qué pasa, que no te has corrido?

—Cállate.

—Enviaré a esa tal... Sue, con tus cosas —dijo Jack.

Mona se incorporó y se lo quedó mirando:

—Págame diez dólares.

Jack se echó a reír:

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—¿Acabas de escoger una profesión o estás de broma?

—Págame diez dólares —insistió ella, tozuda.

—Primera regla: el dinero antes que nada.

Jack salió al pasillo y se encaminó hacia la habitación de Denny. Si la chica pretendía ser una buscona, pensó, tenía escasas dotes para el oficio. Una buscona va a lo que va: el dinero es lo primero en lo que piensa. Llamó a la puerta con impaciencia: necesitaba un trago de *whisky*.

OCHO

Las chicas no sabían qué hacía Denny para ganarse la vida, pero tanto les daba mientras tuviera mucha pasta y no le importara gastársela. Por algunas cosas que dijo, por su actitud de tedio y tronío impostados ante las chicas, Jack dedujo que Denny se lo estaba pasando en grande, que esa vida de chavalas, clubs, tebeos y *whisky* era todo a lo que aspiraba en este mundo, y que el misterio de dónde y cómo conseguía el dinero agrandaba su sensación de ser muy importante. No era el Denny que Jack recordaba de Portland; el antiguo Denny no era nada falso. Ésa era una de las cosas que el tiempo había hecho con él. Como su ajamonamiento, y la preocupación que se adivinaba en sus ojos. Y además, algo permitía intuir que Denny era de los que se emborrachan en exceso y se desmadran hasta quedarse fuera de combate.

Pero esa noche no pasó nada; la verdad es que pasaron un rato muy agradable. Fueron a un restaurante italiano, situado junto al distrito del Tenderloin, en el que el *maître* llevaba un esmoquin rutilante, se dirigió a las chicas como «Madame», les condujo hasta una mesa de formica y la movió para que pudieran acceder al reservado de cuero falso; el camarero que les tocó lucía chaqueta blanca, empezó a sonar música y se materializó en su mesa una botella de vino. Mona se metió un cenicero en el bolso antes de marcharse. Después de cenar, fueron a un club nocturno de la calle Jones en el que había *striptease* y una pareja de humoristas, y las chicas le dieron al *whisky sour* mientras Jack y Denny tomaban *whisky* a palo seco. Durante uno de los números de *striptease*, mientras arreciaba la batería y la luz del escenario adquiría tintes purpúreos, Mona se pegó a Jack, le apretó el muslo con los dedos y le dijo:

—¿Tú crees que me lo podría montar de bailarina? Me refiero a bailes exóticos, claro.

—Tienes un cuerpecito estupendo —declaró Jack con sinceridad, pues aún lo sentía en la memoria y no veía la hora de que volvieran a estar juntos en su habitación. En el ínterin, contemplaba a la *stripper* con erótico desapego y veía cómo también Mona la miraba: sus ojos brillaban de ansia y deseo entre esa nube púrpura.

Pero cuando salieron y entraron en contacto con el aire fresco del exterior, lo primero que dijo Mona fue:

—Joder, vaya garito más cutre.

—No entiendo cómo conservan el curro esas viejas pellejas —añadió Sue.

—¿Viejas, dices? —Denny se echó a reír—. Hace un tiempo, vi a unas *strippers* en Seattle que convertían a estas en colegialas. Ay, Dios, una de aquellas cacatúas debía tener cincuenta tacos, y había que ver cómo le flotaban las ubres. Os juro que no entendí cómo no le saltaba la dentadura postiza con aquellos saltos que pegaba.

—Por eso usan luces de colores —dijo Sue. Denny y ella estaban cogidos del brazo frente a Jack y Mona—. Así no puedes verles las arrugas.

—No, eso no es cierto —dijo Denny—. Las luces de colores son parte del

número. Resultan *sexy*, por eso las utilizan.

—Yo no veo nada *sexy* en las luces de colores. Yo creo que un *striptease* sería el doble de *sexy* con luces brillantes.

—Nada, que no te enteras —atacó Denny—. Hay más misterio con las luces de colores. —Se dio la vuelta y le preguntó a Jack—: ¿Tú, que has estado en México, has visto los espectáculos que se gastan?

—Un par —admitió Jack.

—¿Números de *striptease*? —preguntó Mona.

Denny y Jack se rieron al unísono.

—Algo así —dijo Jack—. Pero más bien, vulgares.

—¿Y dónde está el gran misterio? —quería saber Sue.

—No hay misterio —dijo Jack—. No hay misterio alguno.

—Números fuertecitos —explicó Denny—. Tías que se meten botellas por el coño y se las folla un burro, y mierdas así.

—Dios bendito —exclamó Sue—. Esos mexicanos son capaces de todo. ¡Qué asquerosos!

—Bueno, cuando yo estuve en Tijuana, la tía que se calzaba al burro era americana. Pelirroja. De unos cuarenta años. Alguien me dijo que había hecho películas.

—Calcula de qué tipo —dijo Jack.

—No, de verdad. Parece que había salido en películas de Hollywood. Una especie de aspirante a estrella. Cuando yo la vi, andaría por los cuarenta. Tommy y yo teníamos un negociete por ahí abajo y nos pasábamos el día colocadísimos. Es un sitio muy divertido. ¿Habéis visto alguna vez una corrida de toros?

Jack dijo que no.

—Son horrorosas —declaró Denny.

Se fueron todos a su cuarto. Denny sacó su botella de *whisky* y los vasos y se tomaron un trago cada uno. Sue ya estaba borracha y le entraron náuseas con el primer sorbo; tras poner mala cara, bebió un poco más.

Denny le guiño el ojo a Jack:

—Menudo saque tiene ésta.

—¿Sabéis qué? —farfulló Sue mientras hacía una mueca de dolor—. Yo podría haceros, aquí y ahora, un *striptease* muchísimo mejor que el de esas viejas putas. ¿Queréis verlo?

Empezó a estirar y chasquear los dedos.

—Pon la radio —dijo Denny.

—Desde luego, Sue...

Mona hizo un ruido de disgusto con la nariz.

Se acercó a la radio, la puso en marcha y, al cabo de unos segundos, mientras todo el mundo se mantenía de pie y a la espera, empezó a sonar música rock. Sue pilló enseguida el ritmo, se puso a dar saltos en la cama, adoptó un gesto de abandono y

empezó a hacer crujir los muelles muy en serio. Intentando no perder el ritmo, se llevó las manos atrás para desabrocharse el vestido.

—Joder —dijo—. No puedo.

Se sentó con las piernas cruzadas.

—Maldita sea —añadió.

En la radio había un anuncio, y Jack cambió de emisora. Pero Sue no se incorporó para volver a intentarlo.

—Es que llevan vestidos con truco —comentó Denny.

—¿Quieres bailar? —le propuso Mona a Jack—. Ahora estará oscuro, si apagamos las luces.

Mientras bailaban, Jack se preguntaba cómo era posible que a alguien le diese vergüenza hacer el amor con luz, pero no le importara que hubiese otra pareja en la habitación mientras estuviese oscuro. Le parecía de lo más hipócrita. Pero mientras bailaban, siguió bebiendo de su vaso y frotándose contra ella, y al cabo de un rato, ya nada tenía mucha importancia: se estaba internando en una apacible borrachera sexual.

El resto de la noche se hizo más confuso a medida que se iba embriagando, pero le encantaba esa sensación y no quería soltarla: mientras el licor le apartaba de sí mismo, el cuerpo de Mona, al rozarle, le devolvía a la realidad y se sentía en un estado creciente de suspensión amniótica. Pasaba alguna que otra cosa; como era de prever, alguien vomitaba en el baño; alguien se caía de la cama; más adelante, una o ambas chicas se echaron a llorar por algo, y Jack acabó farfullando que ya iba siendo hora de volver a su habitación, así que agarró esa mano húmeda, le susurró las buenas noches a la radio y abrió la puerta que llevaba a ese pasillo siniestro, vacío y excesivamente iluminado para tambalearse hacia su cuarto, buscar la llave con torpeza, abrirla y colocar en el pomo de fuera el cartelito de no molestar, meter a la chica en la habitación sin encender la luz, besuquearla mientras le quitaba la ropa y hacía lo propio con la suya, recorriendo el cuerpo de ella con su lengua pastosa; mareado, confuso, demasiado cansado para hacer el amor, pero, ya que llevaba toda la tarde intentándolo, empeñado en seguir adelante, convencido en lo más hondo de que se la tragaría, le lamería todo el cuerpo, le hundiría los dientes en el felpudo, concentrándose exclusivamente en la pura gratificación de su ansia por investigarla con la lengua y los dedos mientras ella se agitaba debajo de él; acabó exhausto, medio dormido, tumbado de espaldas mientras sentía, a cierta distancia, el modo en que ella le montaba hasta provocarle con su vigor un largo segundo de luz antes de quedarse frito.

No se dio cuenta hasta que le dio la luz grisácea de la mañana de que había dormido con Sue en vez de con Mona, pero tampoco le preocupó mucho descubrirlo. Tenía resaca y ardía por dentro; seguía excitado, aunque esta vez estaba despierto y había luz. Se puso a besar a Sue en los pechos y el vientre hasta que ella ronroneó, lo abrazó y se abrió de piernas, con los ojos cerrados; los de él, bien abiertos, miraban

hacia abajo para verse entrando en ella, para ver sus caderas moverse con somnolencia, para sentir cómo se tensaba en el momento justo en que él se disponía a correrse, a dejarse ir, sintiendo cómo el cuerpo de la mujer trataba de metérselo más adentro entre espasmos; y luego, con la mente vacía, Jack se quedó dormido dentro de ella, dispuesto a disfrutar de otra larga y satisfecha siesta.

Cuando despertó por segunda vez, Sue ya estaba incorporada en el lecho, mirándole.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jack.

—Jo, qué mala pinta tienes —repuso ella—. Me duele la cabeza.

Tiró de la sábana para taparse los pechitos, y Jack detectó moretones en sus hombros, pequeñas marcas de color púrpura que parecían tatuajes.

—Mona me va a matar —dijo la chica.

—¿Por qué?

—¿No te lo imaginas? Tú le pones cantidad.

Esa información fue del agrado de Jack.

—¿Y tú qué? —preguntó—. ¿A ti también te pongo?

—Mi novio es Denny —dijo ella—. Ay, Dios, me va a matar.

—Pero ¿qué te crees que están haciendo?

Sue hizo una mueca:

—Tú me arrastraste hasta aquí.

Jack sacó cigarrillos y cerillas, y ambos fumaron durante unos minutos sin decir nada. A Jack le apetecía algo de café y un trago de *whisky*.

—¿Sabes qué? —dijo Sue—. Ha estado bien que aparecieras. La cosa se estaba poniendo cutre con los tres ahí. A mí me preocupaba que Mona nos escuchara. —Soltó una risita—. Tenía miedo de que dijese algo, ¿sabes?

—¿Y por qué no le decías que se sumara a la fiesta?

Sue puso cara de escandalizarse.

—¿Estás de broma?

—Claro que no. ¿Qué hay de malo?

—¿Tres personas?

—¿Te parece mal? —preguntó Jack. Le hacía gracia la evidente incomodidad de la muchacha—. ¿Nunca has besado a una tía?

Pero Sue no quería hablar de eso.

—No nos podíamos separar, con lo buenas amigas que somos. Por eso estuvo bien que vosotros dos os encontrarais.

—¿Y Denny no trató de librarse de ella?

—Es muy buen chaval. Seguro que ni se le ha ocurrido tontear con Mona. Seguro que ellos también se quedaron sopas.

—¿Tú te quedaste frita?

Sue le miró con extrañeza.

—Pues claro. ¿Tú no? No hemos hecho nada, ¿verdad?

—¿No te acuerdas?

—Claro que no. —Hizo una mala imitación de una chica tratando de recordar—. Caramba, no lo sé. Estaba muy borracha. ¿He vomitado? La cabeza me duele un montón.

Bajo las sábanas, Jack le puso una mano en la cadera, pero ella se la apartó.

—¿Te molesta la luz del día?

—Cierra los ojos. Tengo que levantarme e ir al baño.

Cuando regresó, se metió en la cama tras un solo instante de duda y se enganchó a Jack.

—No me hagas nada —le dijo—. Sólo quiero entrar en calor y dormir.

—De acuerdo —dijo él—. Total, estoy hecho polvo.

Soltó una risita y sintió un potente pinchazo en la frente.

—Mira que eres cabrón —le dijo Sue. Y al cabo de unos momentos, añadió—: ¿De verdad le diste diez dólares a Mona?

Jack se mostró sorprendido:

—¿Eso te dijo?

—Pues sí, pero yo creo que mentía. ¿Lo hiciste?

—¿Por qué? ¿Tú también quieres diez dólares? Joder, deberías ser *tú* la que me pagase.

Sue se estuvo callada un buen rato, por lo que Jack pensó que se habría dormido, pero finalmente dijo:

—Yo creo que tiene miedo de convertirse en prostituta. A veces le entra un miedo tremendo.

—¿Y tú? —le preguntó Jack.

—Dame otro cigarrillo. Yo lo siento por ella; tiene mucho miedo. Pero yo no. Me importa una mierda lo que pueda pasarme —contempló a Jack por encima del pitillo, sentada de nuevo y con los pechos al aire—. Anoche —dijo mientras los ojos le brillaban de manera extraña— fue la primera vez que yo... bueno, ya sabes, ¿no? Las cosas que me hiciste. Las recuerdo. Nunca me había sentido así antes. ¿Eres tú?

—No —dijo Jack—. Igual es que te emborrachaste lo suficiente como para dejar de preocuparte.

—Ay, Señor —dijo Sue. Se le torció el rostro en una mueca infantil—. No te me *follaste* tal cual, ¿verdad? ¿Te pusiste una goma o algo?

—No. Sabes perfectamente que no lo hice.

—Pero ahora voy a tener un crío. Por Dios bendito...

—¿Y te vas a preocupar al respecto?

—No. A la mierda. Fóllame otra vez. ¿Qué más me da?

Le dio una voraz calada al pitillo, lo apagó, rodeó a Jack con los brazos y apoyó la boca en su pecho.

—No puedo —dijo él—. Me estoy haciendo viejo.

—Me da igual. Méame en el coño. Total, no soy más que una puta.

Se echó a llorar. Jack estaba pasmado. Sue había atravesado diez emociones en diez segundos y ahora estaba gimoteando. Pero eso era muy propio de las putas, ¿no? Todas las que había conocido a fondo, por muy frías y profesionales que aparentaran ser, acababan poniéndose histéricas al final, se iban a la mierda o se enamoraban de otras putas o se dedicaban a hablar del suicidio o hacían como que pillaban la tuberculosis; y de repente, Jack vio que Sue y Mona iban a ser exactamente aquello que tanto temían, y que si todavía no lo eran, se debía a que no se habían cruzado aún en su camino los chulos espabilados que se hicieran cargo de ellas. Sólo era cuestión de tiempo, y Mona aprendería a pedir el dinero por adelantado, y Sue se olvidaría de que la cosa le gustara; la vida las ablandaría, el amor costaría más de llegar, pero las lágrimas brotarían con mayor facilidad. Era deprimente. Una vida dedicada a la prostitución se le antojaba lamentable. Pero también debía reconocer que esas chicas no servían para nada más, como no fuese, tal vez, para trabajar detrás de un mostrador, salir con tipos sin ambiciones y desvanecerse en matrimonios tristes y en la amargura del anonimato. No había más opciones. ¿Qué más daba una que otra? Se compadecía un tanto de ellas, de esa Sue que ahora callaba y aparentaba dormir, pero no tardó mucho en corregirse a sí mismo de manera airada. Compadecerse de esas muchachas era simular que él era mejor y, lo que aún era más grave, que de verdad se preocupaba por ellas. Ambas cosas eran totalmente falsas. Él también se había emputecido un tanto, ¿verdad? ¿Qué era si no boxear? Sí, claro, lo había disfrutado un tiempo, pero seguro que las chicas también se lo pasaban bien con el puterío, aunque sólo fuera por sentirse fuera de la ley, y por el dinero y la sensación de estársela jugando. Pero eso no duraba, claro está.

Llamaron a la puerta. Jack salió de la cama, se plantó junto a la entrada y preguntó quién era. Le respondió Denny. Jack abrió la puerta.

—Pero ¿qué coño está pasando? —dijo Denny, muy cabreado—. ¡Te has tirado a mi chica!

—Ni me ha puesto la mano encima, Denny, ¡te lo juro por Dios! —dijo Sue desde la cama.

—Es verdad —aseguró Jack—. Yo estaba tan cocido que me traje a la chica que no era. Te juro que estaba tan borracho que me quede frito nada más tocar el colchón. Nos acabamos de despertar.

—¡Y una mierda!

Denny parecía sentirse traicionado y se le veía furioso. Tenía la cara hinchada de sopor y los ojos rojos.

—Te lo juro, cariño.

—¡Cállate!

Denny se volvió hacia Jack. Sus caras estaban a escasos centímetros de distancia.

—¡Taimado cabrón! ¡Yo te consideraba un amigo!

Jack se obligó a relajarse:

—¿Qué pasa? ¿Mona no ha tragado?

Denny intentó golpearle, pero Jack le agarró el puño.

—No empieces algo que no puedas acabar.

Denny se lo quedó mirando fijamente con un rictus estúpido.

—Tú eres boxeador.

—Exacto. No sería justo.

Se quedaron así unos instantes. Jack sentía que le estaban entrando ganas de machacar a Denny, pero consiguió controlarse y le dijo:

—Mira, tío, no te cabrees. De verdad que no hemos hecho nada. Te lo prometo, Denny.

Finalmente, el viejo Denny se tranquilizó y sonrió. Jack observó que tenía los dientes sucios.

—Vale —dijo Denny—. Lo siento.

Se tiró todo el día disculpándose, lo cual acabó molestando a Jack, quien había decidido que prefería a Sue antes que a Mona y no sabía qué hacer al respecto. No quería hacerle daño a Denny, puede que porque resultaba extremadamente fácil. Denny había cambiado mucho, se dijo.

Al cabo de dos semanas, Jack ya estaba preparado para abandonar. Podía sentir cómo el tono muscular se le desinflaba cada mañana al salir de la cama: un dolorcillo por aquí, un tirón por allá, y estaba cansado, terriblemente cansado del modo en que transcurrían sus vidas: un bucle constante de películas, cenas, largas tardes en el salón de billar o en las carreras de caballos, al otro lado de la bahía; arrebatos de sexo que se parecían tanto unos a otros que destruían en él cualquier deseo de hacerlos distintos, emparejado, prácticamente enganchado, a Mona, cuya única contribución al acto consistía en anudar sus piernas en torno a las suyas y mover esporádicamente las caderas. Mona, quien durante las pocas veces que él trató de investigar su cuerpo con la boca, gritaba de angustia congelada y le apartaba la cabeza, dejándole con la opción de abandonar o la de seguir adelante con algo que había perdido todo su atractivo; todo ello, mientras recordaba y magnificaba la respuesta de Sue durante su única noche juntos, hasta que al final su cerebro acababa estableciendo una distinción entre lo que estaba haciendo con Mona y lo que quería hacer con Sue, dos cosas tan diferentes como rascarse y descubrir algo nuevo. Nunca había pensado de esa manera en el sexo, que era lo único que daba sentido a una inacabable serie de días vacíos y le mantenía junto a Denny y las chicas, pues de no ser así, ya se habría ido del hotel para dejarlos tirados, largarse y dedicarse a pensar en esas cosas tan serias que lo habían traído a San Francisco en un buen principio... O eso creía a veces.

Vivir íntimamente con cualquier persona, por el contrario, es aspirar a la comprensión, y al cabo de dos semanas, Jack tenía la impresión de que sabía más cosas de Mona de las que realmente había, y como no pensaba mostrarle ninguna de sus partes ocultas, no contaba ni tan siquiera con las satisfacciones propias de ser comprendido. Mona era una chica espabilada, pero carecía de auténtica inteligencia; tenía un sistema para afrontar casi cualquier situación previsible, pero cuando ocurría

algo inesperado, se refugiaba rápidamente tras una barrera de sarcasmo o una moral cómicamente anticuada.

Igual aparecía por casa tras una tarde en el cine y de compras con el dinero de Jack y se lo encontraba en la cama, desnudo, con una lata de cerveza en la mano y leyendo *Ring Magazine*. La desnudez la ofendía.

—Por el amor de Dios —decía, quedándose ahí de pie con un montón de paquetes—. ¿Tú naciste en un establo o qué?

Jack ni se tomaba la molestia de responder, así que ella dedicaba unos instantes a dar unos taconazos severos y luego se ponía a abrir los paquetes.

—Mira lo que he pillado en las rebajas de City of París —decía mientras sostenía un jersey de cachemir de cuarenta dólares o un vestido de cóctel.

—Pruébatelo —sugería Jack.

—¿No quieres ni saber lo que me ha costado?

—Te di cien dólares y te lo has gastado todo, ¿no?

Con ademán triunfal, Mona agitaba un fajo de billetes ante los ojos de Jack.

—¡Pues no! ¡Todavía me quedan dieciocho con cincuenta para mañana!

—Pruébatelo.

—Vale, pero cierra los ojos.

—Ay, Señor...

Mona solía encerrarse en el baño para probarse la ropa nueva, los zapatos, los guantes o lo que fuera, y así podía hacer luego su gran entrada. Jack se limitaba a mirarla fijamente.

—Te queda muy bien —solía decir sin la menor convicción.

—No te gusta. Pues jódete.

Estaba en lo cierto: a Jack no le gustaban ni el modelito ni ella. No creía que nada le quedara bien. Pero, por otra parte, consideraba que Sue cada día tenía mejor aspecto. La deseaba. Y no sabía por qué no hacía nada al respecto. También se preguntaba por qué Sue tampoco movía un dedo. Aunque se mostraban amigables el uno con la otra, Sue siempre se las apañaba para no quedarse a solas con él ni lanzarle miraditas secretas o hacerle algún comentario.

Una mañana, al despertar, Jack vio a Mona sentada en el sillón de al lado de la ventana, llorando en un pañuelo.

—¿Qué te pasa?

—Oh, da igual —sólo llevaba un camisón corto, y el largo cabello le caía hacia delante. Sin maquillaje, su rostro se veía vulgar e infantil, pero tenía la boca torcida de amargura—. Me vas a echar.

—Venga, ¿qué ocurre?

Mona reconoció entre lágrimas que le acababa de venir la regla.

—No dejarás que me quede contigo. Me tiraré una semana oliendo mal y no serás capaz ni de tocarme —se echó el pelo hacia atrás, enfadada, y Jack reparó en el brillo de sus lágrimas en las mejillas—. ¡Ser mujer es un espanto! ¡Es una mierda!

Jack nunca lo había considerado así. Claro que era una mierda eso de sangrar y de sufrir calambres, como lo de tener hijos o preocuparse por tenerlos; pero así era la naturaleza de las cosas, y él era incapaz, pese a la información recién recibida, de lamentar sinceramente la situación de Mona. Pero le dijo:

—Venga, mujer, no te preocupes.

Pero ella tenía derecho a preocuparse, pues lo único que los mantenía unidos era la necesidad de utilizarse mutuamente. La regla era para ella lo mismo que para él quedarse sin dinero. Así pues, tenía derecho a que la tranquilizaran un poco, ya que él tampoco quería librarse de ella. Lo cual le sorprendió un poco. Jack se portó estupendamente con Mona a lo largo del día, pero ella, como si quisiera ponerle a prueba, se mostró fría, despectiva y caprichosa. Esa noche, le dolió mucho la cabeza y tuvo unos calambres tremendos, así que los demás salieron sin ella. Fueron al cine y luego Sue volvió sola a su habitación. Jack y Denny hicieron un alto en un barucho.

—Mira, tú, me estoy quedando sin pasta —dijo Denny—. Me quedan unos veinticinco. No sé en qué me lo gasto.

—Yo también ando un poco tieso —reconoció Jack.

Denny se bebió un vasito de *whisky*, seguido de media jarra de cerveza. Se secó la boca.

—¿Por qué no pasamos de las chavalas y nos vamos a East Bay? Me conozco una licorería que podríamos asaltar, está en la zona negra de la ciudad. Ese menda tiene escondidos unos mil quinientos en la trastienda, en una caja fuerte, en un pasillo en el que hay un escritorio pequeñito situado entre la parte delantera de la tienda y el sitio en el que guarda las cajas. Todos los dependientes se saben la combinación. Lo único que tenemos que hacer es aparecer por ahí más bien tarde, cuando el dependiente está sentado a la mesita, comiendo, y darle un susto de cojones para que abra la caja.

—Hace mucho tiempo que no hago algo así —dijo Jack.

—Hay que pillar pasta por algún lado —dijo Denny—. Mira, Tommy dio un palo en ese mismo sitio antes de irse a México; íbamos a dar el golpe los dos solos porque no había lo suficiente para todos y bastaba con un par de tíos para hacerlo. Tommy entró en ese sitio para pillar una botella de algo y no había nadie, y el tío se acerca al mostrador para darle al timbre o algo y entonces ve esa cortina que hay al fondo, y la mesa con un bocata y un termo y un tío que aparece de muy al fondo, y Tommy oye que han tirado de la cadena, y el tío viene corriendo con una revista en la mano, pero no lo bastante rápido, pues Tommy ve por debajo de la mesa la puerta abierta de la caja, una de esas redondas y tal. Así que pilla la botellita y se las pira. Pero nunca llegamos a dar el palo. Tuvo que salir pitando hacia México. Pero nosotros podríamos hacerlo. Es pan comido.

Jack estaba a punto de decir: «Vale, hagámoslo», pero algo le detuvo; no fue el miedo ni, desde luego, la ilegalidad del asunto, había hecho cosas mucho peores, sino tal vez el cutrerío de la propuesta. Atracar una licorería... ¿Esa era su misión en la vida? Había venido a la ciudad a pensar, y ahora le hacían una proposición que, una

vez más, hacía innecesaria la reflexión... además de resultarle otro latazo dentro de su aburrimiento inacabable; una serie infinita de asaltos, fiestas, chicas, cenas cutres, cuartos de hotel a cual peor... Era incapaz de ver la diferencia entre eso y trabajar para ganarse el sustento, aunque lo del trabajo tenía la ventaja de que no había que pasarse la vida angustiado ante la perspectiva de ser detenido por la policía. Jack había conocido a muchos que robaban para vivir porque eran unos amargados, así como a muchos otros que lo hacían de una manera casi sexual, como si extrajeran un placer secreto del latrocinio. Y luego estaba Denny. No sabía por qué era un ladrón, a no ser que se debiera a la fuerza de la costumbre.

—¿Por qué no te pones a trabajar? —preguntó.

Denny le observó con extrañeza.

—A la mierda con eso —dijo—. ¿Te preocupa, acaso?

—La verdad es que no —dijo Jack.

—Mira, tío, he visto mierda suficiente como para que me dure lo que me queda de esta puta vida. He visto a tíos morir por nada. Pero *nada de nada*, colega. A la mierda con todo eso.

—¿Estuviste en la guerra de Corea?

—Estuve en el Tercero de Marines, tío, con Dale. ¿Te acuerdas de Dale Phipps? Pues aún sigue ahí. Ya es sargento, creo. Tío, menudo montón de mierda que era todo aquello. ¿Sabes lo que hizo ese chupapollas? Estábamos de patrulla él y yo y nos topamos con una choza. Apestaba de mala manera ahí dentro, y la única luz que había provenía de un platillo grasiento o algo así, y había un viejo sentado en un rincón y un oficial amarillo encima de una mujer en otro rincón, sobre una esterilla de paja o algo parecido, y todos levantan la vista horrorizados cuando aparecemos nosotros, y el oficial lleva los pantalones a media asta, tú ya me entiendes, y Dale ve todo eso, se echa a reír y le vuela la cabeza al oficial, tío, y a la tía le salpica la sangre en toda la cara y se pone a chillar y Dale también se la carga, de un tiro en el pecho, y luego se da la vuelta y se cepilla al viejo. Por el amor de Dios, yo nunca había visto nada igual; en cosa de un segundo, tres muertos, ahí tirados, y Dale me mira y se ríe y dice: «¿Cómo es que no le has disparado a nadie?», y yo le digo: «Joder, Phipps, pero ¿qué coño estás haciendo?», y él pone mala cara y me chilla: «¡También te puedo matar a ti, cabronazo, como te vayas de la lengua!», y salimos pitando de allí y luego yo le pregunto para qué cojones se había cargado a aquella gente, y él sonríe y dice: «¿Y qué coño importa?».

Denny tembló de disgusto y se rascó la mejilla.

—Se los cargó porque tuvo la oportunidad de hacerlo, ¿sabes? Tío, me tiré un tiempo soñando con aquello. Ese cabrón chiflado... Habría podido matarme a mí, y éramos compañeros.

Pero la pústula ya se había quemado y Denny se echó a reír.

—Pero no me volví un ladrón por eso. Me entró un miedo de cojones, pero también me aterraba toda la puta guerra. Es curioso, en el momento no parecía algo

malo ni nada, no era más que, bueno, que a Dale se le había ido la olla, y a mí me daba miedo estar emparejado con un majara. Hubo muchos que se volvieron locos. Conocí a un tío que, bueno, había otro tío que se llamaba igual que él y que había muerto, y ese tío ni se había enterado, pero resulta que el Cuerpo le envió a su madre un telegrama diciendo que había muerto en combate y entonces descubre que el muerto es ese *otro* tío que se llamaba igual que él, y su madre estaba intentando pillar el dinero del seguro y, colega, al tío se le va la pinza por completo y se dedica con todas sus fuerzas a conseguir que lo maten. Menos mal que el sargento lo puso en su sitio y lo envió al hospital. Creo que lo licenciaron. Conocí a Tommy cuando yo me estaba yendo y nos hicimos amigos. Tenía grandes planes.

Ahora, a Denny se le veía triste.

—Eso es lo que debería hacer: bajarme a México y encontrarle. Me dejó plantado, el muy cabrón. —Su mirada era intensa, casi de cristal—. Hemos de pillar algo de pasta, tío. No hay más huevos.

—¿Pues por qué no pegas el palo tú solo? Yo no me quiero apuntar. A la mierda.

—Pero ¿qué te pasa? Mira, me conozco un menda en Oakland que nos venderá un par de pistolas, y podemos robar un coche. Damos aquí un golpe rapidito y nos largamos a México. Y las tías, que se jodan. Total, ya estoy hasta las pelotas de Sue. Es lo peor que me he follado en mi vida.

—No —dijo Jack—. Estoy harto de ir dando tumbos. Yo no me apunto a ningún atraco.

Denny parecía sorprendido.

—¿Por qué no? No tienes más remedio.

—Que no.

—Pues yo te digo que sí.

—Yo no soy de tu propiedad, chaval. Si te has quedado sin dinero, el problema es tuyo. Yo no puedo ayudarte.

Le sentó mal.

—Eres igual que el hijo de puta de Tommy —declaró Denny—. El tío va y me deja tirado. Y ahora tú haces lo mismo.

Jack estaba medio tentado de decirle que vale y apuntarse al robo, sólo para complacer a Denny, que parecía tan enfadado como ofendido. Pero ésa no era la manera de ir por el mundo. Era un asco: Denny se comportaba como si hubiesen jurado ser hermanos de sangre.

—No te estoy dejando tirado —especificó Jack—. Simplemente, no cuentas conmigo. Quiero pensar. Algo va mal.

Se levantó:

—Me vuelvo al hotel.

Estaba a medio desvestir cuando apareció Denny. Abrió una rendija en la puerta y su compadre se le coló en el cuarto.

—Chitón —dijo Jack—. Que Mona ya está sobando.

Denny estaba en mitad de la habitación, casi agachado. Jack lo contemplaba con curiosidad.

—¿Qué es lo que te preocupa? —preguntó.

Y entonces vio la navaja en la mano de Denny, justo a tiempo para ponerse en guardia ante su acometida. Todo fue muy rápido. Jack disparó la mano izquierda, sin asustarse ante la hoja abierta, agarró a Denny de la muñeca y, con la derecha, le atizó eficazmente en la oreja y luego le retorció el brazo, soltándole mientras Denny caía para poder golpearle en el cuello; falló, pero le dio en la mandíbula, debajo de la oreja, sintiendo y oyendo el crujido del hueso. Denny soltó un gruñido y un repentino chillido de angustia; y las ganas de matar, que tan rápidamente se habían apoderado de Jack, desaparecieron, dejándole ahí plantado, frente al hombre indefenso que tenía a sus pies, con el cuerpo empezándole a temblar a modo de reacción. Ni siquiera ahora podía dejar de pensar: «Soy como una máquina, le das al botón y me pongo en marcha. Podría haberle quitado la navaja sin tanta alharaca. Ni siquiera sé qué le pasa. Pero el tío apretó el botón equivocado y aquí estamos: me lo podría haber cargado. Podría no haberme ni rozado, pero yo me lo habría cepillado igual».

—¿Qué está pasando? —preguntó Mona. Se había incorporado en el lecho—. ¿Qué le ha ocurrido a Denny?

—Da igual —dijo Jack.

Se arrodilló junto a Denny. Le salía sangre de la boca y de la nariz, y se quedó mirando a Jack con los ojos cargados de dolor. Intentó hablar, pero nada salió de su boca, como no fuese un ruido burbujeante. La navaja, una Case de quince centímetros con el mango de hueso, yacía en la alfombra, con su bien afilada hoja hacia arriba. La última vez que Jack vio esa navaja fue unos días antes, cuando Denny se estaba limpiando las uñas con ella. La recogió, plegó la hoja en el mango y se la metió en el bolsillo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Denny.

Sabía que le había traicionado y que Denny pensaba apuñalarle por ello. Lo comprendía, aunque no entendía por qué, o los motivos por los que se sentía mal al respecto. Denny tenía los ojos claros. Se miraban el uno al otro. Jack nunca había visto antes semejante mirada de pura inteligencia en los ojos de Denny. Era como si ahora supiese algo que Jack nunca llegaría a comprender. Pero esa mirada se desvaneció en un estupor dolorido y Denny emitió un quejido, poniendo al descubierto la sangre espesa y negra que le cubría la boca.

—Ya pasó —dijo Jack.

Ayudó a Denny a ponerse de pie y lo acompañó al sillón de al lado de la ventana, donde lo sentó sobre una pila de ropa de Mona. Denny se quedó ahí sentado, pasmado, cubierto de una sangre que le seguía manando de la nariz y de las comisuras de la boca, que le colgaba ligeramente abierta. Jack volvió a vestirse de nuevo y Mona saltó de la cama, desnuda a excepción de unas bragas, y se metió en el cuarto de baño. Salió de allí con una toalla mojada y se inclinó junto a Denny.

—Mantén la cabeza hacia atrás —le dijo.

Empezó a limpiarle la nariz y la boca. El frío contacto de la toalla debió revivir un tanto a Denny, pues emitió un profundo gruñido, apartó a Mona y fue por Jack, aunque algo encogido. Sin pensarlo, éste le golpeó en la punta del mentón y su oponente se derrumbó de inmediato: cayó como un plomo, la cabeza le rebotó contra las rodillas de su adversario y de ahí fue a impactar contra el suelo.

—Vístete —le dijo Jack a Mona.

Se agachó para inspeccionarle los bolsillos a Denny, quitándole la cartera y el dinero. Cuando Mona acabó de vestirse, lo arrastraron hasta su propia habitación. Sue estaba dormida, así que la despertaron y la sacaron de la cama para colocar en su lugar a Denny, que seguía inconsciente. Sue se lanzó a poner verde a Jack, con los ojos ardiendo de odio. Mona la sacó del cuarto. Jack se puso al teléfono y le dijo al tío de la recepción que a Denny lo habían atracado en la calle, que había conseguido llegar a su cuarto, donde había perdido el conocimiento, y que llamara a un médico. El recepcionista repuso que había visto entrar a Denny en buen estado, así que Jack le dijo que esperara un minuto, y luego bajó a la recepción y le pasó un billete de veinte dólares.

—Usted no tiene ni un rasguño —comentó el recepcionista con una sonrisita.

Era un hombre alto y delgado con un párpado colgante, y, cuando sonreía, mostraba unos dientes largos y amarillentos. Buscó el enchufe en la central telefónica.

—Ya le digo: lo han zurrado fuera. Cuéntelo usted también de esa manera. Le vio venir y llamó al médico, ¿de acuerdo?

—Lo que usted diga, campeón.

A la mañana siguiente, Jack le dijo a Sue que se largara. Sue había vuelto a su habitación a dormir después de que el doctor hiciese que se llevaran a Denny, y ahí se presentó Jack para decírselo.

—No le queda un céntimo y se va a pasar una temporadita en el hospital —le explicó—. Así que más te vale volver al lugar del que saliste.

—Eres un cabrón —repuso—. No sabes cómo te odio. No tenías por qué hacerle eso. Eres boxeador.

—Bueno, si lo prefieres, puedes quedarte —dijo Jack—. Pero te lo pagas tú.

Volvió con Mona, quien había hecho algo extraño la noche anterior, cuando todo hubo acabado y ambos estaban en la cama. Le había besado y dicho:

—La verdad es que estás hecho todo un asesino.

Y él no dijo nada. Se sentía extraño. Había sido todo tan rápido, tan irracional, tan estúpido... No le prestaba mucha atención a Mona, ni a lo que estaba haciendo.

—Eres un hombre de verdad —murmuraba ella—. Eres lo que yo deseo, siempre lo supe, te amo. Te quiero de verdad. —Apartó las sábanas y dijo—: Esto es lo que quieres que haga, ¿verdad?

Pero no sirvió de nada. Ni así podía excitarse, pero Mona ya parecía estar a gusto

con la situación. Dejó de intentarlo al cabo de un rato y encendió un cigarrillo.

—Me alegro de que nos libremos de Sue —dijo—. Eso está bien. Han sido como un lastre para nosotros. Ahora podemos hacer cosas. Total, yo siempre pensé que Denny era un merluzo, y de Sue ya estoy harta. Mira que es tonta. Y no te quitaba ojo de encima. Me contó lo que hicisteis aquella noche que se vino aquí contigo. Menudo cabreo me pillé. Te habría matado. Pero supongo que fue entonces cuando me di cuenta de que te quería. Se puso fatal cuando le mentiste a Denny. Le odia. Yo creo que se alegra de que le zurraras. Mira que es bobo a veces. Lo único que quiere hacer es beber y tumbarse a la bartola. No tiene la menor ambición. Vámonos a Hollywood, o a Las Vegas, o a algún otro sitio. Te juro que me muero por salir de esta birria de ciudad. Y yo que siempre pensé que San Francisco era un sitio guay... Vinimos aquí una vez, cuando se suponía que debíamos estar en una cabaña en Río Nido, y nos tiramos dos días dando vueltas y yo nunca había visto nada igual, así que cuando nos largamos, nos vinimos para aquí. Pero es un latazo al cabo de un tiempo, ¿no te parece? Yo quiero ir a Hollywood. Podríamos alquilar un apartamento. Nada de otra habitación cutre de hotel. Un bonito apartamento en uno de esos enormes moteles que tienen piscina y bares y de todo, para que yo pueda tomar el sol. En San Francisco siempre hace frío. Hasta podríamos comprar un coche para dar vueltas por ahí y bajar a la playa y tal. Igual podríamos ir a México. ¿No te apetece ir a México?

Le dio un golpecito a Jack.

—¿Te apetece o qué?

—¿Qué dices?

—Que si quieres ir a México. Podríamos ver una corrida de toros y eso.

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero?

Mona arrugó la nariz.

—¿Dinero? Tú puedes conseguirlo. Podrías boxear un poco más, ¿no?

Se apretujó contra él.

—Ay, nos lo podríamos pasar tan bien...

A la mañana siguiente, después de decirle a Sue que ya se podía ir largando, Jack se encerró en la habitación con una botella de *whisky* y se puso a beber. Quería pensar. Mona iba dando vueltas por el cuarto, con la radio puesta en una emisora de *rock and roll*, y empezaba a molestarle. Así no había manera de concentrarse. Finalmente, le pidió que se fuese y lo dejara solo.

—¿Piensas darme algo de dinero?

Jack le pasó un billete de veinte.

Mona lo contempló a disgusto:

—Con eso no me llega para nada.

—Vete al cine.

—Estoy harta del cine. Estás bebiendo demasiado. ¿Cuándo nos vamos a ir?

—Anda, vete a tomar viento por ahí.

—A mí no me hables así.

—Lárgate antes de que te ponga el culo caliente.

Mona le lanzó una mirada asesina.

—¡Que no me hables así!

Jack tomó otro trago y siguió mirando fijamente hacia la ventana.

—¡Te odio! —le gritó Mona.

La muchacha se marchó dando un portazo. Al cabo de un momento, Jack se levantó y apagó la radio, y luego siguió contemplando la ventana.

Estuvo bebiendo durante toda la mañana y toda la tarde. El *whisky* no lo estaba llevando a ningún sitio. Sólo seguía bebiendo para evitar ir hacia atrás. Todo parecía muy claro a excepción del primer paso. No sabía por dónde empezar. Estaba enterrado dentro de la piel, los huesos y los nervios, y tendría que salir de ahí si aspiraba a entender su dolor. Si es que se trataba de dolor. Sabía que la gente sufría de agonía, y se preguntaba si sería eso lo que él sentía. No le sonaba a las descripciones habituales de agonía. Se preguntaba si no volvería a tratarse de autocompasión. En el orfanato, acudían al servicio religioso cada domingo por la mañana, en el refectorio, y escuchaban a diferentes predicadores decirles que Dios los amaba de una manera especial porque eran huérfanos y la vida no los había tratado muy bien, pero la dureza de su existencia les concedía una oportunidad preciosa para adoptar una conducta santa, para ser obedientes y morales, pues no tenían ante ellos esas tentaciones que conducen al pecado que sí se encuentran los hijos de padres pecadores, quienes les alejan del sendero de la bondad con su mal ejemplo; sostenían los curas que ellos, los niños del orfanato, eran el resultado de los pecados de sus padres, pero al mismo tiempo, contaban con esa gran oportunidad de llevar vidas desprovistas de culpa y llenas de pureza y virtud; la oportunidad de obedecer las reglas y de ser los favoritos de Jesucristo, pues también Él se desprendió de Su propia Madre para convertirse en huérfano, por así decir; y ellos, los niños del orfanato, eran mejores y más afortunados que los niños del exterior, pues en ausencia del amor paterno y de la conducta descarriada de sus progenitores, podían acceder directamente al amor de Jesucristo y, por consiguiente, del Propio Dios bajo la tutela de la administración del orfanato. Pero a los niños no les hacía falta pensar mucho para ver que si Jesucristo y Dios aprobaban la conducta de los que llevaban el orfanato, que preferían, de hecho, al hogar y los padres, se convertían en enemigos de los huérfanos, pues si el amor de Dios anidaba en la hueca cavidad de las almas de esa gente, Dios acababa siendo el asesino definitivo del amor.

A los niños del orfanato se les enseñaba, durante todas y cada una de las semanas de su vida, que la diferencia entre el bien y el mal, entre lo correcto y lo equivocado, no era más que una cuestión de sensaciones: si algo te parecía bien, era malo; y si algo te parecía mal, era bueno. La comida del orfanato no tenía muy buen sabor, pero a los niños se les enseñaba, se les decía, que esa comida, esa avena tan poco apetitosa o esas ciruelas o esas verduras hervidas hasta la muerte, era nutritiva y buena para ellos y les haría fuertes y capaces de trabajar duro; y que los caramelos que les daban

las señoras que venían de visita eran, al mismo tiempo, un tesoro y un pecado, pues aunque tuvieran un sabor estupendo, no les hacían ningún bien, así que después de comérselos y darles las gracias a las señoras, tenían que lavarse los dientes hasta deshacerse de los últimos restos de sabor, pues los dulces, esa rareza tan deliciosa, pudría todo lo que tocaba. Y les decían que los regalos no eran buenos, ya que se trataba de posesiones y las posesiones eran algo por lo que había que pugnar y que sólo traía malas sensaciones; no es que las autoridades les arrebataran los regalos, pero tenían una manera muy particular de hacer que los críos se sintieran culpables por poseerlos. Y, evidentemente, los placeres del cuerpo, correr, saltar, reír, masturbarse, eran pecados, en especial este último, aunque también los demás, pues alteraban la rutina, eran contagiosos, afectaban al cumplimiento de lo planificado y no debían permitirse, como no fuese bajo determinadas y bien definidas circunstancias. Jack podía recordar concretamente la sensación, cercana a la rabia, que experimentaba cuando le decían que durante la siguiente hora podrían salir al patio y divertirse, saltar, correr y jugar, y recordaba su deseo de quedarse en su sitio, inmóvil, y negarse a pasarlo bien. Para, acto seguido, incapaz de controlarse, salir corriendo desesperadamente, con un nudo en el estómago, que no era precisamente de alegría, bajo la mirada aprobadora de las autoridades. Y el trabajo, se les enseñaba que el trabajo era bueno, especialmente el más duro, y que cuanto más se trabajara, mejor, aunque sus cuerpos les gritaran que eso era *mentira*, que todo era una terrible y asquerosa mentira basada en Dios, un intento monstruoso para impedir que dieran rienda suelta a su rabia y a su angustia asesinando a las autoridades. Cosa que no hicieron, pues sabían que nadie, ni los curas, ni las señoras que venían de visita, ni mucho menos las propias autoridades, se creían nada de nada, ya que no actuaban como creyentes. Se comportaban como si sólo creyesen en una cosa: que lo único que se impone en este mundo es la fuerza y nada más que la fuerza. Y eso era algo que también creían los chavales a pies juntillas, y la mayoría de ellos soñaba con el momento en que el poder de la fuerza recayera en sus manos.

El problema de ese poder es que era intangible. No lo usufructuaba nadie. Mientras Jack estuvo allí, la mayoría de los chicos culpaban al hombre que estaba al mando del orfanato de ocupar el centro del poder; creían que todo lo que les sucedía, y lo que no, partía de ese señor alto, corpulento y de cabello blanco. Pero un día, hacia la mitad del recreo de los chavales del ala de Jack, vieron a ese hombre atravesar el patio con las manos a la espalda y la cabeza apuntando hacia delante (siempre caminaba así cuando se sentía enfadado y colérico) y, de repente, vieron cómo se detenía de improvviso, miraba directamente al cielo, emitía un gruñido y caía hacia atrás; vieron cómo se pegaba una costalada contra el suelo y cómo se lo llevaban, descubriendo al siguiente día que lo que habían presenciado era la muerte de ese hombre, que había sufrido un ataque al corazón y ya había muerto cuando lo llevaran adentro y le quitaran la ropa. Y esa noche, todos los chicos del ala de Jack albergaron una dicha secreta ante la muerte del hombre, y muchos de ellos pensaron

sinceramente que iban a ser liberados, ahora que había desaparecido el centro de poder; o, por lo menos, que sus vidas cambiarían de manera magnífica y por fin serían libres de la mecánica tiranía de aquel sujeto; hubo algunos que hasta creyeron que les iban a dar caramelos. Pero aprendieron muy rápido. No tardó nada en haber otra cabeza administrativa en el orfanato, alguien que sólo difería de su antecesor en el aspecto. O sea, que la cosa era intangible: no se trataba de un hombre, sino de una serie de normas. Tampoco serviría de nada robarlas del despacho y quemarlas, ya que ni tan siquiera había un libro que las contuviese. Bastaba con que las autoridades las conocieran. Podrías matarlos a todos y las normas permanecerían. Esa era la gran virtud de las reglas, se les decía en un contexto algo distinto.

Pero, y ahí estaba lo que inquietaba ahora a Jack, una vez has dejado atrás todo eso, una vez has descubierto que todo es absurdo, que lo que creías de niño no eran más que excusas autocompasivas, ¿con qué las reemplazabas? Tenías una vida con la que no estabas satisfecho: ¿hacia qué dirección apuntabas?

Toda esa idea de una buena vida era de lo más tonta. Porque no existían ni el bien ni el mal, ni lo bueno ni lo malo. A nada conducía la manera de hacer del orfanato, donde lo bueno equivalía a lo aburrido, lo doloroso y lo estúpido, y lo malo a lo alegre, lo delicioso y lo explosivo; y, desde luego, tampoco funcionaba lo exactamente opuesto a todo eso: estaría muy bien vivir nada más que para la diversión, pero... ¿Qué hacer cuando ya te hubieses divertido sin tasa? Sería como dedicar toda tu vida a conseguir un bocadillo hasta hacerte con él, comértelo y quedarte sin nada. Era igual de idiota que pasarte la vida evitando el dolor, pues enseguida te darías cuenta de que ese objetivo, lógicamente, implicaba encerrarte en un cuarto y dejar que las autoridades se hiciesen cargo de todo, de alimentarte, de retirar tus excrementos; y aunque esas autoridades te ofrecieran entretenimiento sensorial, seguirías siendo un prisionero...

Qué mal pintaba todo. Tomó un trago de *whisky* tibio y siguió mirando fijamente por la ventana. La calidad de la luz había ido cambiando, y ahora toda la gente que había en la calle parecía idéntica. Podía verlos ahí afuera, obsesionados no con sus destinos, sino por algún sencillo problema cotidiano: hacer un negociete, concluir las compras, pillar el autobús, gorronear un cigarrillo... Nada importante, como no lo fuese para ellos mismos. La única diferencia es que yo estoy aquí y ellos están allá. ¿Qué es lo que queremos?

Registró cuidadosamente su cerebro, pero no encontró nada que deseara. Era como si nunca hubiese querido nada en toda su vida. Pero no era cierto. De pequeño, quería un montón de cosas. En el orfanato todo había sido muy sencillo. Cuando quería algo, lo cogía. Si lo pillaban, aceptaba el castigo. Siempre fue consciente de que lo que más había ansiado era la libertad, escapar del orfanato, y eso hizo en cuanto se sintió preparado. Eso fue todo.

A partir de ahí, no apreció la libertad porque ya la tenía.

En Portland, antes de que lo enviaran al reformatorio, también había deseado

cosas. Cosas muy sencillas, de las que se pueden comprar con dinero. Como el *whisky*. O las mujeres. O un coche veloz. Pues bueno, ahora ya tenía todas esas cosas, a excepción del coche veloz, y no las quería. No, eso no era del todo cierto. Las tenía y no quería pasar sin ellas, pero no le acababan de funcionar. No le hacían sentirse mejor. Sólo le ayudaban a mantenerse vivo.

Por un instante, se apoderó de él una náusea difusa mientras su mente se acercaba indefensa a la idea del suicidio. Se preparaba para afrontarlo, como si siempre hubiera sabido que eso era lo que le correspondía: voy a morir. ¿Por qué no ahora? Tenía frío y estaba mareado. Vamos a ver, ¿por qué no? ¿Para qué coño tengo que seguir viviendo?

Tenía la botella de *whisky* en la mano y la alzó, sosteniéndola ante los ojos. ¿Quiero más de esto? ¿Quiero otro trago? De repente, era muy importante saberlo. Si no quería un trago, no quería nada de nada. Y si nada quería, más valía morir. Porque ya estaba muerto.

—Chorradas —dijo en voz alta—. Chorradas. Lo que pasa es que estoy de mal humor.

Se llevó la botella a los labios y bebió con los ojos cerrados.

Se quedó sin *whisky* a eso de las seis de la tarde, así que se dispuso a ir por más. Pero no podía moverse. Estaba en la cama y era incapaz de dar con los nervios adecuados que le sacaran de ahí. Así pues, optó por sestear. Mantenía agarrada por el cuello la botella vacía, como si fuese un ancla, y empezó a caer en sueños propiciados por el mareo, entre ellos, uno en el que las chicas aparecían por la habitación y se quedaban mirándole con rostros tan pálidos como crueles, para luego desaparecer antes de que él pudiera incorporarse. Después, al despertar, recordó ese sueño, se llevó las manos a los bolsillos y comprobó que había sido real. Seguía atontado y borracho, y todo se le antojaba de lo más divertido. Las chicas le habían soplado más de cien dólares. Pero tenía más dinero en el armario, lo que le quedaba del que Castelli había ahorrado para él, así que lo cogió, se lo metió en el bolsillo, salió a la calle por tres botellas de Canadian Club y se las trajo de vuelta a la habitación. No tenía hambre, pero se le metió en la cabeza que le apetecía echar un polvo y decidió quedarse sentado en una esquina de la cama a esperar a que volviese Mona. Abrió la primera botella muy lentamente y tomó un trago. Recordó lo mal que se había sentido antes y cómo había sabido en secreto, durante todo el tiempo dedicado a pensar cosas malas, tontas e irritantes, que tarde o temprano se sentiría mejor. Soltó una risita. Siempre que se emborrachaba se encontraba mejor. Hasta las resacas eran buenas, pues le hacían pensar con claridad, pero sin agonía. Deseaba a Mona. Eso estaba bien.

Sabía que volvería: la habitación seguía trufada de cosas suyas.

Y cuando lo hiciera, Jack pensaba follársela a lo bestia y luego echarla. Se sentía cruel y malvado. No la dejaría llevarse sus cosas, pues era él quien las había pagado casi todas, y pensaba conservarlas para la próxima pelandusca con la que se liara. Eso

tenía gracia. Con lo mojigata que era Mona, lo mejor que podía hacer sería llamarla puta: la sacaría de quicio y la emprendería con él a gritos y golpes. Pero a él le daría lo mismo. Se reiría de ella, le arrancaría la ropa y se la volvería a follar, para luego arrojarla desnuda al pasillo. Sería una buena lección. Y puede que hasta acabara aprendiendo a joder si la volvía tan loca como para quedarse rondando por ahí.

Pero el deseo amainó. Al final, todo envejece si te tiras demasiado tiempo pensándolo. Todo menos la bebida; y con la bebida, siempre podías echar la pota y volver a empezar. Acabó quedándose frito.

Despertó a media mañana. Mona no estaba, pero sus porquerías seguían esparcidas por todo el suelo. Echó un trago de *whisky* y tuvo el tiempo justo de llegar al baño para vomitar. Se sentía ligero y vacío, pero sólo había una cosa que hacer: atizarse otro pelotazo de *whisky* y conservarlo en el estómago. Lo acabó consiguiendo, quedándose muy quieto para que no le llegaran las náuseas a la garganta, y al cabo de unos minutos supo que todo iría bien. Se quedó todo el día en la cama, bebiendo. Tenía la mente totalmente en blanco. Mona abrió la puerta una vez, asomó la cabeza y, cuando lo vio en la cama, la retiró. Jack ni se tomó la molestia de saludar.

Al cabo de mucho tiempo, Jack le contaría a Billy Lancing lo que había acabado ocurriendo:

—Llevaba tanto tiempo bebiendo y sin comer, que todo me parecía hueco y extraño; me sentía como una especie de místico chiflado que tiene unas visiones que sus ojos no pueden recordar; a partir del tercer día, ya no estaba realmente borracho, sólo vivía a base de alcohol y meaba azúcar puro, y el mundo entero se me antojaba claro y borroso a la vez. Recuerdo que en el suelo, junto a la cama, había uno de los tebeos de Mona y que me quedé mirando la portada. Había un dibujo de Batman y Robin peleando con unos matones siniestros en una calle de una ciudad, de noche, y era la ciudad más extrañamente hermosa que yo había visto en toda mi vida. Batman decía: «¡Aquí se adivina la mano del Joker!», y uno de los matones decía: «¡Cáspita!», y Robin decía: «¡Alguien se quiere deshacer de nosotros!», y yo estaba ahí sentado, tratando de averiguar por qué discutían esos seres tan bellos, aunque todo lo que decían me parecía de lo más sensato. El tebeo estaba al revés, así que yo veía los dibujos boca abajo, pero eso lo hacía todo aún más real, y una vez oí no sé dónde que, en realidad, las cosas las vemos invertidas y que es nuestra mente la que les da la vuelta, y creo que yo estaba intentando ponerlo todo recto en mi cerebro cuando llamaron a la puerta. Fue un esfuerzo terrible que consumió una gran parte de mi *whisky*.

»Me levanté y me quedé en mitad del cuarto, tratando de darle la vuelta a la puerta para que se quedara del revés y Mona pudiera entrar por el techo con la falda a la altura de las orejas y yo le dijera algo así como «¡Ya era hora, joder!», y me quedé un segundo a la espera y entonces la puerta explotó, saltó por los aires delante de mí, y entraron dos tíos con pistolas. Pensé por un momento que Mona habría contratado a

un par de facinerosos para trincar el dinero que me quedaba y coger sus cosas, así que les sonreí a esos tíos y les dije: «Hola, chavales». Ellos me vieron ahí desnudo y se guardaron las armas. Cuando les vi las sobaqueras supe que eran polis, así que me fui hacia la puerta, pero uno de ellos me agarró del tobillo y me desplomé en el pasillo. Venían por allí un hombre y una mujer, y yo les dije con toda la claridad posible: «Disculpen», pero no me debió salir muy bien, ya que la mujer se puso a gritar y el hombre hizo algo muy raro; era un tío bajito con bigote y pinta ratonil, supongo que se había traído a la tía al hotel para pasar un buen rato, pero bueno, el caso es que arrugó su naricilla de ratón y me dio una patada en el hombro. Acto seguido, ambos se dieron la vuelta y echaron a andar rápidamente por el pasillo, y los polis me arrastraron de regreso a mi cuarto, me obligaron a vestirme, me esposaron y se me llevaron al Palacio de Justicia. Justo al salir de la habitación, el más grandote de los polis me puso una mano en el hombro y me preguntó si quería otro trago; yo le dije que sí y el hombre se fue a buscar una de mis botellas y yo le di un buen tiento, y él hizo lo mismo y luego se deshizo de la botella y me dijo: «Chaval, se te va a caer el pelo».

»Yo estaba contento. La verdad es que aquel poli me caía muy bien. Me dijo la verdad, ese madero, y por eso me cayó bien. Me entraron ganas de besarle o, por lo menos, de estrecharle la mano. Era un buen policía.

NUEVE

Se llevaron a Jack al viejo Palacio de Justicia de la calle Kearney y lo metieron en una celda de la cárcel de la ciudad. Varias horas después, cuando lo ficharon ante el mostrador, seguía somnoliento y medio borracho, y empezaba a experimentar los primeros síntomas de una larga enfermedad. Pero incluso así, escuchó la lista de cargos y comenzó a intuir que algo había pasado y que no estaba soñando. No sabía muy bien de qué se le acusaba en concreto, pero intuía que las posibilidades eran muchas y que todas tenían un número en el Código Penal. Lo que lo hacía todo tan real era que todo el mundo fuese tan distante y educado. Sentía que les estaba cogiendo afecto a los inspectores, al tío del mostrador, a los polis de uniforme. Cuando lo devolvieron a la celda, se quedó dormido pensando en lo simpáticos que eran todos.

A la mañana siguiente, en el juzgado municipal, se enteró de cuáles eran los cargos. Para entonces, ya se encontraba francamente mal: resacoso, con los brazos y las piernas huecos, con un nudo en el estómago y el rostro ardiendo a causa de la fiebre. El adjunto al fiscal del distrito, un hombre corpulento vestido con un traje marrón, pelirrojo y con la cara bronceada y llena de granos, leyó en voz alta los cargos, en un tono monótono pero, al mismo tiempo, airado, de pie ante su mesa, sosteniendo ante los ojos la hoja de papel cebolla rayado, informando a Jack y a todos los presentes que se acusaba a aquél de violación, resistencia a la autoridad, ebriedad, fomento del desorden y robo. En ese mismo tono entre aburrido y contrariado, añadió:

—Y también tenemos una acusación de fuera contra él, señoría.

—Pues escuchémosla, escuchémosla.

—Ha llegado esta misma mañana, señoría. Es una orden de busca y captura por secuestro del condado de Balboa. Si no hubiese llegado a tiempo, pensaba pedir que se le encerrara por los cargos locales o que se le enviara al tribunal superior.

Jack y el juez se miraron un instante, y luego el juez negó lentamente con la cabeza. «Que lo envíen al condado de Balboa», dijo mientras lo escribía en su hoja de disposiciones. Jack no había estado en su vida en el condado de Balboa, pero tampoco se le antojaba tan extraño. Tal como se sentía, nada le resultaba misterioso. Todo parecía de lo más racional. Si lo llegan a colgar en la plaza pública, tampoco se habría sorprendido, y si se limitaran a dejarlo ir, aún menos. Se lo llevaron de vuelta al calabozo y se volvió a dormir. Se despertó varias veces a lo largo del día, con ataques de diarrea, y a pesar de las náuseas, fue incapaz de vomitar. Suerte tenía de poder dormir.

Avanzada la tarde, aparecieron dos inspectores que lo agarraron y se lo llevaron en coche hasta el condado de Balboa. Los dos policías iban sentados en el asiento delantero de una enorme ranchera blanquinegra, y Jack iba detrás. Había unos cerrojos de acero en el suelo del asiento trasero, y Jack llevaba unas cadenas que se

ataban ahí. Detrás de su cabeza había una rejilla de alambre, y sus manos, bien separadas, estaban esposadas a la reja. Ambos inspectores fueron muy amables con Jack, dándole conversación y permitiéndole fumar. El que no conducía tuvo que aguantarle el cigarrillo, medio vuelto hacia atrás en el asiento, pero dijo que no le importaba. Los dos inspectores se mostraron contritos ante lo de llevarlo atado de esa manera, pero así eran las normas. «Para algunos de tus delitos», dijo el que no conducía, «sólo usamos las esposas; pero como tienes algunos de importancia, pues también hay que ponerte las cadenas en las piernas.»

—Pero ya sabes lo que se dice —comentó el conductor—, todo tiene cosas buenas y malas. Piensa en lo seguro que estás tan atado. Dos de los nuestros estaban trasladando a un prisionero, igual que nosotros ahora, creo que el tío había rajado a la parienta y se la había cargado o algo parecido, y el poli que conducía iba a toda hostia y, de repente, aparece por una carretera secundaria un puto granjero gilipollas que se emplasta contra el coche y lo envía a tomar por culo; se sale de la carretera, da un par de vueltas de campana y acaba boca abajo. El conductor se agarró al volante y se salvó, pero el que estaba en el asiento de al lado salió disparado y acabó regando el suelo con sus propios sesos; le reventó la cabeza como si fuese una calabaza; pero el prisionero, fíjate tú, seguía ahí sentado, tan tranquilo, del revés, pero bien atadito, protegido y sin un solo rasguño; aunque chillando, eso sí, para que lo sacaran de allí antes de que el puto trasto estallara. Nunca se había visto nada igual.

El otro le dedicó una sonrisita a Jack.

—Por eso tenemos ahora estos cinturones de seguridad —agarró el extremo del suyo y lo ondeó ante Jack—, pero a mí me la sudan.

—Yo llevo el mío puesto —dijo el conductor—. Nunca se sabe.

Dijo el otro:

—¿Cómo cojones voy a satisfacer las necesidades del preso si estoy atado al asiento? Tendría que estar atándome y desatándome cada diez minutos.

—Es tu pellejo —dijo el conductor—. En el noventa y nueve por ciento de los casos, el que palma es el copiloto.

—Es el setenta por ciento —le corrigió su compañero.

En la cárcel del condado, alguien reparó en que Jack tenía fiebre y llamó a un médico, así que se lo llevaron al hospital. Allí no había una zona para presidiarios, por lo que fue instalado en una habitación privada con alambre en las ventanas. La puerta estaba bien cerrada y, junto a ella, por la parte de fuera, había un policía de plantón. Jack estuvo enfermo durante casi dos semanas, al borde del delirio, pero no abrió la boca ni una vez en todo ese tiempo, ni tan siquiera para comunicarse con los médicos. Su caso fue diagnosticado como un fuerte ataque gripal.

Mientras estaba borracho, todo le había parecido de lo más racional; ahora, nada se lo parecía. No sabía por qué lo habían detenido. No entendía por qué le habían acusado de secuestro y llevado a ese lugar. Hubo un momento en el que estuvo seguro de que se iba a morir. La temperatura del cuerpo le seguía bajando, cayó hasta

los 28, y sentía frío en su interior, como si la vida fuese abandonando sus células y pronto no quedase nada de él salvo la carne. En su delirio, pensaba que, si moría, dejarían caer su cadáver sobre una mesa del juzgado y seguirían adelante con el juicio, llamando a testigos que Jack no había visto en la vida para que testificaran sobre cosas que nunca había hecho, y al final, el jurado emitiría un veredicto de culpabilidad y su cadáver sería conducido a la cámara de gas para ser convenientemente ejecutado, y luego lo sacarían de allí para enterrarlo; y mientras sucedía todo eso, él estaría flotando por encima, mirando, escuchando, tratando de entender qué les estaba pasando a su carne y sus huesos, al cuerpo que solía habitar; y el fiambre se quedaría ahí tirado, muerto, en su sillita, pudriéndose, empezando a oler mal, con todo el mundo en la sala haciendo como que no apestaba, y hasta vio sus ojos agitarse para, finalmente, saltar de las cuencas muertas y rodar por el suelo, y vio a un ujier recogiénolos y metiéndoselos en el bolsillo, y el cuerpo sin ojos se quedó en su sitio, haciéndose cada vez más pequeño y más amarillento a medida que el juicio se eternizaba, y por fin, cuando se lo llevaron a la cámara de gas, era tan pequeño y tan ligero que lo llevaba un solo hombre bajo el brazo, como si fuera un muñeco, y quedaba diminuto en esa silla enorme, sin ojos, sin dientes y con la nariz medio comida por la podredumbre, mientras la pequeña sala octogonal se llenaba con los tufos del gas de cianuro que descomponía el cadáver haciendo que se cayera a trozos y que varios hombres tuvieran que sacarlo de la silla en fragmentos y arrojar esos fragmentos a una bolsa, y todo se les deshacía entre los dedos, pero les daba igual, hasta se contaban chistes entre ellos y se reían ante los pedazos de carne pringosa y hueso podrido que se les quedaban pegados a los dedos y les obligaban a limpiarse las manos constantemente, llenando bien la bolsa y bromeando sobre el pestazo; mientras él, Jack, su espíritu, flotaba sobre ellos y miraba y se negaba a hablar. Era una obscenidad, bien lo sabía, pero no era capaz de conmovérselo.

Hasta soñó que Denny le acusaba y que le juzgaban por haberle traicionado, y Denny le decía, sí, me traicionaste, eras mi amigo y me la jugaste, pero Jack decía, no, no tienes ningún derecho a meterte en mi cuerpo y hacer como si fuera tuyo, pero Denny porfiaba, sí, claro que sí, tengo todo el derecho del mundo a hacerlo, tú eres mi amigo, tengo derecho a tu cuerpo y a tu mente, a todo tú, porque te quiero y te necesito, y todo el mundo tiene ese derecho, el de compartir el amor con el otro y habitar el alma ajena, pero Jack insistía, no, no, yo soy mi propio cuerpo y mi propia alma y tú no formas parte de mí, no tienes derecho, pero Denny decía, no lo entiendes, todos tenemos ese derecho a los demás, y ningún hombre puede reivindicar su privacidad porque tu privacidad es mi asesinato, ¿aún no te das cuenta, aún no entiendes que por el mero hecho de estar vivo estás abierto a mí, y yo a ti? ¿Todavía no lo comprendes? Pero Jack le decía que no, seguía diciéndole que no porque Denny ya había desaparecido a esas alturas, se había ido al hospital por su propio pie, y Jack estaba solo y no sufría, se había librado de Denny; era un hombre condenado, pero libre. Sabía que no podía permitirse odiar a Denny, pues eso sería lo

mismo, sería entregarse a él. Pero se había ido y, con una increíble sensación de tristeza, Jack se daba cuenta de que nunca volvería a ver a Denny, y sintió que algo se rasgaba y se disipaba, algo importante; no Denny, sino algo importante, una parte de sí mismo que se desvanecía.

Pero acabó mejorando y lo devolvieron a la cárcel del condado, y al día siguiente, se lo llevaron a hablar con el fiscal del distrito.

Se llamaba Forbes y era un tipo muy gordo, corpulento, de hueso ancho, sin ninguna de las flaquezas típicas de los gordos satisfechos, con la fuerza de la pura grandeza, un hombre poderoso en forma de barril, cuyo rostro coloradote era más agradable que bromista, su boca más sensual que cruel y sus ojos, vivos y alegres. Cuando Jack se sentó ante el escritorio de Forbes, supo de inmediato que no iba a haber martingalas de ningún tipo; en otras circunstancias, era muy probable que a Jack le hubiese caído bien.

Forbes tenía ante él una carpetilla de papel Manila, la abrió y leyó en silencio durante unos instantes.

—No me creo nada de esto —le dijo a Jack—. Pero no piense que no le voy a poner a prueba. Si debo hacerlo, lo haré. ¿Va usted a cooperar?

—No —repuso Jack.

Tenía ganas de echarle un vistazo a los papeles de la carpeta, pero rechazó la idea de solicitarlo.

—Ya me lo suponía. Tiene usted pinta de tipo duro. No hace falta que le diga que más le vale no ponerse flamenco por aquí. Tenemos su expediente de Oregón, así que sabemos que usted ya sabe cómo funcionan las cosas. No es usted un novato. ¿Piensa hacer una declaración?

—No —dijo Jack, pero el grandullón ya se había levantado de la silla, ido hacia la puerta que había a la espalda de Jack y, tras abrirla, echado unas voces:

—Myra, ¿quieres venir, por favor?

Cuando volvió a su mesa y tomó asiento, le dijo a Jack:

—Hable alto, es un poco sorda.

La mujer, que tendría unos cincuenta, iba teñida de pelirrojo y lucía un rostro petrificado, entró y ocupó una silla junto a la ventana. Venía provista de lápiz y cuaderno y, tras dedicarle una sonrisita a Jack, dijo en voz bien alta: «Cuando quieras, querido».

El fiscal del distrito Forbes se lanzó a hacer preguntas y la mujer se puso a escribir; después de cada pregunta, ambos hacían una pausa y esperaban a que Jack la respondiera, y cuando no lo hacía, el fiscal del distrito decía: «Se niega a contestar», y pasaba a la siguiente. Eran ridículos: no tenían nada que hacer con Jack. Por el tipo de preguntas, Jack entendió que se suponía que él había estado en el condado de Balboa unas seis semanas atrás, con un coche, que había recogido a Mona y Sue delante del Ritz Theater a punta de pistola, obligándolas a entrar en el coche bajo amenaza de daño corporal si se resistían, y conducido a ambas hasta San Francisco,

donde las había instalado en el hotel. Se suponía que las había amenazado diciéndoles que haría que las detuvieran por prostitución si no se quedaban con él, y también se suponía que las había obligado a efectuar actos de naturaleza sexual, así como haber vivido con Mona en un estado de cohabitación carnal ilegal. Y además, se encontró en su poder una cartera perteneciente a un tal Dennis Mellon; le pidieron que explicara ese particular, así como el hecho de que, en estos momentos, el señor Mellon estuviese en el hospital de la Universidad de California en San Francisco, aquejado de múltiples fracturas en la mandíbula. También le pidieron que explicara por qué agredió a dos agentes de policía que se habían personado en su habitación para interrogarle. Pero ni respondió a nada ni dio la más mínima explicación. También se negó a firmar una declaración en la que lo negaba todo. La mujer salió de la habitación y el fiscal del distrito Forbes suspiró.

—He hablado un par de veces con San Francisco —dijo—. Lo que sucedió, probablemente, es que a esas dos chicas las trincaron los de antivicio y éstos, como no tenían nada mejor que hacer, se inventaron una historia para sacarlas del apuro. Probablemente, les dijeron que se iban a pudrir cuatro o cinco años en un reformatorio si no le echaban la culpa a otro. Joder, si había un informe de personas desaparecidas sobre ambas chicas dando vueltas por comisaría desde hacía un mes. Aquí, lo difícil es saber cuánto de lo que dice Mona es una trola y cuánto es real. ¿Las recogió usted en el cine?

Jack no dijo nada. Tenía ganas de hacer varias preguntas, pero se abstuvo.

Siguió Forbes:

—Se lo voy a dejar clarito. El padre de la chica pinta algo por aquí; ya se ha presentado cuatro veces en este despacho, echando espuma por la boca y amenazándome con hundirme si no le envían a usted a la cámara de gas por cortesía de la Ley del Hijo de Lindbergh. Conozco a la chica. Es un horror. No es más que otra petarda boba a la que le gusta hacerse la dura. Conozco a las dos chicas. Sue Franconi está bien, pero no crea usted que no será capaz de subirse al estrado con Mona y mentir hasta enviarlo a San Quintín o algo peor. Lo haría para salvar el pellejo, y si le he de ser sincero, no las culpo ni a ella ni a la otra. Usted tampoco debería hacerlo. Ya ha pasado por el reformatorio y sabe de qué va.

»Sigamos: los demás cargos siguen vigentes en San Francisco. Les dije que quería tratar aquí lo del secuestro, y si a usted lo condenan por algo, lo más probable es que lo dejen correr. Voy a pedirle al gran jurado que le acusen de secuestro, y así me quitaré de encima al padre de Mona; y para cuando el juicio esté en marcha, ya estará metido hasta el cuello en otra mamarrachada de la niña y podremos aceptar algún cargo menor, reconocerlo ante el juez y que usted se tire una temporadita en la cárcel del condado antes de que el viejo se entere de lo que ha pasado. En cualquier caso, para entonces ya me habrán renovado el nombramiento y no podrá ponerme la mano encima durante otros cuatro años.

Miró a Jack de manera decidida:

—Le voy a explicar cómo está el patio. Si no acepta lo que se le propone, si quiere dar la cara, lo más probable es que acabe ganando el caso. Puedo conseguirle un abogado buenísimo que se lo lleve de calle. Es probable que pueda usted encontrar a alguien que viese a la chica salir de la ciudad, tal vez el conductor del autobús. Puede pillar a los recepcionistas de ese hotel pulgoso del centro de la ciudad, y es probable que testifiquen a su favor. No tendría problemas para ganar, y usted lo sabe. Es una de las acusaciones más infundadas que he visto en mi vida: se notan las zarpas de los de antivicio en todo el asunto. Se lo digo para que no se confunda. No intento enredarle. Puede usted ganar, y yo me llevaré una buena bofetada en pleno año electoral, y el papá de Mona la liará parda y yo quedaré como un imbécil. Pero le voy a decir lo que haré si toma usted el camino que le acabo de señalar: perderé el caso y me aguantaré, pero usted se volverá a San Francisco a afrontar los cargos de violación. Ahí no va a poder ganar, y usted lo sabe. No pienso mover un dedo para que retiren esa acusación si debo retirar la mía. Total, ya no depende de mí. A usted le caerá una condena de las largas. ¿Ve adónde quiero ir a parar? Le estoy diciendo que puedo arreglar lo de la violación y todo lo demás si coopera conmigo. Y si no lo hace, se va a enterar.

Jack lo veía muy claro. Si se declaraba culpable del cargo del que era inocente, no lo juzgarían por aquél del que sí era culpable. Hasta resultaba divertido. En cuanto al cargo de violación, ahora se daba cuenta de que siempre había sabido que las chicas eran menores de edad, aunque nunca le había dado al tema la menor importancia. Y total, aunque ni lo hubiera sabido ni sospechado, tampoco cambiarían las cosas. Seguía tratándose de un delito. Menudo chiste. En teoría, nadie iba a la cárcel por follar. Pero en la práctica sí, constantemente. Pero todo eso daba lo mismo. No ibas a la cárcel por lo que habías hecho, sino porque te agarraban y no sabían qué hacer contigo, así que te enviaban al trullo. Ellos. Sí, ellos. Los archivadores del orfanato. El ayuntamiento. El parquímetro. La puerta de la habitación del hotel. Batman. Nunca era nadie real el que te enviaba a prisión. No eran los polis. No era el fiscal del distrito. Es su *silla* la que se encarga del asunto. De que yo dé con mis huesos en la cárcel. Lo único que tengo que hacer es seguirle la corriente. Eso es todo. Nada personal.

—Jódase —le dijo Jack a la silla del fiscal del distrito.

Se sentía enfadado, seducido, violado. Experimentaba auténtico odio, pero no podía hacer nada al respecto. Tenía ganas de gritar. Se puso a decir «Jódase» una y otra vez, bien tieso en la silla, con las manos a los lados, el rostro colorado por la rabia frustrada y los ojos llorosos.

—No vamos bien —dijo el fiscal del distrito. Jack se calló y se lo quedó mirando fijamente con los ojos velados por el llanto—. Piénselo. No hay prisa. Le enviaré a su abogado en cuanto ese hijo de puta vuelva de su mierda de excursión pesquera.

Jack vivió en la cárcel del condado de Balboa durante 66 días, a la espera de juicio. No era su primera celda del condado. La cárcel estaba en la planta superior del

edificio del juzgado y ocupaba toda el ala izquierda del piso. Había un largo pasillo con una pared de cemento a un lado y barras en el otro, y en ese corredor había una mesa controlada por un agente del condado durante el día y por nadie durante la noche. En el extremo izquierdo del pasillo había una puerta de acero reforzada con cemento, y a uno de sus lados, una mirilla de acero de quince centímetros de ancho. En el exterior de esa puerta había otro pasillo, más corto, que acababa en una verja con barrotes, y más allá, la zona del ascensor y las puertas que llevaba a la sala de visitas, los cuartos para hablar con los abogados y las áreas para mujeres y menores de la cárcel del condado. Cuando los presos eran conducidos a la sala de visitas o a verse con su abogado, pasaban ante los ascensores, pero daba igual, ya que las puertas estaban protegidas por su propia celdita con barrotes; las personas que salían de los ascensores se encontraban en una jaula que sólo podía ser abierta por el hombre sentado ante el escritorio, que estaba situado a la suficiente distancia como para que nadie pudiera tocarle desde allí. En esa mesa había un agente día y noche.

La sala de esparcimiento para delincuentes estaba tras los barrotes que ocupaban todo un lado del pasillo largo. Era una habitación diáfana, rodeada por los tres lados de celdas que nunca estaban cerradas, como no fuese para presos especiales. Los hombres dormían en las celdas y pasaban el día en la enorme sala, donde había algunas mesas y sillas y un par de largos bancos. Sin importar dónde estaban los presos, si en las celdas o en la sala, el agente sentado a la mesa del pasillo siempre podía verles y, si había algún problema, un motín o algo por el estilo, podía controlarlo con la manga antiincendios ovillada en la pared de al lado de su mesa. No había rincón en la sala donde no pudiera llegar la manguera. Las luces estaban controladas desde el escritorio, pero había una, en el techo del corral, que no se apagaba nunca. A las nueve en punto, aparecía un agente procedente de la zona de los ascensores y le daba al interruptor, apagando las luces del corredor y dos de las del corral, pero la del medio siempre se mantenía encendida. Todas las bombillas de la sala estaban cubiertas por jaulas de alambre reforzado, pero la del medio había sido aflojada, y en cuanto el agente desaparecía, los presos solían encaramarse a una mesa para desenroscarla y poder dormir a oscuras. Ese lugar olía a cemento húmedo, creosota y sudor.

Cuando llegaba un nuevo preso o sospechoso, llevaba puesta la ropa con la que lo habían detenido, menos el cinturón, los tirantes, la corbata o los cordones de los zapatos con los que podría ahorcarse si se deprimía. Si el preso o el sospechoso se las tenían que ver con un gran jurado o habían sido condenados por uno municipal o superior, se les quitaba su ropa personal y se les proporcionaba una camisa de trabajo azul claro y unos pantalones azul oscuro. Cada viernes había cambio de uniforme, y el sucio iba a parar a una lavandería propiedad de uno de los guardianes. El coste de la limpieza se deducía de la paga del presidiario o del dinero que se había dejado en el cuarto de requisa, y era de un dólar por colada.

Los presos estaban divididos en tres grupos. El primero estaba integrado por los

considerados dignos de confianza, que no vivían en el corral para delincuentes, sino en una granja más allá de los límites de la ciudad, donde dormían en barracones y cultivaban parte de la comida consumida por los demás presos y por los pacientes del hospital del condado. Para ser de confianza, era necesario que te hubiesen condenado por un delito menor, que te hubieran caído más de treinta días y que mostrases cierta disposición a regenerarte. Los presos de confianza eran, principalmente, trabajadores agrícolas a los que habían pillado conduciendo borrachos o jugando; algunos de ellos no eran más que ciudadanos comunes y corrientes a los que se había encontrado culpables de algo y no habían podido acceder a la libertad condicional. Muchos de ellos estaban entre rejas por no pagar la pensión de sus hijos.

La segunda clase de presidiarios incluía a los que no podían acceder al estatus de interno de confianza, pero tenían dinero en la sala de requisa. Vivían en la sala común para delincuentes y pasaban el rato jugando a las cartas, charlando, leyendo o tirados por ahí. No se le permitía a nadie tumbarse en la litera durante el día.

La tercera clase de prisioneros ni era de confianza ni tenía dinero. Debían encargarse de todo el trabajo en el corral y cobraban un dólar diario por sus esfuerzos. Ese dinero se ingresaba en su cuenta los viernes, menos el dólar de la colada. Esos hombres eran los que hacían las camas, limpiaban las celdas, pasaban la fregona, lavaban las paredes, desinfectaban la zona, retiraban los cubos que hacían las veces de retrete y actuaban como intermediarios entre el corral y el exterior.

A los presos del corral se les alimentaba tres veces al día y se les permitía hacer ejercicio dos. Por la mañana, después de que se encendieran las luces a las seis y media, los presos que trabajaban se ponían a limpiar, sacaban los cubos apestosos y luego traían una enorme perola llena de café bien negro y dos bandejas con tazones; después de eso, aparecían con otras dos bandejas, sobre las que había cazos y cucharas y un bol con sopa de avena. Este desayuno solía ser ingerido por los presos sin recursos, y siempre entre expresiones de rabia y desagrado, ya que el café sin azúcar solía tener gusto a cloro y la avena, sin endulzar y mezclada con escasísima leche en polvo, no sabía a nada.

Los presos que tenían dinero recurrían a una ruta establecida de intermediarios y comían lo que les apetecía, que les llegaba desde el restaurante del sótano. El precio de esos ágapes superaba en veinticinco centavos el que figuraba en la carta, y ese dinero extra iba a parar al bolsillo del agente que se encargaba de traer la comida. Los guardianes ofrecían otros artículos de interés: libros, revistas, periódicos, etc., que también costaban veinticinco centavos más de la cuenta, exceptuando los cigarrillos, que superaban en treinta y cinco el precio normal de la cajetilla. A los prisioneros no se les permitía comprar el tabaco por cartones.

Para los presos sin dinero, el almuerzo de mediodía era la gran comida de la jornada, y solía consistir en un cuenco de sopa de verduras con trocitos de carne, o macarrones con queso, té y dos rebanadas de pan. Y de postre, ciruelas. La cena consistía en pan con mermelada y té. Todo el mundo, incluso los internos con dinero,

se comía el pan con mermelada, ya que ésta la hacía y se la vendía al condado la esposa de uno de los guardianes y todos la encontraban excelente. Hasta los agentes de guardia la probaban.

A modo de ejercicio físico, a las diez de la mañana y las tres de la tarde, todos los presos hacían dos o tres filas en medio del corral, tras haber apartado mesas y sillas para dejar sitio, y se entregaban a la gimnasia sueca bajo la dirección personal del *sheriff* del condado, que se quedaba en el pasillo y hacía todos los ejercicios por su cuenta, sin dejar de contar con su profunda y masculina voz. Era un *sheriff* extremadamente popular, así como justamente célebre por creer que los presidiarios del condado eran algo más que un mero problema económico y administrativo, pues también eran *hombres* y necesitaban conservar sus fuerzas si es que pensaban llevar unas vidas útiles en el mundo exterior. Cuando el *sheriff*, por cuestiones laborales ajenas a su voluntad, no podía hacerse cargo de los ejercicios, un agente los leía con voz aburrida en una hoja mecanografiada, desde el pasillo, sin moverse de su silla. Cada período de ejercicios duraba quince minutos, y no se le ahorraba a nadie, a excepción de los internos violentos, que estaban encerrados en sus celdas. Hasta los prisioneros con dinero tenían que hacer gimnasia.

A Jack Levitt lo trajeron un jueves, ya tarde, y todos los demás prisioneros parecían estar al corriente de que se le acusaba de algo grave, así que lo dejaron en paz. El guardián condujo a Jack a una celda vacía, y éste se tumbó en el catre y se quedó dormido en cuestión de minutos. Al día siguiente, lo sacaron para dejarlo a la espera de su entrevista con el fiscal del distrito Forbes, y esa noche, después de que lo devolvieran a su celda, fue llevado junto a los demás hacia las duchas; pero aún no le habían dado el uniforme. Tras ducharse, reparó en el olor rancio de su ropa, que le molestó un tanto. Nadie hablaba con él como no fuera para decirle adónde ir y qué hacer. Ni un solo preso le dirigió la palabra, aunque un mexicano muy joven le sonrió en una ocasión.

El sábado tuvo una visita, y fue conducido, junto a los demás internos que también las tenían, corredor abajo, pasando ante la jaula del ascensor, hacia la larga sala de las visitas. Los presos iban atados juntos por cadenas en las muñecas, encabezados y seguidos por agentes provistos de porras, y mientras pasaban junto a la jaula del ascensor, uno de los presos emitió un gemido. La jaula del ascensor estaba llena de gente, mujeres en su mayoría, con algunos niños y hombres. Probablemente, aquel tipo había visto a sus familiares, captado en sus rostros la vergüenza y había gemido por pura humillación.

La sala de visitas no era exactamente una sala, sino una serie de cubículos. Cada prisionero elegía uno de ellos y se quedaba ahí de pie. Había un cristal grueso y un teléfono. Al otro lado, exactamente lo mismo, y el visitante tenía que deambular por ahí en busca del rostro familiar. Se comunicaban a través del teléfono. Todo resultaba siempre ruidoso y confuso. Los presos de larga estancia que ya habían sido condenados por alguna falta iban a un sitio distinto, donde podían sentarse con sus

familias o amigos bajo la atenta mirada de dos guardianes. Esa habitación disponía de sillones y sofás, así como de una bonita vista de los lejanos viñedos y de las montañas a través de ventanas enrejadas.

Jack se preguntaba quién podría ser el que le visitaba, a sabiendas de que no se trataba de su abogado, pues éstos disponían de cuartitos privados para sus encuentros legales. Así pues, se quedó muy sorprendido al ver a Mona al otro lado del cristal, poniendo cara de niña pasmada ante la situación. Cuando vio a Jack, sonrió y descolgó el auricular.

—¿Estás enfadado conmigo? —le preguntó.

Sostenía el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras extendía las manos a guisa de indefensión, como si quisiera indicar que el destino se estaba portando muy mal con ambos. Llevaba una camisa de hombre y unos tejanos cortados a la altura de las rodillas. Tenía el cabello muy bien peinado hacia atrás y sostenido por una cinta de brillante color amarillo. Sin todo el maquillaje habitual, aparentaba unos trece años, observó Jack. Le hacía sentirse mejor, y no peor, verla con un aspecto tan joven y casi inocente. Bueno, no tan inocente en realidad; aún conservaba esa expresión de estúpida rapacidad en torno a los ojos, con maquillaje o sin él. Jack experimentó un deseo incontrolable de comportarse como si no le importara estar encerrado, así que sonrió y le sacó la lengua.

—No estoy enfadado —dijo—. Sólo caliente.

—Tuve que hacerlo —le dijo Mona—. Me habrían enviado al reformatorio un montón de años.

Le contó su versión de lo sucedido, y él la escuchó atentamente. Se preguntaba por qué se habría tomado la molestia de venir a verle.

Le decía Mona:

—No entiendo por qué ese hombre me hizo decir que tenías un arma. El señor Forbes dice que lo del arma te podría causar muchos problemas. Quería que cambiara mi historia, pero papá dice que si no la mantengo, me meterá interna en un colegio. —Hizo una mueca—. Eso sería espantoso, ¿no? —Se cubrió los ojos con la mano en señal de desesperación—. Vamos a ver, no tanto como este sitio, pero... ¿Quién tiene ganas de meterse en un internado con una pandilla de lesbianitas? —Se balanceaba sobre uno y otro pie—. ¿Es muy mierdoso esto de aquí?

—He estado en sitios peores —reconoció Jack.

—Esta ciudad es una auténtica birria. Cuando se acabe el juicio, me voy a largar a Los Ángeles o a Las Vegas o a cualquier parte. San Francisco también es un latazo: no hay nada que hacer ahí.

—¿Por qué no te largas ahora mismo, si es eso lo que quieres hacer? —quería saber Jack—. Así no habría ningún juicio.

—Papá dice que si me vuelvo a dar el piro me encontrará y me enviará al reformatorio. No puedo irme. —Durante un instante, su rostro pareció sinceramente preocupado—. No te creas que no quiero. Igual que Sue. Sue me odia. Pero también

firmó una declaración. Se la copió de la mía. ¡Joder, yo no quería hacerlo!

—Olvídalo —le dijo Jack, no porque no quisiera que se largara, sino porque sabía que no iba a hacerlo, y tenía la impresión de que cuanto más culpable se sintiera ella, peor se pondrían las cosas para él; Mona se agarraría a cualquier cosa a la que poder culpar de su conducta, y ahí estaría él para recibir la bofetada, un blanco fácil e indefenso.

Prefería que le mirara con buenos ojos y que no se sintiera culpable.

—Mira —le dijo—. Nada de esto es culpa tuya. No has podido evitarlo. No te atormentes.

Sonrió dulcemente, para que ella viese que no le importaba lo más mínimo estar entre rejas.

—Me tengo que ir —dijo Mona—. Mi novio... Bueno, el chico ese me está esperando en el aparcamiento. Tenemos que ir a un *picnic* con baile.

De eso se trataba. Mona había querido fardar ante su nuevo novio. O puede que antiguo novio. Fíjate, tengo amigos en la trena. ¡Malditas mujeres!

Al siguiente lunes, Jack se vio con su abogado en una de las salitas de conferencias.

El abogado se llamaba Costigan y era un sujeto bajito con ojos saltones y un rostro astuto e inteligente. El hombre fue directo al grano:

—Creo que tiene usted cosa de doscientos dólares en la sala de requisa. ¿Correcto?

—Sí —dijo Jack.

—Con eso no basta para pagarme la minuta —afirmó Costigan.

—Pues San Joderse cayó en lunes, ¿no? —dijo Jack.

—Tengo derecho a algo por mis servicios, ¿no le parece?

—Por supuesto. Pero yo creía que el fiscal del distrito me lo había asignado.

—Los fiscales del distrito no asignan a nadie. No son más que abogados corrientes. Stanley se limitó a pedirme que le hiciera un favor aceptando su caso. De lo de asignar se encargan los jueces cuando llega ese momento. A lo que voy: cuando vaya al juzgado esta tarde, le van a redirigir al gran jurado y el juez le asignará un abogado. Y me elegirá a mí. Ya lo hemos arreglado. Pero insisto en que tengo derecho a algo de dinero a cambio de mi trabajo. Usted dispone de doscientos dólares; ¿sabe dónde conseguir más pasta?

—No.

—En ese caso, ¿no le parece que, por lo menos, debería darme cien? Ya sé cómo van las cosas por ahí, pero yo debería hacerme con algo.

—No. Usted no va a rascar nada. Lo voy a necesitar todo.

—A ver si lo entiendo —insistió el abogado—. ¿No voy a cobrar nada?

—Eso me temo.

Costigan se encogió de hombros y dijo:

—Pues vale. Tenía que intentarlo. ¿Cómo quiere que enfoque el asunto? ¿Quiere

declararse culpable o inocente?

—¿De qué cargo?

—Pues de secuestro.

—Ni hablar. Yo pensaba...

—No me importa lo que usted pensara. Si se declara culpable en el juzgado, el juez lo retendrá para enviarle al tribunal superior, y entonces podrá declararse inocente y saltarse el gran jurado. Yo pedire una prórroga para preparar el caso, hasta que pase la tormenta y salgan todas las nominaciones, y usted puede entonces declararse culpable de colaboración, con lo que podremos verlo todo ante un juez y librarnos del juicio con jurado. Es muy sencillo. Lo único que tiene que hacer es cooperar. Nos ocupamos de lo de San Francisco desde aquí, les decimos que se ha declarado culpable de secuestro, ellos se meten los cargos por donde les quepan y luego, cuando nadie mira, nos pasamos a lo de la colaboración.

—¿Y por qué está haciendo eso por mí? —preguntó Jack.

El abogado pareció sorprendido.

—¿Quién, Forbes? ¿Stanley Forbes? Joder, ¿y a usted qué le parece?

—No lo pillo —declaró Jack.

—Usted es inocente, ¿no? —Costigan enarcó las cejas—. ¿No es un motivo suficiente?

—Supongo.

—Así pues, ¿va a colaborar?

—Coño, ¿por qué no?

Costigan sonrió:

—A eso le llamo yo pensar. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? Probablemente, se va a tirar un añito a la sombra. Es posible que lo envíen a la granja, pero un año fuera de la circulación no se lo quita nadie. ¿Quiere que llame a alguien?

—No.

—Muy bien —sonrió el letrado—. Ya sé que va a ser duro, pero usted aguante. Yo estuve en la cárcel una vez; me pillaron en Carmel con el coche lleno de cervezas. Tuve que pasar toda la puta noche en el calabozo. Ya sé de qué va la cosa.

Se dieron educadamente la mano y, avanzada la jornada, en la sesión vespertina del juzgado municipal, volvieron a verse; Jack se declaró culpable del cargo que le imputaban y quedó retenido a la espera de presentarse ante el tribunal superior, como le había dicho Costigan. El juez no tuvo ni que nombrar a éste como su abogado porque cuando llamaron a Jack, Costigan dio un paso al frente y dijo que actuaba como representante legal del acusado. Eso facilitaba las cosas. Todo el mundo, pensaba Jack, hacía lo que podía para simplificar las cosas, con vistas a que la administración de justicia funcionara con eficacia. Hasta él. Podría haberse plantado, mostrarse tozudo y ético, pero eso sólo habría servido para enviarle derechito a la cámara de gas. Y si de verdad hubiera sido culpable, todo habría sido diferente.

Tendría que haberse quedado ahí mismo, intentando llegar a cualquier tipo de trato.

Como gesto final, Costigan solicitó fianza para Jack, pero el juez se la denegó porque era un caso grave y su cliente no pertenecía a la localidad. Cuando se le llevaron arriba de nuevo, se le permitió cambiarse la ropa apesadumada por el uniforme carcelario, y hasta le ofrecieron unas botas de trabajo, pero él preguntó si podía quedarse con sus mocasines. El guardián se lo pensó, se mordisqueó el pulgar y, finalmente, le dijo que vale.

A Jack no le preocupaban realmente su culpabilidad o su inocencia; ni tan siquiera esas enormes abstracciones que son la Culpa y la Inocencia en general. Ya había cometido a lo largo de su vida delitos suficientes como para que lo encerraran mil años. Atraco a mano armada, actos violentos, violación y, ya puestos, hasta secuestro, tal y como lo definía el estado de California. Junto a otros dos, había atracado una tienda y luego obligado al dueño a meterse en el coche a punta de pistola, para dejarlo tirado en el campo y que no pudiera llamar a la policía hasta que ellos estuviesen bien lejos. Y eso era secuestro.

Poco después de dejar de trabajar en el este de Oregón, había vuelto a las andadas con un compinche, poniendo en marcha un timo menor que consistía en comprar un paquete de cigarrillos y estafar con el cambio; creía haberlo hecho las suficientes veces como para merecer, por lo menos, cien años de cárcel, a año por cargo, así que no se sentía especialmente inocente, por lo menos, a ojos de la ley. Y en cuanto a los auténticos delitos de su existencia, el delito de haber nacido sin padres, el delito de ser físicamente fuerte y ágil, el delito de carecer de una conciencia puritana, el delito de existir en una sociedad en la que él y todos los demás aceptaban el crimen sin rebelarse indignados... Pues bueno, de eso sí que era absolutamente culpable, al igual que todos los que le rodeaban. O sea, que eso tampoco tenía la menor importancia. El truco consistía en no ser «castigado» por sus «delitos». Y decidió que para combatir a las autoridades, para salirse de rositas, debería admitir en cierta medida que ellos tenían razón y él no. Aunque, claro está, no existiesen ni el bien ni el mal. O sea, que era mejor colaborar, hacer lo que fuese para amortiguar el castigo.

Lástima que, en el fondo, sintiera rabia contra sí mismo por cooperar. Y esa rabia le hacía apretar bien los dientes para no lanzarse a gritar su autoodio, para no darse de cabezazos contra el muro de cemento de la celda; no le abandonaba la intuición de que no tenían ningún derecho a tratarle como un animal, sin importar lo que hubiera hecho o dejado de hacer. Durante toda la noche, en su celda, se fue consumiendo de odio. Daba igual lo que pensase, pues lo importante era lo que sentía; y a solas en la oscuridad del calabozo, rodeado por los murmullos del corral, se sentía como si estuviese asesinando al universo.

DIEZ

En cierta manera, la cárcel del condado de Balboa se regía por principios democráticos, cosa que no ocurría en aquella prisión del condado de Peckham, en Idaho, en la que Jack había pasado casi tres meses unos años atrás. Le habían caído tres meses por robar a un borracho, y en cuanto lo encerraron, supo que iban a ser unos tres meses muy duros. La cárcel del condado de Peckham estaba controlada totalmente por los guardianes, sin la menor influencia de los reclusos. No había ni corrupción ni mangoneo. A Jack le habían contado que, unos años antes, esa cárcel había sido una de las peores de la nación, y que una reforma administrativa había acabado por imponer el orden. El preso que se lo contó, un hombre alto y esbelto que había acabado ahí por no pagar la manutención de sus hijos, recibió a Jack sonriente y diciéndole: «Camarada, bienvenido a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Ni se te ocurra escupir en la acera».

Jack no tardó mucho en descubrir a qué se refería. La reforma administrativa consistía en que no venía ni comida ni nada del exterior para los reclusos con dinero. El corral estaba siempre encendido, y los internos, sometidos a constante supervisión para que no se dedicaran a jugar a las cartas, a discutir, a pelearse o a practicar sexo antinatural. Cada hombre tenía que llevar a cabo su parte del trabajo, y los presos de larga estancia pasaban la mayor parte de la jornada en una cantera de grava situada en la parte de atrás de la prisión. Durante el día, los reclusos que no estaban ahí se quedaban en el corral sin hacer nada. De noche, eran encerrados en sus celdas. Las autoridades del condado se sentían orgullosas del hecho de que no hubiera atención sanitaria en el corral y todos los presos recibieran el mismo trato.

—Y además, funciona —dijo el preso alto—. Es un sitio de lo más humanitario. Todos recibimos el mismo trato, y lo único a lo que aspiramos con desesperación es a salir de aquí para nunca volver. No hay trapicheos, el dinero no es el rey y el preso que no colabora acaba en una celda de aislamiento para que reflexione sobre su actitud antisocial. Y los demás, según la potencia de nuestra imaginación, nos quedamos ahí sentados y emprendemos viajes mentales. Pero sin hacer ruido, claro está. Cuando yo llegué aquí, era más bien socialista. Supongo que soñaba con un mundo en el que todos los hombres recibían el mismo trato ante la ley, y que la función de esa ley era la de garantizar un trato igual para todos. Puede que hasta soñara en un mundo tirando a socialista, en el que dejáramos de asesinar a los hijos de los demás porque no sacaríamos nada de eso. Ya llevo aquí dos semanas, y cuando salga pienso apuntarme, con luz y taquígrafos, al partido republicano. Llevo aquí dos semanas y, como todos los demás, he sido desposeído por completo de cualquier valor emocional e intelectual, de cualquier necesidad básica, de cualquier deseo; de todo aquello que me distingue como ser humano de los demás, incluyendo a los animales. He perdido mi privacidad y mi orgullo, carezco de estatus social, algo que, por otra parte, es imposible obtener aquí. Mis necesidades sexuales, por débiles que

sean, no tienen ninguna posibilidad de satisfacción. Mis otros apetitos se han visto reducidos hasta el punto de que como, bebo, duermo, cago, meo, me rasco y bostezo por el mismo motivo: la mera satisfacción o, más bien, reducción de un picor primigenio que más me valdría no experimentar. Todo eso me ha llevado a darme cuenta de que no quiero tu *cena* porque es igual que la mía. ¡Y yo siempre había pensado que eso estaría muy bien! «Libérate de la tendencia a la propiedad privada —me dije—, y habrás dado el primer paso de gigante hacia la eliminación de cuanto causa las injusticias de este mundo. No habría avaricia si no hubiera posesiones, ni celos, ni envidia, puede que ni siquiera odio.»

El prisionero alto se echó a reír:

—¡Menudo sueño! Llevo aquí dos semanas y ya sé que daría el brazo derecho por algo de lo que sentir celos, algo que deseara tanto como para robarlo o, incluso, matar por ello. Me siento muerto; aunque sé que no tardaré mucho en salir, no me lo puedo acabar de creer, y hasta la cualidad de mis ensoñaciones ha cambiado, hasta el punto de que ahora me doy cuenta de que todo lo que sueño y anhelo podría causarle el mismo deseo a otro hombre, y entonces debería pelearme con él para obtenerlo. Hasta mi esposa. ¿Lo entiendes? Supongo que yo quería a mi mujer: ¿no podría también amarla otro? Y entonces, ¿no tendríamos que luchar por ella? Y si lucháramos, ¿no habría de perder uno de nosotros? Y el perdedor, ¿no sería *él* la víctima de una injusticia? ¿Con qué derecho tiene que quedarse sin el objeto de su deseo?

»Ya lo ves, siempre he soñado con un mundo en el que eso no sucediera. Pero ese mundo está aquí mismo, en este corral. Una perfecta utopía socialista, en la que se prescinde de todos esos deseos que crean conflictos. ¿Te imaginas lo que sucedería si una noche, alguno de nosotros, bastaría con uno solo, consiguiera algo *extra* para cenar? ¡Cómo nos pondríamos! Empezaríamos a soñar y a planificar cómo arrebatarérselo. Pongamos, no sé... un pastel de crema de plátano. Pensaríamos en él con lujuria, pues sería lo único merecedor de tal sentimiento en nuestro entorno; y anhelaríamos conseguir como fuera uno para nosotros. Contemplaríamos al tío que lo tenía, le admiraríamos y odiaríamos a la vez, le lameríamos el culo y le querríamos matar, sólo por ser el que ha pillado el pastel de crema de plátano. Y si yo fuera al que le ha caído el suplemento, ¿no estaría muerto de miedo ante la perspectiva de que alguien me lo quitara o, directamente, me matara para disfrutarlo él? Pero, por lo menos, algo nos *importaría*.

Y exclamó, con el rostro desfigurado por un dolor repentino:

—¡Lo que daría por que algo me importara!

Acto seguido, sonrió de nuevo, con amargura:

—Pero yo me traje aquí mi imaginación. ¡Menudo don!

Más adelante, el preso larguirucho repudió todo lo que había dicho:

—Ya te lo dije, se me está yendo la olla. Cuando salga de aquí, me voy a poner a la puta cola, le voy a pagar la pensión a la cerda de mi mujer y no volveré aquí en la vida.

Salió dos semanas después, pero al cabo de otras seis, ya volvía a estar allí. Esta vez, ni le devolvió el saludo a Jack: se fue a un rincón, se sentó y no habló con nadie. Al cabo de unas cuantas noches, arrojó por los aires el plato de estofado y se lo llevaron a la celda de aislamiento. Jack no volvió a verlo.

La cárcel del condado de Balboa era distinta; no mucho mejor, pero sí diferente. Aquí, los reclusos del corral controlaban su espacio. Había un tribunal sanitario, y lo dirigía un sujeto llamado Mac McHenry, que era el juez de la corte por ser fuerte, astuto y despiadado, un líder natural. Jack tuvo que presentarse ante el tal McHenry el martes por la noche.

Sucedió después de que se apagaran las luces y el guardián abandonase su escritorio. Jack estaba tumbado, con las manos en la nuca, cuando vio que algunos hombres se reunían justo debajo de la única luz encendida. Uno de ellos se sentó a una mesa, mientras otro, un negro muy alto, se ponía de pie en ella con los brazos cruzados. Otros cuatro hombres se colocaron detrás del que se había sentado, y el resto se congregó a los lados. Jack era el único que seguía en la celda, y era muy consciente de lo que iba a pasar. No había ni el más mínimo ruido en la sala. Jack estaba ahí tumbado, preguntándose si merecía la pena resistirse. Desde que había optado por cooperar con el fiscal del distrito, la idea de plantar cara había perdido parte de su interés. Llevaba toda la vida haciéndolo, combatiendo cualquier intromisión en su manera de hacer, y eso no le había llevado a ningún sitio o, aún peor, le había conducido exactamente a la presente situación, que era peor que todas las anteriores, si es que eso era posible. Resultaría mucho más fácil seguir la corriente de los acontecimientos y, simplemente, dejar que las cosas sucedieran. Pero justo cuando había llegado, más o menos, a esa conclusión, aparecieron dos tíos para intentar llevárselo al corral, lo que llevó a su cuerpo a una resistencia automática, por mucho que su mente le dijera que era inútil pelear.

Desde su posición yacente, le atizó un puñetazo corto en la cara a uno de esos tipos, utilizando el movimiento para saltar del catre, aterrizando con el dedo gordo del pie derecho, y golpear al otro en el pecho. Completamente de pie, agarró a uno de ellos por la camisa y le dio con todas sus fuerzas en la nuez, arrojándolo sobre el otro, que estaba apoyado en los barrotes, con la boca abierta, echando el bofe y frotándose el pecho. Jack le golpeó en la punta de la barbilla y el tipo se tambaleó un poco, cayó de rodillas y acabó dándose de bruces contra el suelo. El primer hombre había atravesado la puerta a cuatro patas y estaba tirado, hecho un gurrño, en el suelo del corral, agarrándose la garganta, gimiendo y haciendo ruidos raros. De la boca abierta le caía sangre y un hilillo de vómito, y la cara se le había puesto negra. Jack cogió al otro y lo arrojó, inconsciente, fuera de la celda. Se quedó en el umbral, a la espera. Todos los demás lo estaban mirando.

El hombre sentado a la mesa sonreía. «Vaya, vaya —dijo con un suave acento sureño—. Walter, apaga la luz.» El negro que estaba de pie en la mesa desató la jaulita de alambre y desenroscó rápidamente la bombilla. El corral quedó a oscuras.

Jack escuchó ruidos de roce mientras se colocaba directamente ante la puerta de la celda. Más que ver, sintió al primero que venía por él, y lanzó una patada a donde suponía, y esperaba, que tuviese la entrepierna, siendo premiado con un grito de sorpresa surgido de la oscuridad al impactar su pie contra ese cuerpo. Pero ése fue su único momento de gloria; en un par de segundos, se vio rodeado de gente. Nadie intentó pegarle, pero le mantuvieron los brazos a la espalda y no pudo hacer nada. Lo sacaron de la celda y la luz volvió al cabo de unos instantes. A su espalda, Jack pudo oír a un hombre llorar.

McHenry no se había movido de su sitio, y el negro grandote seguía de pie sobre la mesa. Jack fue conducido hasta allí y McHenry dijo:

—Habrás que apresurarse. Esos tíos tendrán que ir al dispensario.

Miró a Jack y le dijo:

—Soy el juez de la corte sanitaria. Un poco más y te cargas a dos de mis alguaciles. Te voy a tener que multar por eso. Tienes que aprenderte las normas de este corral, así que te voy a multar por no saberlas. ¿Tienes dinero?

Por dentro, Jack se sentía entretenido y distante, pero lo único que se le ocurrió fue:

—Jódete.

McHenry se echó a reír y sus ojos grises casi desaparecieron tras unas arrugas de alegría.

—También te voy a multar por esto. Resulta que sé exactamente cuánto dinero tienes abajo. Mañana le dirás al guardián que transfiera quince dólares de tu cuenta a la mía. No es legal, pero lo hará. Me llamo McHenry. El resto de la multa te caerá mañana por la noche. Hay que darse prisa. El resto de la penalización son cincuenta hostias. ¿Quieres saber lo que es una hostia? ¿Quieres saber las demás reglas, para que no vayas por ahí quebrantándolas?

—Vete a tomar por el culo —le espetó Jack.

McHenry se encogió de hombros, como si la cosa ya no dependiese de él.

—Zurradle bien la badana y devolvedlo a la celda. Mañana por la noche, el tribunal se reúne de nuevo. Que los alguaciles se encarguen de los que han peleado.

El negro saltó de la mesa y, mientras los otros seguían sosteniendo a Jack, se puso a atizarle en pecho y estómago, golpes cortos y contundentes, gruñendo con cada puñetazo, hasta que Jack se quedó ciego de dolor y se oyó a sí mismo a lo lejos, gimiendo.

Después de eso, ya no recordaría nada más. Luego le informaron de que después de que lo tiraran inconsciente en el catre, los demás presidiarios se pusieron a chillar y, al cabo de un rato, apareció un guarda que hizo subir a otros que se llevaron a los tíos que Jack había machacado. El noqueado volvió al día siguiente, pero los otros dos fueron a parar al hospital del condado y Jack nunca los volvió a ver. Caso de cruzarse con ellos, tampoco los habría reconocido.

A la mañana siguiente, Jack estaba sentado a solas en uno de los bancos mientras

los «pringados» (tíos sin pasta que tenían que trabajar) se encargaban de la limpieza. No se encontraba del todo mal, pues aún estaba en buena forma, y no era nada nuevo que le doliese todo el cuerpo. Reparó en McHenry, sentado a una de las mesas con otros dos, y vio que era un tipo grande, corpulento, fibroso, más duro que la madera de teca. McHenry se volvió hacia Jack y le saludó con la cabeza, sonriente, y luego les dijo algo a los demás, se levantó y fue hacia él. Se sentó en el banco a su lado y le dijo:

—¿Algunos dolorcillos, Levitt?

—Alguno que otro —repuso Jack.

—Las normas son necesarias —declaró McHenry.

—Ya lo sé. Sólo tenías que explicármelas.

—Enviarte una citación, ¿tal vez? Vale, me equivoqué. —Extendió la mano—.

¿Apretón?

Era imposible rechazar esa mano.

—El desayuno corre de mi cuenta —dijo McHenry—. Mientras comemos, te explicaré las normas del corral. Si es que te interesa aprenderlas, claro está.

Se sentaron a solas en una de las mesas y tomaron alforfones, panceta, huevos revueltos y café mientras McHenry le explicaba a Jack las normas de la casa. La verdad es que eran tan simples como lógicas, y su función era la de hacer del corral un sitio en el que se pudiera vivir. En el corral, de forma automática, todo el mundo es miembro de la corte sanitaria y debe encajar una multa de tres hostias o tres dólares; todo el mundo tiene que lavarse a conciencia durante su ducha semanal y mantenerse lo más limpió posible hasta la siguiente, o recibirá una multa de tres hostias o tres dólares; quien haga ruidos innecesarios tras la apagada de luces, recibirá la multa que el juez considere adecuada; quien se resista al juez, también recibirá la multa pertinente; no está permitido robar a los demás galeotes; no está permitido hablar mal de los demás, bajo pena de hasta cincuenta hostias; no está permitido armar follón en la sala de visitas; al que se le pille haciendo trampas a las cartas, se le prohibirá jugar y se le desposeerá de inmediato del dinero que lleve en el bolsillo, etc., etc. Se trataba, pensaba Jack, de reglas razonables, y había que elegir entre disponer de una corte sanitaria para aplicarlas o quedar a merced de los alguaciles. Y Jack ya sabía cómo las gastaban. De este modo, todo el mundo se sentía responsable en parte de su propio bienestar y, evidentemente, la vida de los alguaciles resultaba mucho más sencilla y provechosa. También les mejoraba la existencia a los reclusos con dinero, y tampoco empeoraba en exceso la de los que tenían que encargarse de todo el trabajo. Y es que llegado el fin de semana, recibían seis dólares cada uno y podían meterse en alguna partida de cartas, ganar una fortuna y no tener que volver a trabajar. Algo que casi nunca sucedía, pero que *podía* suceder; por lo menos, había esperanza.

Tras el delicioso desayuno de tres dólares, proveniente del exterior, Jack se sentía mucho más inclinado a escuchar la voz de la razón y prestarse a colaborar. Sabía que

si no lo hacía su vida sería un asco. Tendría que comer la pítanza de los reclusos. Ni hablar, se dijo. Y también estaba la posibilidad de que lo zurraran a muerte cada noche por no seguirles la corriente. Se acordaba de lo caro que le había salido rebelarse en el reformatorio de Oregón, todo aquel tiempo inacabable en el hoyo... Con tan excelente desayuno calentándole la tripa, se dijo que había sido un idiota.

Mientras fumaban el cigarrillo de después del desayuno, McHenry preguntó:

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Te apuntas?

—¿Y lo de esta noche? —negoció Jack—. Intuyo que querrás darme esas cincuenta hostias.

—No llegué a decirte lo que era aquí una hostia, ¿verdad? Pues mira, es un golpe en el culo desnudo con este cinturón.

McHenry llevaba un contundente cinturón de cuero. Como Jack pudo comprobar después, era el único tío del corral que tenía un cinturón. Más cooperación de los alguaciles, se dijo. Ay que ver cómo colabora todo el mundo. Pero se trataba de algo tangible, de la fuerza bruta de toda la vida. Y con la fuerza bruta no se colabora: te limitas a quedarte quieto y aguantarla. Lo cual llevaba a Jack a preguntarse por qué solicitaba McHenry su cooperación, en vez de *imponérsela*, ya que era evidente que disponía del poder necesario para hacerlo.

—Te diré algo de esas cincuenta hostias —le dijo McHenry—. Me olvidaré de ellas si te portas bien y me transfieres unos veinticinco dólares a mi cuenta de abajo. Además de los quince. Joder, tienes mucho dinero.

—Vale —dijo Jack—. De acuerdo.

Ahora lo entendía. McHenry le tenía miedo, temía que Jack quisiera su cargo de juez y pudiera ser lo suficientemente fuerte y decidido como para arrebatarárselo.

—Me encantará cooperar —declaró Jack, y volvieron a estrecharse la mano.

Jack creyó detectar en los ojos de McHenry una expresión de cauto alivio. Recordaba lo que le había dicho aquel prisionero alto de Idaho, aunque esperaba que estuviese equivocado; pero ahora podía ver que incluso aquí, con esas normas de autogobierno, seguía sin existir la justicia; que los grandes, fuertes y ricos siempre vivirían mejor. Por eso le estaban ofreciendo una salida.

—Yo nunca me metería en tus asuntos —le dijo a McHenry—. ¿Sabes lo que eres? Sólo eres otro abusón. Estás aquí dentro, pero eres igual que los alguaciles. Tranquilo, no quisiera ser tú y tener que preocuparme por tíos como yo.

—No te falta razón ahí, Levitt —dijo McHenry, en absoluto ofendido—. Yo estaba preocupado por ti. Pero si yo no llevo el corral, colega, otro lo hará. Esos tíos no saben lo que les conviene, vivirían a la buena de Dios si no hubiese reglas. Y los alguaciles no pueden controlar desde ahí fuera; ya lo sabes. Si no hubiera una corte sanitaria, todos se chivarían unos de otros a los diez minutos de llegar, sólo para conseguir un trato especial. Y eso es una mierda y tú lo sabes.

—Claro —dijo Jack—. Por eso tú lo controlas todo en beneficio de la comunidad. Y yo te ayudaré porque también me encanta lo del trato especial.

—Como a todo el mundo, ¿no? —dijo McHenry sonriendo.

Ahora ya se entendían a la perfección, y durante unas semanas, a Jack se le permitió, con un cabezazo de agradecimiento por su fuerza y su habilidad para ejercerla, mantenerse en los márgenes de la simplificada estructura social del corral. Durante un tiempo, eso ya le parecía bien, pues, como reflexionaba irónicamente, había estado en busca de un tiempo para pensar. Y exceptuando el ruido, más o menos constante, la cárcel del condado era un buen sitio para pensar. Aunque había distracciones, claro está. Aparecían nuevos presos y desaparecían los antiguos, y siempre resultaba interesante averiguar quiénes eran los nuevos y cómo reaccionaban al corral. La mayoría de ellos ya habían pasado por la cárcel y no tardarían en volver a ella cuando los soltaran, por lo que el encierro se les antojaba una simple fase transitoria; pero algunos eran ciudadanos normales, molestos, cabreados, sorprendidos, frustrados, asustados, aterrorizados ante la perspectiva de pasar entre rejas lo que les quedaba de vida. Eso sí, la mayoría de la gente de la calle iba a parar al corral de borrachos de abajo. Una noche, detuvieron a un viejo por asalto con arma mortal. Se enteraron de su historia a través de los guardianes: el viejo vivía con la familia de su hijo, a su nieta la había dejado preñada un chico y había habido una reunión de ambas familias para cerciorarse de la responsabilidad del muchacho y ver qué hacían. Al principio se decidió que la culpa era del chaval por obligar a la chica a llegar hasta el final; luego culparon a la muchacha por dejar que ese chico se tomara tantas libertades con ella (acababan de empezar el instituto); y a continuación, ambas parejas de progenitores optaron por culparse a sí mismas por no saber educar a sus hijos; finalmente, tras mucha autoinculpación, se decidió que era la sociedad moderna en sí misma la que imposibilitaba educar bien a los críos, entre el cine y la televisión y la violencia, y todo ese sexo de las revistas, y el modo en que se vestían ahora las chicas; y el viejo, que estaba sentado al fondo y lo escuchaba todo con sumo desagrado, acabó por subir a su habitación, volver con una escopeta de dos cañones y doce cartuchos y aterrorizar a todo el mundo apuntando al chico con el arma letal y jurándole por Dios que si no hacía por la chica lo que tenía que hacer, se lanzaría en su busca, daría con él y le haría un agujero nuevo en el cuerpo, bien grande. El chico se puso a gritar y se lanzó por la ventana, atravesando el vidrio y haciéndose unos cortes bastante graves, y sus padres llamaron a la policía justo después que a la ambulancia. Y no se les ocurrió culpar a la sociedad de la actitud del abuelo.

Hubo consenso en el corral acerca de que el viejo había obrado bien, pues a los jóvenes había que recordarles quién mandaba. Mac McHenry comentó que los reclusos más difíciles y bullangueros eran invariablemente los más jóvenes. El viejo, con los ojos brillando de interés, les dijo:

—Chavales, ese viejo trabuco mío me ha sido muy útil en más de una ocasión. Cuando esa chica, la misma, tenía cosa de cuatro años, vivíamos en Santa Rosa, justo después de retirarme tras trabajar de fontanero en la construcción durante treinta y dos años, compadres, y los vecinos tenían un dóberman que era la bestia más

inmunda que yo hubiese visto en la vida; yo les dije a los propietarios del chucho, les dije: «Si ese perro se suelta y aparece por aquí, más vale que busquéis un sitio donde enterrarlo», eso les dije, pero aquel tío estaba tan orgulloso de su perrazo que se limitaba a dejarlo en el patio de atrás, atado por una larga cuerda que no le impedía ir de un lado a otro poniendo mala cara, cagándose en el césped y arrancando las flores. Coño, ése no era un perro para tenerlo en casa. Si de mí dependiera, todos esos perrazos, en especial los dóberman acabarían muertos y bien muertos. Bueno, chicos, el caso es que la pequeña Darcy (pedazo de nombre para una niña, ¿verdad, colegas?) se pasó una tarde al jardín de al lado para ver de cerca al perro, y éste, claro está, como era una bestia con un cerebro de mosquito, va y muerde a la cría en el brazo; Darcy volvió corriendo a casa, llorando y sangrando de mala manera, y yo le arreglé el brazo, llamé al hospital, me fui para arriba, agarré la escopeta, me planté en la casa de al lado y le volé la cabeza al perro. Luego pillé el coche y me llevé a Darcy al hospital y la dejé allí y me fui a donde trabajaba el vecino (se dedicaba a los seguros) y le dije: «Señor mío, me he cargado a su perro. Aquí tiene setenta y cinco dólares, que es lo que pagó por esa bestia, quédese los». Se me quedó mirando fijamente, balbuceando, y quería saber qué había pasado, y yo se lo conté y él miró el dinero que había en mi mano (siempre llevo mucha pasta encima, nunca se sabe) y me empezó a poner verde por lo bajinis, pero como hay Dios que pilló el dinero y hasta lo contó, y yo me fui a casa. Su mujer no volvió a dirigirme la palabra.

—¿Mataste a un *perro*? —inquirió uno de los presos—. ¿Un perro atado que no podía escapar?

—Eso es exactamente lo que hice, hijo. Una bestia asquerosa.

—No tenías derecho a hacerlo.

—Que te zurzan, hijo —dijo el viejo—. Y ahora, chavales, si me disculpáis, voy a intentar dormir un poco.

El viejo salió bajo fianza al día siguiente, y Jack se enteró posteriormente de que le había caído una condena de entre uno y cinco años, suspendida, y dos años de libertad vigilada. A Jack le parecía que el viejo había hecho lo justo en las dos ocasiones, pero casi todos los del corral estaban molestos y enfadados por lo del perro muerto.

Los ciudadanos como ese viejo solían salir libres bajo fianza, y si llegaban a condenarlos por algún delito menor, eran enviados directamente a la apacible granja, pero había un par de excepciones.

La primera de ellas era un hombre de veintitantos años que vivía en Sausalito, en el aledaño condado de Marin. Según la irónica historia que él mismo contaba, volvía a casa en coche de una fiesta en Redding, tremendamente borracho a causa de las últimas copas, ingeridas a toda velocidad, y poco después de cruzar la frontera del condado de Balboa, se sintió demasiado ebrio como para seguir adelante, demasiado somnoliento, así que aparcó el coche y se puso a dormir. Le despertó la luz de una linterna en la cara. La policía le hizo salir del vehículo, darse la vuelta y apoyarse

contra la parte lateral mientras lo registraban. Luego le hicieron caminar sobre una línea y le olieron el aliento. Y también registraron su coche. Lo detuvieron y lo metieron en la jaula de los borrachos, y a la mañana siguiente, junto al resto de la cosecha nocturna de beodos, se presentó ante el tribunal. Estaba acusado de ebriedad en una carretera pública. Le explicó al juez que no estaba conduciendo, sino durmiendo. El juez le preguntó si había llegado hasta el sitio en el que había sido detenido conduciendo bebido, y él reconoció que sí, pero que dejó de conducir al darse cuenta de que estaba borracho. El juez le dijo que eso daba igual. Le impuso una multa de 250 dólares, momento en el que el hombre perdió los estribos, la emprendió a berridos con el juez y le cayeron diez días en la cárcel del condado por desacato a la autoridad judicial.

—O sea, que estoy aquí por no conducir borracho —declaró—. ¿No es como para que se te caigan los cojones al suelo?

Jack le corrigió:

—No, te han enviado aquí por gritarle al juez. Por no conducir borracho sólo te *multaron*.

Este ciudadano en concreto fue de lo más popular durante el tiempo que pasó en el corral. Jugaba muy bien al póquer y ganó un montón de dinero, fascinado ante el hecho de que ahí se pudiera jugar a las cartas todo el día y diciendo que no le importaría volver con cierta frecuencia para echar unas manitas. Compareció ante el tribunal sanitario, encajó las multas y las preceptivas hostias con buen humor, obedeció las normas de la jaula, se mostró amigable con todo el mundo y en absoluto superior y, al final de sus diez días, bajó a la cafetería y dejó dinero y vales para paquetes de tabaco, a entregar a su nombre a los «muchachos del piso de arriba». Era químico de profesión y todo el mundo le admiraba por su educación, su tronío y sus buenos modales.

Jack lo envidiaba; tenía un trabajo que le encantaba, una buena vida y una actitud vital positiva. Y además, tenía la misma edad que él.

El otro ciudadano era distinto. Éste tendría cincuenta y tantos, era un ejecutivo de una empresa ferretera y su caso apareció en todos los periódicos. También él conducía borracho, de regreso al hogar, pero en vez de detenerse a descansar, se quedó dormido al volante, mientras iba a una velocidad de entre cien y ciento veinte, y el coche fue a estrellarse contra un coche aparcado y lleno de adolescentes metiéndose mano. Tres de ellos murieron en el acto, las dos chicas y uno de los chicos, y el otro chaval acabó en el hospital con graves contusiones y la clavícula rota. El ejecutivo bajó del coche, vio lo que había sucedido y se dio a la fuga. Dos policías lo encontraron escondido en el patio trasero de una casa, y él ofreció cincuenta dólares a cada uno para que le dejaran marcharse. Fue una estupidez; tenía el coche ahí atrás, destrozado, pero el hombre no parecía estar del todo en sus cabales. Cuando los policías rechazaron su dinero, golpeó a uno de ellos y trató de huir. Así pues, fue acusado de homicidio involuntario, intento de soborno y asalto a

un representante de la ley. Por la mañana, cuando se lo llevaron a la jaula para delincuentes, lo primero que le oyeron decir los demás presos fue: «¡No me pueden hacer esto a mí!». Para que todo el mundo supiera que él era un probo ciudadano. O eso dijeron todos.

Tras confirmarle la acusación de homicidio (los otros dos cargos fueron retirados), al hombre lo devolvieron a la jaula y tuvo que ponerse el uniforme de presidiario. Le habían impuesto una fianza de cincuenta mil dólares que nadie había tenido a bien pagar. Era un tipo pomposo y fardón de cabello plateado: quedaba ridículo vestido de recluso, como si fuese un millonario en una fiesta de disfraces. Entre los presos crecía la excitación, aún controlada; para la mayor parte de ellos, ese hombre representaba lo que más detestaban, la respetabilidad, y aspiraban cruelmente a verle personarse ante el tribunal sanitario para que le bajaran los pantalones y le azotaran en las nalgas, para poder observarle en silencio mientras descubría que le podían arrebatarse la dignidad con absoluta facilidad, y que, por una vez, estaba a merced de los pelagatos. Nadie le dirigió la palabra en todo el día, así que se quedó sentado en su celda, alternando entre gemir y llevarse las manos a la cabeza, o levantarse para recorrerla de un extremo a otro. Todos los reclusos sabían que eso constituía una violación de las normas del corral, pero no dijeron nada.

Sin embargo, el ejecutivo no fue conducido hasta el tribunal sanitario en ningún momento. Al día siguiente, McHenry se personó en su celda y se quedó quieto delante de él; estuvieron hablando cerca de una hora y McHenry salió, le pidió al guardián del escritorio que se acercara a los barrotes y le susurró algo; acto seguido, el alguacil se fue y volvió al cabo de un rato con una bandeja de comida para el ejecutivo.

Cuando el ejecutivo no estaba reunido con su abogado, se quedaba en su celda. Se negaba a hablar con ningún recluso, a excepción de Mac McHenry, y Mac dejó bien claro que él, Mac, exigía que a ese hombre se le dejara absolutamente en paz. Le hizo un guiño a Jack. «Ese pájaro tiene poder en el exterior. Si lo tocamos, nos la ganamos.»

El ejecutivo salió justo antes que Jack, cuando su abogado logró finalmente arreglar lo de la fianza.

En algún momento, Jack empezó a cabrearse, de una manera profunda y personal que nada tenía que ver con el corral ni con los reclusos. No se les podía culpar por cómo actuaban, y si él empezó a detestar a la corte sanitaria y a McHenry, no fue porque no entendiera la necesidad de los presos de controlar las cosas o, por lo menos, de aparentar que lo hacían. Eso lo podía entender perfectamente, pero no dejaba de asquearle. Ni siquiera llegó a sentir por McHenry un odio personal, pues sólo era el más duro y más astuto del rebaño, pero no el peor; y si desaparecía, el zumbado número dos se haría cargo del tribunal, y ése podría ser él mismo. Lo notaba en su interior, y a menudo pensaba en la sensación de placer que podía derivarse del poder; y se odiaba por eso. Tampoco podía odiar a los alguaciles, pues

no eran ellos los que le habían metido en la cárcel y únicamente estaban allí para asegurarse de que *permanecía* en ella. Sólo cumplían con su trabajo. Ciertamente, algunos se estaban haciendo ricos gracias a los reclusos, pero Jack no veía ningún motivo para que las cosas no fuesen así. Si no se forraban ellos, otro lo haría. Todo el mundo se limitaba a hacer su trabajo, haciendo que la maquinaria funcionara con eficacia. Así pues, no podía odiar a nadie o culpar a nadie que no fuera él mismo. Y al final, ya ni podía culparse a sí mismo porque no había sido idea suya lo de ir a parar a la cárcel; sólo intentaba vivir la vida a su manera, cosa que siempre traía problemas, y había acabado en la cárcel casi por accidente. Y no se podía odiar a un *accidente*. Tenía que admitir que se había sentido muy orgulloso de sí mismo, y que alimentaba los recuerdos de su larga estancia en el agujero de años atrás; que había asumido que lograría cumplir la condena con la cabeza bien alta porque el hoyo había sido mucho peor; pero ahora lo dudaba. Se estaba haciendo mayor. Todo aquel aburrimiento, la monotonía, el ruido constante y el olor de la jaula le estaban volviendo loco. El simple hecho de estar ahí metido le estaba volviendo loco. Dejó de sentir desprecio hacia el ejecutivo; ese hombre tenía razón, no pueden hacerme esto a mí. No tienen derecho a hacerme esto a mí, ni a nadie más. Los odiaba a todos. Pero era una locura odiarlos. Por eso llegó a la conclusión de que se estaba volviendo loco.

Era todo un alivio zumbarse por fin; era un acto de pura racionalidad que nada tenía que ver con McHenry ni con ese infeliz al que Mac tomaba el pelo. Era una expresión de cordura, un aullido de rabia dirigido a un mundo que metía a la gente en cárceles del condado. Finalmente, todo le superaba y más le valía deshacerse de su carácter pasional.

El tipo era un trabajador agrario, un bracero mexicano, probablemente, pues apenas entendía el inglés. Había estado recogiendo fruta durante un par de semanas, de rodillas bajo las líneas rectas de los ciruelos, y una noche se emborrachó en un salón de billar y le sacó una navaja a un tío. Le cayó un año por lo de la navaja, y no lo enviaron a la granja de los presos de confianza porque tenía un cargo de desobediencia durante su última estancia entre rejas. La noche de su juicio ante el tribunal sanitario, se quedó de pie ante McHenry como un idiota, pues no comprendía lo que éste le estaba diciendo. Como de costumbre, Jack se quedó bien atrás, con los brazos cruzados, observando todo el ritual. Mac estaba raro; no paraba de preguntarle al bracero si pensaba pagar las multas, y como el hombre no abría la boca, le iba poniendo más multas que pagar o más hostias que encajar.

A Jack le desagradaba ver a Mac, con su tonillo afable, burlarse de aquel hombre tan sólo porque era débil y estúpido y él detentaba el poder. Probablemente, el bracero creía que Mac era un agente de policía y dudaba y tartamudeaba, hasta que al final hizo reír a todo el mundo al decir: «¿Hotia? ¿Qué es hotia?».

Mac estaba encantado:

—Te voy a enseñar lo que es una *hotia*. Bajadle los pantalones.

Jack se indignó y dio la cara. Estaba totalmente fuera de control, pero parecía

tranquilo y cabal. Por dentro, ardía.

—McHenry —dijo con un levísimo temblor de voz—. Eres el cazurro sureño más mierdoso que he visto en mi vida. Seguro que ya se te está poniendo gorda. Seguro que así es como te pones palote, palurdo de mierda. ¿Has oído hablar de las mujeres?

McHenry lo pilló al instante y se desplomó en su silla, señalándole como un poseso, pero ya era tarde. Jack se tiró hacia él por encima de la mesa y ambos fueron a parar al suelo, gruñendo y pegándose, antes de que nadie pudiera detenerlos.

La pelea sólo duró unos minutos y fue interrumpida cuando todos vieron a Jack machacándole la cabeza a McHenry contra el suelo de cemento, con los dedos hundidos en los hombros de éste. A Mac se le estaban saliendo los ojos y le salía sangre de la boca, que se esparcía por el suelo, y cuando le quitaron a Jack de encima, se quedó inconsciente, aunque con los ojos abiertos. Apareció a la mañana siguiente con la cabeza vendada. No tenía daños graves ni nada más grave que unos cuantos puntos. Mac debió de hablar con los alguaciles antes de volver, pues aparecieron antes del amanecer y encerraron a Jack en su celda. Ahí se quedó hasta que abandonó el condado de Balboa.

Hasta las maquinarias políticas mejor engrasadas del condado tienen sus fallos. En esta ocasión, el juez que debía ocuparse del caso de Jack se cargó el eficaz mecanismo de la máquina. Costigan, el abogado, se lo contó todo a Jack con voz seca y amarga. El juez dijo que no aceptaría una reducción tan drástica de las acusaciones, rebajando un secuestro a una simple falta de contribución a la delincuencia de un menor. Eso no era asunto del juez, pero él se empeñó en que sí lo fuera. En privado, claro está, el juez dijo al fiscal del distrito Forbes y a Costigan que creía que Levitt debería pasar una temporadita entre rejas, y no en la cárcel del condado. Insinuó que si el fiscal del distrito insistía en un delito menor para Levitt, el juez le impondría un año en la cárcel del condado, pero no dudaría en ponerse en contacto con San Francisco para que le juzgaran por el cargo de violación. Así pues, Levitt cumpliría su condena de un año y volvería a ingresar en prisión. A Costigan le estaba sentando todo como un tiro, pero Forbes dijo que había una manera de resolver el dilema. Jack podía declararse culpable de haber mantenido relaciones sexuales con la chica en el coche, todavía en el condado de Balboa, y retirarían lo de la pistola y la coacción para rebajar los cargos. Le consultó al juez al respecto y éste dijo que se prestaría a ello y le impondría a Jack una pena muy suave, puede que de entre uno y cinco años.

—Es lo mejor que podemos conseguir —dijo Costigan—. Lo siento muchísimo.

—Me importa una mierda —dijo Jack.

Se sentía vacío. Llevaba así desde la paliza a McHenry. Por una vez, todo fue según lo previsto. Lo juzgaron, se tuvo en cuenta el periodo de espera y lo sentenciaron a un tiempo equivalente. Al día siguiente, partió hacia Chino en una furgoneta, atado en la parte trasera, saliendo del condado de Balboa como había entrado, aunque con dos agentes uniformados en vez de dos inspectores. Ambos agentes estaban estudiando criminología en San José y habían solicitado esa misión

porque querían ver las instalaciones de Chino. Iban a escribir un trabajo al respecto.

ONCE

La pesada correa de cuero en torno a la cintura se cerraba por detrás. La cadena de las esposas pasaba a través de dos agujeros de acero reforzado en la parte frontal del cinturón, así que Jack no podía mover las manos más allá de unos pocos centímetros. Cuando quería fumarse un cigarrillo, tenía que inclinar la cabeza hacia las manos para dar una calada y, claro está, uno de los guardianes tenía que pasarle el pitillo y encendérselo. Cruzando las cadenas de las esposas, había otra que llevaba a los grilletes de las piernas, que estaban tan apretados en los tobillos que apenas le dejaban mover mínimamente los pies; y la cadena de conexión era demasiado corta como para que se pudiera mantener erecto. Tanto él como los otros dos casos graves tuvieron que recibir ayuda para subir al autobús, junto a los que saldrían de las instalaciones de Chino en dirección a su destino final, San Quintín.

Los tres casos graves se sentaron en la parte delantera, bajo la vigilancia de dos agentes con armas antidisturbios. La ventanilla del lado del conductor estaba abierta, así que el viento ardiente le daba a Jack en toda la cara; pero hasta ese aire era mejor que ninguno en absoluto. Lo absorbió en los pulmones como si fuese el último que iba a respirar; no se había olvidado de la sensación de asfixia que le atacaba a veces en el hoyo, y no veía en el futuro nada más que una infinita repetición de ese hoyo. Ahora ya disponía de todas las respuestas a sus preguntas. Sabía qué era lo que amaba. Amaba la libertad, y ese largo trayecto en autobús iba a representar su última oportunidad de experimentarla, de utilizar ojos, orejas y pulmones en el mundo, en el mundo real, antes de que lo volvieran a encerrar en una oscuridad infinita. No sentía compasión por sí mismo. Estaba demasiado ocupado intentando abarcar el mundo, tratando de *estar en él*.

El caso grave sentado junto a Jack atravesaba esa cálida mañana en el valle a base de tacos y murmullos, con la barbilla caída sobre el pecho y los ojos cerrados. Estaba completamente loco. Tendría unos cuarenta años y había sido contable y asistente de un notario. Una noche, cosa de tres meses atrás, había vuelto a casa del trabajo y, tras hacerse con un cuchillo de carnicero, se había dirigido hacia donde dormía su esposa inválida para asestarle más de trescientas puñaladas. Luego sacó el cuerpo por la puerta lateral, lo metió en el maletero del coche y se fue de allí. Fue visto por varios vecinos, que llamaron a la policía antes de que saliera del barrio. Estuvo dando vueltas en coche con el cadáver durante horas, hasta que lo acabaron pillando. En el juicio se había mostrado racional, y no se desmoronó hasta después. En el centro de Chino todo el mundo lo temía, aunque se comportara racionalmente ante las autoridades, hasta que le tocó irse a San Quintín, momento en el que se le volvió a ir la olla. El otro caso grave estaba detrás de Jack, en un asiento para él solo. Era negro, como la mayoría de los demás pasajeros. Constaba en su expediente que se había resistido a la detención y que había intentado fugarse de la cárcel del condado. Le habían caído diez años por atraco a mano armada. Esos tres eran los que los guardias

vigilaban de cerca.

Cuando el autobús se detuvo en un pequeño restaurante de carretera, con el sol cayendo a plomo, los presos fueron conducidos por turnos a comer y a usar el retrete, y mientras tanto, a los tres casos graves se les hizo salir del vehículo y tumbarse boca abajo en la zanja de al lado de la carretera, con los guardias turnándose para vigilarles con el arma a punto. Jack se tiró así cerca de una hora, con el sol quemándole el cráneo y la grava clavándosele en la mejilla, de nuevo sin pensar en nada, con el cerebro y los sentidos carentes de cualquier obstrucción; con los nervios a flor de piel y a la espera de que los guardianes, el estado o las autoridades cometieran el más mínimo error, abrieran la más mínima rendija por la que él pudiese colarse; no se trataba de escapar, pues era algo imposible y carente de importancia; no, se trataba de *explotar*, destruir, matar, mostrarles que no tenía límites y que tendrían que vencerle o matarle, y que la única manera de vencerle sería matándole, y que sabía que ellos no tendrían el valor de hacerlo, mientras que él sí. A la espera, pues, de un leve descuido, puede que de cierta blandura en uno de los guardias, de una debilidad momentánea o de una metedura de pata, y que el fusil acabara muy cerca de él mientras el guardia encendía un cigarrillo. Ahora todos eran iguales para Jack. Ahora ya se sabía las reglas. No lo matarían si él no los mataba. Entonces sí lo matarían. Y no tendría que volver al agujero.

Le aterrorizaba ir a la cárcel. Recordaba esos momentos inacabables en el agujero, cuando sentía la presencia de la locura; no se trataba de un alivio en forma de delirio, sino de una chaladura fría, húmeda y terrorífica; nada tenía el menor sentido y todas sus ilusiones le hacían temblar de miedo: todos los ruidos le hacían agitarse, de todos los sueños despertaba bañado en sudor frío y con un temor moral a lo desconocido... La locura, una eternidad de terror. Podía oler la grava y sentir cómo le cortaba la mejilla. Parecía que la nuca le fuese a explotar por el calor. Sabía que debía mover la cabeza, darle la vuelta hacia el otro lado. El olor de la grava le provocaba las ganas de vomitar, pero eso le daba pavor; si vomitaba, puede que se le soltaran los intestinos y le salieran por la boca. Tenía miedo de que, si giraba la cabeza, el guardia pudiese malinterpretar el gesto y volársela; pero si no la cambiaba de posición, si no la alzaba y dejaba que se le desprendiera la grava del rostro, se volvería loco. El sudor le quemaba los ojos. Tenía miedo de parpadear; se darían cuenta y le atizarían en el cogote con la culata del fusil y le desparramarían esos sesos ardientes por el pelo y los ojos y seguramente se volvería loco en ese mismo instante previo a la muerte y moriría gritando; y gritando pasaría toda la eternidad.

Hubo que ayudarle de nuevo a subir al autobús, aunque de no estar encadenado, tampoco lo habría logrado él solo. Uno de los guardias entregó a los casos graves bocadillos y café cuando el vehículo volvió a ponerse en marcha, y Jack experimentó su antigua voracidad en su interior y se obligó a mantenerse tieso, con el bocadillo en el regazo y el vaso de papel con café caliente en la mano, hasta que remitió esa sensación. Entonces se puso a comer. El bocadillo era de ensalada de atún, con

muchos trocitos de apio, y sabía muy bien, pero a Jack le dolía el cogote cada vez que se agachaba para darle un mordisco. Y lo del café era aún peor. Tenía que sorberlo del vaso de papel porque no podía ponerlo en el ángulo adecuado para llevárselo a la boca de manera normal. Sólo consiguió tomar unos sorbitos antes de rendirse y pedirle un cigarrillo al guardia.

—Aquí tienes, compadre —le dijo éste.

Jack se dejó el pitillo en la comisura, sacando el humo por la nariz. Observó al guardia. Tenía el rostro hinchado y cansado. Y lamparones en los sobacos. Vio que tenía los dedos blancos de apretar el fusil: ese tío estaba tenso. Probablemente, llevaba así toda la mañana. De hecho, observaba Jack, ese hombre estaba tenso durante toda su jornada laboral. Probablemente, cada vez que venía a trabajar se le desintegraba una pieza de lo que le mantenía en pie, se le desvanecía, y volvía a casa mucho menos entero que antes. Volvería de trabajar por la noche, con los músculos aún en tensión, y se tomaría un trago de cerveza. En Chino hacía calor; puede que el guardia tuviese un pequeño patio trasero en su casa, con una tumbona. Se llevaría allí la lata de cerveza, se dejaría caer en la tumbona y se pondría a beber, esperando algo. Puede que su mujer estuviera al sol, cuidando el jardín. Él le dirigiría la palabra. Ella se incorporaría, se daría la vuelta, le sonreiría. El resplandor del sol le impediría al guardia captar por completo su sonrisa, pero sabría que estaba allí, aunque parte de ella se le escapara. Se llevaría con ella una parte de él, pero valdría la pena. Luego recordaría que a la mañana siguiente debería volver a San Quintín. Durante unos segundos, pensaría en hacer novillos. O en telefonar para decir que estaba enfermo. Tomaría otro trago de cerveza, y luego uno más. Apartaría la mano del brazo de la tumbona para encender un cigarrillo. Suspiraría, como para aclararse el pecho, pero no funcionaría. Su mujer notaría que algo iba mal y le sugeriría que fuesen al autocine esa noche con unos amigos. Él asentiría, observando que estaba apretando los dientes, y se pondría las manos sobre los músculos de detrás de las orejas, frotándoselos suavemente, tratando de ablandarlos. Sabría que le rechinaban los dientes al dormir. Su mujer se lo habría dicho, y a menudo, cuando hacía la siesta, se despertaba con el dulce y mortal sabor de la sangre en la boca. Tenía la cara hinchada porque comía demasiado. Comer le hacía sentirse bien. Prácticamente, era lo único que lo conseguía.

Jack pensaba en todas esas cosas; el guardia se limitaba a quedarse ahí sentado, con los dedos en el fusil, sudando. De vez en cuando, miraba por la ventana hacia el valle borroso, como si quisiera atisbar mínimamente el paisaje. Seguramente, el guardia detestaba su trabajo, pensaba Jack, pero no tenía ni agallas ni ambición para hacer algo al respecto. Aunque también era posible que no tuviera elección. No parecía de esa clase de gente que encuentra trabajo con facilidad.

—¿Cuánto tiempo llevas de guardián? —le preguntó Jack.

Y el hombre se lo quedó mirando unos instantes.

—Aquí no se habla —dijo.

A Jack se le acabó la compasión de golpe.

—Pues tengo que mear —dijo.

—Y yo también, tío —se apuntó el caso grave que iba detrás de Jack—. ¿Por qué no meamos?

—¡Todos queremos MEAR! —clamó Jack.

Apenas acababan de salirle las palabras de la boca cuando ya tenía el cañón del fusil rozándole la nariz. Se echó a reír y dijo:

—Dispara, capullo.

El guardia que estaba al otro lado del pasillo le apuntó con su arma.

—No le hagas ni caso —le dijo a su compañero—. Y si sigue haciéndose el gracioso, dale una hostia.

—Tu madre se la chupa a los negros —informó Jack al segundo guardia.

—Oye, tú... —se oyó una débil protesta por atrás.

—Exceptuando a los aquí presentes —añadió Jack.

—Pues no sé si eso *me parece bien* —dijo el negro.

—A ver si os calláis —dijo el primer guardia.

—Pasa de ellos —dijo el segundo—. A mí estos infelices me dan pena.

Pero el primer guardia aún seguía ofendido:

—Ya conocéis las reglas, chavales. Nada de hablar.

—Y además —añadió el que iba detrás de Jack—, nada de mear.

Jack se cansó del juegucito. Se quedó en silencio y, al cabo de un rato, le retiraron el fusil de la cara. Vio dibujarse una sonrisita en el rostro del segundo guardia. Estuvo a punto de hablar. Pero no habría servido de nada; el segundo guardia pensaría que se había callado por miedo, y nada de lo que Jack dijese o hiciera le haría cambiar de opinión; total, seguro que tenía razón. Jack llegó a la conclusión de que el segundo guardia, probablemente, era muy feliz en su trabajo. Esa es mi venganza, se dijo, descubrir que es un cabrón. ¿Y el conductor? Pues otro cabrón también. Los buenos tíos están todos encadenados, mientras los buenos se quedan con las armas y con el sueldo. Je, je.

—¿De qué te ríes? —le preguntó el segundo guardia.

—De nada. Sólo estaba planeando la fuga.

—Llévanos contigo —dijo el hombre de detrás con una extraña urgencia en la voz. Luego soltó una risita—. Venga, tío, por favor, llévanos contigo.

El segundo guardia sonrió.

—Pues vale —dijo con paternal amabilidad.

El hombre que iba sentado al lado de Jack se pasó el día murmurando y soltando tacos.

—¿Te quieres callar de una puta vez? —le dijo finalmente Jack.

El hombre se volvió para mirarle y, por un instante, Jack tuvo miedo de lo que veía, de esos ojos vacíos y gélidos que parecían no ver nada. Pero esos ojos no estaban muertos, sino terriblemente vivos y absolutamente fuera de lugar en esa triste

jeta de chupatintas. Apartó la vista y se puso a mirar el valle, que oscurecía en el crepúsculo. Ya habían llegado a la autovía, internados en el tráfico vespertino. Vio los coches que rodeaban el viejo autobús, casi todos ellos con un conductor y ningún pasajero; hombres de aspecto cansado, pasando calor. Miles de coches, miles de hombres, libres para volver a casa por la autovía en coches vacíos. Jack sintió por ellos una envidia inmensa.

DOCE

El negro que iba detrás de Jack en el autobús tenía aún menos ganas que él de ir a la cárcel. Se llamaba Claymore. No era un caso especialmente grave, aunque había atracado un colmado a punta de pistola. Pero seguía intentando escaparse. Cuando la policía de Watts, California, vino por él, saltó por la ventana trasera de su apartamento y lo pillaron en el callejón con un tobillo torcido. Luego intentó saltar del coche policial cuando éste se detuvo ante un semáforo rojo. No es que ofreciera una resistencia violenta, sólo trataba de huir. En la comisaría, esposado a uno de los agentes, intentó apartarse del escritorio, y cuando le pegaron un tirón dijo que sólo quería ir al baño. Claymore no volvió a intentar huir hasta que lo llevaron al tribunal municipal. Cuando lo metieron ahí, intentó largarse por su cuenta, y llegado el juicio, tres semanas después, optó por echar a correr. Pero nada de eso le funcionó. Intentó fugarse de la cárcel del condado en tres ocasiones, y en una de ellas consiguió llegar hasta el ascensor, pero cuando se abrieron las puertas en la planta principal, ya lo estaban esperando. No quedó más remedio que encadenarlo como si fuese un animal. Y se hizo a regañadientes, ya que el hombre tampoco parecía tan peligroso.

Tras serles retiradas las cadenas, se ducharon y ocuparon sus asientos en un rincón del gigantesco refectorio de San Quintín para cenar.

—Yo siempre me quiero largar —le dijo Claymore a Jack—. Coño, es que me han caído diez años.

Jack seguía en aislamiento cuando Claymore intentó fugarse por primera vez de San Quintín. Estuvo desaparecido tres días. Lo habían asignado a una de las fábricas, y se volatilizó el primer día de trabajo. Todo el mundo se quedó pasmado. Lo encontraron a finales del tercer día, metido en un conducto de ventilación. Lo pusieron un tiempo en aislamiento, y un par de consejeros trataron de hablar con él. Le convencieron de que si seguía intentando fugarse, sólo conseguiría perder cualquier posibilidad de que lo soltaran antes de tiempo. Claymore se mostró de acuerdo con ellos y fue devuelto a su lugar de trabajo. Trabajó tres semanas en la sala de barnizado de la fábrica de muebles, para desaparecer a continuación y no ser localizado hasta casi al cabo de un mes. Lo pillaron en Colorado a bordo de un coche robado. Las autoridades de dos estados y el gobierno federal discutieron su caso, y el gobierno federal dijo que ellos podían hacerse cargo, así que lo juzgaron y condenaron por cruzar una frontera estatal en un vehículo robado y lo sentenciaron a cinco años de internamiento en una prisión federal; después de eso, sería devuelto a California para cumplir los diez años de su condena previa. Dado su historial, Claymore acabó siendo enviado a Alcatraz, y cuando llegaron a San Quintín las noticias de su captura y posterior juicio, el hombre ya estaba cumpliendo condena a escasos kilómetros de allí, al otro lado de la bahía. Nunca nadie se había escapado de La Roca.

—Menuda moral tiene ese chaval, Claymore —dijo el compañero de celda de

Jack—. Me encantaría saber cómo coño consiguió salir de aquí. ¿Y a ti?

Ese compañero de celda era un negro que se negaba a que lo calificaran de tal; se llamaba Billy Lancing, y Jack y él se habían tratado brevemente muchos años antes. Cuando Jack se hizo con su trabajo en la cocina, Billy movió algunos hilos y se hicieron compañeros de celda. Billy tenía un aspecto distinto: el cabello era de un rojo más pálido, tenía la cara más amarillenta y, en algún momento de su picaresca existencia como fullero de salón de billar, había perdido todos los dientes de delante, que habían sido sustituidos por otros, de un blanco brillante pero de una falsedad evidente. Para acabarlo de arreglar, se había puesto unas fundas doradas que le otorgaban al sonreír un aspecto multicolor. Por lo demás, se parecía mucho a como Jack lo recordaba: bajito, flacucho y con pinta de estar en la fase más avanzada de una tuberculosis.

Jack no sabía cómo tratarle. Billy hablaba mucho, y él prefería que lo dejaran en paz. Había algo raro en San Quintín, y Jack necesitaba tiempo para pensar acerca de qué se trataba.

—Imagínatelo, tío —continuaba Billy—. Sale de aquí y lo pillan en un coche robado. ¡Rodeado de pruebas! Macho, si algún día me doy el piro de aquí, ¡no se me ocurrirá ni escupir en la acera!

Billy se echó a reír. Tenía una voz alta y suave, pero su acento resultaba cómico, pues era casi una parodia de cómo se suponía que hablaban los negros. Evidentemente, cuando había estado porfiando con las autoridades sobre su origen racial, se había mostrado absolutamente blanco en su acento y su actitud. Lo único realmente negroide que había en él eran la nariz y los labios, pero él sostenía con vehemencia que, sin la menor duda, eso no era suficiente para obligarle a comer y a dormir con «una pandilla de betunes», según su propia descripción. Cuando las autoridades acabaron por rendirse, Billy recolectó veintiocho paquetes de cigarrillos de otros reclusos que habían apostado, a doble contra sencillo, que nunca se saldría con la suya. Estuvo solo en la celda hasta que llegó Jack.

El hecho de que a Jack lo colocaran en la cocina en vez de en una de las fábricas se debió a lo siguiente: nada más llegar, lo pusieron en aislamiento, lo «archivaron» hasta que le viera un consejero. Éste no se mostró obsequioso con Jack ni hizo como si supiera más que él de sí mismo, lo cual constituía una experiencia inusual en aquel lugar, por lo que Jack se puso en guardia. De todos modos, el consejero no era un «amante de los reclusos». A éstos, Jack ya los conocía: hombres y mujeres, un número enorme de mujeres, que sentían fascinación por los reclusos. Siempre aparecían por el orfanato o el reformatorio, en teoría para observar la situación y echar una mano, pero en la práctica, como Jack pudo comprobar, para satisfacer sus deseos, para mirar a los animales salvajes a través de las rejas. Tenían un tono vidrioso en los ojos que él sabía detectar, y el truco consistía en localizar a esas personas y hacer que te diesen dinero o caramelos; y en el reformatorio, preguntarles a los hombres del grupo si llevaban alguna botella en el coche que poder colar de matute. El día de las visitas, en

el reformatorio, a algunos chavales les caía la misión de encargarse del aparcamiento, lo cual les permitía registrar los vehículos y pillar las botellas, si es que no se les había adelantado nadie. Jack estaba convencido de que a esos «amantes de los reclusos» les encantaba que les robaran.

Pero el consejero no era de éstos. Era un hombre bajito y rollizo, de cara rosada y dedos delicados, que parecía tener resaca. Revisó el expediente institucional de Jack, parpadeando con interés, y luego le sonrió.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué quieres hacer por aquí?

A Jack le sorprendió esa pregunta. Nunca nadie se la había hecho antes. Se quedó ahí sentado, sin decir nada. Se sentía muy incómodo. El consejero se lanzó a hablar sobre otros temas de ajuste al entorno y luego volvió a la carga:

—Bueno, el caso es que aquí estás y aquí te quedarás un buen rato. ¿Para qué malgastar el tiempo? ¿Qué te gustaría llevar a cabo?

Una vez más, la pregunta le asustó y no la respondió. Se lo llevaron de regreso al «archivo», que no era más que una sección de celdas alejadas del resto de la población reclusa. Ahora sabía que no había un agujero en San Quintín. Y eso también le asustaba. Estaba preparado para el hoyo; no estaba preparado para otras cosas. Tenía miedo de que si abría la boca se pondría a pedir ayuda a gritos. Era absurdo, pero así se sentía.

Cuando lo sacaron de ahí, al cabo de un par de semanas, el consejero le dedicó una sonrisa afable. Esa mañana no parecía tener resaca e iba muy al grano.

—Bueno. Aquí estamos de nuevo. Lamento la larga espera; aquí los casos se acumulan. En fin, vamos a solucionar esto, ¿vale? Te voy a asignar a la fábrica de muebles, de momento. No hace falta que te diga que, por aquí, más vale mantenerse ocupado; y hay mucho que hacer. Nada de aparentar que se trabaja. Espero. Y he observado en este historial que te quedaste a unos pocos semestres de graduarte en el instituto. ¿Te gustaría acabarlo aquí? Tenemos instructores muy buenos. Podrías hacerte con un certificado del Departamento de Educación y del Gran Estado de California que te convertiría en todo un graduado escolar, si así lo deseas. Luego puedes ir a la universidad y convertirte en neurocirujano. Trabajar en la planta por la mañana e ir a la escuela por la tarde. Y de noche, a estudiar. ¿Te apetece intentarlo?

Jack sólo tenía una manera de reaccionar: tenía que provocar.

—No pienso hacerlo —dijo—. A la mierda con su fábrica.

—¿No te gusta ese tipo de trabajo?

—Me cabrea. Ya lo he hecho antes.

El rostro del consejero adoptó un tono compasivo.

—Ya sé a lo que te refieres. —No parecía molesto por el «a la mierda» de su interlocutor—. Bueno, ¿qué te *gustaría* hacer? Yo no puedo averiguarlo si tú no me lo dices.

El trabajo más suave de la prisión era el de la cocina.

—¿Qué tal la cocina? —dijo Jack—. Ahí sí que trabajaría.

—¿Ahí sí?

—Pues sí. Y también puedo ir a la escuela. Quiero decir, si usted me lo consigue. El consejero se puso a ordenar sus papeles.

—Ya veremos —dijo.

Jack volvió a su aislamiento, esperando sentirse vindicado y triunfal, pero lo único que sentía era cierto asco hacia sí mismo. Se estaba comportando como un crío. Se tiró una semana más en régimen de aislamiento y luego lo transfirieron a la celda de Billy Lancing y le dijeron que su horario en la cocina era de 4:30 de la mañana a mediodía, con un rato de patio, y luego, por la tarde, la escuela. No lo podía entender. El horario de Billy era el mismo, a excepción de que pasaba las tardes dando clases de aritmética elemental. «Es que soy un puto genio de las matemáticas, nene», le dijo a Jack con una sonrisita de satisfacción.

TRECE

Jack pasaba las mañanas fregando el refectorio, alimentando una de las gigantescas cocinas de vapor, limpiando sartenes y cacerolas... Las tareas habituales del recién llegado a cualquier cocina, y en la pausa matutina en el patio se quedaba a solas bajo el sol. Comía antes de hora, junto al resto del personal de cocina, y luego se trasladaba al aula para pasar la tarde inmerso en la extrañamente nostálgica atmósfera de la enseñanza. De hecho, ésa era la parte más morosa del día. El profesor era un presidiario que había acabado allí por firmar cheques falsos, delito de cuello blanco de lo más habitual, y se trataba de un tipo delgado y egocéntrico cuyas enseñanzas avanzaban a un ritmo desesperante, más lento que el más lerdo de los estudiantes a la hora de comprender lo que se le decía. La mayoría eran mucho más viejos que Jack. Los jóvenes solían ser trabajadores rebotados de las fábricas que no mostraban el más mínimo interés por la gramática, la literatura inglesa o la historia de California. Jack siempre se alegraba al terminar la jornada, pues podía volver a su celda. Se llevaba los libros: sabía que era mucho más fácil leerlos que estudiarlos. Y Billy también estaba allí, trabajando en una nueva entrega de su autobiografía. No es que a Billy no le interesase el pasado de Jack ni que quisiera capitalizar la conversación; pero es que Jack aún no se había lanzado a hablar de veras. Seguía intentando absorber lo que veía y oía en la cárcel; era su nuevo hogar, y esperaba que lo fuese, casi como si lo deseara, durante el resto de su vida. Porque pensar de otra manera sería tener esperanza, y él esperaba haberse librado de ella.

La mejor parte del día era la noche. Después del ajeteo, del ruido, del peligro omnipresente y de la sensación constante de obediencia, sentirse en casa en una celda compartida era prácticamente un descanso, aunque siempre hubiera un umbral de ruido que jamás remitía a lo largo de la noche y otro hombre compartiendo su semiprivacidad. Jack había tenido suerte con lo de que su compañero de celda fuese alguien que le caía bien y al que podía escuchar con interés.

Era evidente, claro está, que Billy no hablaba únicamente para escucharse a sí mismo, ni para explicarle a Jack sus aventuras. En su recapitulación del pasado, Billy estaba, en cierta medida, saliéndose del presente, volviendo al mundo exterior, como si gracias a la magia del habla y la memoria pudiese, por unas pocas horas, liberarse de la celda; y por lo que a Jack respectaba, la cosa funcionaba. No sólo sacaba afuera a Billy, sino también a Jack, por el simple hecho de que Jack no podía pensar en sí mismo y en Billy a la vez. Así pues, cada noche, durante unas horas, ambos rondaban por lugares del norte de los Estados Unidos, viviendo, o más bien reviviendo, la vida del tahúr de poca monta. Todo lo que Jack creía echar de menos, los colores y sabores de la vida exterior, volvían a él mientras trataba de imaginar las cosas de las que hablaba Billy; y después, a menudo yacía en su catre y se preguntaba, con cierta excitación interior, si no estaría desarrollando un recurso escondido de su imaginación; si no habría, a fin de cuentas, maneras de librarse del trullo sin

abandonarlo realmente.

Pero no era tonto. Cuando desaparecía la excitación, se quedaba con la amarga impresión de que Billy no intentaba tanto escapar por la vía de la memoria como averiguar, de hecho, cómo era posible que la vida inofensiva y solitaria que vivía le hubiese conducido directamente a prisión. No se trataba del delito concreto; ya sabía de qué iba eso, sino de las cosas que lo habían convertido en un hombre capaz de cometer semejante transgresión. Había firmado un cheque sin fondos y lo habían trincado: ése era su delito. Pero lo que quería saber era qué había pasado para que un tío listo como él hubiese hecho algo tan idiota. Nunca lo descubrió, pero, eso sí, algunas de las historias que contaba eran francamente buenas.

—Tío, te aseguro que lo más raro que me haya pasado nunca fue en Idaho. Nunca entenderé lo que hizo aquel pájaro, ni que viva mil años. Yo estaba en un tugurio que abría toda la noche; había recorrido como doscientos kilómetros para meterme en esa mierda de partida en el garaje de ese tío, ya te lo imaginas, y macho, me tiro mi buena media hora perdiendo hasta el último centavo que llevaba encima, así que me abro y me voy al salón de billar abierto toda la noche y me quedo ahí, sin rascar bola, viendo a unos pajarracos viejales jugando al billar y preguntándome de dónde coño iba yo a sacar algo de comida. Tío, dirás lo que quieras de aquel antro, pero si te salían bien las cosas, te podías sacar una buena pasta. Pensé en todo. ¿En empeñar mi palo, por ejemplo? ¿Qué palo? ¿Mi mágico Willie Hope Special? ¡Menuda broma! Me había comprado ese cabrón de palo hacía cosa de un mes, después de dejar Seattle, imagínatelo, yo tenía que tener uno por narices, y entonces, va un soplapollas de Walnut Creek, macho, y se lo carga de un rodillazo después de que me lo pula al *snooker*. Me hice con otro algo después; me lo dejé en lo de Whitehead cuando acabé tieso. ¿Vender el culo? Pues vale, ya he leído de tíos que hacen eso, ¿sabes?, se quedan a dos velas y se ponen a deambular por la estación de autobuses, cagándose en todo, hasta que aparece un listillo que les ofrece medio millón para controlarles el garito; pues bueno, coño, yo ya lo había pensado, pero no quería y, además, tío, ¡tampoco sabía cómo hacerlo! Pensé en colarme en casa de alguna familia y trincarles los abrigo de pieles, pero soy un cagado de cojones para ese tipo de cosas y, además, ¿qué coño haces con un abrigo de pieles? No conocía a ningún mangante de los que se dedican a eso. Aunque se oyen muchas chorradas al respecto. Macho, en cualquier salón de una ciudad grande hay como quince tíos que andan siempre por ahí tratando de venderte un reloj o una radio o lo que sea, pero nunca ves que tengan un céntimo, ¿verdad? ¡Pues claro que no, joder!

»Bueno, el caso es que estoy en ese salón de billar y aparece un tío; debían de ser las dos de la mañana e iba vestido con su traje de trabajo, un tipo con buen aspecto, de unos cincuenta años, con pinta de *ejecutivo*, ¿sabes? Se sienta y se pone a observar la misma partida que yo. En el garito no estaba pasando gran cosa; había un viejo en la parte de atrás, limpiando las mesas, y el encargado dormitaba en el mostrador de los caramelos, ya te lo puedes imaginar; y entonces va el ejecutivo ese y me pregunta

si quiero jugar en plan rotación por dos dólares o algo así. ¡Rotación! Pues vaya mierda. Igual es maricón, pienso, y ésta es mi gran oportunidad para vender el culo; pero igual no. Me digo a mí mismo, Billy, has sido un hombre honrado toda tu puta vida, ¡y ahora estás arruinado! Échale huevos, Billy, acéptale los dos dólares a ese tío, y si pierdes, que lo zurzan. No sé quién era aquel pájaro ni qué pensaba, pero nunca lo averigüé y además tenía ganas de jugar. Así que me puse a ello y me apunté a la rotación, algo asustado de que el menda ese descubriera que yo estaba tieso y me zurrara la badana; pero, joder, el tío agarró un palo como si se tratara de una serpiente venenosa y no daba pie con bola en la mesa.

»Jugamos y, sin matarme, le gané por unos diez puntos. La partida había durado veinte minutos. El tío saca la cartera, la abre y ahí me tienes a mí echándole un vistazo al interior mientras coloco las bolas, y el menda saca dos billetes de dólar, nuevecitos, los arroja sobre el tapete y dice que quiere volver a jugar... ¡por cuatro! Bueno, digo para mis adentros, ya tienes para el desayuno. Podrías dejarlo estar ahora mismo, pues tu sueño se ha hecho realidad, o podrías volver a echarle huevos y acabar en el talego. Igual ese tío es poli. Pero a la mierda, tú, volví a jugar y le soplé los cuatro pavos, aunque seguía pensando que igual ese pájaro era un tahúr con el que nunca me había cruzado y que estaba esperando el momento oportuno para desplumarme; el caso es que va y dobla la apuesta un par de veces, aunque sigue sin dar una a derechas, y al final me digo, Billy, este tío no sabe dónde le da el aire, así que me suelto y voy directamente por él. Tío, empezamos a jugar a cincuenta dólares la partida, y a veces empezaba yo y acababa dejándole sin hacer ni una tirada, y el tío, de lo más educado, decía cosas como “Bonita jugada” o “Tú sí que tienes talento”, y me daba el dinero y yo volvía a colocar las bolas y le tocaba salir a él y la cagaba de mala manera, golpeaba mal o lanzaba una bola fuera de la mesa, y yo me cascaba mis sesenta y un puntos, ¡y a sacar la cartera de nuevo! Pensé que aquello no iba a terminar nunca. Pensé que igual lo estaba soñando todo. Y al final, el nota va y me dice: “Gracias por las partidas. Me temo que me he quedado sin blanca, ¿podrías abonar mi parte del tiempo?”. Y lo decía con cara de angustia, como si estuviese quebrantando las normas; ¿pagar su parte? ¡Pero si tenía dos mil putos dólares!

Billy era de risa fácil, pero sus ojos relucían al recordar su riqueza.

—Dos de los grandes —miró a Jack—. ¿Volví al otro juego, antes incluso de desayunar? ¿Son verdes las ranas?

—Oh, no me digas que lo perdiste todo —dijo Jack.

Se sentía mal con sólo pensarlo. Casi podía sentir los gruesos fajos de billetes deslizándose de sus propios bolsillos.

—¿Perder? ¿Perder yo? ¿Pero te has vuelto loco? ¿Es que no sabes nada de la suerte? Entré a codazos en esa partida de cartas y gané otros novecientos antes de que la gente se desperdigara. Tío, salí de allí y me puse a patearme Idaho en busca de alguien al que no pudiera ganar —rio de nuevo—. ¿Perder? ¡Ni hablar, joder! Si te cuesta creer esta historia, prepárate para la de ahora: cogí ese dinero y me puse a

pensar y pensar en qué hacer con él. Y acabé matriculándome en la *universidad* — tenía los ojos brillantes, casi febriles—. ¿No es la *rehostia*?

—Tío, ¿tú tienes la menor idea de cuántos negratas hay en la escuela nocturna? Están asustados, nene, dejan el instituto igual que lo hice yo y tienen que enfrentarse con un mundo durísimo y se quedan de pie en las esquinas haciendo muecas y cuando vuelven a casa no les queda ni un centavo ni una mueca; y ahí entra el ejército, y su viejo les da la tabarra a gritos con lo de la automatización, y se cagan de miedo. ¡Escuela nocturna! ¡Ése es el plan! Macho, son más tontos que la puñeta, la mayoría, pero se ponen las pilas y vienen a esas clases, y se portan como si volviesen a estar en el instituto, tirados por ahí y sin prestar atención y pensando que el profe les tiene manía porque son negros. Así se lo montan casi todos. Yo me hice toda la escuela nocturna en un año, tío, volando bajo, pasándome los días jugando al billar en Hollywood, y me iba a matricular en la UCLA, pero en algún momento me agarró mi viejo sueño y volví a Seattle. Quería ir a la universidad de Washington, justo ahí, en Seattle, y vivir cerca de los míos y toda esa mierda, ya sabes; pero, tío, me voy para allá y mi familia había desaparecido, no quedaba nadie. No sé adónde cojones se fueron. Debería haberles escrito antes. El caso es que fui a la universidad, conseguí que me aceptaran de manera condicional, me apunté a un montón de clases del copón, ya sabes, Francés, Biología, Historia, Literatura Inglesa... Me instalé en un dormitorio universitario, ¡y hasta me compré unos jerséis!; fui a partidos de fútbol americano y toda la pesca, estudié como un cabrón, pero tío, ¡qué frío hacía! Y además, ¿qué me importaba a mí todo aquello?

»Yo no quería ir a la universidad; aquello no era más que un montón de mierda. Puede que estuviera bien para algunos; para los que iban a acabar dirigiendo el país, ¿no? La universidad está muy bien para éstos y para los que sólo aspiran a encontrar un agujero seguro y agradable y no moverse de él, pero yo no era así. Lo sé porque no habían pasado ni tres meses y ya me había montado una timba de póquer en mi cuarto con la que acabé ganándome la vida, sobre todo porque empecé a pasar *mandanga*; les enseñé a esos atletas universitarios a jugar al billar y empecé a nadar en dinero. Y claro que estudié. Me tiraba las noches dándoles a los putos libros, pero no me servía de nada; las únicas clases que se me daban realmente bien eran Biología y Álgebra; con el resto, simples aprobadillos y algún que otro cate, y tú ya me conoces, papaíto, yo tengo que estar en lo más alto o no juego. O sea, que a la mierda. Al cabo de un tiempo, me sentía como un capullo. Ya sabes, lo peor de este puto mundo es despertarte en mitad de la noche, cuando más indefenso te sientes, colega, y decirte a ti mismo, Billy, eres un farsante. Fuiste a la universidad porque te dolía el corazón, ¡y ahora aún te duele! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Te sientes solo?

»Y yo no era el único en esa situación. Había un montón de mendas en la universidad que se despertaban aterrorizados. Algunos estaban allí para divertirse, ¿sabes?, ahí sentados, tomando café y hablando de la vida; el rollo ese de que Dios no existe y tal y cual; algunos venían a aporrearame la puerta porque querían hablar de los

negros y de lo mal que lo pasan, y ya puestos, sacarme algo de maría o pedirme que los llevara a una casa de putas negras, y reírse y gritar y emborracharse y pasárselo de miedo, pero estaban tan inquietos como yo y todos lo sabíamos; a todos nos daba miedo el ejército y la vida y toda esa mierda; y lo que en realidad queríamos más que nada era una existencia desahogada, ¿sabes?

»No se trataba de dinero, eso lo descubrí rápidamente. Yo podía conseguir dinero, tío. Yo *ya tenía* dinero. Así de tonto era yo entonces. Creía que yo, con mi cerebro y mi buen brazo derecho, podría hacerme con todo el dinero que quisiera. Sí, señor. El problema principal, supongo, consistía en que estaba vacío la mayor parte del tiempo. Cuando me fui de casa por primera vez, me planté en Portland, que es cuando te conocí, y tenía una cama propia y me pensaba que eso era lo mejor del mundo; una cama en la que poderse estirar, una habitación tranquila. ¿Conoces esa sensación? Pero, joder, se hizo vieja; no es que yo quisiera volver al bloque de protección oficial para vivir como un gorrino, pero me sentía absolutamente vacío. Mucho antes de ir a la universidad, me dije, pues mira, tío, que les den a los negratos, no me voy a preocupar por eso. No quiero problemas que no haya creado yo, no me voy a unir al club de los negros; eso no es más que buscar protección porque tienes miedo. Yo no tenía miedo, me decía, porque disponía de mi cerebro y de mi brazo derecho, y eso era lo que me hacía diferente; yo era único, como Willie Mays. Pues ya sabes que lo único que mantiene a los negros machacados y aparte es la falta de dinero; y yo podía conseguir todo el que quisiera. Y si a algún blanco cutre le daba por llamarme negrata y escupirme en la cara, suponía que lo podría aguantar. Pasa constantemente, ¿sabes? Un día, te topas en un salón de billar mierdoso con alguien que dice algo sobre el *olor*, o algo así. El tío dice: “Colega, ¿qué es ese *olor* asqueroso?”, refiriéndose a mí, pero yo se la devuelvo rápidamente: “Supongo que debe tratarse del olor del *auténtico dinero*; intuyo que nunca has oído un billete de cincuenta dólares”, y saco mi fajo y le digo al tío: “¿Quieres llevarte alguno a casa para olerlo a gusto?”... Y entonces, algunos de los cabrones presentes se rebotaron de tal manera que me retaron y perdieron. Me llevé su dinero a casa, lo olí y hay que ver lo bien que olía.

»Bueno, a veces también perdían el oremus, y entonces me intentaban zurrar para recuperar su dinero y, de paso, quedarse con el mío, pero eso no siempre es fácil conmigo cuando hay auténtica pasta de por medio. Algunos se llevaron una buena tunda, tío.

»No me preguntes qué ocurrió después, colega. Todo era de lo más divertido. Salía con una tía de la facultad, y una noche me entra un miedo total y no puedo dormir ni pensar, y estoy ahí, tirado en la cama, sintiendo cómo los horrores se me echan encima y se me sientan en el pecho, y estoy pensando en toda esa mierda, ya sabes, que no existe Dios y que el mundo es el sitio más espantoso que hay y que todos tratamos de devorarnos mutuamente y que todo da lo mismo, y que sólo soy una mota de polvo en un universo lleno de motas de polvo y que un día de éstos habrá una mota de polvo menos y nadie se enterará; todo ese rollo llorica, ya sabes,

pero no sé por qué se me había metido en la cabeza que el amor era la respuesta, y yo salía con esa chica, así que tenía que quererla, por eso me levanto de la cama y me voy pitando a su casa, porque vivía en una casa, y llamó a la ventana, y en cuestión de doce segundos ya me había casado, trabajaba en la bolera y tenía dos críos. ¡Chúpate ésa! La parienta quería ser asistente social, fíjate, y yo iba a trabajar en la bolera, me la sudaba la universidad, mientras ella acababa la carrera, pues estupendo, yo disponía del dinero, pero entonces se quedó embarazada y lo único de lo que le voy a oír hablar a partir de ese momento es de traer al mundo una nueva vida y todas esas chorradas, hasta que nazca el crío, y luego piensa volver a clase, por supuesto, pero entonces viene el segundo crío y se acabó lo que se daba. Tío, toda mi vida había cambiado. Lo aguanté un tiempo, naturalmente. Conseguí un buen curro en la bolera, luego instalaron unas cuantas mesas de billar y eso me vino muy bien; para mi edad, yo allí pintaba lo mío; pero de vez en cuando, me entraba la nostalgia y volvía a echarme al camino, dejando el puesto de limpiabotas en manos de mi ayudante, y me largaba a San Francisco, Los Ángeles o Chicago. A veces ganaba, a veces perdía, pero nunca se me iba la olla con la pasta y, cuando me sentía solo, volvía a casa. No te imaginas qué aburrimiento, colega.

Fue más o menos por esa época, tres semanas después de que Jack empezara a trabajar en la cocina, cuando Claymore desapareció de San Quintín. Todo el mundo se mostró encantado y empezó a hacer apuestas sobre su captura. Sin mucho más que les alegrara un poco la existencia, el juego era muy importante para algunos reclusos, que apostaban prácticamente a cualquier cosa. Evidentemente, las mayores apuestas concernían a los condenados a muerte, y entre ellos, el que más interés suscitaba era Caryl Chessman, que ya llevaba allí cuatro años y cuyo rostro, inteligente y arrogante, era una fuente de inspiración para casi todos. Para ellos, para algunos de ellos, se trataba de un hombrecillo que utilizaba su astucia y su cerebro en contra de toda la maquinaria del Estado. Si al final ganaba, se haría realidad ese anhelo inconsciente que muchos acariciaban de que el Estado, la maquinaria, todo, se desmoronara, se abrieran las verjas de la cárcel y pudieran irse a casa. Las apuestas en aquel momento estaban tres a cuatro en contra de Chessman. Jack lo vio una vez, cruzando escoltado el gran patio: le sorprendió lo bajito que era.

Con Claymore, las apuestas tenían un tono algo más sentimental; a fin de cuentas, en cierta medida era un experto, por lo que la puja no alcanzaba grandes dimensiones.

La noche que se enteraron del asunto, Billy se mostró de lo más excitado y nervioso en la celda que compartían.

—Compadre —le dijo a Jack—. Ese Claymore y yo estamos conectados. Puedo sentirlo.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque es negro?

Billy se frotó la boca. No parecía feliz ni desdichado, sino inquieto.

—No lo sé. Cuando llegó aquí y se metió por esa tubería, pude sentirlo, ¿sabes? Una conexión. Eso es todo.

Tal como estaba Billy, Jack prefirió no preguntarle nada más, y dedicó el tiempo que quedaba hasta que apagasen las luces a la lectura de su libro de historia. Luego, en la penumbra, oyó que Billy le decía desde el camastro superior:

—Ese tío *tiene* que conseguir la libertad.

Eso era algo que Jack era incapaz de entender. Sabía, claro está, que *libertad* significaba no estar en la cárcel, algo que también él deseaba, sobre todo cuando despertaba por la mañana en la celda, o cuando estaba junto a la puerta mientras el guardia situado al final del largo pasillo tiraba de la pesada barra que las cerraba todas; en esos momentos, le entraba la necesidad de salir corriendo, de recorrer a la carrera las mil celdas de la galería o arrojarse por la barandilla al patio; el dolor le arrancaba del raballo de los ojos mientras se quedaba quieto para el recuento o se ponía los zapatos... Todo eso lo podía entender, pero no la apasionada necesidad de Billy de que Claymore se mantuviese en libertad. La libertad personal, sí, por supuesto; ¿pero a quién le importa la libertad ajena? No tenía ningún sentido.

—Si quieres escapar —le dijo a Billy—, ¿por qué no lo intentas?

Y Billy se echó a reír. Ni se tomó la molestia de responderle. Cuando se enteraron de que a Claymore lo habían atrapado y enviado a Alcatraz, Billy se pasó varios días lamentándolo.

CATORCE

Al final, con tanto tiempo por delante, Jack se acabó acostumbrando a San Quintín. Los muros amarillentos, las altas ventanas con barrotes y las vigas del refectorio se le hicieron tan familiares como su propio hogar; le ocurrió incluso con las chimeneas, hasta con esa por la que a menudo se escapaban el cianuro y la vida de un hombre, arrugando el cielo durante unos minutos por encima del bloque norte, a eso de las diez de la mañana. Hasta había aprendido a jugar al dominó en las mesas de *picnic* del patio grande. No tenía más remedio: aquí, el enemigo era aún más intangible que en el reformatorio o el orfanato, e incluso aprender a *que te gustara la situación* era menos importante que la necesidad de sobrevivir un día más. Por eso le resultaba tan necesario convertirse en un presidiario, unirse al club; por lo menos, en apariencia. Aprendió el lenguaje y aprendió las normas de conducta: que un hombre que nunca se metía en líos con los matones era casi tan malo como el que siempre andaba a la greña con ellos; que cuando te pedían que pasaras contrabando, tenías que hacerlo, no como muestra de desafío a la autoridad, sino porque sin una fuerza que conectara la ley entre los reclusos, la cárcel se convertiría en un ente anárquico y los prisioneros no llegarían ni a la condición de ser humano. Su autoestima los obligaba, aunque resultara cómico, a hacerse cargo de su propio destino, y saltarse las reglas era, en cierta medida, una manera de demostrarlo. Y entraban cosas, lo cual era todavía más importante, probablemente. El perfecto presidiario, el hombre que vivía según las normas que le habían impuesto, no era un hombre, sino un vegetal. Y el follonero permanente, por muy podrido que estuviese en su interior, lo único que hacía en realidad era lo que el Estado esperaba de él, justificando así la mera existencia del sistema penitenciario. Así pues, todo consistía en un delicado equilibrio entre desafío y obediencia.

Pero evidentemente, como Jack descubrió, no existía la unanimidad. No todos los prisioneros se dedicaban al juego, no todos ellos hacían algo en concreto; ni siquiera estaban todos de acuerdo en que la cárcel estuviera mal. Muchos de ellos no sólo creían que estaba bien, sino que también reconocían que era su destino natural. A este respecto, Jack no estaba del todo convencido. En lo más profundo de su ser sentía los picores de la culpabilidad; admitía, tal vez, que la cárcel era una expresión de la justicia. Justo lo contrario de lo que le ocurría a Billy Lancing, para quien la experiencia carcelaria no era algo con lo que entusiasmarse, precisamente.

—La cárcel es una mierda, tío. Una puta mierda. Piensa en todos esos cabronazos de ahí fuera, que no saben de qué va esto y creen que nos lo merecemos. Piensa en esa gente, macho. No hay ni uno que no infrinja la ley cada vez que se le presenta la oportunidad de hacerlo; tío, una vez leí un libro que decía que la mayor parte del dinero que se perdía en delitos en este país consistía en clips robados, chorradas así, por no hablar de esos presidentes de banco que se fugan a México; y piensa un momento en los tíos que están en el trullo por controlar el juego ilegal. ¿Te lo puedes

creer? ¿Juego ilegal? Todos los putos jueces y abogados de este puto país juegan al póquer en su club para pijos, ¡y luego se van al juzgado y le endiñan dos años a algún infeliz por jugar a lo mismo! ¿Pero de qué va toda esta mierda? ¿Y lo de los timos? ¿Qué puto hombre de negocios no te timaría si tuviese la oportunidad? ¡Mierda!

Jack se rio de él.

—Te veo muy cabreado. ¿A ti te han timado?

Billy lo contempló con incredulidad:

—¿Que si me han timado? ¿Y cómo cojones definirías mi puta sentencia? ¿Juego limpio? Firmo un solo cheque sin fondos en toda la puta vida, ¡y me caen de uno a cinco! ¿Cómo coño le llamarías a eso? Y luego, ¡algún contable de mierda trinca treinta mil dólares y le caen seis meses! Mira a tu alrededor, tío, aquí no hay más que chorizos de medio pelo; todos los poderosos, los profesionales, los mangantes de cuello blanco están fuera, o allá en Chino, tomando el sol. O sea que sí, vale, cojonudo, hay que hacer algo con los delincuentes, pero con todos, porque si no es un *tocomocho*.

Dijo Jack:

—Ya, bueno, ¿y qué esperabas?

Billy soltó una risita triste:

—Ahora estoy encerrado, así que no espero nada. Pero más vale que no me suelten.

—Venga, hombre.

—No, coño, me refiero a que si me sueltan me voy a poner a lamer culos de aquí al Tribunal Supremo con tal de no volver.

—Bueno, vale —dijo Jack—. Hay mucha injusticia. ¿Y qué? ¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Nada, pero me da por saco. Tío, la justicia se basa en la idea de que todos tenemos derecho a vivir como nos salga de los cojones, mientras no jodamos a nadie. Vale, la cagué. Pagaré por ello, cumpliré mi condena. Pero espero que no pienses que estoy entre rejas por un cheque de nada. Espero que sepas que estaría libre o, como mucho, en *libertad vigilada* si tuviese dinero para pagarme un buen abogado —con las manos metidas en los bolsillos y los huesudos hombros alzados, Billy le sonreía a Jack, sentado en su catre—. Espero que controles ese rollo de los abogados. ¿Tenías uno?

Jack le explicó, por primera vez, lo sucedido en el condado de Balboa. Billy le escuchó sonriendo, asintiendo con la cabeza como si esa historia confirmara su tesis.

—Pues sí. Te la jugaron a fondo con eso de que si *colaboras* todo va cada vez mejor. Pero tío, ¿no sabes que la *máquina* no necesita tu ayuda? Lo único que le puedes hacer a la *máquina* es joderla. No lo puedes evitar. Pero puedes aminorar. Como en mi caso, macho. Un cheque falso, ¿vale? No te voy a explicar todo el timo, pero era como un cheque de la nómina, ¿sabes?, y unos tíos hacen un montón de copias y nos las dan a unos cuantos para que las cobremos, por una cuarta parte de la

pasta. Y yo, como estoy tieso, cobro uno de esos cheques chungos y al cabo de tres días aparecen un par de pasmas y se me llevan al trullo. Tenían información, decían. O sea, que alguien me había delatado, ¿sabes?

»En fin, que ahí me tienes, en el juzgado, con el tonto de mi abogado, un puto crío, y el barman aquel se pone de pie y dice que me ha visto cobrar el cheque y que lo reconoce perfectamente, y entonces van unos polis y dicen que tienen como cincuenta cheques iguales y cobrados de la misma manera, y mi abogado ahí sentado, sin decir ni mu. ¡Pero resulta que yo no cobré ni uno de esos cheques! ¡Pero me acusan de toda una ola de crímenes!

—Pues bueno, te jodieron, eso es todo —le dijo Jack.

—Sí, vale, pero a lo que voy es a que un buen abogado podría haberme sacado del berenjenal. Que lo tengo muy estudiado, tío. Vamos a ver, el barman dice que me vio, y dice que me vio *escribir*. Pues, macho, un buen abogado debería hacerse con un experto que pruebe que ese ingreso no está escrito con mi letra, digo yo, con lo que todo lo que dice el puto camarero es mentira podrida. Y era el único testigo, porque el menda que me vendió seguro que no pensaba poner los pies en el juzgado. Coño, quien quiera que fuese, lo único que hizo fue quitarse el muerto de encima y colgármelo a mí.

Jack se lo pensó unos momentos:

—¿Y por qué no haces una apelación o algo así? Como Chessman.

Billy soltó una risita:

—¿Tú estás majara o qué? ¿Quién va a pagar la puta *transcripción*? ¿La Liga Ciudadana? A la mierda. Cumpliré mi condena. Pero lo que me toca los huevos es que aquí todo el mundo se pasa mis derechos por el forro, me roban, le joden la vida a mis chavales y se salen de rositas. Estoy hablando de delitos, no de leyes. Ni siquiera tienen leyes para según qué mierdas que se sacan de la manga.

—Ya no sé de qué coño hablas —le dijo Jack.

—Pues claro que no: eres blanco.

—Ah, vale, de eso se trata. Pues yo también estoy aquí. Y tú no estás aquí porque seas medio negro: estás aquí por haber falsificado un talón.

—Vale, tío, si no estoy hablando de eso. Tú estás aquí porque eres demasiado borrico como para mantenerte en el exterior. Igual que yo. Pero yo hablaba en general, no de ti y de mí.

—¿Y de qué te sirve?

—Me rindo. En mi vida he visto a un tío más tonto.

—Es que no te entiendo —dijo Jack—. Nos han metido aquí porque era más fácil que dejarnos sueltos. Tenían el poder de hacerlo y lo ejercieron. Yo no soy una víctima de la injusticia. Yo no soy una víctima de nada.

—Sí, claro —bromeó Billy—. Tú estás aquí porque me quieres.

Últimamente, ese concepto había ido apareciendo de vez en cuando, de pasada, en broma, o junto a un roce fortuito o una referencia a alguien más; pero estaba llegando

un punto en el que impregnaba sus diálogos nocturnos y los ponía nerviosos. En cierta ocasión, cuando estaban a medio desvestir para pasar la noche, Billy, de camino al retrete, se rozó con Jack de una manera que éste pudo sentir sus dedos en el muslo. Hubo un rápido rebote, un intercambio de palabrotas, y ambos se fueron a la cama cabreados, con su amistad disuelta. Jack se quedó ahí tumbado, enfadado y ofendido, exageradamente tenso, mientras Billy, en la litera de arriba, se mostraba, además de tenso y enfadado, mortificado.

—¡No te tocaría ni con el mango de una escoba! —siseaba Billy, cabreado, a través de la oscuridad. Al cabo de unos momentos de un silencio eléctrico, Jack le oyó reírse y añadir—: ¡Si es que llegara a tener una escoba!

Tuvieron que pasar varios días para que Jack reuniera el valor necesario para disculparse.

En la cárcel, el sexo ofrece tres posibilidades: abstinencia, masturbación y homosexualidad. Jack estaba familiarizado con las tres, en diferentes grados. En el orfanato, los críos habían sido convenientemente vigilados para que no incurrieran en ningún tipo de «prácticas obscenas», pero ellos siempre se las apañaban del modo habitual: furtivo, rápido y a oscuras. Los escasos episodios homosexuales que Jack recordaba del orfanato eran de tipo brutal: un chaval bajito, débil y francamente impopular solía ser obligado por unos cuantos compañeros rijosos a someterse a la violación. El clima emocional del orfanato no propiciaba enamoramientos ni parejas de ninguna clase, sólo actividades en grupo. Cualquier chico al que pillaran masturbándose, según recordaba Jack, era sometido por los demás a una burla cruel e incesante, así como a la humillación pública por parte de la administración. Pero entre los chicos se daba por hecho que eso no era más que «algo que hacer» y que Sexo significaba Mujeres. En cierta medida, las Mujeres equivalían a hacerse-mayor-y-salir-de-allí, y una de las primeras cosas que hizo Jack después de escaparse fue visitar una casa de putas. Aunque había tomado parte, a menudo como líder, en las violaciones y masturbaciones colectivas, se olvidó de todo eso en el exterior y, como casi todos los adolescentes, recurría a la masturbación sólo cuando no tenía más remedio, pero después se sentía sucio y molesto.

En el reformatorio había unos cuantos chicos afeminados que estaban muy solicitados, pero la vida sexual se seguía desarrollando en grupo y el fuerte continuaba imponiéndose al débil; pero Jack no participaba mucho porque casi siempre estaba en el hoyo. Ahí, evidentemente, podía masturbarse sin tasa, pero no lo hacía porque sólo le servía para empeorar las cosas.

De las tres alternativas, la abstinencia era la que mejor conocía, y confiaba en poder olvidarse del sexo en San Quintín. No sabía cómo masturbarse en paz con otro tío en la celda. Todos eran adultos. La masturbación era cosa de críos, pensaba, y sólo un adulto infantil recurriría a ella. Descubrió enseguida que en la cárcel se trataba a los hombres como a niños, y que como tales se esperaba que actuaran, incluso, y puede que especialmente, en las cuestiones sexuales. Aun así, seguía sin ver la

manera de afrontar el asunto.

Pero durante una noche de inquietud le dio por pensar en Mona, y de ahí sus pensamientos se trasladaron, sin pretenderlo, a imágenes vagamente eróticas de otras mujeres que había conocido, cuya carne relucía ahora ante sus ojos. Intentó pensar en otras cosas, pero no había manera. Un pecho, un pezón o una suave cadera le interrumpían el flujo mental, y podía sentir cómo el pene se le ensanchaba y endurecía sin poderlo controlar. No debería haber representado ningún problema: bastaba con meneársela y adiós muy buenas. No había quien lo evitara, de vez en cuando. O eso o cortársela. Le parecía indignante que un órgano determinado pudiera hacerse el amo de esa manera, controlarle la mente, conseguir que le temblara todo el cuerpo; era asqueroso. Pero a menos de un metro por encima de Jack, Billy Lancing dormía, o puede que no, e igual le oía moverse y asomaba la cabeza para preguntarle qué estaba haciendo. Puede, incluso, que ya lo supiera, lo entendiera y no dijera nada. Por la mañana, se le vería entretenido. Jack nunca le había oído hacer esos ruidos, y eso que a menudo no se dormía hasta muy pasada la medianoche. Es decir, que Billy no se masturbaba. Había dominado sus deseos sexuales. Si Jack cedía ante los suyos, sería el único en la celda que lo haría. Furioso, se puso boca abajo para ver si remitía la erección. Pensó en lo gracioso que resultaba todo. Pensó amargamente en lo absurdo que se le antojaría a cualquiera no pelársela. Como una resaca de las malas; tema propicio para las burlas. Quería preguntarle a Billy al respecto, pero no se atrevía. Era demasiado personal.

Lo que empeoraba las cosas era que todos hablaban de sexo sin cesar, o eso parecía. Si había que hacerles caso, los hombres más viriles de Norteamérica estaban aquí reunidos, temporalmente alejados de esas mujeres que habían protagonizado tantas de sus proezas. Pero no te podías pasar una larga temporada a la sombra sin enterarte de las historias de amor que se desarrollaban ahí mismo, entre los propios hombres. Ahora que Jack parecía tener el cerebro totalmente ocupado por el sexo, no escuchaba nada más. Era de lo más habitual escuchar a un tío presumir de todas las mujeres con las que se había acostado y, de repente, sin solución de continuidad, ponerse a hablar de ese mexicanito tan mono que trabajaba en la panadería. A Jack le causaba un gran bochorno. Un día, mientras pasaba junto a la mesa de las ensaladas con una pila de bandejas metálicas, vio cómo un hombre deslizaba un anillo de plástico en el dedo de otro. Ambos tenían un aspecto de lo más normal, sólo eran un par de ladrones, pero la expresión de sus rostros nunca la había visto en un hombre: uno de ellos se mostraba tímido y mojigato, en una burla involuntaria de una doncella decente; el otro se mostraba agresivo, pero de una manera femenina.

Otro presidiario, que era uno de los cocineros, captó la expresión de desagrado en la cara de Jack y le guiñó un ojo. Jack estaba realmente avergonzado y notaba que se estaba poniendo colorado.

Después de eso, le pareció que la cárcel bullía de romances. Era increíble. Se trataba de hombres adultos que, además, no eran maricas. Eso se podía esperar de los

pocos homosexuales que había por allí, pero ver a un viejo y encallecido ladrón besando a un negro fornido, cuando creía que nadie miraba, resultaba inverosímil.

Finalmente, alguien se acercó a Jack. Estaba junto a la mesa de las ensaladas, cortando zanahorias con un cuchillo de carnicero, cuando uno de los cocineros se le puso detrás, le hizo un comentario insustancial y pegó su cuerpo al suyo, con los dedos rozándole brevemente las caderas. Cuando pasó la sorpresa momentánea del roce, Jack le dijo por una esquina de la boca: «Date el piro o te voy a rebanar los cojones». El hombre se apartó, ofendido, y dijo: «No hay por qué ponerse tan desagradable». Jack se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa malévola, sosteniendo el cuchillo de carnicero y acariciando la punta. «Largo», le dijo.

Daba la impresión, incluso, de que rechazar a ese hombre tenía un punto caprichoso, como si él fuese maricón y de lo más accesible, pero no para ese cocinero en concreto. Y además, no podía negar que la presión de ese cuerpo contra el suyo lo había excitado. Había sido agradable, maldita sea.

En otra ocasión, un preso le dijo: «Ah, ya sabemos que te haces el difícil». No parecía haber respuesta posible. Jack había tenido en la punta de la lengua las palabras: «Oh, no, no lo soy», pero eso no habría servido precisamente para aclarar la situación.

Pero no era tan sólo una cuestión de cortejo y seducción, lo cual, a fin de cuentas, ayudaba a muchos a olvidarse de sí mismos, según consideraba Jack. También estaban los lobos de la prisión, los violadores homosexuales a los que se les metía en la cabeza que deseaban a un hombre en concreto y le iban detrás, sin pensar en otra cosa, hasta que lo arrinconaban en alguna esquina. A veces, esos lobos obraban en pareja o en trío, y era muy difícil librarse de ellos cuando te habían puesto la vista encima. Durante un tiempo, las cosas habían transcurrido con tranquilidad, básicamente porque justo antes de llegar Jack, un hombre había sido asesinado en la ducha por uno de los lobos y se había armado un buen cirio. Todos los lobos detectados habían sido cambiados de sitio y sometidos a extrema vigilancia. Al responsable del apuñalamiento no lo habían pillado, pero toda la población reclusa sabía que se trataba de un obrero de la fábrica llamado Clifford, un negro gigantesco, encerrado por atraco a mano armada, que tenía la zarpa metida en casi todos los chanchullos de la cárcel; era un organizador nato, una personalidad dominante, un líder natural. Hasta los guardianes le tenían miedo. Le había caído la perpetua, así que había decidido convertir el trullo en su propio territorio privado. Hasta los musulmanes, grupo unido y secreto donde los hubiera, le temían, aunque dijese que le admiraban.

Jack no tenía miedo de Clifford ni de los demás lobos, pero Billy sí. Lo habían agarrado un par de veces, reconocía, y en ambos casos pensó que lo iban a matar. «Así que me quedé ahí tirado y me la metieron, tío», dijo. «Qué coño, no pienso morir por defender la virginidad de mi ojete.»

Ahora, para Jack, los momentos realmente malos eran las horas que pasaba

encerrado en su celda con otro hombre, con carne viva, con un cálido cuerpo humano que cada noche le resultaba más atractivo, hasta el punto de que sus fantasías ya no iban sobre mujeres, sino sobre Billy; pensaba en cómo podrían abrazarse en secreto, que era lo que hacían probablemente, en esos mismos instantes, docenas de reclusos, en todas las celdas, secreta y privadamente, disfrutando del calor y la excitación ajenas; mientras él, Jack, yacía agobiado por la frustración y la agonía. Al cabo de un rato, hasta resultaba divertido. Sabía que lo único tangible que se interponía en su camino era el miedo al rechazo; eso y una fuerte renuencia a dar el primer paso. Ni siquiera sabía qué decirle a Billy. No iba a levantarse en mitad de cualquier noche oscura, darle un golpecito en el hombro a su compañero y soltarle: «¿Y si nos ponemos?», o tal vez «Oye, vamos a follar», o algo por el estilo. Tampoco iba a invitar a Billy a su camastro, mientras le guiñaba el ojo, le dedicaba una sonrisita y le señalaba el colchón. ¿Y si Billy se reía de él? ¿Y si Billy rugía de pasión y trataba de besarle? Era imposible.

Así pues, ahí estaban los dos, tumbados en la densa oscuridad, soñando cada uno de ellos en que fuese el otro quien diera el primer paso. Billy, claro está, temía que Jack le partiese el cuello si se ponía tierno.

Una mañana, en el patio grande, Jack observaba una partida de dominó entre dos de los mejores jugadores de la prisión, cuando un tipo que estaba a su lado y al que apenas conocía le dijo:

—Ese Billy es un encanto, ¿no te parece?

—Supongo —repuso Jack, que ya estaba acostumbrado a ese tipo de cháchara, aunque siempre le hiciera sentirse culpable.

—¿Supones? —preguntó sonriendo el otro—. ¿Quién puede saberlo mejor que tú?

—¿Qué estás insinuando, cabronazo? —saltó Jack.

—A callar, tíos —dijo uno de los jugadores.

Esa noche, Jack le dijo a Billy:

—¿De qué va todo ese rollo sobre tú y yo?

—¿Tú y yo qué? —preguntó Billy.

—Sabes perfectamente de qué hablo. Por aquí, todo el mundo cree que estamos liados.

—Vale, pero no es verdad —le espetó Billy—. Así pues, ¿para qué me das la brasa?

—Porque creo que ese rumor lo has hecho correr tú, mierdecilla.

Billy puso cara de asco y se encaramó a su litera con un libro. Jack estaba avergonzado de lo que acababa de decir, pero no pensaba disculparse. «Que se joda el mariquita», se dijo.

Al cabo de unas cuantas noches, Jack escuchó extraños ruidos en el camastro superior. Sabía lo que estaba pasando. De todas formas, por mero desprecio, susurró:

—¿Qué estás haciendo?

Y los ruidos se interrumpieron. Al cabo de un momento, se oyó el susurro furioso de Billy:

—¡Me la estoy meneando! ¿Qué coño te crees que estaba haciendo?

Jack soltó una risita:

—Creí que te habías traído a alguien.

Hubo unos instantes de silencio.

Jack susurró:

—Pues nada, hombre, tú a lo tuyo. No vas a parar por mí.

—Mierda —dijo Billy—. Me has hecho perder el hilo.

Menudo cabroncete, pensó Jack. Y cayó en un profundo y plácido sueño.

Pero si la homosexualidad era absurda, ¿qué pasaba con la ausencia de sexo, la masturbación o el sexo normal en sí mismo? ¿No resultaba todo igualmente absurdo, fútil y cómico? Hay que ver lo que eran capaces de hacerse mutuamente las personas, ¡sólo para deshacerse de un picor! ¡Había que pensar en la impresión que le causaría todo eso a un mero observador! Daba mucho que pensar una criatura que para sobrevivir, comer, dormir, procrear y limpiarse los mocos debía recurrir al placer en vez de a la racionalidad; un animal que no tendría la sensatez de vaciar sus intestinos si no le resultara divertido, y que, cegado por el placer, ¡lo perseguía como si ése fuera el objetivo final! Daba que pensar a qué extremos llegaría semejante criatura para asegurarse de que le rascara una persona en concreto, una persona de un tamaño y una forma determinados, cuando en realidad, ¡cualquiera serviría para el objetivo previsto! ¡Menudo chiste! Imaginemos a un hombre aquejado de una terrible psoriasis, con grandes picores repartidos por todo el cuerpo, al que se le metiera en la cabeza que únicamente los dedos de una muchacha determinada podían aliviarle; pensemos en ese hombre, en medio de su agonía, poniéndose un traje de lana que pica, con todo el cuerpo temblando, pegando berridos, mientras está plantado ante un espejo peinándose, poniéndose colonia, atravesando la ciudad a la carrera para llegar a casa de esa chica, mostrándose zalamero con ella, baboseando sobre el hogar, el futuro, el amor, las flores y la ternura, mientras bajo el traje, su cuerpo clama angustiado por que lo rasquen; pensemos en él, sentado en el sofá junto a ella (quien, toda modestia, se ha retirado a un rincón, aunque él sabe positivamente que también tiene picores y que si no la rasca morirá) y frotándose discretamente contra el asiento en busca de un atisbo de alivio, hasta que llega el gran momento y ambos se desnudan y exhiben sus cuerpos enrojecidos y llenos de pústulas y se lanzan, con modestia y delicadeza, a rascarse mutuamente mientras el placer que de ello se deriva se les sube a la cabeza y elimina cualquier pensamiento; hasta que, finalmente y de forma natural, yacen exhaustos, conscientes de que pronto, muy pronto, volverán a experimentar los picores... ¡Pensémoslo!

Fue una epifanía muy poderosa: con toda probabilidad, sus padres, fueran quienes fuesen, habían hecho el amor por culpa de uno de esos picores. Para pasar el rato, por una satisfacción momentánea, le habían concebido, y como era evidente que su

presencia les resultaba inoportuna, lo habían dejado tirado en el orfanato; porque él, la vida que habían creado cuando no estaban para pensar e ir con cuidado, no formaba parte de la diversión general; él no era más que una molesta consecuencia de rascarse mutuamente; él no era más que el moco en el pañuelo después de sonarse, algo repugnante de lo que había que deshacerse en secreto y olvidarlo. La más fría rabia se apoderaba de él, rabia hacia sus padres desconocidos, rabia hacia la vida que le habían dado, ¡cuyos motivos no podían ser más tontos y triviales! ¡Todo por un segundo brutal de eyaculación! Por eso había nacido. Lo mismo que le mantenía despierto de noche y que, de manera inexorable, lo estaba convirtiendo en un maricón rampante, era la causa de su existencia. Quince o veinte minutos en un lecho olvidado, ocupado por dos desconocidos, le habían granjeado veinticuatro años de desgracia, dolor y sufrimiento; junto a la promesa, si no se moría antes, de seguir proporcionándole desgracias durante cuarenta o cincuenta años más, encerrado en uno u otro cuartucho sin la esperanza de la libertad, el amor, la vida, la verdad o la comprensión. Un pene se corre y a mí se me condena a una vida de muerte. Es una locura; y tiene que haber un Dios porque sólo un Dios loco puede haber creado semejante universo.

No había ningún motivo por el que Jack tuviese que dejar de hacer exactamente lo que le apetecía. Billy y él se hicieron amantes. Era un arreglo concebido fríamente para la satisfacción sexual. La primera vez, no cruzaron ni una sola palabra. A partir de ahí, sólo las más necesarias, precisas y racionales. El acuerdo consistía en que ambos usarían el cuerpo ajeno para esa forma elaborada de masturbación conocida como Hacer el Amor, pero ni hablar de una relación emocional o de atisbar en el alma del otro. De esa manera, decidieron, evitarían volverse locos o maricas.

QUINCE

Las cosas habían estado yendo demasiado bien en la bolera, y puede que en eso consistiera todo. El puesto de limpiabotas de Billy estaba justo al lado de la caja registradora y a escasa distancia del mostrador de comidas abierto toda la noche y de las mesas de billar, y él disponía de un equipo de cuatro chavales que eran realmente los que lustraban zapatos (aunque Billy se hacía cargo personalmente de los clientes especiales, los que más gastaban y tal), y no parecía haber nadie en Seattle capaz de ganarle en sus variadas aproximaciones al arte del billar. Estaba ganando dinero, mucho dinero, y no sólo como limpiabotas, pues cobraba un sueldo de la dirección: Billy estaba a cargo del mantenimiento, y había descubierto en sí mismo un talento para la organización, para evitar las broncas y para supervisar los cien detalles de un establecimiento abierto las veinticuatro horas del día, sin que ello le alterara demasiado.

Puede que su posición como artista del billar en nómina tuviera la misma importancia para la dirección que todo lo demás. Billy atraía gente a la bolera, sobre todo entre las dos de la madrugada y el amanecer, cuando no pasaba gran cosa en el local y se reunían los habituales billaristas de Seattle, que ocupaban la doble fila de butacas con vistas a la zona de juego. Tales personajes, sobre todo los mejores jugadores, respetaban a Billy por su talento, y entre ellos había un círculo íntimo, que le incluía y se movía a su alrededor, de hombres que habían recorrido los caminos y jugado en los grandes salones de billar de San Francisco, Los Ángeles, Chicago y Filadelfia, gente que podía hablar con conocimiento de causa de los grandes jugadores y las grandes partidas; tipos con aventuras propias que contar a los más jóvenes, a los chicos que nunca habían estado en la carretera. Y claro está, jugaban, sobre todo los chavales, y quien ganaba habitualmente las partidas (de cuatro perras, de dólar y, a veces, de cinco dólares) era la casa, motivo por el cual a esa misma casa no le importaba que los jugadores aparecieran cuando estaban sin blanca, pues sabía que en cuanto tuvieran algo de dinero, se lo gastarían allí.

Sobre todo los chicos, que se estrenaban en la vida nocturna, enriquecida con los sabores de la ilegalidad y el juego sucio del billar; a menudo, les gustaba sentirse atrevidos por tratarse con un negro, aunque fuese tan pálido como Billy, invitarle a café y escuchar sus consejos sobre cómo sostener el taco, jugar una buena partida, apuntar bien y aprender el lenguaje. Y esos chicos también le venían muy bien a Billy, como cantera de su equipo de mantenimiento. Aparecían sin un céntimo, incapaces de pagarse un café o una cajetilla de tabaco, y Billy podía contratarlos por una noche para barrer las calles de la bolera, vaciar ceniceros y hasta pasar la escoba por debajo de las mesas de billar sin que se sintieran humillados, ya que él era su jefe. Esos chavales lo adoraban, cosa de la que era plenamente consciente y de la que se aprovechaba convenientemente.

No era únicamente su talento lo que los atraía. Billy era uno de los poquísimos

jugadores de billar con dinero. Otro era Larkin, un tipo bajito y gris que lucía trajes azul oscuro, camisas color vino y sombrero gris. Larkin era experto en *snooker* y se había jubilado del servicio de correos tras cuarenta años recorriendo el país en tren, pero sólo llevaba encima trescientos o cuatrocientos dólares y se estaba haciendo viejo y gruñón. Billy siempre llevaba mil dólares en el bolsillo izquierdo de la camisa, por lo menos. Saber que la pasta estaba ahí le hacía especial a ojos de los muchachos; estaban en ese momento de la vida en que el dinero empezaba a tener su importancia, y mil dólares eran mucha pasta.

Se trataba de su rollo de billetes, y hacía tanto tiempo que lo llevaba encima, desde los días salvajes por los caminos, que a veces soñaba que lo perdía y despertaba aterrorizado ante el recuerdo de lo vacío que se había sentido cuando estaba arruinado y solo; a veces, el sueño era espantoso, y saltaba de la cama soltando tacos para llegar hasta la silla, palpar el bolsillo de la camisa para comprobar que el dinero siguiera allí y, a veces, llevarse la camisa a la cocina, encender la luz y, sin dejar de soltar palabrotas, sacar el dinero del bolsillo y contarlo. Luego volvía a la cama, y puede que su mujer se moviera y le preguntase, somnolienta: «¿Dónde te has metido?».

«Estaba echándoles un vistazo a los críos», respondía él. Era algo que hacía con frecuencia, entrar silenciosamente en su habitación, arreglarles las mantas y sentir esa increíble ternura que sólo se les permite a los padres de familia para que luego puedan regresar a su cama y a sus malos pensamientos. Pero la mayoría de las noches no estaba en casa, dormía de día y los niños no eran para él más que unos ruidos molestos en el otro extremo de la casa. Eso sí: su hijo y su hija tenían mucho que ver con sus crecientes preocupaciones sobre el rollo de billetes; durante mucho tiempo, el rollo había sido su límite, su margen, su manera de escapar en cualquier momento del mundo que estuviese habitando, y últimamente se había convertido en más que eso y también en menos, pues pensaba en los críos, en lo que eran y en quiénes eran.

Años atrás, había dicho sinceramente: «A la mierda los negros»: había visto a demasiados amigos suyos hundidos en la amargura, y él quería escapar, no ahogarse. Pero ahora no había escapatoria posible y se encontraba en la espantosa situación de ver crecer a sus hijos hacia ese momento en el que sabrían, porque así se les diría, que eran negratos y no seres humanos.

Por mucho que Billy porfiara por abrirse camino en la vida, no podía esquivar el hecho central de su existencia; tanto si le gustaba como si no, era negro y no había nada que hacer al respecto, nada podía poner en marcha sin antes pensarlo a fondo. La cosa estaba ahí. No podía amarla ni combatirla ni sentirse orgulloso de ella: sólo estaba allí. Ya no era ni capaz de odiarla.

Sus hijos eran hermosos; ¿cómo podía nadie ser tan cruel? Eran tan afectuosos, estaban tan llenos de alegría, eran tan inocentes y entusiastas... ¿Por qué tenía que venir nadie a arrancarles esa inocencia con una palabra fea y grosera? A partir del momento en que entendieran esa palabra, atravesarían la existencia medio muertos en

su capacidad para amar; el momento en que sus ojos tomaran conciencia de la situación, dejarían de ser niños, y Billy estaba seguro de que él mismo dejaría de quererlos tanto. Igual habría sido mejor que nunca hubiesen nacido, pensaba con amargura; pero, acto seguido, los veía en su mente y era incapaz de soportar su inexistencia; vivir sin ellos sería como vivir sin vida.

Y algún día, un crío blanco, también inocente, les diría quiénes eran, y Billy no sabría qué camino tomar, pues no habría nadie a quien matar, sólo el vacío de la desesperación y la frustración que veía en los ojos heridos de sus hijos.

A veces lo veía así, pero otras intentaba recordar su propia reacción. Era una herida, sí, pero los niños se recuperan de sus heridas. Tampoco es que les pasara a ellos solos. Y ya puestos, lo más probable es que no escucharan *esa palabra* en labios de un chaval blanco, sino en los de sus propios compañeros. Como le sucedió a él. Están vivos, se decía, tienen que acostumbrarse a la desgracia, como cualquier ser humano. Esa es la única manera de llegar a aprender algo. Si no, todo se reduciría a la autocompasión, como cuando te quedas tirado y atormentándote porque los ha atropellado un coche o se han vuelto idiotas. La autocompasión y el temor nocturno a perder su dinero.

Porque el secreto estaba en el rollo: con él podría atenuar el dolor de sus hijos. No impedirlo, ya que eso era imposible, pero al menos aplacarlo un poco. El dinero marcaba la diferencia; siempre lo había creído. No había sabido realmente para qué servía el dinero hasta que tuvo hijos. Es para ellos. Faldas y jerséis bonitos para la niña, zapatos y guantes para el niño. La universidad; a Billy no le había servido de nada, pero funcionaría para sus hijos, porque él había ido a la universidad para *encontrar* algo y ellos irían para *conseguir* algo: el derecho a unos empleos en los que ir bien vestidos, el derecho a conocer a personas agradables que te invitarían a cenar en sus casas y antes te ofrecerían un cóctel en el jardín. ¿Qué más daba que todos tus amigos fuesen de color, mientras no tuvieras que atravesar las negras agonías de la pobreza o las humillaciones de la ayuda gubernamental? El rollo se encargaría de todo eso. No era para jugar con él: debería estar en el banco. Pero sólo eran mil dólares. Era una miseria. No era nada. Con cierto frenesí, Billy experimentaba la necesidad de tener cientos de miles de dólares; se sentía atrapado y arrinconado sin unos gruesos fajos de billetes que le salvaran. A él y, sobre todo, a sus hijos.

Y al mismo tiempo pensaba en abandonarlos. Puede que eso fuera lo mejor, a fin de cuentas. Que fuese él quien les impartiera a sus hijos la primera lección de crueldad. «No te puedes fiar de nadie.» Y huir de todas esas responsabilidades, dejando a sus hijos ya preparados para la injusticia. Billy pensaba a menudo en dejar a su mujer. La quería, sí, pero no bastaba con eso. Puede que el amor le resulte suficiente a una mujer, pensaba, pero no lo es para un hombre. Un hombre ha de tener su *propia vida*. Su esposa y él andaban constantemente a la greña. Ella sabía, y él también, claro está, que su marido no tenía por qué pasar todas esas horas en la bolera. Era un hombre de cierta importancia (¿lo dirá en serio?, pensaba él) y tenía

ayudantes que podían encargarse de las cosas. Ella quería un poco de vida familiar, veladas entre amigos, y Billy no tenía ni un solo amigo de verdad en la comunidad negra. Ella, claro está, se había deshecho de todas sus amigas de la universidad al casarse con Billy. Tenía que apañárselas con las vecinas, que no tenían mucho interés. Ella era la única con estudios superiores, y las demás sólo hablaban de niños, de ropa, de comida, de los precios y de la televisión. Cuando no estaba ocupada con sus hijos, se aburría mortalmente y no quería ver la tele, aunque tuviesen una. Las vecinas creían que era demasiado radical con la televisión, pero para ella no era más que el mundo de los blancos colándose en el salón, algo que no pensaba tolerar. A Billy le informó varias veces de lo aburrido que era todo.

Eso es lo que debe hacer una mujer, se decía él, enfadado, quedarse en casa y cuidar del hogar y de los hijos. Si eso le parecía aburrido, pues a joderse. Nadie había dicho que la vida consistiese en una emoción tras otra. Pero en su interior sabía que eso era una mentira de lo más idiota; sabía que si él se mantenía alejado del hogar era porque tampoco podía soportar el tedio, y en secreto estaba de acuerdo con ella... Por desgracia, no sabía cómo podrían mejorar las cosas con los dos bien aburridos. Era una trampa. A menudo soñaba con escaparse, y llegó a plantarse en la carretera en varias ocasiones, pero sabiendo que acabaría por volver.

Vamos a ver, ¿qué era su vida? Echas un vistazo a los diez millones de cosas que puede ser la vida y tratas de distinguir las que son tuyas de las que nunca conseguirás. Por no hablar de la agonía que de ello se deriva: tantas cosas que quieres hacer y tan pocas que puedes hacer. ¿Por qué no se contentaba con lo que era? Un poco de racionalidad, por el amor de Dios. Si ya era uno entre diez mil. Era un hombre importante. Ganaba el suficiente dinero en su lugar de trabajo para mantener desahogadamente a su familia; más le valdría deshacerse de todos esos sueños absurdos. No necesitaba cientos de miles de dólares para sus hijos, ni para sí mismo. Llevaba una buena vida. Era uno de los escasos individuos que realmente quería a los suyos, así como uno de los todavía más escasos negros de Seattle que se podía ganar la vida decentemente. Sabía que había abandonado una existencia nómada en beneficio de la universidad porque había detectado esa posibilidad; sabía que no habría podido soportar la vida en la carretera durante mucho más tiempo; la soledad lo estaba matando; y sabía que dejó la universidad y se casó no por algún motivo abstracto, sino porque se había enamorado y necesitaba urgentemente formar una familia. Todo eso era cierto. Pero ¿qué era lo realmente importante? ¿El talento?

Él era un jugador de billar de mucho talento. Pero en el mundo los había mejores. Nunca sería campeón, ¿y qué? ¿En qué consistía ser un campeón de billar? Tampoco era gran cosa. Ciertamente, el juego le había proporcionado sus raros momentos de alegría, pero... ¿Y qué? Ahora era un hombre, con las responsabilidades que *quería* y *necesitaba*. No se sentiría un ser completo sin ellas. Aunque, por supuesto, nunca se había sentido así. Sentía que necesitaba ser puesto a prueba. Llevaba mucho tiempo sin tener el corazón en un puño. Conocía su situación: estaba fuera de la carrera. Y la

echaba terriblemente de menos. Añoraba la victoria, e incluso la derrota. Tenía todo aquello que siempre había soñado, pero no le bastaba.

Así pues, se hizo con una amante. «¿Con qué, si no? —se preguntaba irónicamente—. ¿No es lo que hace todo el mundo?» Un tío piensa en cosas grandes, así que se pilla una novia para demostrarse lo machote que es; agarra toda su maldita ansiedad y la concentra en un solo sitio; la convierte en un *amasijo*. Cojonudo: ahora, cuando me sienta fatal, le podré echar la culpa a *ella*.

La mujer de Billy, al igual que él, era pálida y semítica, y tenía los labios finos, los pechos pequeños y una constitución espigada. Ninguno de los dos contaba con más de una octava parte de sangre negra, lo cual ya les parecía bien. Billy siempre había pensado que si le ponía cuernos a su esposa, sería con una mujer aún más pálida, puede que una blanca. Y sólo se trataría de un lío sin importancia, de probar algo diferente en aras de la novedad. Pero no fue eso lo que ocurrió. En realidad, se enamoró perdidamente de la chica más negra que había visto en su vida.

Al principio de la relación se sentía feliz y seguro de sí mismo, aunque sabía que estaba completamente fuera de control. La muchacha, Luanne, trabajó en el mostrador de comidas de la bolera una noche, durante cosa de tres horas, hasta que la echaron por emborracharse. Era bajita y delgada, con grandes pechos y nalgas y una voz muy profunda que a Billy le recordaba a la Bessie Smith más dramática; la despidieron después de que se le cayera una taza de café encima de un cliente y se echara a reír al respecto, y cuando el encargado salió de su despacho e intentó razonar con ella, la chica le plantó cara y Billy tuvo que contribuir a echarla del local. Otros dos hombres, blancos, la tenían cogida de los brazos y tiraban de ella, mientras Billy se ponía detrás para empujarla; al estar tan cerca de ella, pudo captar el perfume francés de casa de putas en el que se había bañado, y ese aroma no le abandonó en los días siguientes; motivo por el que, finalmente, se fue al despacho, sacó la tarjeta de empleo de la chica y apuntó su número de teléfono. Se lo pasó muy bien planeando el asunto en su imaginación, pero al cabo de una semana, cuando la telefoneó, asomaron las primeras dudas.

Ella lo recordaba vagamente, y él se puso en plan negrata chulo para arrancarle una cita. Después de esa noche furtiva con la chica, que acabó en la moqueta cutre del estudio de ella (no hubo tiempo de desplegar la cama), todo el genuino placer de la relación desapareció, pues Billy cayó en las garras de la obsesión. Luanne había estado fantástica, él nunca había visto algo igual. No podía mantenerse alejado de ella y se sentía terriblemente culpable. Se preguntaba cuánto tiempo podría aguantarlo. Cuando volvía a casa a primera hora de la mañana y se metía en la cama junto a su esposa, temía despertarla por miedo a que quisiera hacer el amor; no le quedaba ni un gramo de energía en el cuerpo y temía que ella se diera cuenta y se largara de casa con los críos. Ese pensamiento le ponía al borde del pánico; que él soñara con dejarla era normal, pero el más leve atisbo de que ella pudiese abandonarle resultaba aterrador. ¿Y si ella también tenía un amante? Tras conocer a Luanne, Billy supo con

total certeza que había sido un cómplice sexual de lo más penoso para su mujer, practicando con ella un sexo infrecuente, apresurado y sin imaginación... En resumidas cuentas, todo lo que *era* de repente con Luanne, no lo había sido con *ella*, con su esposa, la mujer a la que debería haber amado con crecientes hondura y pasión; la mujer a la que había desatendido, evitado, mantenido alimentada, alojada, vestida y poco más... La mujer a la que había encerrado para que se hiciese cargo de su familia. ¿Acaso no tendría también ella derecho a buscarse un amante? ¿Y no era posible (y hasta probable, tal como se sentía) que ese amante le proporcionara la pasión y la intimidad compartida que ella necesitaba y su marido no le daba? ¿Se vería tentada de fugarse con él?

A Billy aún no se le ocurría que ella, si sus pesadillas se hacían realidad, se sentiría probablemente tan culpable como él; no se le ocurría que ella pudiese sentirse culpable porque era él quien se portaba mal, no ella. Si ella se metía en otra relación sería por necesidad; pero en su caso se trataba de... Bueno, de otra cosa. Orgullo, calentura, algo mucho menos honorable que la necesidad. Lo tenía muy claro. Ni siquiera le gustaba Luanne; cada vez que abandonaba su habitación amueblada, se juraba por lo más sagrado que nunca volvería y que en cosa de un par de días, cuando recuperara las fuerzas, regresaría al hogar y le haría el amor a su mujer como nunca antes se lo había hecho. Pero nunca lo hacía, y cuando recuperaba las fuerzas, volvían las visiones de Luanne y, maldiciéndose, la telefoneaba para quedar.

A Luanne le daba igual; eso era parte de la atracción. No era nada femenina, en el sentido de que no necesitaba afecto, vivía perfectamente sin él y lo consideraba algo cursi y desagradable. Cualquiera que le trajese unos dólares, unos cuantos porros y una botella era bienvenido. Le encantaba hacer el amor y parecía disponer de una provisión inagotable de gemidos, gruñidos y obscenidades verbales de tono pasional; pero entre polvo y polvo resultaba bastante aburrida. Cuando estaba borracha o desnuda, según Billy, era la bomba; pero sobria y vestida no era nada. Y otra cosa que le faltaba, a ojos de Billy, era tiempo. Una chica así era de lo más popular, por lo que él tenía que conformarse con ser achuchado entre los demás hombres de su vida; y muchos de ellos eran más grandes, más negros y más duros. Llegó un momento en el que había no menos de tres macarras rondándola, mientras soñaban con la fortuna que podrían ganar a su costa, pero ella nunca cayó en la trampa: la vida era demasiado fácil como para meterse a profesional.

Era indudable: Billy empezaba a despreciarse a sí mismo; motivo por el que solía lanzarse, desesperado, en busca de algo que admirar en su personalidad, cualquier cosa. Por esa época, cuando apenas era capaz de afeitarse por miedo a ver sus propios ojos en el espejo, fue cuando apareció por la ciudad el pez gordo de Phoenix y empezó a llamar a todos los jugadores de billar.

Billy había oído hablar de él mucho antes de conocerle. Sabía que había entrado una tarde en el Two-Eleven del centro de la ciudad, era un tío de Arizona, bajito y chaparro, y se había puesto a alardear de lo bien que jugaba al billar, hasta que logró

que lo retara uno de los que andaba por ahí, perdiendo doce dólares en la partida y largándose argumentando que «tenía que ir a las carreras de caballos». Volvió al día siguiente y se metió en una partida de *snooker* con el viejo Larkin en la enorme mesa inglesa, diciéndole a todo el mundo que nunca había jugado al *snooker* «en un campo de fútbol» y apostando dos dólares por partida: necesitó cinco para desplumar a Larkin. Nadie en Seattle podía ganar a Larkin al *snooker*. Después de eso, el tío de Arizona se jactó de que el *snooker* era un juego de niños y que cualquiera podía ganar, sobre todo contra alguien como el viejo Larkin, que tenía un pie en el otro barrio. Él, el menda de Arizona, prefería un juego que exigiera algo más de habilidad, como el bola ocho. Naturalmente, Billy y los demás jugadores se quedaron muy intrigados. El bola ocho es al *snooker* lo que las damas al ajedrez. Y entonces, antes de que el tío de Arizona llegara a poner los pies en la bolera (todo el mundo daba por hecho que acabaría viniendo por Billy), surgió el rumor de que había salido por la tele en Chicago, haciendo una *exhibición* de *snooker*, y que había derrotado a Willie Mosconi y Joe Bachelor al billar normal, a Hollywood Slim y Alabama Shorty al *one-pocket* y que, al final, el mismísimo Hoppe se negó a jugar con él. Nadie sabía qué pensar. Billy, por su parte, despreciaba todos esos rumores. Nunca había oído hablar de ese tío. «Jamás», sostenía, «y no llevo tanto tiempo fuera del circuito».

Billy estaba detrás de la caja registradora una noche, ya tarde, cuando captó una conversación en las butacas de la sección de billar. Levantó la vista y vio al viejo Larkin, con su rostro provento retorcido en una mueca de desagrado, que señalaba hacia la entrada. Billy se dio la vuelta y vio a un tipo muy bajito y rollizo, vestido con una camisa azul de manga corta y unos pantalones blancos, que iba seguido por dos tíos enormes y con cara de mala leche, vestidos con sendos cortavientos y con pinta de matones de Los Ángeles. Billy volvió a sus ocupaciones, pero mantuvo las orejas bien abiertas. Al cabo de unos instantes, escuchó lo siguiente, en un tono profundo y vibrante rayano en el berrido:

—¿Es ésta la famosa bolera abierta toda la noche? No veo a ningún jugador. Dije que jugaría toda la noche al bola ocho por el dinero que fuese y os limitáis a quedaros ahí sentados, mirándome. Pero ¿esto qué es? Me dijeron que Seattle era una ciudad de pasta, pero me temo que no es más que otro villorrio de cuatro cuartos. ¿Quién quiere jugar mil puntos de billar por diez centavos? ¿Y lo de compartir los gastos? Así que éste es el juego típico de la ciudad: el billar. ¡Un par de vejestorios dando vueltas a una mesa que no tiene ni troneras! ¿Quién quiere apostar por dos ballenas que se pelean por una sardina? Yo soy un profesional. ¿Dónde están los demás? ¿Bola ocho? ¡Jugaré con cualquiera!

Billy sabía que ese largo discurso iba dirigido a él, aunque no había levantado la vista ni una sola vez, y también sabía que el gordo no le miraba. Salió de detrás del mostrador, arrastrando los pies y poniendo una aguda voz de negrata:

—¿Bola ocho? ¿Y para qué quieres jugar a ese juego de chiquillos? ¡Prefiero mi jodido y negro *one-pocket*, tío!

Billy confiaba en que al gordo le desagradaran los negros: eso iría a su favor.

—No he recorrido el largo camino hasta Seattle para acabar jugando con el limpiabotas —declaró el gordo.

Y Billy observó que el truco del tío Tom no le iba a funcionar. Dijo:

—En ese caso, supongo que te has hecho todo el camino hasta Seattle sólo para *hablar*. Y ahora que ya has dicho todo lo que tenías que decir, de vuelta a casita, ¿no?

Billy sonrió a uno de los matones de Los Ángeles, quien le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—¿No te he visto en alguna película? —le preguntó Billy.

—Por supuesto —repuso el matón con orgullo—. He hecho de asesino en un par de pelis. Suelo hacer de extra.

—Una puta trola —dijo el otro matón. Era más joven, no tendría más de veintidós años y le dijo al viejo Larkin—: Oye, tú, ¿quieres darle un poco al *snooker*? ¿Tres dólares?

Larkin farfulló algo para su capote y luego dijo:

—No, prefiero ver el gran espectáculo.

—No me tendrás miedo, ¿verdad? —insistió el muchacho—. Ni siquiera sé jugar. Pero contigo sí que jugaría.

El gordo parecía desconcertado:

—¿Hablar? Es el dinero el que habla. Yo jugaría al bola ocho hasta con el rey de Suecia, si hubiese pasta de por medio.

—¿Bola ocho? —se mofó Billy.

La gente se lo estaba pasando de miedo. Ya nadie jugaba al billar: todo el mundo estaba congregado, prestando atención e intercambiando sonrisitas. Entre los más jóvenes, se daba por hecho que nadie podía ganarle a Billy Lancing, y todos tenían ganas de ver cómo ponía en su sitio a ese gordo fanfarrón recién llegado.

—Más te vale no jugar —dijo el gordo, despreciando a Billy.

Y les dijo a los presentes:

—No quiere jugar —se le veía extrañamente sorprendido—. Creo que me tomaré un bocadillo.

—Sí, se te ve un poco desnutrido —le dijo Billy.

—Vale, Sambo, si no hay más remedio... Agarra el palo.

Se encaminó hacia la pared en la que estaban colgados los tacos. Billy se encogió de hombros, volvió al mostrador para hacerse con su Willie Hoppe Special y se dirigió a la mesa número uno, poniéndole tiza a la punta del palo, pasando la mano por la reluciente madera y comprobando la firmeza del tapete con la uña del pulgar, todo ello mientras el gordo se eternizaba ante los tacos, probándolos, sopesándolos y mirándolos, para acabar escogiendo uno de 22 onzas, levemente combado.

—Éste me servirá —anunció—. Más torcido que la vida sexual de una vieja. Ja, ja.

A Billy le dio por mirar en dirección al viejo Larkin y, por primera vez, empezó a

sentir cierta aprensión: el rostro del viejo Larkin estaba retorcido en una mueca insufrible. Debía de odiar a Billy y ansiaba verle derrotado. Billy sintió un atisbo de duda y tuvo que reprimirse para no tocar el rollo de billetes a través del bolsillo. Le dedicó una sonrisa tensa al gordinflón:

—¿Por cuánto vamos a jugar, gordito?

—Yo siempre juego de manera amistosa —repuso el gordo—. Pero intuyo que tú tienes todo un rebaño de negritos a los que alimentar y tal, así que apostémonos un par de dólares. ¿Te parece una partida amistosa? Tómalo con calma, chaval.

—¿Ganar, colocar o mostrar? —dijo Billy con acidez. Pero se tragó rápidamente la rabia. Eso era lo peor que podía hacer. Sonrió y dijo—: Dos dólares me parece bien.

Hubo murmullos de desaprobación entre la turba. Billy arrojó una moneda al aire, perdió y colocó las bolas para una partida de bola ocho. Se apartó de la mesa para ver tirar al gordo. Ahora todo el mundo estaba muy callado; Billy sólo podía oír a dos jugadores de bolos de lo más ruidosos al otro lado, así como la música, insípida y a muy bajo volumen, que salía de los altavoces. Sentía la frialdad del aire acondicionado en las mejillas, y reprimió la urgencia de pasarse la mano por la boca. Se moría por un cigarrillo, pero se negó a encender uno.

El tío de Arizona parecía un niño rollizo mientras se inclinaba muy serio sobre la mesa, con sus gruesos dedos blancos por la tensión. Abrió la partida con un buen zurriagazo, enviando la bola al otro extremo y calzando la doce y la cuatro. Rodeó rápidamente el tapete, eligiendo las bolas a rayas, y se puso a hundirlas una tras otra, dejando la quince cerca de la tronera lateral, para disponer de una buena posición cara a la ocho, la rozó en la esquina y la clavó. Los labios, que se le habían fruncido por la concentración, recuperaron su tradicional flaccidez mientras se ponía tieso y gruñía:

—¿Qué? Estoy de suerte, ¿eh? ¡A recoger!

Billy depositó dos billetes en la mesa y se puso a sacar las bolas de las troneras, poniéndolas a rodar hacia el extremo.

—Aquí recogemos nuestras propias bolas —dijo.

—Menudo tugurio —concluyó el gordo.

Le puso un poco de tiza al taco y esperó a que Billy acabase de recoger las bolas. Había sido la típica victoria del que estrena partida, claro está. El gordo empezó de nuevo y volvió a salir victorioso. Ganó seis partidas seguidas sin que Billy pudiera tirar ni una vez.

—Eso es todo —dijo Billy.

Se sentía muy alejado de aquello, casi como si estuviese muerto. Se dispuso a desenroscar el palo, como si no pensara seguir jugando.

—Tienes razón —le dijo el gordo—. Dos dólares la partida. Pero ¿qué nos está pasando? Si se va a quedar toda la pasta la casa... Juguémonos algo.

—Basta de bola ocho —dijo Billy.

El gordo puso cara de sorpresa.

—Pues dime a qué quieres jugar —le espetó.

—*One-pocket* —dijo Billy.

Y con algo parecido al temor, añadió:

—Por la suma de dinero que tú digas.

Le echó un vistazo a la turba. «Estáis ansiosos de ver cómo la diño, hijos de puta.» Era como si fuese la primera vez que los veía. Sus rostros se le antojaban desagradables, estúpidos y codiciosos. Debería tomar el portante y largarse. No quería jugar con el gordo. No tenía ningunas ganas de jugar con nadie. Estaba cansado. Bueno, no, eso no era cierto. *Sí* que quería jugar, pero era sólo porque, por primera vez en su vida, se encontraba con un *desafío*. Sobre eso no cabía la menor duda: el tipo era *bueno*. Pero Billy sabía perfectamente que podía ganarle. Cuando experimentaba esa sensación, nunca perdía. Y ahora contaba con ella. Se echó a reír en voz alta:

—Venga, albondiguilla, juguemos al *one-pocket*.

—¿*One-pocket*? —el gordo parecía ofendido—. ¿*One-pocket*?

—A veinte pavos la partida —dijo Billy, y alguien del público hizo unos gestos de nerviosismo.

—Yo no juego al *one-pocket* —dijo el gordo—. Es el juego más aburrido que se haya inventado jamás. ¿Cómo consigues mantenerte despierto?

—Vale, ¿qué me propones? Ya hemos jugado a tu juego de *carretera*. ¿A qué juegas cuando estás en casa?

—Bola ocho. Es lo único a lo que juego. Puedo jugar contigo al bola ocho por diez o veinte pavos la partida. Yo me tomo las cosas con deportividad. Ya sé que no tengo nada que hacer contigo.

Billy estaba pasmado:

—¿Nada que hacer? Joder, tío, ¡pero si no he llegado ni a tirar!

—Eso es verdad: yo no te he visto hacerlo. ¿Cómo sé lo bueno que eres?

—Tú no quieres jugar —le atacó Billy—. Me has soplado doce dólares y ya puedes volver a casa diciendo que le has trincado doce pavos a Billy Lancing.

—¿Y por qué debería ir diciendo eso? —se defendió el gordo—. Pero ¿quién ha oído hablar de ti?

—Te voy a decir una cosa, saco de grasa: jugaré a lo que me digas en cualquier mesa de este local, menos al bola ocho. Jugaré al bola nueve, al bola seis, al billar francés, al *one-pocket*, al *cribbage*, al billar de toda la vida; jugaré al billar rotatorio o al *snooker*, al billar en línea o al de tres carriles; jugaré con una sola mano o al diez o nada; lo que tú me digas... Pero no quiero que perdamos el tiempo ni tú ni yo, así que la apuesta mínima por combate es de veinte dólares, y la máxima, la que te veas capaz de asumir. Conclusión: ¿quieres jugar al billar o prefieres irte a cenar?

El gordo se mantuvo en silencio durante cerca de un minuto. Parecía encontrarse en estado de choque. Y de repente, se puso a gritar:

—¿Veinte dólares? ¿*Veinte dólares*? ¡Me siento como si una sabandija me

estuviera desangrando hasta la muerte! Vengo aquí en plan amistoso, a jugar un poco al billar entre desconocidos, pero tú no quieres saber nada de unas partidillas amistosas, ¡tú lo que quieres es *hacer el tahúr!* Vale, si de eso se trata, hagámoslo todos, *en serio*, ¡nada de hacer el gilipollas por veinte dólares! ¡Juguemos por dinero!

—Ahí lo tenéis, amigos —se dirigió Billy a los allí reunidos—. El campeón mundial de la puta jeta: no tiene ni un céntimo, pero le encanta *hablar* de dinero. Porque si tuviera algunos billetes verdes, se los jugaría conmigo. El tío *sabe* que puede ganarme. ¿De qué tiene *miedo*?

Con una alegre sonrisa, se volvió hacia el gordo:

—¿Qué tal cincuenta por partida, Don Deportivo?

El gordo abrió desmesuradamente los ojos:

—¿Cincuenta? ¿Pero cuándo has visto tú cincuenta dólares juntos? No paras de hablar, pero no veo el dinero por ninguna parte. ¿No estarás confundiendo cincuenta dólares con cincuenta centavos en tu vieja cabeza lanuda?

—¿Y qué tal cien? —le preguntó alegremente Billy.

Todavía no se llevaba la mano al bolsillo: se limitaba a apoyarse en la mesa y hacer como que inspeccionaba la punta del taco.

—Si sólo se trata de largar, elevo la apuesta a un millón —se mofó el gordo—. Qué coño, dos millones. Será por dinero...

—Te voy a decir algo —le espetó Billy—. Siempre llevo encima un *rollito de billetes*, ¿sabes?, por si las moscas. Si te llega para igualarlos, podemos jugárnoslo.

—¿Igualarlo? Pero, hijo mío, si no pudiera igualar lo que lleves en el bolsillito, más me valdría morir de humillación. Saca tus treinta y cuatro dólares con cincuenta centavos y deja que les dé un poco el aire. No sólo lo igualaré, sino que jugaré a lo que tú me digas. No soporto perder el tiempo.

Billy se sacó del bolsillo de la camisa diez billetes de cien dólares, los desplegó y los extendió en abanico sobre la mesa. Luego dedicó a su oponente una sonrisa de lobo.

—Vas a quedar como un puto idiota si no estás a la altura —le dijo.

El gordo se quedó mirando fijamente los mil dólares.

—Iguálalo o muérete de vergüenza —le soltó Billy.

Tras una pausa reflexiva, el gordo hizo un aparte con sus dos amigos y se pusieron a hablar con discreción, sacando sus rollos de billetes y juntándolos. El gordo volvió junto a Billy y dejó sobre la mesa un fajo gigante de billetes.

—Aquí hay cuatrocientos veinte —dijo con cara de bochorno—. Es todo lo que llevamos encima esta noche. Los putos caballos, ya sabes.

El viejo Larkin se levantó y se acercó a ellos, sin mirar a Billy.

—Te apoyaré con doscientos dólares —le dijo al gordo.

Sacó su rollo y extrajo de él diez billetes de veinte, dejando el fajo francamente famélico. A Billy le daba lo mismo, pero sonrió a los presentes y dijo:

—Me encantan los *patriotas*, ¿y a vosotros?

—Seiscientos veinte, pues —afirmó el gordo, aunque en realidad se trataba de una pregunta.

—Mira que eres avaricioso, ¿eh? —dijo Billy—. Ves mi dinero y estás tan seguro de que me vas a ganar, que *tienes* que jugar. Pues vale, vamos a jugar. —Sacó un billete del bolsillo, del fajo habitual, lo añadió a seis del otro fajo y se guardó los cuatrocientos restantes en el bolsillo del pantalón—. Vamos a jugar, nene. Una partida de *one-pocket* por seiscientos veinte dólares.

—¿Quieres jugártelo todo? —preguntó el gordo.

—Pues claro —repuso Billy—. ¿Para qué perder el tiempo? ¿Echamos una moneda al aire para ver quién empieza?

Le sonrió al viejo Larkin, cuyo rostro había adquirido un tono grisáceo.

En realidad, la partida acabó antes de empezar. Billy lo sabía, sabía que le había hundido la moral al gordo y que ya sólo le faltaba ganar físicamente la partida. El gordo ganó el derecho a tirar el primero y lo hizo con prudencia, como suele hacerse en el *one-pocket*, y luego Billy midió a la perfección la situación de las bolas, con todo el cuerpo quemándole en una especie de plácido éxtasis, disparó de una manera que le habría funcionado aunque fallara y se marcó un recorrido que concluyó en la tronera sin rozar los límites del tapete. Luego metió dos bolas más y dejó una tercera congelada en el extremo más alejado del fieltro verde. El gordo hizo una tirada inútil y Billy metió otra bola, esta vez a tres carriles y con la bola siguiente a salvo, y tras unas pocas tiradas más, se llevó la partida de calle. Fin del combate. Billy se hizo con todo el dinero, lo contó y se volvió a guardar los mil dólares en el bolsillo de la camisa y el resto en el de los pantalones. Luego volvió al mostrador para seguir con sus asuntos. Ni siquiera vio cómo se iban el gordo y sus amigos.

Pero la cosa aún no había terminado y Billy lo sabía. Volvió a casa a las cuatro de la mañana y se quedó tumbado en la cama, incapaz de dormirse hasta después del alba; estuvo escuchando la lluvia, preguntándose qué parte de sí mismo había abierto al derrotar al gordo de Arizona con tanta contundencia, de una manera tan inapelable como (y eso le parecía lo peor) dramática. Recordaba lo extraordinariamente agradable que había sido, y de qué forma tan exagerada había echado de menos esa clase de victoria; y se preguntaba por qué se sentía ahora tan triste y tan vacío. Su mujer sabía que le pasaba algo y no le molestaba con sus preguntas. Después de alimentar a los niños y de tomar su propio desayuno, se llevó a los chiquillos a casa de la vecina para dejarlo a solas en casa. Billy podía oírla discutir con el crío para que se pusiera las botas de goma. Se estuvo preguntando adónde irían hasta que escuchó a la niña decir algo al respecto, y entonces se dio cuenta de que su mujer estaba siendo muy considerada con él. Eso le irritó. Finalmente, se durmió y soñó con inacabables y frenéticas partidas de billar.

Cuando despertó, ya avanzada la tarde, la tensión no había desaparecido en lo más mínimo. Comió algo y pilló un autobús de regreso a la bolera. Nunca había logrado comprarse un coche: ninguno le parecía adecuado. Nunca se haría con un

coche barato, y el cadillac habitual le avergonzaba, pero decantarse por un coche distinto y caro habría sido, a fin de cuentas, seguirles el juego a los demás, por no hablar del dinero para pagar la entrada, que tendría que salir de su rollo de billetes. Intentó mantenerse ocupado en el trabajo, pero todo le parecía fútil y aburrido, así que se fue a ver a Luanne.

Por una vez, estaba sola en casa, pero con el ánimo bajo, así que durante cosa de una hora, Billy y ella se dedicaron a beberse tranquilamente el *whisky* que él había traído. Realmente el sitio era sórdido. En vez de cocina, había una mesa contra la pared con un hornillo encima, y aunque Luanne comía casi siempre fuera, la basura rebosaba de unas bolsas húmedas que había debajo de la mesa, esparciéndose por el linóleo. La muchacha disponía de un pequeño porche trasero que también estaba cubierto de bolsas de basura, así como de revistas viejas, botellas y periódicos. El papel pintado de la habitación era de un color castaño rojizo, con un estampado de enormes uvas purpúreas y viñas verdes, y el techo se veía sucio. El cuarto de baño era indescriptible y apestaba a orina y polvos de maquillaje. La dejadez del lugar en que vivía Luanne, reflexionaba Billy con ironía, le había parecido en tiempos romántica y sensual, pero ahora sólo le resultaba asquerosa. Tenía ganas de decirle:

—¿Por qué no limpias este puto sitio?

Pero sabía que ella le contestaría:

—Si tanto te molesta, chato, límpialo *tú mismo*.

Y tendría más razón que un santo.

Tenía ganas de contarle lo asustado que estaba, pero ella le preguntaría qué era lo que le asustaba y él no sabría muy bien qué decir. Puede que Luanne no entendiera el concepto de un miedo generalizado e incluso abstracto. *Angst*, se dijo Billy, rescatando la palabra de su memoria, eso es lo que tengo: siete kilos y medio de *Angst*. Más me valdría racionármelo; por lo menos, sabría tomarme las cosas con más calma. Sabía que a Luanne nunca la atormentaban tales sentimientos. O si así era, no se daba cuenta, pues se emborrachaba o se drogaba o se buscaba un hombre para deshacerse del mal rollo. Se sentía bien, mal o indiferente: así de fáciles eran las cosas para ella. Podía pillar una cogorza de cinco días, acostarse con ocho o diez hombres distintos, meterse en una reyerta a navajazos, acabar en la cárcel, salir y estar preparada para volver a empezar; podía hablar, discutir, escuchar música o bailar con tal concentración que parecía poner los cinco sentidos en ello, y al cabo de unos minutos mostrarse aburrida y mohína. De hecho, observaba Billy, Luanne parecía simplemente absorber la atmósfera del sitio en el que se encontraba, así como los sentimientos de las personas con las que estaba, y si ahora se mostraba decaída, era porque Billy estaba *deprimido*; él ya lo había detectado en el pasado, cuando aparecía dispuesto a pasar un buen rato, *necesitado* de un buen rato, y se la encontraba siempre de su mismo humor. Esa mujer era una esponja. Y había todo un mundo de esponjas, ese mundo negro que tan amargamente había combatido para salirse de él, una ratonera de la sociedad norteamericana reservada en exclusiva para

los negros que se negaban a ser como Billy y no querían ascender a la clase media, gente que exigía sus placeres y sus terrores *ahora mismo*, y que no quería, ni podía, esperar esas apacibles satisfacciones que Don Blanco les prometía, pero nunca les acababa de entregar. Billy se mofaba de sí mismo. Les envidiaba su placer instantáneo, pero sabía que él era demasiado blanco y que había llegado demasiado lejos como para seguir ese camino; sabía que se asustaría. Pero también conocía demasiado el otro mundo como para hacerse la ilusión de poder formar parte de él. Así pues, no pertenecía a ningún club y se encontraba solo. «No soy más que un turista», se decía, «y nunca seré un residente. Bla, bla, bla».

Trataba de encontrar una manera de despedirse de Luanne que no resultara ni ambigua ni cursi, cuando alguien apretó el timbre. Billy sintió que le atacaba el miedo, y le rechinaron los dientes de rabia hacia sí mismo.

Luanne abrió la puerta y apareció un negro grandote al que llamaban Tío Vance; Billy lo conocía, así que se puso de pie y le estrechó la mano. No le tenía miedo al Tío Vance. De hecho, el Tío era bastante divertido: piel de un negro azulado; tres dientes que parecían colmillos amarillentos, dos en la mandíbula inferior y uno en la superior; un traje que en tiempos habría estado de moda y hasta resultaría algo fardón, pero que ahora estaba arrugado y lleno de lamparones, con los puños demasiado pringosos, los pantalones un tanto relucientes y la chaqueta excesivamente larga. Hasta llevaba una corbata con un nudo windsor que, como podía comprobar Billy, era de quita y pon y nunca se deshacía: el nudo en cuestión estaba lleno de roña.

Pero el Tío Vance era un buen hombre y, de inmediato, Billy se enfadó consigo mismo por denigrarlo mentalmente. El Tío Vance dirigía una compañía de camiones, lo cual quería decir que él y la empresa que le financiaba compartían un camión. Lo conducía el hijo de Vance, que tenía dieciocho años, y él iba rondando por ahí, buscando cosas que transportar, mientras la financiera se quedaba con los beneficios. Pero había que reconocer, eso sí, que el mero hecho de que Vance tuviese un camión —en cuyas puertas ponía: CAMIONES VANCE - TRANSPORTES RÁPIDOS - A CUALQUIER PARTE, A CUALQUIER HORA— lo convertía en un miembro desahogado de la clase media, una voz en la iglesia, un puesto en la sección negra de la Legión Americana y todas esas cosas. Se trataba de un hombre respetable. No era alguien que solucionara los problemas a navajazos, y de hecho, pertenecía a la APPC (Asociación para el Progreso de las Personas de Color), cuyos miembros solían pasar la noche de los sábados ocultos en sus sótanos.

Tío Vance aceptó un vasito del *whisky* de Billy y los tres se sentaron a escuchar la radio. Fuera estaba oscuro y nublado, y a través de la ventana abierta, Billy podía oler la lluvia inminente. Llovía mucho en Seattle, tanto en invierno como en verano. Era una de las cosas de las que solía hablar la gente en Seattle. De eso y de la Boeing. Y de lo verde que era todo. Sí, claro, si quieres verde, hay que aguantar la lluvia. ¡Pero qué bonito era todo cuando no llovía! Piensa en esos tontos de Harlem. Pero ellos no

hablaban de eso. Se limitaban a quedarse sentados, escuchando la radio y esperando que empezara a llover.

Finalmente, el Tío Vance rompió el hielo:

—He oído que le has ganado un montón de pasta a un desteñido en tu bolera. Seiscientos dólares, ¿no?

Luanne miró a Billy, y éste sonrió y dijo:

—Pues sí. Así ha sido exactamente.

—Un dinero muy útil —apuntó Luanne—. Nos estamos quedando sin *whisky*.

Tío Vance miró a Billy con cierta incomodidad, y luego, con aspecto avergonzado, echó mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre, que abrió con sus dedos rollizos y del que extrajo tres cigarrillos de marihuana tan pequeños como prietos. «He traído esto», dijo. «¿Os apetecen unas caladitas?» Billy asintió, agradecido, y la chica dijo: «Mira que llegas a ser mono», momento en el que el Tío Vance dejó de sentirse avergonzado por la presencia de Billy, lamió uno de los canutos, lo encendió, se llenó los pulmones de humo y aire y se lo pasó a la chica, mientras los ojos se le salían de la cabeza; ella le dio una calada y se lo pasó a Billy, quien aspiró a fondo, confiando en que la marihuana fuese de la buena y le colocara de la manera adecuada. Se pasaron el porro varias veces antes de que Billy se diera cuenta de que no le iba a sentar bien; seguramente, era de cultivo local y, por consiguiente, con astillas. Se sentía algo colocado, pero el *whisky* tamizaba esa sensación y seguía sin deshacerse de la tensión. Se levantó de manera abrupta.

—Tengo que ir a trabajar —dijo.

Vance trató de mostrarse educadamente contrariado, pero no le salió muy bien, y era evidente que Luanne estaba encantada de verle desaparecer. Total, lo más probable era que Vance y ella ya hubiesen quedado antes; Billy se había presentado sin telefonar previamente. Tenía ganas de decirle adiós a la chica, pero no podía hacerlo con Vance ahí sentado, tan recto y respetable.

Vance le acompañó por el pasillo.

—Igual podemos hablar algún día de un negociete —dijo.

—Igual sí —repuso Billy.

Sentía un fuerte anhelo por no sabía muy bien qué. Miró al Tío Vance en el oscuro corredor. Él podía venir aquí, regresar de tapadillo a la ratonera, con unos pitillitos prohibidos en el bolsillo, para catar ciertos placeres que, evidentemente, no conseguía en su propio y respetable círculo de amistades, y hasta podía sentirse orgulloso de sí mismo; Billy y él podían coincidir en este terreno neutral y hasta compartir la chica, el *whisky* y la marihuana, así como hablar de posibles negocios. Todo se le antojaba de lo más idiota.

—Deberías invertir parte de ese dinero —decía el Tío Vance—. Mientras lo conserves. Tienes que pensar en el futuro, muchacho. Ya lo sabes —soltó una leve risita—. Un día de éstos, las cosas se abrirán, Billy, y los que tengamos el dinero invertido vamos a estar en la cima.

—¿Ah, sí? —no pudo evitar decir Billy—. ¿Y cuándo se supone que va a pasar eso?

—Tómalo con calma, Billy. Puede que falte un poco, puede que nosotros no lo veamos; pero tenemos hijos, los dos, y debemos pensar en ellos. Puede que en su época, ¿sabes?

Billy salió del edificio y pilló un autobús en dirección a la bolera. Estaba cabreado. Por supuesto, Vance estaba en lo cierto y su manera de hacer era la adecuada; y evidentemente, también Luanne y sus amigos *betunes* tenían razón y lo que decía Vance nunca sucedería y era demasiado trabajo y ellos estaban demasiado airados y demasiado rebosantes de pasión como para ponerse a esperar nada; y claro está, los liberales también tenían razón y la nueva era estaba llegando; y hasta los *folla-negros* tenían razón, pues los negratos eran gratos de mirar; y los *odia-negros* también daban en el clavo, dado que los negratos eran descuidados, perezosos y sensuales, así que, naturalmente, todo el mundo tenía razón menos él, que estaba más solo que la una y eso era un asco. Pero yo no *quiero* ser un negro; no *quiero* ser un blanco; no *quiero* ser un hombre casado; no *quiero* ser un hombre de negocios; no *quiero* estar solo. La vida se parecía a la bola número ocho. Sentado en el autobús, sentía que esa vida le aterrorizaba, como si el tiempo hubiese abierto sus negras fauces para tragárselo.

El gordo reapareció en la bolera poco después de medianoche, acompañado por sus dos amigos. Echó a andar directamente hacia Billy, que estaba sentado en la silla del cliente de su puesto de limpiabotas, observando una partida de billar en la mesa número uno.

—Vente para aquí, amigo mío —le dijo el gordo—, que tenemos que hablar.

Billy le miró desde las alturas, sonriendo.

—Aquí estoy muy bien.

—¿A qué te gustaría jugar esta noche?

—¿Qué pasa? ¿Has atracado un banco?

El gordo esbozó una tímida sonrisa.

—Tengo dinero. ¿A qué quieres jugar?

—¿Y qué te hace pensar que tenga las más mínimas ganas de jugar? Estoy cansado, colega, llevo todo el día currando.

—Venga, hombre, que acabarás jugando. A ver, ¿qué se te da mejor?

—El *one-pocket*.

—Ni hablar. Eres el mejor jugador de *one-pocket* del mundo —el gordo se lo pensó unos instantes y luego dijo, como si se le acabara de ocurrir—: ¿Qué me dices de un poco de bola ocho?

—Ni harto de vino: tú eres el mejor jugador de bola ocho del mundo.

«Tú ve dándole largas», se decía Billy.

—Pues he traído dinero y quiero jugar.

La parroquia empezaba a concentrarse de nuevo. Todo iba a ser igual que la

víspera, a excepción de un detalle: Billy ya no contaba con la ventaja emocional. No sabía exactamente en qué consistía dicha ventaja, ni cómo se hacía uno con ella, pero era evidente que la había perdido. Aunque, en realidad, no creía que el gordo consiguiera ganarle. Discutieron, montaron el numerito para la audiencia, bromearon, se insultaron mutuamente y acabaron al final de la zona de billares jugando al *snooker*. Billy perdió las tres primeras partidas, en cada ocasión con la crucial bola siete, se desprendió de 150 dólares y lo dejó. Pagaron por el tiempo utilizado, y luego el gordo dijo:

—Yo no tengo sueño. Vamos a jugar un poco de bola nueve, coño, para pasar el rato. A cinco dólares la partida.

—Vale —dijo Billy.

Se hicieron con la mesa número uno. El gordo ganó la primera tirada y se preparó para iniciar la partida. Contempló a sus dos amigos, que estaban apoyados contra la mesa número tres, y se echó a reír. Ambos le sonrieron. El gordo se volvió hacia Billy y volvió reírse.

—Te tengo pillado, chaval —le dijo—. Y no te pienso soltar.

—Ya veremos —repuso Billy—. Si eres demasiado bueno para mí, pringaré. Pero dudo que lo seas.

—Vas a hacer algo más que pringar —anunció el gordo con gran seguridad—. Te conozco. Estás muerto.

Se miraron fijamente el uno al otro, y Billy supo que el gordo estaba en lo cierto: no abandonaría; ninguno de ellos lo haría hasta conseguir desplumar al otro. De eso iba la cosa; ahí estaba el centro de todo, la genuina muestra que llevaba buscando toda su vida: hacer algo que nunca acabase, arriesgarlo todo por sí mismo.

Estuvieron jugando hasta las cuatro de la tarde siguiente; la mayoría de la gente se había ido a casa a dormir y había vuelto luego a la bolera. A lo largo de varias horas, jugaron a cinco pavos la partida, y luego subieron a diez. Billy ya no recordaba de quién había sido la idea de incrementar las apuestas. Pero daba igual. Acabó en la ruina: el rollo de billetes, el sueldo, las ganancias... Todo voló. Había exhibido su mejor juego, había estado brillante; pero lo que pasaba era que, a la larga, el gordo era ligeramente mejor que él, y por eso acabó llevándose todo el dinero. La verdad es que fue todo muy aburrido. Cuando se acabó, Billy firmó su parte de la cuenta, se fue al despacho de la bolera y habló con el encargado para que le pasara un adelanto de su sueldo. Luego salió de allí, con el taco aún en la mano. El gordo y sus amigos estaban sentados al mostrador de comidas, zampándose unas hamburguesas con queso. Billy desenroscó su palo y, en vez de colocarlo en la ranura de madera tras la caja registradora, se agachó, recogió el estuche de cuero y deslizó en su interior las dos mitades del taco. Uno de los chavales blancos quería hablar con él, pero Billy lo hizo a un lado y echó a andar hacia la salida.

—¿Adónde vas, Billy? —le preguntó el muchacho.

Y Billy sonrió:

—A recuperar mi dinero, chaval. ¿Tú crees que a mí *me gusta* perder?

Pero sabía que estaba mintiendo y que se iba por pura vergüenza. Llovía a cántaros en el exterior. Plenamente consciente de la deliberada ironía de lo que iba a hacer, pilló un taxi hacia la estación de autobuses Greyhound. No llamó por teléfono a su mujer. La vergüenza también la incluía a ella. «Soy un crío —se dijo—. ¿Cuándo voy a crecer?»

DIECISÉIS

—Día o noche, todo es igual en esa mierda de sitios abiertos las veinticuatro horas —dijo Billy una morosa tarde, unos días antes de que lo mataran—. Eso es lo peor, tío. Aire acondicionado, abierto toda la noche, musiquita suave de fondo y al cabo de un rato, ya no sabes ni en qué día estás ni si es invierno o verano. El tiempo se muere en un sitio así, te sientes apartado de todo, como si soñaras, ¿lo pillas?, y ni siquiera sabes si tienes hambre o no. Es como salir del cine, ¿sabes?, cuando hace mucho sol y tú cierras los ojos a medias y la gente anda por ahí, a sus cosas, y te preguntas a qué mundo infernal has ido a parar.

»Pero ¿cómo te mantienes alejado de eso? Es como tan *seguro*... En fin, que el billar es muy adictivo. Y tampoco es tan sencillo. Tú nunca jugaste muy bien, ¿verdad? Pero algo debiste pillar del asunto. Todo está *conectado*. Ya sabes, te toca tirar. Entonces es cuando empieza todo. Te acercas a la mesa, calculas la jugada, le echas un vistazo a la situación general y ya sientes que las bolas, por el mero hecho de estar sobre el tapete, están *conectadas*, de la misma manera que tú estás conectado a *ellas*, y el taco es parte de tu brazo, y le pones tiza y experimentas esa conexión, y te sientes bien, tío, pero bien de verdad, porque estás fabricando todo ese buen rollo, sabes que puedes hacer cualquier tirada de este mundo porque la tirada está allí, no es algo que veas tú, sino que está *allí*, algo que te sienta bien, como el tío que entra en un bar y al principio se siente desplazado, pero entonces ve las filas y más filas de botellas y las siente y ellas le sienten a él, y el tío se sienta en la barra, y todo está conectado con el mundo entero, y pide una copa, y se arroja ese trago de licor garganta abajo y es como si se le fuera directamente a la cabeza. A mí me pasa lo mismo ante una mesa de billar. Puedo sentirlo. Porque está allí. Veo la tirada, me inclino y algo sucede entre la bola de lanzamiento y la bola del objetivo y la tronera y yo, y siento que todo crece, y disparo y *ya está*. Llevabas toda la vida esperándolo. La conexión se ha *establecido*. La cosa se ha completado. Y ahora está en tu interior.

»Pero si fallas el lanzamiento o la bola rebota en la tronera o te equivocas o lo que sea, se rompe la conexión y una parte de ti *muere*. También he pasado por eso. Y sé que es cierto. Si algo se jode y desaparece, no lo recuperas ni con un centenar de bolas. Cuando pierdes, pierdes para siempre, y cuando ganas, sólo dura un segundo o dos. Así es la *vida*. No estoy mintiendo. No te estoy vacilando. ¿Para qué habría de hacerlo?

»Todo en este puto mundo está conectado, creo; y la conexión te pone en marcha, mientras que las conexiones rotas te acaban quemando. Supongamos que ves a una mujer, ¿vale? Si te gusta, emites una línea caliente de conexión, y si ella te corresponde, ¡*zas!*, conectáis; no tienes que decir ni una palabra, la cosa está ahí y ambos lo sabéis. Pero ya sabes lo que acostumbramos a hacer: pensamos en otras cosas o vacilamos o nos hacemos los listos o nos preocupamos por nosotros mismos, y a la mierda la conexión. ¿Nos damos cuenta entonces de que se ha desvanecido? Ni

hablar, tío, seguimos intentándolo y todo va de mal en peor. Es como cuando te entran unas ganas tremendas de cargarte una ventana a puñetazos, por ejemplo, y si llegases a hacerlo justo entonces, ¡zas!, durante medio segundo te sentirías como el rey del universo; pero en vez de eso, piensas que te harás cortes en la mano y toda esa mierda, así que dudas y luego te cabreas contigo mismo y te acabas cargando la ventana, sí, pero te lo has pensado tanto que al final ya no le encuentras la más mínima gracia.

A Billy se le veía viejo y cansado, y Jack no entendía por qué se había puesto a hablar de esa manera. Luego, mucho más tarde, se enteraría de que Billy ya había tomado una decisión y estaba aprovechando su última oportunidad de explicarle quién era.

—Vale, tío —decía Billy—. Ya sé que todo esto suena muy *tonto*, toda esta *filosofía del salón de billar*; pero, ¡joder!, yo miré a mi alrededor y me pregunté, total, ¿en qué consiste mi vida? Y la respuesta fue rápida y sencilla: mi vida es lo único que *tengo*, y si no encuentro nada importante en ella, pues estoy muerto. Pero ¿sabes cómo te sientes a veces, cuando estás cocido y *todo* te parece importante? Pues de eso se trata. Si lo que siento con respecto al billar no es importante, ¿qué coño soy yo? Así pues, me senté y me puse a buscar palabras para lo que sentía, y la única que se me ocurrió fue *conectar*.

Contempló el rostro duro y castigado de Jack.

—Tú y yo, sin ir más lejos —dijo—. Estamos conectados. Eso está bien. Y cuando la conexión se rompe, pues se acabó, es una pena, pero se ha terminado y haría falta ser idiota para intentar que algo funcione cuando se ha acabado. ¿Me sigues? Lo *tenemos*, no tienes ni que admitirlo, y cuando pensamos en el otro, nos sentimos bien y en *eso* consiste todo. Pero cuando se va a la mierda, se va a la mierda y no hay más que hablar. Nada sucede dos veces.

Ahora Jack lo entendía a la perfección, y se mantenía callado en su camastro, con los brazos a los lados. No parecía estar mirando nada en concreto, aunque tuviese los ojos abiertos. Se sentía incapaz de moverse o de hablar, pero quería que Billy hablase, quería que Billy lo soltara todo, y así sería.

En voz muy baja, Billy continuó:

—No se trata del sexo. Eso no es la conexión. La conexión somos tú y yo. Tú vives y yo vivo, y nos queremos. ¿Eres consciente de ello? El sexo es... Pues bueno, *alegría*. Tengo que reconocerlo. ¿Cuántas veces rompimos porque nos daba miedo reconocer que era una *alegría*? ¿Cuántas veces hicimos como que sólo nos la meneábamos? ¿Cuántas veces nos comportamos como si no se tratara de *amor*? Ahora tú sabes que es amor y yo sé que es amor, y te estoy diciendo que te amo. Y quiero que tú me lo digas a mí. Dímelo. Con palabras.

Billy se quedó a la espera. Jack era incapaz de hablar. No quería hacerlo. Estaba avergonzado. Había temido que esto acabaría pasando algún día, que la relación se haría romántica. Era espantoso, y como quería a Billy, deseaba decírselo, pero no le

daba a las palabras el mismo significado que él, así que no podía hablar. Dijo Billy:

—Jack. Quiero que me beses. Una vez. Eso es todo. Ya que no puedes hablar, por lo menos bésame. Tienes que hacerlo. Si me amas, bésame.

Jack cerró los ojos.

—No —dijo.

—De acuerdo —dijo Billy—, de acuerdo.

Jack reconstruyó la historia a base de pasajes y fragmentos, pero lo que ocurrió fue lo siguiente: Clifford, el líder de la manada de lobos, así como el majara más peligroso del lugar, decidió que no le caía bien Jack, probablemente como resultado de algún comentario ocasional (no habían cruzado más de media docena de palabras en un año), e hizo saber que se haría con su culo en menos de una semana, apostando cinco a uno a que Jack tragaría. Billy se enteró del asunto. Le tenía pánico a Clifford, pero a la mañana siguiente de que Jack y él mantuviesen su última conversación larga, se acercó al grupo de Clifford en el patio grande, diminuto entre aquellos negros tan corpulentos, y le dijo a éste: «Si no dejas en paz a Levitt, me encargaré de que lo lamente». Todos se echaron a reír, y uno de ellos movió el brazo con rapidez y Billy dio un paso atrás, tropezó y casi fue a parar al suelo. Jack lo presencié y luego le preguntó a Billy al respecto, pero todo lo que éste le dijo fue que estaba haciendo una apuesta. Pero tenía una expresión extraña, grisácea, inquieta, y esa noche, en la celda, no abrió la boca. Clifford le había transmitido un mensaje: se encargaría de Jack la tarde siguiente.

Durante el recreo matutino en el patio grande, Jack lo vio casi todo. El día era cálido y luminoso, y los hombres hablaban y holgazaneaban en grupitos, o paseaban a solas arriba y abajo. Jack estaba mirando las partidas de dominó cuando vio a Billy abandonar un grupo y dirigirse, atravesando el patio, hacia el de Clifford, que se encontraba a la sombra del techo del cobertizo. Vio cómo Clifford se apartaba del grupo con una sonrisa y un saludo; vio cómo los dos hombres se acercaban el uno al otro. Para un guardián que mirase hacia abajo, para cualquiera, parecería que ambos se limitaran a cruzar el patio y se cruzaran a menos de un metro de distancia; una coincidencia. El único motivo por el que Jack estaba mirando era porque a Billy se le veía muy tieso; parecía, casi, que estuviese desfilando, y la expresión de su delgado rostro era de terror, mientras tensaba los hombros. Era muy raro: por lo general, se le veía relajado y satisfecho. Al acercarse a Billy, Clifford se cernió sobre él, gigantesco, negro, pero también se detectaba cierta inquietud en su cara; y pasaron el uno junto al otro, muy cerca, rozándose durante una décima de segundo, pero pasaron y, durante cosa de un instante, Jack pensó que estaban pasando contrabando. Ahora, el rostro de Clifford estaba dirigido hacia Jack, y se le veía atónito, con la boca abierta y los ojos más grandes que nunca. Billy, visto desde atrás, avanzaba lentamente y parecía tener los brazos cruzados sobre el pecho. Y entonces Jack vio cómo Clifford caía de rodillas, sin perder la expresión de estupor. Luego se derrumbó hacia delante, con la cara contra el suelo, las piernas extendidas y unos leves

temblores. Todo el mundo, incluyendo a Jack, apartó la vista. Nadie vio caer a Billy.

Clifford murió al cabo de tres horas, con el afilado mango de una cuchara clavado en el abdomen. Billy duró casi cinco minutos antes de fallecer. La navaja de Clifford tenía una hoja de dieciséis centímetros, y había entrado entera en su cuerpo. Un guardia se lo comunicó a Jack, que estaba retenido y pendiente de una investigación. El guardia era un hombre joven. Le dijo:

—Tu compadre la ha diñado.

—¿Cuándo? —preguntó Jack.

—Ah, hace cosa de una hora, hora y media —respondió el guardia—. Aquí se va a volver a liar otra de la hostia.

Esa noche, Jack lloró, amargamente. No encontraba nada a lo que agarrarse en busca de consuelo. Ni siquiera podía sentirse rabioso, únicamente desolado y más solo de lo que había estado en toda su vida. No podía hacer nada más que llorar, así que lloró.

TERCERA PARTE
Vidas con sentido
(1956-1960)

DIECISIETE

Jack Levitt tenía veintiséis años cuando salió de San Quintín. Había terminado el instituto y hasta había seguido un par de cursos de educación a distancia de la Universidad de California; había trabajado tanto en la cocina como en la panadería, y no se había metido ni en una sola pelea a puñetazos. El departamento de Custodia consideraba que merecía una oportunidad, mientras que el de Rehabilitación pensaba que había dado grandes pasos hacia la madurez. Tras la muerte de Billy Lancing, Jack se desmoronó; y la última vez que lloró fue cuando se enteró de que Claymore se había fugado de Alcatraz.

Según la prensa, Claymore no había escapado de ninguna de las maneras, sino que se había ahogado mientras lo intentaba. Tenía que haberse ahogado, razonaban las autoridades, pues nadie se había escapado nunca de allí. Ciertamente, nunca se encontró su cuerpo, pero, según ellos, lo más probable es que hubiese ido a parar al mar. Jack no se lo creía, y tenía la impresión de que no era el único. Claymore había huido, y eso le hacía llorar en su celda, ante la sorpresa de su compañero de reclusión, un viejo reventador de cajas fuertes. Billy se había sentido «conectado» a Claymore, y eso era lo que hacía gimotear a Jack. Querría que Billy estuviera vivo para poder celebrar la libertad de Claymore. Deseaba que existiese el cielo para que Billy pudiera mirar hacia abajo, verlo todo y alegrarse.

El plan de fuga de Claymore había sido de lo más sencillo: esperó a un día nublado y, en un momento dado, mientras nadie le miraba, saltó a la bahía y se lanzó a nadar. Se supone que está más allá de la resistencia humana nadar desde Alcatraz hasta la costa sin un entrenamiento intensivo, sin cubrirse el cuerpo de grasa, etc., sobre todo a causa de las fuertes corrientes; pero si el deseo de Claymore por la libertad era lo suficientemente intenso, podría lograrlo. A continuación, debería mostrarse capaz de esperar, oculto en algún rincón de la costa de San Francisco, la llegada de las primeras horas del día; y si sobrevivía a eso, no se moría de frío o no se debilitaba de tal modo que no pudiera ni moverse, podría iniciar su camino a través de las calles vigiladas por la policía hacia el Distrito de Fillmore. Si conseguía llegar hasta allí, alcanzaría probablemente la seguridad. No le resultaría difícil encontrar a unos negros que no lo entregasen a las autoridades. Así pues, la cosa no era del todo imposible, sólo difícil... Casi tanto como escalar el monte Everest. Al cabo de unos años, otros tres hombres escaparon de La Roca, y después de eso, las autoridades federales perdieron la moral. La única función de Alcatraz consistía en ser infranqueable, así que si los reclusos empezaban a largarse cuando les apetecía, pues... Por eso está cerrada en la actualidad, abandonada, y sólo es ya un monumento a la estupidez inverosímil del hombre, por una parte, y a sus increíbles valor y amor a la libertad, por otra.

El modo en que Jack consiguió escapar de esa otra mancha en el orgullo del alma humana, San Quintín, fue mucho menos dramático. Se le concedió la libertad

condicional al cabo de dieciocho meses, pese a su mal historial y su aún peor aparición ante la Junta de la Condicional. Tenía ganas de partirles la cara a todos. Llevaba mucho tiempo obligándose a no pensar en salir, y ahora, con esa invitación a presentarse ante la Junta, no lo podía evitar: deseaba de tal manera salir de allí que se sintió aterrorizado ante la posibilidad de que ellos, los de la Junta, un montón de hombres que en realidad no sabían nada de él, se negaran a dejarle marchar. Así pues, se quedó plantado ante ellos, con la cara roja y tensa y los puños apretados, y respondió a sus preguntas, tratando de mostrarse contrito y maduro, aunque, al mismo tiempo, tuviese ganas de abofetearlos, y cuando volvió a su celda lo hizo plenamente consciente de que la había fastidiado por completo y que debería esperar otro año, por lo menos.

Pero se equivocaba; su historial en San Quintín era decente y se le consideraba un riesgo asumible. De esta manera, abandonó San Quintín totalmente decidido a no volver jamás, tanto por su propio bien como por el de los demás. Y es que ese sitio extraño y espantoso había intentado, a su manera, ayudarle. Se le había tratado como a un ser humano siempre que Custodia lo permitía; se había tratado de acceder a él, pese a todas las capas de dureza de la institución; si algo había salido mal, por lo menos se había intentado; daba igual saber si Jack había mejorado gracias a San Quintín o a Billy Lancing: lo importante era que se había reformado.

Y salió de la cárcel con ganas de hacer algo con su vida.

Le esperaba un trabajo en una panadería de la calle Union, cerca de Fillmore. El edificio estaba apartado de la calle, y en su propia acera había unas mesitas de mármol y unas sillas de metal bajo un toldo a rayas. Completaban el decorado tres acacias muy bien podadas, y un chaval con chaquetilla blanca ejercía de camarero y vendía pasteles tras el mostrador de cristal del interior. El propietario siempre estaba sentado en un alto taburete situado detrás de la caja registradora; era un señor bajito, vestido habitualmente con un traje gris con chaleco, que tenía la cara pálida y rolliza, el cabello escaso, la boca sonriente y los ojos carentes de color y de expresión. Se llamaba Saul Markowitz y abría su negocio cada mañana a las seis, levantando con esfuerzo la persiana y desplegando el toldo; a esa hora, sus mejores clientes eran los sirvientes de los ricachones de Pacific Heights, que aparecían por una taza rápida de *café Wien* y un *croissant* calentito; los cruasanes recién hechos eran la especialidad de la casa, y los criados solían comprar una caja forrada en papel de plata para llevárselos a los señores. A esas horas también podía haber algunos rezagados de las fiestas nocturnas, borrachos, que ocupaban las mesitas para zamparse sus cruasanes y echarle coñac al café, entregados a esa charla bulliciosa tan típica de los que no tienen nada que hacer. Saul Markowitz conocía a casi todos sus parroquianos por su nombre de pila, incluyendo a los sirvientes; se dirigía a ellos, les gastaba bromas y mantenía su mirada remota. La mayoría de los clientes pensaban que los despreciaba, pero siempre acababan volviendo.

Saul Markowitz solía reclutar a sus trabajadores en San Quintín; venían,

trabajaban, se quedaban unas semanas o unos meses y luego seguían su camino. Siempre aparecían otros. Al principio, Jack no entendía muy bien qué quería de él el señor Markowitz. Sabía que tenía fama de dominar cierto tipo de ingenio: puede que el de contratar a expresidarios. El columnista Herb Caen le había preguntado por qué había llamado Rosenbloom's a su pastelería, a lo que él, según apareció en la prensa, habría respondido: «¿Y quién iba a venir a un sitio llamado Markowitz's?».

Pero Jack estaba contento por el empleo y agradecido a Saul Markowitz: se puso a trabajar duro y no causó el menor problema. Había dos panaderos, y Jack les ayudaba. Llevaba una camiseta blanca, pantalones blancos de faena y un delantal blanco, y solía tener la cara manchada por una mezcla de sudor y harina fina. Transportaba sacos de harina de un sitio a otro, engrasaba sartenes y las metía y sacaba del horno, arreglaba las estanterías, lavaba bandejas y perolas y se atiborraba de pasteles. Era un buen trabajo, duro, cansado y bien pagado, pero al cabo de un tiempo, el olor de aquel sitio le provocaba náuseas, sobre todo cuando tenía que inclinarse a conciencia sobre el barril de manteca y sacar los últimos restos de materia muerta depositados en el fondo. Los panaderos eran un par de tíos sin mucho interés cuya única conversación, aparte de dar órdenes y soltar tacos, giraba en torno a temas sindicales. No parecían tener una vida propia fuera de la pastelería. Pero a Jack lo dejaban en paz y él los dejaba en paz a ellos.

De hecho, nadie le prestaba la más mínima atención. Cumplía su turno, regresaba a su habitación amueblada de la calle Pine, leía, se iba al cine, visitaba a su agente de la condicional y eso era todo. No violó la libertad vigilada en dos semanas (en su caso, una de las condiciones era no beber), y cuando lo hizo, se comportó de manera desesperada, recorriendo varias manzanas para comprar una botella de *whisky*, escondiéndola bajo la chaqueta mientras regresaba colina arriba, pasando el pestillo de la habitación... Todo ello con una terrible sensación de temor y anhelo, como si fuese un adolescente en su primera visita a una prostituta. Se sentó al borde de la cama, descorchó la botella y le dio un rápido sorbo, perdiendo los estribos de inmediato: era un asco tener que esconderse de esa manera para tomarse un traguito.

Debería emborracharse en sus narices.

Se bebió cosa de media botellita, se la metió en el bolsillo de la cadera y salió en dirección a la calle Market. Al abandonar el cuarto, estaba cabreado y con ganas de liarla parda, pero cuando llegó a Market, ya se sentía mejor y se sumó a la primera muchedumbre de la noche, saboreando la libertad en toda su pureza, el modo en que todo el mundo iba vestido de una manera distinta, el aspecto y el aroma de las mujeres, el sonido de los tranvías, el brillo de las luces, la música, extraña y fascinante, que salía de los puestos de perritos calientes, lo cursi que resultaba todo, lo barato de la experiencia, esa vulgaridad que sólo lo es si no te has tirado una larga temporada en un sitio tan soso como una cárcel; todos los periódicos hablaban de «hacer limpieza» en la calle Market, pero Jack se preguntaba por qué querían tal cosa. ¿Acaso ignoraban lo bonita que era? ¿No entendían que para mucha gente la

ópera, el teatro y el *ballet* eran espectáculos aburridos, mientras que las variedades de la calle Market les resultaban de lo más artísticas? «Quieren que todo sea gris y de buen gusto. ¿No ven que el buen gusto les parece un horror a los que no lo tienen? ¿Acaso se preocupan por las personas de mal gusto? ¡Ni hablar! Pero yo sí. Yo quiero a esa gente. Llevan perfumes baratos y transportan transistores. Compran zurullos de perro de plástico y tortugas pintadas y banderines y cartelitos que ponen: “¡Si yo no nado en tu retrete, no te mees en mi piscina!”, y compran palomitas de maíz que apestan y se las comen en plena calle y van a ver películas malas y se ocultan en los umbrales para darle al *whisky* a sorbitos igual que yo, y son todos estupendos.»

En ese momento, bien lleno de *whisky*, Jack quería a todo el mundo. Hasta quería a ese policía, maldita sea su estampa, que le hizo esconder la botella por miedo a que lo enviaran de vuelta a San Quintín otros tres años. Pero el policía, Dios le maldiga, se alejó y Jack le dio otro trago a la petaca. No pienso emborracharme y partirme la cara a alguien. Y volver al trullo. Ni hablar del peluquín, me voy a cocer y luego iré al cine, a ver algún *western* cutre en technicolor, fácil de entender y con mucho ruido, o puede que pille a una de esas tías con pinta de guarra...

De repente, se sentía muy mareado. Ya no estaba tan acostumbrado al licor. Pero no se trataba de eso. Era la idea de hacerse con una mujer lo que le mareaba, y lo sabía. Se apoyó contra un edificio, mirando a la gente que pasaba ante él, y echó otro trago sin pensarlo. La botella estaba vacía. Atravesó la acera hasta una papelera y echó allí la petaca. Pasó una pareja de marineros y uno de ellos miró a Jack, hizo una mueca y se detuvo.

—Oye, colega —le dijo el marinero—. ¿Dónde encuentra uno un cacho de carne en esta ciudad?

—Como si yo lo supiera —repuso Jack.

—Pues sí, tienes cara de saberlo. ¿Lo sabes?

—Ni idea. Pregúntaselo a un taxista.

—¿Por qué no se te ha ocurrido eso, Normie? —le dijo el marinero a su compadre—. Se supone que tú lo controlas todo.

Al cabo de tres horas, los tres estaban borrachos perdidos, así que se les pidió con mucha amabilidad que salieran de un bar situado en el Distrito Spanish Mission. El bar estaba lleno de mexicanos, motivo por el que Jack y los dos marineros juntaron las cabezas y, entre susurros y risitas, llegaron a la conclusión de que sería idiota iniciar una pelea. Se fueron y estuvieron dando vueltas por la calle hasta dar con un taxi. Una vez dentro, uno de los marinos dijo: «¿Y ahora qué? Vámonos a una casa de putas».

—La más cercana está en Stockton —les informó el taxista por encima del hombro.

—Yo tengo que irme a casa —farfulló Jack.

Le dio su dirección al conductor y se pusieron en marcha.

—¿Irte a casa? —dijo uno de los marineros—. ¿Y para qué te vas a ir a casa? Lo

que hay que hacer es encontrar una casa de putas y follar.

—Nada de follar —declaró Jack—. Estoy demasiado borracho como para disfrutarlo. El primer polvo tiene que ser bueno. Y mañana tengo que trabajar. Por eso me voy a casa.

No pudieron hacerle cambiar de idea y tuvieron que dejarle en la calle Pine, delante de su domicilio.

—Nos vamos a Stockton —dijo uno de los marineros.

Estaba sacando la cabeza por la ventanilla y, de repente, vomitó sobre la parte exterior de la puerta del taxi, justo cuando éste se ponía en marcha. Jack les dedicó un saludo y enfiló las escaleras, borracho y temeroso. Cuando se metió en la cama, el miedo remitió ligeramente. Estaba a salvo. Nadie podía detenerle y meterle en el talego. Estaba a salvo. Pero no podía volver a emborracharse de esa manera. Podía meterse en una pelea, ser detenido, enviado al calabozo y de ahí a San Quintín de nuevo. Lo tenían pillado. Era libre, pero no podía hacer nada. Esos marineros... Hablando de sus 72 horas de *libertad*... ¿Qué sabrían ellos? Se quedó dormido.

A la mañana siguiente tenía una resaca atroz, totalmente desproporcionada en relación con las alegrías de la víspera, y se fue a trabajar en muy mal estado. En el exterior, mientras él colocaba una bandeja de pastelitos de cereza (que olían fatal) en la vitrina del mostrador, un grupo de juerguistas tardíos se estaban sentando en torno a un par de mesitas, y Jack detectó a su espalda un rolls royce aparcado en zona amarilla. Lo que llamó su atención fue un par de zapatos de hombre que asomaban por la ventanilla de atrás. Jack sonrió dolorido y deseó que el tío del coche se encontrara aún peor que él. Se incorporó tras colocar la bandeja en la vitrina, experimentando unos dolorosos pinchazos en la parte posterior de los ojos, y se encontró cara a cara con una mujer perteneciente al grupo de juerguistas: era guapa, pero estaba despeinada y tenía los ojos vidriosos. Parecía rica, joven y de las que no salen baratas. Se acababa de pintar los labios de un rojo oscuro que destacaba sobre su piel, pero tenía la boca hinchada y rojiza en las comisuras. Contemplaba fijamente a Jack tras unas gafas de sol. Señaló hacia la vitrina.

—Deme una de esas putas tartitas —dijo con voz de ricachona aburrída.

El señor Markowitz y el dependiente estaban en la zona de las mesas, controlando a los borrachos, pero Jack dijo: «Yo no me dedico a eso», y se internó en la panadería. La vulgaridad de esa mujer le había irritado, tal vez porque él siempre había supuesto que los ricos tenían un vocabulario propio a juego con su dinero. Pero también era posible que la mujer no fuese rica en lo más mínimo, sino que se limitara a engancharse a los pudientes. Igual ninguno de ellos era rico y el rolls lo habían robado. Igual el tío de dentro estaba muerto y lucía un par de balazos en el pecho. Ja, ja. Igual la mujer se apiada de mí y compra mi libertad.

El señor Markowitz entró en el establecimiento, un dechado de atención y buena cara. Se acercó a Jack, que estaba engrasando sartenes.

—Oye, muchacho —dijo—. Tengo a una clienta que dice que la has insultado.

¿Qué ha pasado?

—Nada —se defendió Jack, y siguió engrasando el utensilio—. Me pidió que la sirviese y yo le dije que no me dedicaba a eso. Nada más.

El señor Markowitz se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—Le diré que es una norma del sindicato o algo por el estilo. ¿Seguro que no has hecho nada? Es un poco rara.

Jack le puso al corriente de la conversación con todo lujo de detalles, mientras le entraban náuseas del pestazo a manteca y se sentía irritado con Markowitz por no creerle sin más e irse a tomar por culo de una vez.

—Vale, es típico de ella. Pero esto es un negocio y deberías haberla servido. Digamos que sales un momento y le pides disculpas, ¿vale?

Le dio una palmadita en el hombro a Jack, sonriendo.

—¿Tengo que hacerlo?

El señor Markowitz lo observó detenidamente.

—No, no *tienes* que hacerlo. Pero coño...

—De acuerdo —dijo Jack.

Y partió hacia las mesas, rascándose la manteca del delantal.

Había tres mujeres y dos hombres, y uno de éstos, que tenía el cabello rizado y gris y el bigote gris a secas, parecía abochornado. El otro era más joven y estaba repantingado en el asiento, poniendo cara de justa indignación. Las tres mujeres eran de una belleza inalcanzable y estaban borrachas. El tipo del cabello gris no parecía estarlo.

—Lo siento si dije algo que no debía —le dijo Jack a la mujer.

El hombre más joven le espetó:

—¿A ti eso te parece una disculpa, chaval? El hecho de que seas un expresidiario no te exime de tener modales. Discúlpate de verdad.

—John —intervino el hombre del pelo gris—. Por el amor de Dios.

Jack miró al señor Markowitz y dijo: «Vale». El señor Markowitz carecía de expresión y ni tan siquiera lucía su sonrisa habitual.

—Resulta que me saca de quicio que un *matón* insulte a una mujer como Sally, eso es todo —dijo el joven con una voz tan cultivada como desagradable e irritante.

La tal Sally le estaba dedicando a Jack unas sonrisitas torcidas y beodas. Dijo:

—A mí me da igual. Puede que sea eso lo que te molesta, John. Eso y el hecho de que eres un gallina.

—Ay, Señor... —dijo en voz baja el hombre del cabello gris.

Jack se sentía impotente. Sabía que lo habían hecho salir para entretenerse a su costa; y también sabía que esperaban que perdiese los estribos. Era evidente que el señor Markowitz los había puesto totalmente al corriente sobre él. El joven ya se estaba incorporando, con decisión, como si se preparara para enfrentarse a Jack. Todo estaba desconectado; Jack aún se sentía indispuerto y resacoso, y no quería perder el trabajo. Miró a Saul Markowitz, quien se limitó a devolverle la mirada.

—Jodido gañán —le dijo John a Jack.

Se había plantado en plena acera y adoptaba una postura de boxeador.

Jack le dijo a su jefe:

—¿De parte de quién está?

—Qué trágica decisión —comentó Sally.

—De nadie —dijo Saul Markowitz, y se dirigió a John—. Creo que has bebido demasiado, John. Más vale que te vayas a casa. Yo me encargo de la cuenta.

—Vale —dijo John, sin moverse del sitio—. ¿Pero qué pasa con tu infame mastuerzo? ¿Se piensa disculpar conmigo o voy a tener que darle una lección?

Esbozó una sonrisa desvaída y, de repente, le lanzó un gancho brutal a Jack.

Jack lo paró fácilmente con el puño izquierdo y le atizó limpiamente con el derecho. John reculó diez o doce pasos hasta derrumbarse en la acera, con las rodillas levantadas y los brazos extendidos.

—Bueno, ha sido muy fácil —dijo Sally entre un silencio total.

—John está fuera de combate y tú estás despedido —dijo Saul Markowitz. Sacó la cartera llena de billetes y le pasó doscientos dólares a Jack—. Lo siento, pero podrías haber controlado la situación sin llegar a eso.

Jack cogió el dinero, lo contó y se lo metió en sus pantalones de faena. El hombre del cabello gris se acercó a él.

—Te llevaré a casa —le dijo.

—Tengo que pillar la ropa de calle —repuso Jack.

—Siento muchísimo todo esto —dijo el señor Markowitz.

—Sí, ya me lo imagino —dijo el hombre canoso.

Jack entró en el establecimiento, sacó la ropa de la taquilla, se despidió de los panaderos y volvió a salir. Ya habían recogido a John, colocándolo en el asiento trasero del rolls junto al sujeto traspuesto y dos de las mujeres. Jack y Sally se sentaron delante, Jack junto a la ventana. Nunca había subido a un rolls royce y no le pareció tan lujoso como había esperado, pero le gustó el olor del cuero.

—Vaya mañanita más mierdosa y depresiva —dijo Sally—. Como cada puta mañana de mi puta vida.

—¿Por qué no te callas? —le sugirió amablemente el conductor—. La culpa es tuya, ¿sabes?

—Lo sé —dijo. Le puso la mano en la pierna a Jack y se la pellizcó—. Sólo quería ver en acción a este cacho de carne. Y a John es muy fácil calentarle los cascos. Basta con que pongas en duda su puta condición de macho para que se le vaya la olla.

—¿Tienes que usar constantemente esa palabra? —preguntó el caballero canoso. Conducía el silencioso automóvil colina arriba, hacia Pacific Heights—. Nos vamos a hacer a la idea de que no entiendes realmente las implicaciones.

Las dos mujeres del asiento posterior habían estado hablando con el sujeto traspuesto, y una de ellas se inclinó hacia delante y dijo:

—Vamos a necesitar un poco de ayuda con Charles.

—¡Me voy a SUICIDAR! —clamó una voz desde atrás.

—Ni hablar, Charles —dijo la mujer—. Te vamos a llevar a casa y a darte un buen baño.

—¡Me voy a REBANAR LA YUGULAR! —gritó el aludido.

Sally soltó una risita y se pegó más a Jack, quien podía captar levemente su perfume. Seguía con la mano sobre su pierna, cosa que a él no le molestaba en absoluto. Le daba todo lo mismo. Antes, el espectáculo había sido él, pero ahora eran ellos.

Se detuvieron ante una enorme mansión blanca en la calle Pacific, con un techo de tejas rojas y balconadas de hierro forjado a la altura de las ventanas de la tercera planta, y Jack y el hombre canoso ayudaron a Charles a entrar. Una mujer negra vestida de negro abrió la pesada puerta de madera y dijo: «Ay, Dios mío», y les ayudó a subir a Charles por las escaleras hasta el dormitorio más grande que Jack hubiera visto en su vida. Todo el cuarto estaba pintado de carmesí y un blanco suave, y mientras desvestían a Charles, apareció su esposa para apartar las sábanas, momento en el que Jack pudo ver el club náutico a sus pies, los yates, la reluciente bahía azul y, más allá, aunque parecía estar muy cerca, Alcatraz. De regreso al coche, comentó:

—¿Este sitio es suyo?

—Sí.

—Debe de ser muy rico.

Y el hombre del cabello gris se echó a reír. Hicieron más paradas. Descargaron a John, que estaba despierto, taciturno y nada dispuesto a hablar, frente a un edificio de apartamentos de Washington; acto seguido, el hombre canoso se llevó a su esposa, la otra mujer del asiento trasero, a casa, otra mansión de Pacific Heights, pero no tan grande como la primera. Luego acompañó a Sally a su apartamento en la zona este de Telegraph Hill. Antes de bajar del coche, la chica besó a Jack en la boca y le dijo: «Lamento enormemente que te hayan echado por mi culpa. Ven a verme si necesitas un trabajo o algo». Sacó una tarjeta del bolsito y se la pasó. A continuación, los dos hombres se fueron de allí.

—¿Adónde?

Jack le dio su dirección.

—Tú has tenido tanta culpa como los demás —le dijo el hombre—. Todos nos hemos declarado culpables y nos hemos ido pasando la pelota, pero ha sido culpa tuya. Lo único que tenías que hacer era ser consciente de la situación.

—A la mierda la situación —dijo Jack—. Estoy somnoliento, resacoso y cabreado. ¿Me estás acompañando en coche sólo para decirme que todo ha sido culpa mía?

—No, pensé que igual te tomarías un trago conmigo y podríamos hablar. Me imagino que no te resulta muy sencillo encontrar trabajo.

—Se supone que no debo beber —dijo Jack—. Pero que se jodan. También se

supone que no debería perder el trabajo. ¿Sabes una cosa? Si tu amigo la toma conmigo, puede conseguir que me vuelvan a encerrar. Lo mío con él ha sido una agresión en toda regla.

—No hará nada. Estaba humillado. Con eso ya tiene bastante.

Bajaron por Columbus hacia Broadway y aparcaron el coche. Tras entrar en un bar pequeño y tomar asiento, el hombre se presentó como Myron Bronson y ambos se dieron un apretón de manos de lo más formal. Apareció el camarero y Bronson pidió *whisky* irlandés con agua para ambos.

—Anoche hubo una fiesta —dijo—. Y cuando las fiestas duran demasiado, siempre acaban mal. Quiero que sepas que son personas estupendas, la mayoría de las veces. Esta mañana todos sentían que odiaban a los demás, y a ti te han despedido. Pero esta noche se habrán olvidado de todo, o lo recordarán en plena resaca, como una manera de sentirse culpables.

—¿Y tú qué? Tú no estás borracho. ¿Qué haces con ellos?

Bronson sonrió:

—Aprendí a beber hace mucho tiempo, cuando aún había ciertas normas. Pero te llevarías una sorpresa con John. La verdad es que es muy buen chaval. El que golpeaste. Es abogado, y de los buenos.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? —Jack estaba pensando en el *rolls* aparcado afuera.

Repuso Bronson:

—Tengo algo de dinero. La verdad es que no me dedico a nada. Tengo un despacho con un escritorio que cuesta más de lo que mucha gente gana en un año, pero no lo utilizo mucho.

Levantó dos dedos para pedir más *whisky*.

—Eres un hombre rico —dijo Jack.

—Supongo que sí. Sí. Por supuesto.

—¿Te ganaste el dinero o te lo dio alguien?

Bronson parecía entretenido:

—¿Por qué me haces tantas preguntas? ¿Estás intentando vengarte? Da igual de dónde proceda el dinero mientras lo tengas. Es imposible *ganar* todo el dinero que yo tengo, así que pensarás que me lo regalaron; pero yo no soy como Morgan; yo no creo que me lo diera Dios. Eso sí, estoy contento de disponer de él. No hablemos de dinero.

—Es muy aburrido, ¿no? —comentó Jack.

Se acabó su segundo trago y dijo:

—Ahora te invito yo.

Levantó la mano para llamar la atención del camarero.

—¿Pasó la resaca? —preguntó Bronson.

—Me encuentro mejor —reconoció Jack.

Le caía bien el ricachón. Le gustaba como vestía, y también su cabello gris, rizado y un poco demasiado largo, y su bigote, y sus elegantes ojos grises, y su

sonrisa afable. El ricachón parecía un buen ricachón, no uno malo, aunque Jack no sabía muy bien en qué se diferenciaban, pero estar con él le hacía olvidar sus nuevos problemas, como si lo único que tuviera que hacer fuese pedirle dinero a ese tal Bronson para que éste le entregara un buen fajo de billetes y todo funcionase a la perfección. Era una sensación de lo más agradable. Se preguntaba si Bronson se sentía siempre así, sin tener que preocuparse jamás por el dinero.

—¿Cómo es lo de ser rico? —le preguntó—. Nada de trolas. No somos amigos y lo más probable es que nunca volvamos a vernos, así que me lo puedes explicar tranquilamente.

—Supongo que estás en lo cierto —dijo Bronson—. De pequeño, yo era mormón. La Iglesia me envió a Alemania para hacer de misionero. Llegué allí en pleno período inflacionario alemán. Mil novecientos veintitrés. Un periódico costaba diez mil marcos. Las familias de clase media-alta cenaban sopa de repollo. Nadie disponía de pasta de dientes. Había gente que se reía de mí, pero no pasaba nada. Otros creían que yo tenía una solución a sus problemas, lo cual ya no me parecía tan bien. Eso me mantenía despierto de noche, esa mirada de esperanza en los ojos de la gente, como si todos sus problemas se debieran a creer en un Dios equivocado. Pero eso no pasaba con frecuencia. Bueno, el caso es que todo se me antojaba un fraude monumental; la Iglesia, la religión, la creencia en los mitos, todo. Pero no interrumpí mis actividades de golpe porque, ya ves, el dinero procedía de la Iglesia. Y de mi familia. Así pues, durante las semanas que siguieron al momento en que estuve absolutamente seguro de que Dios no existía, seguí con mi trabajo de misionero. Me sentía como un idiota. Finalmente, lo acabé dejando y me fui a París para convertirme en poeta. —Se echó a reír—. Mi padre y mi madre se negaron categóricamente a enviarme más dinero. Y yo me negué, no menos categóricamente, a volver a casa. Todo el intercambio de maximalismos se producía a través del correo. Al final, mi padre cambió de opinión y me envió dinero. Me convertí en un expatriado. Me lo gasté casi todo en chicas, y durante el resto del tiempo, cuando no intentaba hacer amistad con americanos de más edad, me quedaba en mi habitación, leyendo la revista *Black Mask* o intentando escribir poemas acerca de lo que había visto en Alemania. Supongo que eran espantosos, pero algunos fueron publicados. El problema consistía en lograr que las prostitutas francesas vieran la importancia que eso tenía. Además, mi conciencia artística me estaba incordiando. Mira, yo quería dinero, dinero a espuertas. No quería creer que era eso lo que deseaba, pues se me antojaba una ambición muy vil. En cualquier caso, acabé trasladándome a Nueva York cuando se me acabó el dinero paterno y «me sumergí en las raíces de mi tierra natal»; lo cual significa que me dediqué a morirme de hambre. La cosa duró unos seis meses. Fue un horror. Intuyo que me volví loco. Empecé a ganar dinero: tenía olfato para esos intrincados chantajes en los que consisten los seguros de vida, y al cabo de un tiempo me puse a invertir. Total, como ya me consideraba un cínico y un ladrón, no tuve problemas para doblar y más adelante triplicar mis inversiones. —Le dedicó una sonrisa a su

interlocutor—. No tienes ni idea de lo intenso que era yo en esos tiempos. Era como un cura. Gané un montón de dinero y me las apañé para conservarlo. Eso es todo. Y aún sigo en el negocio de los seguros de vida. Poseo tres empresas.

Luego, cuando dejó salir del coche a Jack ante su edificio, le dijo:

—Mira, no te enfades demasiado con Saul Markowitz. Se tiró cinco años en un campo de concentración nazi. Es un hombre muy retraído.

—No tengo ni una sola preocupación en este mundo —declaró Jack.

Borracho gracias al *whisky* ingerido, se despidió de Bronson con un saludo y se puso a subir las escaleras. Cuando despertó por la tarde, se cabreó consigo mismo por no haberle sacado algo a su compañero de copas, pero enseguida se dio cuenta de que le habría resultado muy difícil, si es que la historia de su vida era cierta. Por algún motivo, no se lo acababa de parecer. Todo era demasiado fácil. Pero esas cosas pasaban, suponía.

La cosa no habría pasado de episódica, de uno de esos extraños encuentros que tiene la gente que bebe demasiado, de no ser por la tarjeta de Sally, que encontró al cabo de unos días en su escritorio. Ya había ido a ver a su agente de la condicional y ambos estaban tratando de conseguirle otro empleo. Saul Markowitz había llamado al policía para suavizar un poco las cosas, así que no tenía por qué haber ningún problema. Cuando Jack encontró la tarjeta, recordó que la chica le había dicho algo acerca de conseguirle un trabajo. Decidió utilizar eso como excusa para ir a verla. Puede que hasta le cayera un curro. Pero ése no era el motivo de su visita. Hacía dos años que no se acostaba con una mujer y con sólo pensar en ella, se ponía enfermo de deseo. Era como salir de San Quintín; primero había una vida y había que acostumbrarse a ella y hacer como que no había nada más, hasta que, de repente, te acordabas de las demás cosas que podías hacer, te entraba una urgencia frenética y todo lo demás se desvanecía. Jack se bañó, se puso sus pantalones baratos y la chaqueta deportiva y, a continuación, para eliminar el exceso de energía nerviosa, se fue andando desde la esquina de Pine con Jones hasta Telegraph Hill. Cuando llegó al apartamento de la muchacha, tras recorrer de arriba abajo dos calles que no eran, estaba caliente y cabreado, medio convencido de que ella no estaba allí, o no estaba sola, y de que debería haber telefoneado antes, o de que no se acordaría de él, o sí le recordaría pero le pararía los pies en seco... Pero no sucedió nada de eso. Sally le abrió la puerta, se echó a reír al reconocerlo y le invitó a entrar, así que él se coló en su apartamento con los músculos del estómago endurecidos por la tensión y el rostro ardiendo. Se sentía como un crío que ha venido a mendigarle unos caramelos gratis al tendero.

DIECIOCHO

No era un monumento, concluyó Jack, pero sí muy guapa. Tenía los pómulos destacados, la nariz bien definida y el cabello negro azulado de una india, pero los ojos eran tan azules y tan intensos como los suyos, y la piel era más pálida que cetrina. Llevaba el pelo peinado hacia arriba, para resaltar su estilizado cuello, y mientras se daba la vuelta para que Jack la siguiera hacia el interior del apartamento, éste le echó un vistazo automático a los tobillos. Que también eran muy estilizados. Jack se enamoró de ella. No sabía exactamente cuándo había tenido lugar el flechazo, pero siempre recordaba haber pensado, mientras bajaba la vista hacia los tobillos de la muchacha: «Estoy enamorado. De ella». Se sentía ridículo.

Al cabo de tres rápidos tragos y veinte minutos de tensa conversación (para Jack), se fueron a la cama. El teléfono había interrumpido la conversación en dos ocasiones; la primera vez, era una amiga de Sally; la segunda, su cita de esa noche. Sally, con los ojos clavados en Jack, le dijo al auricular: «No, lo siento muchísimo. Me acaba de venir la puta regla y me encuentro fatal. Me voy a tomar un par de pastillas y —le guiñó un ojo a Jack— me voy a meter en la cama con un buen novelón».

Después de colgar, Jack le preguntó:

—¿Era verdad?

—¿El qué?

—¿Te acaba de venir la regla?

—No, pero es una excusa magnífica, ¿no te parece? Te los quitas de encima de inmediato. —Se plantó en mitad de la habitación, mirando a Jack, que estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un almohadón situado junto a la pequeña chimenea—. Tú no has venido a hablar, ¿verdad?

—Bueno, creo que dijiste algo de un trabajo.

Sally se echó a reír.

—Sólo era para que vinieras. No tengo trabajos que ofrecer. A no ser que quieras cobrar por acostarte conmigo. ¿Alguna vez te han pagado por eso?

—Nunca he recibido una oferta al respecto —dijo Jack, sin moverse del almohadón—. Pero tampoco había conocido nunca a una tía como tú.

—Soy una perdida —declaró ella—. El cochero se me cepilló en el asiento trasero del faetón de la familia a los doce años. Y a partir de ahí, todo ha ido cuesta abajo.

—¿Por qué dices tantas chorradas?

Jack se sentía vagamente irritado. Había venido a violar a esa puta locuaz, no a ser seducido por ella. Esa mujer lo descolocaba, cosa que no le gustaba nada. Se sentía inferior, joven y hasta intimidado por el oneroso mobiliario del apartamento.

—¿Y por qué no? ¿Acaso charlar es algo más que soltar chorradas? —le preguntó Sally, con las manos en las caderas y el rostro ensombrecido—. Llevo rato esperando que digas algo evidente, pero parece que a ti no se te ocurre. ¿No sabes cómo ligarte a

las tías como yo? Se supone que tienes que hablar con segundas y luego ponerte a mi espalda, mientras preparo unas copas, y plantarme la mano en el trasero. Luego yo me doy la vuelta, gruñendo como una puerca, y te doy un besazo con mucha saliva. Y a continuación, nos quitamos la ropa.

Jack se puso de pie:

—No sé de qué cojones estás hablando, pero si quieres ir a la cama, vámonos para allá.

Sally hizo una mueca burlona.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿No temes que me pueda estar burlando de ti?

—No.

—Muy bien. Pues en ese caso, alguien va a tener que hacer de *guía* y alguien de *seguidor*. Uno de nosotros tiene que dar el primer paso. ¿Tú eres de los que les gusta dar el primer paso o de los que prefieren que las chicas se encarguen de todo? Aunque supongo que siempre podríamos mirarnos fijamente, decir ¡*Ooh!* y abrazarnos con pasión.

—Yo lo que quiero es que nos dejemos de pamplinas. Llevo mucho tiempo sin acostarme con una mujer.

Algo cambió en sus ojos, pero su boca se mantenía burlona.

—¿De verdad? Pues yo también.

—¡*Por el amor de Dios!*

—Bueno, ¿qué hacemos aquí, hablando?

—¿Y yo qué coño sé? Vamos.

La cogió de la mano y se la llevó al dormitorio. La cama estaba sin hacer. Jack temía que ella le pidiera que no hiciese caso del desorden, pero se ve que no la conocía muy bien. Sally se apartó de él, canturreando, y empezó a desnudarse, quitándose los pantalones como un hombre, pasándose el jersey por encima de la cabeza y acercándose a Jack para que le desabrochara el sujetador. Eso disipó la niebla y, por primera vez en lo que llevaba de noche, Jack empezó realmente a experimentar la pasión y la felicidad. Al cabo de unos momentos, ya estaban en la cama, juntos, desnudos y sin hablar.

Jack había temido que después de tanto tiempo sin hacerlo, todo acabaría muy rápido, así que intentó retardar el momento de la penetración todo lo posible, pero hasta eso se hizo peligroso y entró rápidamente en ella; había estado en lo cierto y acabaron casi antes de empezar; pero antes de que Jack tuviese tiempo para lamentarlo, Sally se puso a chupársela, pues sus apetitos habían crecido en vez de disminuir, y él, sin pararse a pensar qué hacer, se disolvió en la animalidad de la situación y, a lo largo de la siguiente hora, se desvaneció en un éxtasis cuya existencia había olvidado. Era demasiado bueno como para pensar al respecto, demasiado agradable como para investigarlo, y con su tercer orgasmo casi perdió el

conocimiento; y aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver nada más que unos colores brillantes, como si se hubiese quedado ciego para las formas, y al final, con un último espasmo de dientes rechinantes, se rindió a la inconsciencia.

Les despertó el teléfono a eso de medianoche. Sonó quince insoportables veces antes de callar, y para entonces, ellos ya estaban fumando cigarrillos en la penumbra. Jack podía sentir la suave piel de Sally contra la suya, pero ya estaba más allá de la excitación. Dijo ella:

—Supongo que debería decirte que eres un amante maravilloso. Por el bien de tu hombría. Pero estoy hasta las narices de ese rollo machista. Creo que tienes algo. Pero no como amante. Estás bien, pero no sabes gran cosa. Tienes mucha vitalidad, pero cualquier adolescente podría hacerlo mejor. Y cualquier mujer, claro está. Pero en realidad, lo único que necesitas es practicar. Estás desentrenado.

Jack se echó a reír.

—Ay, Dios, eres una tía muy chiflada. El caso es hablar, ¿no?

—¿Se te ocurre algo que sea demasiado bueno o demasiado malo como para hablar de ello?

—Me temo que no. Quiero un trago.

—Pues tráete dos, nene.

Cuando Jack volvió con la botella y los vasos, Sally estaba incorporada en la cama, con la luz de la mesilla de noche encendida. Estaba preciosa, y Jack no dudó de estar enamorado de ella. Quería decírselo, pero tenía miedo de su respuesta. Parecía muy capaz de burlarse de él, o de analizarle. Y nada de eso le apetecía.

—¿Cómo os lo montáis los tíos en la cárcel? —preguntó Sally.

Jack se tensó por dentro, pero consiguió terminarse la copa sin hablar. Acto seguido, repuso:

—No es asunto tuyo.

—Oh. ¿Me he metido en algo sagrado? ¿O sólo vulgar?

—Lo que pasa es que...

—Ya lo pillo. Te da vergüenza. Bueno, ya intuyo lo que hacéis. Supongo que no hay más remedio. ¡Dios mío, ojalá tuviera yo un pene!

Jack se había sentido molesto y exasperado, pero ahora no sabía qué pensar:

—¿Cómo?

Sally se echó a reír.

—No tiene nada que ver con toda esa mierda freudiana. A mí lo que me gustaría es poder ser un hombre durante un rato, o ser yo, pero con un pene de hombre. Me encantaría hacérselo a una mujer o a otro hombre. Me gusta tanto el sexo, que me follaría a todo el mundo, a uno, a dos, a tres a la vez. ¡Al mundo entero! ¿Tú no lo piensas a veces?

—Pues no, coño. Tú debes de ser ninfómana.

—¿Estás de broma? ¿Tú sabes lo que es una ninfómana? Pues una mujer flacucha y nerviosa que folla para no volverse loca. Ese no es precisamente mi problema. Yo

no soy frígida; simplemente, no soy tímida y dulce, como se supone que han de ser las buenas chicas americanas, eso es todo.

—Entonces, ¿cuál es tu problema?

—Te lo acabo de decir. A veces lo quiero todo. Y no lo voy a conseguir. Jamás.

Había algo terriblemente melancólico en la expresión de su rostro. Jack se inclinó sobre ella y la besó con dulzura, consciente de que había otro modo de decirle que la comprendía. Estaba a punto de susurrarle que la amaba cuando ella se apartó de él, meneando la cabeza con impaciencia.

—No me beses. No me gusta besar mientras pienso.

—Pues deja de pensar.

Sally se echó a reír hasta que empezó a hipar.

—Vaya. Demasiada bebida.

Le extendió el vaso a Jack, que se lo llenó a medias mientras él le daba un buen trago a la botella.

—¿Te importa si me quedo a pasar la noche? —preguntó—. Estoy demasiado cocido como para irme a casa —ella no le contestó de inmediato, así que cambió de tema—. Ojalá pudieran verme ahora los colegas de San Quintín.

—Tengo una idea —dijo Sally—. Vámonos a Las Vegas a hacer el bestia unos cuantos días.

—¿Esta noche?

—No, tonto. Por la mañana. Cogemos un avión. Follar de día y darle a las trapaperras de noche. ¿Te suena bien?

A Jack le sonaba de maravilla; era como una fantasía de adolescente pajillero, pero estaba muy bien.

—La verdad es que eres de lo que no hay —le dijo a Sally—. Eres como un hombre, ¿sabes?

Ella soltó una risita.

—¿En qué sentido?

—En como hablas. Eso es todo. En como piensas.

—¿Te parece mal?

—No, qué va —dijo Jack—. Vamos a dormir.

—Si notas algo extraño por la noche, tú tranquilo, que seré yo. Jugando a mis cositas.

Jack se durmió pensando que San Quintín ya quedaba muy lejos y que había llegado mucho más allá de lo previsto. Era muy fácil dormirse pensando que las cosas serían eternamente así.

Por la mañana, se quedó un tanto sorprendido de que Sally todavía quisiera ir a Las Vegas:

—Cogeremos un taxi hasta tu casa, para que recojas tus cosas, y de ahí saldremos pitando hacia el aeropuerto. Seguramente, llegaremos allí a media tarde.

Jack se rascó la cabeza:

—¿Y si me dejas que prepare el desayuno para los dos? Yo cocinaba en el talego.

—Vale. Tengo que hacer unas reservas.

Jack se metió en la cocinita. Desde la ventana que había encima del fregadero podía ver Alcatraz brillando en la bahía bajo un cielo perfecto. Sólo eran las siete de la mañana, pero ya había algunos veleros navegando, con sus blancas velas y relucientes mástiles rindiéndose a la brisa. Jack podía intuir lo que pensaban los hombres de La Roca sobre los veleros. Deseaban fervientemente poder echarle mano a uno de ellos y navegar hacia México o Venezuela. Se preguntaba qué pensaría de Alcatraz la gente de los barcos. Si no se sentían culpables, seguro que lo consideraban un sitio interesante, una parte del atractivo del área de la bahía. Jack se sentía bien con sólo saber que no estaba en La Roca; no se compadecía de los que seguían allí; no sentía pena por nadie. Se encontraba demasiado bien. Su cuerpo aún recordaba la noche, y de momento, nada en este mundo le preocupaba. Estar fuera de la cárcel era maravilloso. Pensó en Claymore. Claymore tenía que saber lo magnífico que era eso. Jack nunca lo había sabido. Había sido un gamberro, con pinta de gamberro y la autocompasión y las ideas propias de un gamberro, convencido de que el mundo iba por él. Pero eso era una estupidez. Ahora era un hombre maduro y le había llegado el momento de disfrutar de la vida. ¡Qué suerte había tenido al toparse con *esto!*

—¿Sabes una cosa? —le gritó a Sally—. Si no me hubiesen metido en el trullo, ahora no estaría aquí.

Sally apareció por la cocina vestida con un jersey azul celeste que casi hacía juego con sus ojos, esos ojos llamativos, penetrantes y sinceros que, a la luz de la mañana, parecían lucir un matiz de lavanda, como los de un gato siamés. Jack la atrajo hacia él y la besó, y ese beso pareció hacerla más joven e inocente, con esa manera suya de ponerle las manos en el pecho y mirarle.

—¿Valieron la pena? —le preguntó.

—¿El qué?

—Los años de cárcel. Para estar aquí.

Jack ríe alegremente.

—Te puedo asegurar que sí.

—¿Los pasarías de nuevo?

—Ni hablar.

Sally se echó a reír y vio cómo Jack encendía el fuego de la cocina, engrasaba la sartén y cascaba los huevos en esa grasa que ya chisporroteaba, como si se tratara de un ritual de la mayor importancia.

—¿Sabes qué? —dijo Jack—. Me resulta extraño hacer huevos para dos personas. Estoy acostumbrado a hacerlos a centenares.

—¿Hay huevos normales allí?

—La mayoría son en polvo, pero de vez en cuando comíamos huevos fritos. Un amigo mío, un colega de mucho tiempo, solía hacer chistes modelo. «Eh, tú, sesenta y

cuatro fritos, trescientos cuarenta y tres cocidos y doscientos veintiocho revueltos, ¡y rapidito!».

Se echaron a reír y Jack recordó los estrechos hombros de Billy alzados a guisa de eficiencia y la cabeza inclinada hacia delante en señal de urgencia.

—Y decía cosas como: «¡Me pregunto qué comerán *los pobres!*».

—Hablando de pobres, he hecho una reserva en The Sands.

Se sentaron a la mesita de la cocina para comerse los huevos y beber café.

—Mira —dijo Jack—. Me gustaría ir, de verdad, pero se supone que no puedo salir del condado sin pedírselo a mi agente de la condicional; y no creo que esté mucho por la labor. Se supone que estoy buscando trabajo.

Sally puso mala cara.

—¿Y tú haces todo lo que te dice ese tío?

Jack se mostró algo irritado.

—Mira, Sally, no quiero volver al talego por una fiestecilla. Y además, no tengo dinero para ir a Las Vegas. —Bajó la vista al plato—. Eso es lo que hay, guapa.

—Los tíos grandes y fuertes sois la hostia. Intuyo que te rebotarías si te dijese que pensaba pagar el viaje. Dispongo de toda clase de dinero.

Por un momento, Jack se preguntó si ella deseaba estar con él tanto como él con ella, pero rechazó esa idea. Sally terminó de comer y encendió un cigarrillo, dándole rápidas caladas y dejando caer la ceniza en el plato.

—¿Y tu agente de la condicional tiene que enterarse?

—Desde luego, yo no me voy a ninguna parte sin decírselo.

Mientras hablaba, Jack se preguntaba si eso era cierto o si tan sólo estaba convirtiendo las condiciones de su conducta en un *numerito* para ella.

—Pues igual es mejor que me pille a otro tío. Esta mañana no te veo en muy buena forma.

Ahora Jack sentía que pisaba un terreno más seguro.

—No soy lo bastante macho, ¿verdad?

Ella observó su rostro burlón y no tuvo más remedio que echarse a reír.

—De acuerdo, lo siento. Pero yo nunca me disculpo. Es más, no sé por qué me estoy disculpando contigo.

—Puede que porque soy más grande que tú.

—Puede que sea por eso, en parte. Chulazo mío.

Después de desayunar, Sally limpió la cocina mientras Jack la observaba en tono aprobador. Estaba bien que fuese limpia. Era una chica rica, pero lo suficientemente sensata como para mantener en buen estado su residencia. Avergonzado, Jack pensó que era como si la estuviese comparando con su idea de cómo tenía que ser una «buena mujer». Como si pensara casarse con ella. Si es que previamente, claro está, pasaba todas las pruebas. Rica, pulcra, atractiva y una fiera en el catre. Sí, vale, hablaba demasiado, y de manera demasiado similar a como habla un hombre, pero ya se encargaría de eso al cabo de un tiempo. De repente, se cabreó consigo mismo. Se

fue a duchar.

Luego, hicieron lo que ella quería y volaron primero a Los Ángeles, donde Sally se metió en una cabina telefónica, realizó un mínimo de diez llamadas y estuvo hablando cosa de una hora mientras Jack se tomaba unas copas en la barra, y luego pillarón un vuelo a Las Vegas. En el avión había un piano, con un tipo que tocaba y cantaba canciones solicitadas. Aunque sólo era media tarde, casi todos los viajeros estaban algo borrachos. Se quedaron en Las Vegas tres días, y el tercero, Jack llamó por teléfono a su agente de la condicional y le explicó la situación, consiguiendo su permiso para casarse con Sally. El agente de la condicional le dijo que se lavaba las manos con respecto a él y que el más mínimo desliz lo conduciría de vuelta a la cárcel. Jack le explicó con mucho detenimiento que Sally tenía montones de dinero y que él podía tomarse su tiempo para encontrar trabajo, o que incluso podía matricularse en la universidad, pero el policía seguía enfadado y le dijo que ya había cometido las violaciones suficientes de su libertad condicional para llevarle de regreso a San Quintín, y que él, su vigilante particular, se estaba jugando el cuello por no denunciarle. Y además, le informó, le había encontrado un trabajo que, si funcionaba, podría hacerle ganar mucho dinero. Se trataba de un empleo en una empresa que vendía alfombras, como instalador de moquetas. Le dijo a Jack que esa gente puede llegar a ganar unos diez mil dólares anuales cuando le cogen el tranquillo al asunto. Era evidente que se sentía muy orgulloso de poder ofrecerle a su custodiado semejante oportunidad, y que ahora estaba que trinaba porque éste se encontraba en Las Vegas a punto de casarse con una mujer rica.

—Quiero ese trabajo —repuso Jack—. Suena de maravilla. Joder, tío, tú sabes que quiero ese trabajo.

El agente de la condicional acabó por ablandarse, y Jack le prometió que volvería al cabo de unos pocos días, como más tarde, y preparado para ponerse a trabajar. Cuando colgó, sudaba de tal manera que, aunque había aire acondicionado en la habitación, tuvo que ducharse.

DIECINUEVE

Habían discutido sobre si Jack tenía que llamar a su agente de la condicional.

—No estás haciendo nada delictivo —dijo Sally—. No pueden hacerte nada. No es asunto suyo.

—Ellos creen que sí —sentenció Jack.

—Pues no me parece bien. No me gusta que intenten llevarte cogido por la nariz.

—Pues eso es lo que hay. Tengo que llamarle.

Jack agarró el teléfono y Sally abandonó la habitación: no volvió a verla en dos días.

Después de ducharse, bajó al casino, luciendo los pantalones amarillo limón y la camisa deportiva azul que Sally le había regalado y sintiendo la pegajosa humedad del aire acondicionado a través de la fina tela de la camisa. Sally no estaba en ninguna mesa ni ante ninguna de las tragaperras, pero Jack aún no se sentía preocupado. Le parecía magnífico como se estaban desarrollando las cosas. No dejaba de recordarse a sí mismo que ya no estaba en la cárcel y que ni siquiera trabajaba en una panadería, volcado sobre el barril de manteca o quitándose la harina húmeda de la cara. Ahora era un señorón de posibles «de visita en Las Vegas», un joven cuya vida había dado un giro espectacular al convertirse en el prometido de una mujer rica y bella. Se preguntaba cómo sería eso de no tener que volver a preocuparse por el dinero. Tampoco es que se hubiera preocupado mucho en el pasado, pero ahora podía hacer lo que se le antojase. Decidió que quería ir a la universidad y estudiar las artes liberales. Tenía la impresión de que eso le daría la mejor de las oportunidades a la hora de apreciar la existencia. No pensaba malgastar su vida como hacían quienes le rodeaban en esos momentos.

Les observó jugar: esos bobos de las ruletas pequeñas, con sus apuestas nerviosas y desperdigadas, la mayoría de ellos con cuatro fichas cutres, uno de ellos con una barricada de placas de las caras, en forma de fichas de dominó, cuyo valor exacto Jack desconocía; apostando a números o a tercios o a cuartos, al rojo o al negro o a pares o nones, confiando en unas posibilidades que siempre se decantaban a favor de la casa (puede que algunos huéspedes lo considerasen un hotel de lujo, pero para Jack no era más que un tugurio con pretensiones), luchando contra unos elementos que ni todo el ingenio humano sería capaz de vencer. Jack no siempre había sentido desprecio hacia la gente que jugaba, pero ahora, con la perspectiva de una riqueza inminente, no conseguía verle la gracia al asunto. Antes, cuando él jugaba, siempre lo había hecho por dinero, nunca por placer. El placer lo conseguía ganando el dinero que tanto necesitaba. La gente que ahora le rodeaba en el casino no parecía necesitar dinero o, por lo menos, no lo suficiente como para intentar saltar la banca. Evidentemente, lo más sensato era jugar contra la casa si tu sueldo era tan exiguo que, total, daba lo mismo. Alguien que ganase cincuenta a la semana, sin posibilidad alguna de aumento, podía enfrentarse a las triquiñuelas de la casa con la genuina

esperanza de ganar una fortuna arriesgando prácticamente nada, ya que si empiezas con cuatro cuartos, sólo puedes perder esos cuatro cuartos. Los negros que se jugaban el dinero de la seguridad social eran mucho más prudentes que el caballero de clase media que apuesta los trescientos dólares que se puede permitir perder; por un motivo: el negro confía en ganar y el caballero espera perder. El juego, decidió Jack, es cosa de pobres. Los ricos, o los que gozan de una posición desahogada, sólo consiguen hacer el burro. Le gustaba su nueva actitud; le hacía sentirse superior a todos los que le rodeaban.

A Sally le molestaba que Jack, tras las primeras apuestas a medio gas en la mesa de dados, dejase de jugar. A ella le había entrado la fiebre. Lo suyo eran las máquinas tragaperras, introducir las pesadas monedas de dólar en la ranura en cuanto se paraban las ruedas y la máquina hacía clic, mientras Jack se quedaba ahí de pie, mirándola irónicamente. Sally suponía que las tragaperras eran el juego más seguro del local porque estaban «arregladas para pagar». De esa manera, la gente recogía sus ganancias de las máquinas, se iba a las mesas, se enganchara y lo perdía todo. Pero ella era mucho más lista: ganaría y adiós muy buenas; nada podría inducir la a trasladarse a esas mesas tan grandes como mortíferas. Jack se reía de ella.

—¿Arregladas para pagar? —le preguntó—. ¿Pero de dónde lo sacas?

—Oh, lo sabe todo el mundo. Algunas de esas máquinas están manipuladas para devolver el noventa por ciento de lo que les entra —dijo ella alegremente.

—Lo cual es un ocho y medio por ciento peor que a los dados —dijo Jack.

Sally lo miró mal.

—¿De qué estás hablando?

—Mira, si le echas cien dólares a esta máquina, te devolverá noventa. Si apuestas esos mismos cien, de dólar en dólar, a los dados, recuperas noventa y ocho con cincuenta. Si funciona la ley de probabilidades. En cualquier caso, siempre pierdes dinero —sentenció de manera dogmática—. No puedes convertir las probabilidades de perder en probabilidades de ganar, por mucho que lo intentes.

—Bah, tonterías. Se deben referir a que las máquinas aforan el noventa por ciento *de las veces*; y eso es completamente distinto.

—No sabes lo que dices.

—Me sacas de quicio.

Pero al cabo de unos minutos, Sally se trasladó a una mesa de dados y se puso a apostar de dólar en dólar, como le había dicho Jack. Tras siete horas jugando, consiguió perder más de trescientos dólares e irse a la cama con un dolor de cabeza mortal. Jack se llevó las culpas de todo.

—En las tragaperras *siempre* gano —le espetó Sally.

Nunca había estado más femenina, cosa que a Jack le encantaba. Para cuando volvieron a estar despiertos, ya era de nuevo la Sally de siempre.

—Tienes razón —le dijo—. Y yo estaba equivocada. Pero, joder, ya que estamos aquí, juguemos a las tragaperras aunque sólo sea para pasar el rato.

Y así lo hicieron: pasaron un buen rato y hasta consiguieron ganar unos pocos dólares.

Estaban casi siempre achispados, lo cual afectaba a sus encuentros sexuales lo suficiente como para no alargarlos demasiado; aun así, cuando se corrían juntos estaba muy bien, y luego, Jack se quedaba tumbado junto a Sally con ganas de no moverse nunca de allí. Jamás. Quería tenerla siempre a su lado. Y la verdad es que tenía miedo de decírselo, miedo de encajar sus risotadas y de perderla.

En su segunda noche en Las Vegas, tuvo lugar un espectáculo que Jack quería ver y Sally no. Ella seguía enamorada de las tragaperras, así que Jack se fue a ver él solo el espectáculo, muy seguro de sí mismo, convencido de que iba a ver a unos artistas superlativos, a los personajes más famosos del mundo, y que luego podría cruzárselos en el casino, en los lavabos de caballeros o en cualquier otro sitio. La verdad es que le resultaba de lo más emocionante. Luego le contó a Sally cómo se había sentido, pero ella se burló de él diciéndole:

—Son unos capullos, todos y cada uno de ellos. Créeme. Pero tú idolátralos, si quieres. Total, de eso viven.

—Yo no los *idolatro* —protestó vehementemente Jack.

—No, claro que no.

—Te estás riendo de mí.

—¿Y por qué no? ¿Te ofendo en tu virilidad?

—¡A la mierda!

Se fue al bar. Cuando volvió a las máquinas, Sally ya se había ido. Se puso a buscarla, pero no aparecía por ningún lado. Subió a la habitación y tampoco estaba allí, momento en el que empezó a ponerse algo nervioso. Siempre se desequilibraba un poco cuando ella no estaba, y eso le resultaba irritante. De todas maneras, se desnudó y se metió en la cama con una botella de I. W. Harper y una novela de misterio. Al final consiguió atontarse lo suficiente como para arrojar el libro al suelo y apagar la luz. Pero no se dormía. Se quedó tumbado en la oscuridad, esperándola. Sabía que ella conocía a otras personas del hotel; siempre estaba viendo a alguien y saludando, o era abordada por grupitos de hombres y mujeres jóvenes y atractivos a los que ella despreciaba por tratarse de «chusma de la televisión» y nunca se los presentaba. Lo más probable era que estuviese en alguna fiesta. Se mantuvo a la espera más de tres horas, y cuando ella apareció y encendió la luz como si no esperase encontrarle allí, dijo:

—¿Dónde cojones te has metido?

Sally se volvió hacia él:

—Vuelve a hacerme esa pregunta y no me verás más. —Le miraba francamente mal—. ¿Quién coño te crees que eres?

Jack asintió, asqueado ante su sensación de alivio.

—Vale. Tienes razón. De acuerdo. Ven a la cama. Te deseo.

Sally se desvistió lentamente en mitad de la habitación, dejando caer la ropa a sus

pies.

—En eso siempre estamos de acuerdo —dijo—. Si no existiera, ¿de qué podrían hablar un hombre y una mujer?

Se echó a reír, desnuda, con los brazos por encima de la cabeza en una posturita deliberadamente cursi.

—¿Té gusta lo que ves? —le provocó.

—Tráetelo para que pueda sobarlo.

—Ven y píllalo.

Hicieron el amor en el suelo, en el centro del cuartito, y luego, una vez transcurrido el habitual lapso de placidez, Sally dijo:

—No deberíamos perder lo que tenemos. Tendríamos que casarnos. ¿Qué opinas?

—Te quiero —dijo Jack—. Tenía miedo de que te rieras de mí si te lo decía. Pero te amo. Quiero casarme contigo.

—Te quiero —dijo Sally—. Tenemos que casarnos. Esto es estupendo. Nunca me reiré de ti.

Se puso encima de él y se besaron apasionadamente. Jack era plenamente consciente de que ese beso tenía que ser muy sincero, y al cabo de unos momentos, Sally se incorporó y le hizo deslizarse en ella suavemente, con los brazos abiertos, el cuerpo moviéndose con lentitud, el negro cabello azotándole los hombros, los ojos clavados en los de él; todo empezó de manera tierna, pero enseguida pasó a lo puramente erótico, y Jack se sintió demoníaco, como si dispusiera de un poder infinito.

—Te lanzaré a través del techo —dijo entre dientes.

—Hazlo —repuso Sally.

Y fue incrementando lentamente el ritmo hasta que ambos estuvieron gimiendo y gruñendo como animales, y cuando por fin pasó lo que tenía que pasar, Jack se agarró a ella con tanta fuerza que casi le rompió las costillas.

—¡Uf! —dijo ella.

Se había vuelto a ir. Jack deambuló por el casino, la cafetería y la piscina. Por donde iba, no había más que gente haciendo ruido, un murmullo constante que él asociaba al de San Quintín, que no era tan acusado, pero sí igual de permanente. Pero esa gente no estaba en la cárcel, ni siquiera en una prisión metafórica. Jack había conocido a reclusos que decían que todo el mundo estaba en la cárcel, que la vida era un presidio, igual que la sociedad, y que hasta estar atrapado en tu propia identidad era equivalente a la encarcelación; pero Jack no se lo creía: la cárcel era la cárcel y no había más que hablar. La gente podía sentirse *atribulada*, o creer que se la ahogaba o reprimía, hasta podía sentirse atrapada, pero no estaba en la cárcel. No tenía nada que ver una cosa con otra. Puede que el hotel fuese una «jaula de oro» para los aburridos y los solitarios, pero eso no se parecía en nada a ser enviado a prisión.

Con la intención de demostrarlo, Jack dejó los edificios y echó a andar hacia el desierto. La transición era dramática; la tarde en el desierto era infernal, y las

montañas purpúreas que se veían a lo lejos se ondulaban por el calor hasta hacerse casi invisibles a través de la densidad termal. Había sonidos, pero no pertenecían a voces humanas. Podía oír los coches de la autopista que había a su espalda, y echó a andar a buen paso por el ardiente suelo, hacia las montañas. Se parecía mucho a la zona este del campo de Oregón, pero todo era menos elevado y algo más sucio. Aquí, la naturaleza no era más hermosa que la obra del hombre porque la naturaleza se había olvidado de instalar el aire acondicionado y de limpiar el territorio, así que sólo las vistas lejanas resultaban atractivas. Al cabo de unos minutos, Jack ya no creía en el aire acondicionado: no le parecía posible que ningún sitio tan cálido pudiera llegar a enfriarse.

Aun así, estaba contento de estar solo, y se sentía satisfecho de pagar su soledad a base de absorber un calor tan terrible. Se dio la vuelta y pudo ver coches que recorrían la autopista como si fuesen espejismos, y también pudo ver las torres eléctricas de alto voltaje que cruzaban la arena, ondulantes por el calor. Tendría que recorrer muchos kilómetros para alejarse por completo de allí, para llegar a un lugar en el que no se vieran los edificios, los coches y las torres eléctricas; e incluso entonces, lo más probable es que acabara cruzándose con turistas a caballo, soportando el calor para poder decir luego que no se pasaron la vida en los casinos, y ahí estaban esas quemaduras feas, negras e hinchadas para demostrarlo. Jack volvió al punto de partida, sintiendo un optimismo inmediato nada más entrar en contacto con la refrigeración. Pero había disfrutado de su soledad y hasta se había olvidado, durante unos minutos, de preocuparse por Sally. Partió de nuevo en su busca, en cuanto se acostumbró de nuevo al frescor.

Su soledad ya no era ahora tan intensa. En realidad, ya no estaba solo y no podía soportar volver a estarlo; es decir, estar sin *ella*. La *necesitaba*. Le recordaba a Billy Lancing, a lo mucho que había necesitado a Billy y a lo mucho que Billy le había necesitado a él. Si no hubiera sido por Billy, Jack nunca habría sido capaz de entender cómo se sentía en realidad, ni habría comprendido que estaba solo sin *ella*. Ahora podía reconocer, fríamente, que Billy había muerto por su amor; y podía sentirse orgulloso de ello. ¡Había sido *muy amado*! No se atormentaba con la idea de que él nunca habría muerto por Billy; no había querido a Billy tanto como éste le había querido a él, y lo sabía, lo reconocía y no se avergonzaba de ello. Pero ahora quería igual a Sally, y Billy le había enseñado lo que eso significaba.

Echó un vistazo por el casino. No, ni uno a la vista. Nada de negros en The Sands. Sólo hombres de negocios blancos y gordos hablando en plan negrata a la hora de lanzar los dados, repitiendo algo que habían visto en una película o leído en alguna revistucha, pero que nunca habían visto o sentido realmente. Unas ganancias anuales de veinticinco de los grandes les permitían derrochar una pequeña parte para sentirse bien. Y oye, tú, ¿sabes quién estaba de pie ante la mesa, justo a mi lado? ¡*Frank Sinatra*! ¡Y deberías haber visto la pasta que se jugaba! Mis trescientos parecían calderilla. Y voy y le digo: «Frank, ¿tú qué opinas de...?». Sí, los cojones hablaste tú

con Frank. Perdiste tus trescientos, digamos que ciento cincuenta y vas que chutas, y estuviste a punto de diñarla cada vez que perdías un dólar de plata; sudabas desde los sobacos hasta donde el cinturón te aprieta la tripa, convencido de tener ladillas de lo mucho que te picaba la polla por culpa del miedo nervioso que tenías; les gritabas: «¡Pandereta, pandereta, todo culo y nada de tetas!» a un par de dados tan húmedos que casi se te deslizaban entre los dedos; y luego, de vuelta a tu cuarto, negro de desesperación porque has perdido en vez de ganar y anoche le plantaste la mano en la rodilla a la mujer del jefe o te follaste a tu secretaria, y ahora te preguntas si merecía la pena, a fin de cuentas, verla humillarse ante ti y decirte que te quería, mientras tu mujer se había quedado en casa creyendo que lo vuestro era una relación estrictamente laboral. O igual llamaste a una furcia a domicilio y ahora te preguntas cuándo te va a empezar a salir del nabo un pus verdoso como el de aquella vez en Alemania, cuando estabas en el ejército. O puede que hayas ganado un montón de dinero, todo un pastón, y que tu mujer estuviese contigo y tú aparecieras de lo más chachi, con tus gafas oscuras, y te pusieras a hablar del cálculo de probabilidades y de los juegos que recomiendan los que entienden, y de beber leche en las mesas como un profesional, todo ello mientras te preguntas qué hacer para evitar que la parienta se gaste la pasta (nunca hay que llamar al dinero por su nombre) que acabas de ganar y que tantas ganas tienes de sacarte del bolsillo para lanzarte a besar los billetes codiciosamente mientras clamas que has *ganado* aunque nunca has querido gastar más de la cuenta porque siempre has tenido pesadillas con el dinero...

O puede que sólo estuvieses pasando un buen rato. Mierda.

A Jack no le gustaba nada su actitud paternalista. Había perdido los estribos en el casino. Eso era de idiotas. Vale, no había negros en el hotel. ¿Y qué? ¿A mí qué más me da? No es problema mío. ¿Y por qué hay que echarle la culpa a los clientes? No son más que unos gilipollas, como todo el mundo.

Cuando Sally apareció finalmente, tras estar desaparecida durante dos días y dos noches, Jack no le preguntó dónde había estado. Se afeitó, se duchó, se la llevó al centro de la ciudad y se casó con ella. Lo más rápido que pudo. Ella se mostró de lo más apacible, casi doméstica, y le sugirió que volviesen de inmediato a San Francisco. En el avión, le dijo a Jack que estaba prácticamente arruinada. Vivía de una pensión y ahora la perdería. Había pasado los últimos dos días y con sus noches en Los Ángeles, hablando con su abogado y con el de su exmarido, intentando llegar a un acuerdo. Pero no consiguieron nada y ahora estaba sin blanca. Puso cara de sorpresa cuando Jack se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Me espera un trabajo. Y da la impresión de que voy a necesitarlo.

En su interior, eso sí, tuvo que reconocer que se sentía amargamente decepcionado. Tenía ganas de preguntarle a Sally por qué no se *limitaban* a vivir juntos y conservaban la pensión. Pero ya sabía la respuesta: Sally quería estar *casada*. Pues vale, ya lo estaban. Jack era consciente de que había sido un sueño absurdo todo

eso de ser rico, por lo que no se sentía especialmente preocupado. De todas maneras, ella debería haberle informado de la situación.

Sally se enganchó a él.

—Mi marido y protector —dijo—. El que me va a alimentar.

—Los cojones —dijo Jack.

Y ambos se echaron a reír.

VEINTE

El primer marido de Sally era actor; se habían conocido cuando ella era una estudiante de veinte años del Mills College, una alumna becada entre las chicas ricas, despeinadas y de aspecto descuidado, y él había aparecido para interpretar un papel en una de las funciones escolares. Había algo en él que la impresionó profundamente: su aspecto de estar siempre necesitado; necesitado de comida, de aceptación, de amor o de fama, no lo sabía muy bien. Pero había algo de lo que sí estaba segura después de verle actuar: si había justicia en el mundo, ese muchacho debería hacerse rico y famoso. Tenía talento, esa clase de talento que te lleva a amar a quien lo posee; aunque a esas alturas, dicho talento sólo lo captaba ella. La mayoría de las chicas lo consideraban mono, pero con pinta rara. No sabían que tuviese talento como actor porque ignoraban lo que era eso. Sólo sabían que rondaba por ahí durante los ensayos, que era tímido, que no fumaba y que se hurgaba la nariz a escondidas. Se reían de él cuando se le olvidaba el texto, y también por el modo en que fruncía el ceño y se llevaba el índice y el pulgar a la nariz cuando trataba de recordar algo. Casi todas las chicas practicaban esa actuación suave, fluida y graciosa tan típica del teatro de aficionados, por lo que consideraban que se movía de manera rara. Todo el mundo, a excepción de Sally, veía en él el punto débil de la producción. Y todos temían que se quedara pasmado en plena representación, se agarrara la nariz y chasqueara los dedos para que alguien le soplara el texto.

Cosa que, evidentemente, no sucedió. Cuando Sally acabó su trabajo entre bambalinas, se fue al fondo de la sala para ver la función, y sólo estaba *él* en escena. Las sutilezas, las gracias de los demás intérpretes se desvanecían entre la iluminación y la presencia del público, y sólo *él* parecía natural, real y hasta más auténtico que la realidad; cuando recitaba una línea, podías escucharla a la perfección, aunque se supusiera que era un susurro, y cuando empezaba un movimiento, podías predecir el curso de los acontecimientos, sentirlo junto a él, participar de verdad en la acción.

Y claro está, era el único cuyo maquillaje no resultaba grotesco. Al final, cuando el reparto se congregó para saludar, Sally se dio cuenta de que había sido prácticamente la única que había reparado en su belleza, cosa que le produjo un amargo enfado; salió corriendo del edificio, con los ojos bañados en lágrimas, y acabó deambulando a solas entre los eucaliptos, cargada de odio hacia esa gente que ni podía ni sabía reconocer el talento del muchacho, así como llena de amor hacia él y hacia sí misma.

Se casaron al cabo de un mes y Sally le proporcionó las dos cosas de las que carecía: ambición y dirección. Descubrió que en realidad no era más que un haragán que sólo disfrutaba navegando en la bahía y cuyo interés en la interpretación se basaba en la evidencia de que se le daba bien y de que sabía que la gente se dejaba su buen dinero con los buenos actores. Confiaba en ser descubierto algún día, pero mientras tanto, se contentaba con llevar una existencia marginal basada en el sablazo,

el subsidio de desempleo, la tarjeta de excombatiente o lo que fuese. Otro motivo por el que le gustaba actuar, según descubrió Sally, consistía en que los actores trabajaban de noche, y ya se sabe que a esas horas no se puede navegar.

Sally cambió de vida. Dejó la universidad y se hizo con dos trabajos: de día, modelo de alta costura en unos grandes almacenes, y de noche, taquillera en un cine de la calle Market. Así mantenía a su marido mientras éste atravesaba con dificultad varios manuales de interpretación, tomaba algunas clases en la universidad estatal de San Francisco y aceptaba los papelitos que le caían en el teatro de aficionados. Sally no le obligó a venderse el barquito, pero lo mantuvo tan ocupado que apenas le quedaba tiempo para salir a la bahía. Cuando las productoras de cine o televisión venían a la ciudad para rodar exteriores, Sally le hacía presentarse a papeles de extra y, mientras tanto, ahorraba lo que podía para llevárselo a Hollywood. Sucedió un milagro y alguien lo «vio» en uno de sus papelitos televisivos, reconoció en él esas cualidades que hasta ahora sólo había captado Sally, y le ofreció un contrato.

Durante los siguientes dos años, fue visto siendo disparado, aporreado, apuñalado, colgado o puesto fuera de combate por los diferentes avatares del revólver más rápido del Oeste, y consiguió papeles algo más importantes en un par de películas. Una de ellas era de ciencia ficción, y él interpretaba a un contable que trabajaba para una empresa involucrada en investigaciones gubernamentales ultrasecretas que acababa «absorbido» por una masa viscosa. En la otra, una historia de aventuras ambientada en los bosques, interpretaba a un leñador que se despista y se muere cortando un árbol (la copa del árbol se parte y él se medio ahoga y luego se cae). A continuación, consiguió un buen papel televisivo en *Playhouse 90*, haciendo de granjero que va detrás de la mujer de su empleado: una subtrama del tema principal, que era un refrito de *Deseo bajo los olmos*, pero con un gran pedrusco en vez de un árbol como símbolo divino. Y luego le cayó su propia serie.

Se trataba de un *western* en el que él interpretaba el papel de *sheriff* de una pequeña localidad minera en Colorado. La gracia de la serie era que no llevaba pistola, pero sí una navaja en la manga. Navaja que no sacaba a no ser que se le provocara en exceso, pero *si la sacaba*, ya se podía ir preparando su agresor, pues nuestro hombre siempre tiraba a matar. Se rodaron veintiséis episodios en total, que aún se pasaban de vez en cuando al cabo de cinco años. Mientras tanto, Walt Disney había contratado al marido de Sally, procurándole una buena posición económica. Ya era un actor rico y famoso. Últimamente se le veía por la tele todo el rato, manteniendo serias conversaciones con perros y matando indios a su pesar.

Sally le dejó. No podía aguantar su éxito, la evidencia de que él, sin necesidad de crecer, la había superado ampliamente, y tampoco podía soportar ver que ese talento que ella había amado tanto, sólo lo había utilizado como un mero instrumento. Estaba convencida de que eso era precisamente lo que ella había hecho con él, y se sentía herida. Sobre todo porque *él* no se daba cuenta en absoluto, *él* no sabía que su gran talento como actor se estaba malgastando en rodar birrias. El hombre estaba

encantado de la vida. Cuando trabajaba, se levantaba pronto por la mañana, acudía al estudio, lo maquillaban, se sentaba y se ponía a esperar a que le tocara intervenir; luego hacía exactamente lo que le decía el director y, cuando acababa el rodaje, se volvía a casa. Cuando no estaba metido en alguna película, se dedicaba a navegar. Ahora tenía un velero de veinte metros con una tripulación de cinco personas a sueldo, y el jefe de la pandilla, un mexicano mayor y muy curtido, era su compañero inseparable, hasta el punto de que siempre le conseguía papelitos en sus películas. Cuando Sally lo abandonó, vendió la casa y se instaló en el barco, fondeado en Santa Mónica, y cuando hubo que negociar el divorcio, se presentó en el juzgado, accedió a que Sally se quedara con un tercio de sus ganancias y le estrechó la mano. Todo el mundo estaba de lo más contento, menos Sally.

Cuando ésta regresó a San Francisco, descubrió que, entre el personal cuya principal ambición parecía ser aparecer en la columna de Herb Caen, gozaba de ciertas prerrogativas por su condición de exmujer de uno de los ídolos emergentes de Hollywood, por lo que en vez de recuperar su apellido de soltera, conservó el de casada, utilizándolo tanto de escudo como de arma. En Hollywood no había sido nada más que la mujer de un actor, alguien a quien te limitabas a saludar; en San Francisco, por el contrario, era una celebridad por derecho propio, alguien que había renunciado a *todo aquello* para regresar a la única ciudad realmente culta y estimulante del hemisferio occidental. Sally sabía que eso era una patraña total; sabía que había huido de tanto movimiento, de tanta creatividad desbordada, porque allí no era más que una simple observadora; sabía que había vuelto a San Francisco en busca de algo, de algún lugar en el que volver a sentirse importante. Por eso se casó con Jack Levitt. Acontecimiento que fue correspondientemente reseñado por Herb Caen para que todo San Francisco, o por lo menos el grupito de Sally, se quedara pasmado. Sus hombres aún se quedaron más pasmados cuando se dejaron caer por el apartamento de Telegraph Hill y descubrieron que ella ya no vivía allí y no había dejado su nueva dirección.

Lo cierto es que Sally estaba hasta las narices de sus amigos de copas. Había encontrado algo con sentido y no quería seguir malgastando su vida. Finalmente, estaba enamorada, esta vez se trataba de amor verdadero, y despertaba cada mañana con la alegría en el corazón, así como con la feliz perspectiva de transformar su vida y la de Jack en algo tan permanente como cargado de sentido.

Pero no iba a ser fácil. Para empezar, Jack no consiguió el empleo de instalador de moquetas con el que iba a ganar hasta diez mil dólares al año. Puede que al tipo que tenía que contratarle no le gustase su cara. Así pues, mientras duró el dinero que les quedaba, Jack se puso a buscar trabajo. A sugerencia de Sally, se presentó al Funcionariado Federal, haciendo el examen general de ingreso junto a cientos de solicitantes, y pese a la epidemia de nervios que tuvo lugar en la cafetería en que se llevaban a cabo las pruebas, Jack consideró que le había ido bastante bien; estaba prácticamente seguro de poder conseguir una nota de GS-6, o puede que incluso una

más alta. Mientras tanto, junto a su agente de la condicional, se puso a buscar otra clase de trabajos (sin decir nada del examen para aspirantes a funcionario), y por la tarde y por la noche, trabajaba con Sally en su nuevo apartamento, tratando de convertirlo en un lugar habitable.

Cuando acabaron, había cuadros y dibujos en todas las paredes, cortinas en las ventanas, libros y pequeños objetos en las estanterías, comida en la cocina y, puede que gracias a los esfuerzos realizados, cierta sensación de plenitud doméstica que les hacía sentirse cómodos y muy a gusto por el mero hecho de estar allí. El alquiler era de 65 dólares mensuales y tenían que pagar aparte el gas y la electricidad, pero la calefacción y la recogida de basura eran gratis. Instalaron el teléfono acogiéndose a la tarifa más barata, que no comportaba la inclusión de su número en el listín, y se sintieron plenamente instalados.

Jack encontró un empleo de aparcacoches en un club nocturno de Broadway y se puso a esperar, junto a su esposa, la respuesta del Funcionariado Federal. Cuando llegó, Jack la leyó en voz alta en la zona de entrada al edificio y no se llevó ninguna sorpresa. Sally, por el contrario, explotó.

—Si el puto Gobierno Federal no contrata a expresidarios, ¿quién cojones espera que lo haga?

—¿Qué te creías? —le preguntó Jack. La verdad es que no se había sentido irritado hasta que su mujer se enteró del contenido de la carta. Sally estaba de pie en la cocina, mientras él se apoyaba en el quicio de la puerta—. Me consideran un delincuente contumaz y peligroso; ¿contratarías *tú* a un delincuente contumaz y peligroso?

—¿A qué se refieren con lo de que «no se puede confiar en él»? —se indignaba Sally—. ¿Cómo *pueden* saberlo? ¡La madre que los parió!

—No hace falta que te pongas así. —Jack le quitó de la mano la carta y el sobre y lo arrojó todo al cubo de la basura que había debajo del fregadero—. He sido un idiota por intentarlo.

—¡Esto es la mierda más grande que he visto en mi vida! —gritó Sally. Se agachó para sacar la carta del cubo—. ¡Pienso llevármela a la Unión Americana de las Libertades Civiles! ¡A ver qué tal se lo toman!

A Jack le hacía cierta gracia la situación, pero seguía enfadado.

—Seguro que así lo arreglamos todo. Mira, Sally, olvídate del asunto.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

—¿Que me olvide? ¿Y por qué habría de hacerlo? Es una injusticia criminal. ¡Tenemos que *hacer* algo al respecto!

—Oh, vamos, Sally. Claro que es una injusticia. Y hasta un delito. ¿Pero y qué? ¿Tú te crees que la sociedad no delinque nunca? Joder, lo hace constantemente. Y se sale de rositas. Mira, yo también cometí algunos delitos, ya lo sabes. Y si yo puedo delinquir, la sociedad también. No son mejores que yo ni yo soy mejor que ellos. Estamos empatados, ¿vale? ¿Tú crees que yo podría mirarme a la cara si no pensara

que la sociedad es un montón de mierda? ¡Maldita sea!

—¿Qué te está pasando? —quiso saber Sally.

Y es que Jack tenía la cara colorada y los ojos que le quemaban de mala manera. Intentó recorrer el salón arriba y abajo, pero tras tropezar un par de veces, se dejó caer en un sillón.

—¿Qué quieres decir con lo de qué me está pasando? ¡Joder! ¿Quieres comportarte como si tuvieses derechos y toda la pesca? ¿Tú estás chiflada? Mira, nena, éste es un tema al que le he dado muchas vueltas, y te aseguro que no hay justicia, así que olvídate del asunto y haz lo que puedas. ¿Vale?

—No me gusta nada que digas «vale». Es una palabra muy vulgar.

—Dejaré de utilizarla cuando tú dejes de gritar «joder» cada tres minutos. ¿De acuerdo?

Sally se fue corriendo a la cocina, pero volvió a salir al cabo de unos minutos, con la carta aún en la mano.

—Los de las Libertades Civiles les van a cantar las cuarenta a estos cabrones —dijo—. Se supone que la cárcel sirve para reformar a las personas. O sea, que no tienen ningún derecho...

—¿Y de dónde has sacado tú esa idea? La prisión está concebida como un castigo, y si alguien se reforma es por casualidad. A la sociedad le importa una mierda lo que te pueda pasar, y tú ya lo sabes. La sociedad es una bestia, como el resto de nosotros.

—No sabía que fueras filósofo —atacó Sally.

—Y yo no sabía que fueses tan *inocente* —repuso Jack.

Pero Sally acabó enviando la carta a la UALC, y la UALC no hizo nada, y las filas del Funcionariado Federal se mantuvieron impolutas, y Jack siguió trabajando en el aparcamiento de North Beach.

Es posible que lo que mantuviera unido al matrimonio durante esos primeros meses fuese, básicamente, la ingenua sinceridad de Jack. Deseaba realmente otro tipo de vida. Había desperdiciado la mayor parte de ella en pos del Número Uno, pensaba, y ahora había llegado el momento de madurar, de encontrar el auténtico sentido de su existencia cuidando de otras personas, formando una *familia*... Nunca había tenido una familia propia, razonaba para sus adentros, así que podría empezar de cero y hacer las cosas bien.

Había oído y leído lo suficiente sobre el matrimonio como para saber que el sexo era fundamental, la genuina raíz de la relación entre un hombre y una mujer, y por eso se esmeraba en mostrarse más que afectuoso con Sally, francamente apasionado, para poder darle esa clase de amor viril que los había unido en el principio de su relación, aquello que tanto había echado ella de menos en su vida; él se lo daría, constituiría el perfecto final y el delicioso comienzo de cada jornada, tanto si le apetecía como si no. Decidió que era su obligación, y durante las semanas que siguieron a su instalación en el nuevo hogar, mientras se acostumbraba a la rutina

laboral, se dedicó a aparentar que todo iba la mar de bien. Pero no era cierto; lo sabía, lo negaba, veía cómo las cosas empeoraban y, finalmente, empezó a aparecer por casa a las dos o las tres de la madrugada, tras meter en su lujoso vehículo al último borracho de la noche, con el cerebro ocupado por la esperanza de que Sally, aunque sólo fuese por esa vez, estuviera dormida y él pudiera meterse en la cama y descansar un poco. Había leído en una novelucha de misterio lo siguiente: «El sexo está muy bien, pero hay veces que preferirías cortarte el cuello»; conocía perfectamente esa sensación. Odiaba tener que autoinducirse la pasión, y también detestaba mostrarse engañoso en eso, en lo que reconocía como lo fundamental de su matrimonio... O puede que, como pensaba a menudo, lo *único* de su matrimonio. Y es que los deseos de Sally parecían inagotables. Por supuesto, se decía Jack, eso era mucho mejor que todo lo contrario. Había leído cosas al respecto; la pareja se casa y, a partir de ese día, el pobre hombre tiene que ejercer de violador de su esposa neo-virgen. Jack estaba encantado de que Sally no fuera de éstas, pero no podía evitar cuestionarse a sí mismo.

Cada vez más, la base de su ansiedad era el temor a ser, en el fondo, homosexual. No podía ignorar las evidencias de su vida: hasta Sally, el punto álgido de su *desarrollo* emocional, como ahora lo veía, había tenido lugar con Billy Lancing; y aunque había pruebas innumerables de que quería más a Sally, y de forma muy diferente, *había* mantenido una relación muy profunda con Billy, *había* hecho el amor con él y ahora *se estaba* cansando enormemente de hacerlo con su mujer. Trataba de imaginar cómo sería estar de nuevo con un hombre, en busca de la emoción del placer culpable, pero siempre se le antojaba feo y estúpido al verlo, como así era, desde el punto de vista de un tercero. Una vez más, se preguntaba si no consistiría todo en la diferencia biológica básica entre hombres y mujeres: que éstas pueden alcanzar un orgasmo tras otro, mientras el hombre termina inevitablemente flácido al cabo de un rato. Quería preguntárselo a alguien, parar a un desconocido por la calle y comentarle: «Oye, tío, ¿tú te tiras a tu mujer dos veces al día? ¿O soy yo el que exagera?».

Era consciente de a qué se referían cuando decían que el sexo era importante, pues él apenas podía pensar en nada más. Pero también estaba firmemente decidido a no ser el primero en recurrir al «dolor de cabeza» o a decir «Esta noche no, cariño, que estoy baldado». Eso eran trucos femeninos. Y a fin de cuentas, la mujer del matrimonio era Sally, no él. Agradecía a los dioses de la biología que, por lo menos, hubiese tres o cuatro días al mes en los que hasta Sally tuviera que aflojar, pero descubrió que incluso entonces se mostraba dispuesta, si no entusiasta, a satisfacerle de otras maneras, y tampoco le hacía ascos a que le hicieran cosas. O sea, que no había descanso. A menudo se preguntaba Jack si la vida privada de los demás era tan extraña como la suya, tan en desacuerdo con la imagen pública del matrimonio. Había algo indudable: no tenía nada que ver con lo que él había soñado. Se alegraba de no haber parado a un desconocido por la calle, pues ahora sabía que le habría

mentido, igual que haría él si alguien le preguntaba algo sobre su vida privada. Tal vez se referían a eso con lo de «privada».

Evidentemente, había otras cosas que le mantenían ocupado; el Problema Sexual era enorme, pero tampoco tanto. También estaba la cultura, el asunto de qué quería hacer con su existencia, cómo pensaba mejorar para poder disfrutar de la vida al máximo, cómo ser capaz de extraer placer de todas las fuentes posibles y cómo entender los dolores naturales de este mundo para que no le atormentaran en exceso. Quería una vida plena que incluyese el amor, un tipo de trabajo que le pudiera gustar, deportes, arte, libros, teatro, aficiones, amigos y, sobre todo, lo más importante, el pináculo, hijos. Eso era muy importante para Jack. De hecho, era la razón por la que la gente se casaba. Era el único motivo racional para la monogamia: las personas se casaban para que los niños pudieran tener unos padres y un hogar y fuesen criados de la manera adecuada, con amor, para poder entender el mundo y así no enfrentarse a él, para no estar tan ciegos como Jack lo había estado durante tantos años a causa de su megalomanía egoísta. Evidentemente, quería un hijo varón. Suponía que tener un hijo, y puede que luego otro, y después una hija o dos, constituía la parte esencial de una vida plena. Había conocido tan a fondo el vacío vital que le duraría eternamente. No se engañaba a sí mismo diciéndose que había *malgastado* su vida; no, no era cierto, lo que le ocurría era que no podía más con el vacío y le había llegado el momento de experimentar la parte buena de la existencia. Consideraba, ingenuamente, que tenía derecho a ella. Se la había trabajado. Había dedicado más de un cuarto de siglo a ganársela.

Incluso pensaba, puede que con cierta presunción, que la gente que no había estado en el arroyo como él, y con eso se refería a *los que no se habían arrastrado* por el barro, no había visto lo peor del hombre y de la sociedad y se perdía los genuinos placeres de la vida porque no tenía nada con qué compararlos. Tener su propio apartamento, por ejemplo, puede resultarle muy atractivo a un ciudadano normal, pero nunca podrá parecerle tan vital como a Jack, quien sintió auténtico placer al pagar por sus propias paredes, unas paredes tras las que podría guarecerse siempre que lo necesitara. También consideraba, incidiendo en la presunción, que su vida le había proporcionado un mejor conocimiento de esas obras literarias que ahora atravesaba conscientemente, ya que había visto y sentido parte de las cosas descritas en ellas, y aún no se había cansado de los placeres de la «existencia» ni de las penas, material del que se suponía que se servía la literatura.

Al principio recibió la ayuda de Sally. Se lo llevaba a la ópera, a la zona más barata, y le explicaba lo mejor que podía lo que estaba pasando y por qué se suponía que era buenísima; y lo acompañaba a ver partidos de fútbol y de béisbol, escuchándole cuando le explicaba lo que pasaba y por qué se suponía que debía resultar emocionante. Sally se llevaba a Jack a cines de arte y ensayo, galerías o lecturas de poesía, y experimentaba la risa y la ternura al ver cómo él parecía descubrirlo todo por primera vez. Un día, se subieron al coche con el almuerzo

empaquetado y recorrieron la autopista de la costa, y cuando culminaron la colina que dominaba Pacific Manor y vieron el océano, la larga y curvilínea playa de arena blanca, la tierra surgiendo de unas pocas casas en dirección a las suaves montañas marrones, Jack estaba como en trance; fue una transición repentina: primero, kilómetro tras kilómetro de casas estilo Henry Doelger, una repetición inacabable de casas de color rosa, azul, verde, marrón y blanco; y de repente, esa vista del ancho mar azul desde lo alto de la colina. Jack aparcó el coche en la cuneta de la autopista y salió al exterior, sólo para echar un buen vistazo. Cuando volvió a entrar, dijo: «Me gustaría vivir aquí algún día, ¿sabes?».

—Estaría muy bien —reconoció Sally—, exceptuando que la sal marina se lo carga todo. Y que casi siempre hay niebla.

—A mí me daría lo mismo. Es todo tan despejado...

Atravesaron en coche las desperdigadas localidades playeras, subiendo luego hacia la zona de Devils Slide, pasado Pedro Point, y Jack pudo ver cómo las olas se estrellaban contra los acantilados a ciento y pico metros por debajo del estrecho límite de la carretera; el agua era increíblemente profunda y azul, y desde lo alto de los acantilados se divisaba una lenta cinta de espuma sucia, lo que le llevó a preguntarse si eso significaba que estaba bajando la marea, si es que la marea tenía algo que ver con ese asunto. Se dio cuenta de que, en realidad, él no sabía nada de mareas. Había tantas cosas que debería aprender... Incluso cosillas sin importancia como las mareas, temas que todo el mundo debería conocer. Acabó preguntándose dónde se había metido durante toda su vida.

Al final, la carretera acabó por ponerse recta y alcanzaron, y dejaron atrás, la pequeña y desaliñada comunidad de Montara, para luego acceder a Moss Beach, donde Sally le indicó dónde estaba el camino de tierra por el que había que torcer para llegar al arrecife.

La marea se estaba retirando. Mientras se sentaban en la arena para almorzar, pudieron ver cómo las olas empezaban a romper dramáticamente contra los largos dedos marrones del arrecife, y asistieron a la formación de una apacible laguna justo delante de ellos. El aire olía a yodo, y se apoderó de Jack el deseo de cruzar la laguna y echarse al agua. Cogió a Sally de la mano, la llevó hasta la orilla y juntos se internaron en esa agua llena de hierbajos que ondulaba suavemente. Sally pareció entender su estado de ánimo y no dijo nada; era consciente de que Jack estaba descubriendo esa inmensidad por primera vez en su vida, y no quería amargarle la experiencia diciéndole que a ella ya no la sorprendía tanto, pues la había descubierto a los doce años y ya se había aburrido de ella a los dieciocho. Pero siguió a Jack a través del agua y se subió con él al resbaladizo arrecife, y le vio descubrir las charcas fruto de la marea, en cuclillas y fascinado ante tanta perfección, placidez y belleza, ante los cangrejos ermitaños, las gambitas verdes, los peces de roca, los moluscos y las floridas anémonas, toda una comunidad de lo más pacífica *justo a tus pies*; Sally escuchaba sus exclamaciones cada vez que descubría algo nuevo y respondía a sus

preguntas acerca de qué animales eran qué, hasta que llegó un momento en el que le dolían las rodillas y se estaba quedando medio cegata por culpa del brillo del sol en el agua; pero cuando se incorporó y propuso ir a tomar un café y a fumarse un cigarrillo, Jack la miró fatal y siguió concentrado en el agua, así que tuvo que regresar sola.

Le observó desde la playa mientras él se internaba cada vez más en el arrecife, hasta que lo vio finalmente en el límite, mirando hacia el mar abierto, con las olas rompiendo junto a su pequeña silueta, y supo entonces que en su cerebro bullían todo tipo de ideas románticas sobre la vida, el mar, la naturaleza, las dimensiones del universo, el hombre sólo es una criaturita, etc., etc. Pero no se sentía capaz de burlarse de él; empezó a ver imágenes de ese hombre, atrapado en la celda de un presidio, muy lejos de cualquier idea de inmensidad, y la barrió una gran ola de compasión hacia él, por la pérdida de su juventud, por su esperanza ingenua y pueril de que el pasado hubiese acabado para poder empezar desde donde estaba, enterrando todo lo anterior, y convertirse en una persona cultivada. Sintió tal amargura que le entraron ganas de llorar.

Jack se lo estaba pasando de miedo. Jugaba con el océano. De pie al borde del arrecife, veía las olas crecer ante él por encima de su cabeza, para luego romper y disolverse a sus pies. El juego era una versión modificada del «a que no me pillas»: se había dado cuenta de que el arrecife debilitaba lo suficiente a las olas para que no pudieran azotarle con toda su fuerza. Jack se limitaba a verlas venir, poniendo a prueba su reacción al miedo, combatiendo la urgencia de dar un salto hacia atrás cuando se acercaba una de las grandes; si le entraba miedo, ganaba el océano; si no, ganaba él. La verdad es que era un juego tan estupendo, pues las olas eran de un verde precioso cuando se alzaban ante él, y él captaba su belleza y se preguntaba por qué el agua azul se volvía verde cuanto más *limpia* estaba, que se olvidó de sentir temor y, pasados los primeros desafíos, ganó fácilmente todos los demás. No pensaba en Sally, y la verdad es que no había pensado en ella desde que se había puesto de pie para largarse y él le había echado un vistazo a pleno sol, captando su expresión casi de enfado cuando se dio la vuelta para irse. Ahora no pensaba en nada concreto y se limitaba a mirar las preciosas aguas. Hasta se había olvidado de las mareas, motivo por el que contemplaba con genuina sorpresa la manera en que una ola determinada crecía mucho más que las otras y corría hacia él, dispuesta a azotarle en el pecho; se sentía escogido como una hoja, experimentaba la fuerza amable del poder más grande al que jamás se hubiese enfrentado; rodó por la roca tras el impacto y acabó cayendo a la laguna, con brazos y piernas volando. Tenía la boca llena de agua salada y de amargo sabor. Intentó recuperar el equilibrio y, por casualidad, acabó tocando fondo, poniéndose de pie abruptamente. Estaba a unos siete metros de donde había empezado, sumergido hasta la cintura en agua quieta. Las olas parecían estar muy lejos; mientras las contemplaba, una de ellas trepó por el arrecife y arrojó hacia él un montón de sucios espumarajos. Se frotó la boca y se echó a reír. Se dio la vuelta, pensando en Sally, y la vio ahí de pie, a lo lejos, bajo el risco, con las manos a los

lados. A esa distancia, no podía saber si parecía asustada o no, pero la saludó con el brazo, para que viese que estaba bien, y se puso a vadear en su dirección.

—Capullo chiflado —le dijo ella, cabreada, y se sintió de repente como un chiquillo.

—No lo volveré a hacer, mamá —repuso.

Tres submarinistas con negros trajes de neopreno bajaban por el peñasco, procedentes del área de aparcamiento. Eran unos tipos corpulentos con bolsas de arpillera, gafas de bucear y tubos de respiración en las manos; uno de ellos se fijo en la ropa mojada de Jack, que empezaba a echar humo bajo el sol, se echó a reír y le dijo:

—¿Te has caído al agua, compadre?

—Que te den por culo, tío —le gruñó Jack.

Y el tipo puso cara de pánico y se alejó de allí con sus amigos.

—Por el amor de Dios... —dijo uno de ellos.

Jack y Sally estaban tan felices como cansados mientras regresaban a la ciudad, aunque la solanera les hubiese provocado cierto dolor de cabeza. Decidieron que la próxima vez que fuesen a la playa llevarían gafas de sol.

Cuando llegaron a casa, quisieron hacer el amor, pero estaban demasiado agotados. Así pues, se limitaron a tomar sendos baños calientes y Sally se fue a la cama con un libro mientras Jack se iba a trabajar. Cuando regresó a las dos y media, ella dormía profundamente. Se deslizó junto a Sally con auténtico alivio, sintiendo la calidez de su cuerpo, y se sumergió en un sueño tan agradable como reparador.

VEINTIUNO

El aburrimiento de Sally con respecto al programa de descubrimientos de Jack no tardó mucho en derivar hacia la crítica. El hombre veía las cosas desde un punto de vista asaz peculiar, y al cabo de un tiempo, ya no prestaba tanta atención a sus recomendaciones ni aceptaba sus juicios sobre lo que estaba bien o mal. A veces, la cosa podía ser muy irritante. En cierta ocasión, por ejemplo, Jack se tiró un mes batallando con *Ulises*, que, según Sally, era la mejor novela jamás escrita. Una noche, se la quitó de encima y le dijo a Sally:

—Chica, no puedo con esto. Este libro está más lleno de mierda que un ganso de Navidad. Es demasiado para mí. Me cae muy bien el tal Bloom, pero no soporto ni a la chiflada de la parienta ni al capullo de Stephen. Ese tío es un zurullo. Y yo no quiero leer nada de zurullos.

—Igual es un poco demasiado avanzada para ti —repuso ella.

Jack observó entonces que Sally estaba ahí sentada, sin hacer nada, y que, probablemente, llevaba en ese plan desde que él había vuelto a casa, y Dios sabe cuánto tiempo antes de eso.

—Puede que sí —dijo—. Igual debería volver a los tebeos. ¿Cómo coño eres capaz de quedarte ahí sentada sin hacer nada? ¿No te vuelves loca?

—Estoy pensando —se defendió ella—. Pero puede que tú no sepas en qué consiste eso.

—Hay que joderse —fue lo único que se le ocurrió decir.

Sally soltó una risita:

—«Stephen Dedalus es un zurullo.» Es como una de esas frases que se encuentran en las paredes de los retretes. Como «El Pato Donald es judío» o «Platón la chupa».

—¿Hay frases de ésas en los lavabos de señoras?

—No —dijo Sally—. Yo siempre uso los de caballeros.

—Tenemos suerte —dijo Jack de repente—. Tenemos sentido del humor. Eso nos salva. Muchas veces.

—¿Nos salva de qué?

—Oh, ya sabes, de discutir.

—Yo creo que la discusión es buena para un matrimonio —dijo Sally—. Sirve para limpiar los rincones, esos sitios a los que no te apetece llegar.

Jack se mostró de acuerdo, y luego mantuvieron una larga conversación sobre el matrimonio, sobre lo difícil que era y sobre la suerte que tenían porque cada uno de ellos fuese un ejemplo tan bueno de ser humano generoso, tierno y afectuoso. Se fueron a la cama de lo más contentos, satisfechos de que su matrimonio estuviese tan bien. Era una sensación que experimentaban a menudo y que, a veces, les duraba días. Pero cada vez iban discutiendo más de asuntos ajenos al matrimonio, de cosas que no tenían ninguna importancia, como el arte, la literatura, la música o la política.

Aunque ambos reconocían que el gusto era una cuestión muy personal, discutían como si cada uno de ellos estuviera en posesión del gusto adecuado o el otro estuviera de broma o se situase *a la defensiva*. Jack no pudo acabarse *Ulises*, pero se leyó entusiasmado *De aquí a la eternidad*, y al final se abrazó al libro y dijo:

—¡Este hijo de puta *sí que sabe* de lo que habla! Joder, ¡menudo libro!

Pero Sally se limitó a comentar despectivamente «Iletrado», dejándole en la duda de si se refería a él o a James Joyce.

—Por lo menos, cuando quiere decir algo lo dice —insistió Jack.

Se puso a comentar el texto y se dio cuenta de que Sally, por la manera evasiva de comportarse, no había leído realmente *De aquí a la eternidad*, pero sabía de qué iba por la película y las reseñas del libro. Lo reconoció, pero no le pareció relevante.

Sally se lo llevó a una representación de *Esperando a Godot*, puede que confiando en que le superara y le hiciera sentirse inferior; pero cuando salieron del teatro y ella empezó a hablar del uso que Beckett hacía del lenguaje, Jack la interrumpió para decirle:

—Coño, a mí me parece de lo más sencillo. Se dedican a esperar, nada más. No importa qué.

—Sin importarles qué —le corrigió ella, automáticamente.

—Vale, sin importarles qué. Pero sólo esperan. ¿Tú qué te pensabas?

—No es tan sencillo —dijo Sally, aunque no sabía muy bien por qué.

—Yo ya he esperado lo mío —dijo Jack—. Ya sé de qué va.

—Pues yo también —dijo Sally—. ¿Qué te crees que hago todo el día?

Y era verdad. Sally estaba a la espera de... De no sabía qué. Esperaba día tras día, puede que a reunir el valor para largarse. Lo cierto es que el suyo no era el matrimonio en el que había confiado, y a menudo se preguntaba de manera enfermiza si habría alguno que estuviese a la altura de las expectativas. Se sentía encadenada por el matrimonio, atrapada, carente de libertad. Era enloquecedor. A veces se quedaba tirada en casa todo el día, esperando que volviera Jack, dejando casi todas las tareas domésticas por hacer, y cuando aparecía su marido, experimentaba una profunda sensación de decepción. No sabía por qué. Se despertaba frecuentemente con ganas de tomar una decisión: limpiar a fondo el apartamento, o conseguir un trabajo para tener más dinero con el que poder hacer cosas; pero el tedio de esa rutina matinal a base de desayuno, cuarto de baño, lavado de platos y lectura del diario le quitaba las ganas, por lo que se limitaba a quedarse sentada. Revisar las ofertas de trabajo también era deprimente. Siempre buscaban mujeres para trabajar, pero nadie parecía dispuesto a pagarles un sueldo decente. Con un pellizco de culpabilidad, Sally se dio cuenta de que sólo quería un empleo para sorprender a Jack y para no decirle que iba a ganar más dinero que él hasta que se lo preguntase. Pero el problema era que ese tipo de trabajos requería experiencia, algo que ella no tenía. Se estaba haciendo mayor, se aburría como una ostra y se estaba convirtiendo en un ama de casa.

Las tardes eran lo peor. Aunque hubiese estado ocupada, aunque hubiera sido una *buena* ama de casa, por las tardes no había nada que hacer. A esas horas, casi siempre le apetecía echar una siesta, pero Jack rondaba por el apartamento. Si se iba pronto, se enfadaba con él por dejarla sola en casa, y si se demoraba por ahí, leyendo o tomando café en la cocina, le cogía manía por encontrárselo siempre en medio. Para cuando Jack se marchaba, Sally ya estaba demasiado llena de café como para sestar, así como excesivamente nerviosa como para hacer nada que no fuese sentarse. Se estaba volviendo loca. Tenía la impresión de que podría acabar realmente perturbada, pero entonces ocurrió un incidente que rompió la monotonía.

En el transcurso de su trabajo, Jack tenía que bregar con un montón de borrachos, y sabía que la única manera de manejarlos consistía en meterlos como fuera en sus coches o, si estaban demasiado ebrios, en un taxi, lo que fuese con tal de perderlos de vista; sabía que no podía rebotarse con nadie y que debía aguantar los insultos sin perder los estribos, lo cual tampoco era tan complicado. A fin de cuentas, formaba parte de su trabajo. Pero una noche, tras aguantar a una pandilla de beodos especialmente molesta, subía a solas por Broadway, de camino a casa, y se topó con cuatro adolescentes que bloqueaban la acera mientras discutían entre ellos. Intentó deslizarse a su lado, pero uno de ellos lo agarró, lo empotró contra el edificio más cercano y lo puso verde. Jack tenía ganas de llegar a casa, así que intentó largarse, pero los chavales le rodearon. Seguía teniendo pinta de tipo duro (aún no había empezado a llevar gafas), y es posible que los muchachos, que debían de aburrirse como setas, se sintiesen retados por semejante cachas. La emprendieron con él y algo en su interior se desató súbitamente: con genuina alegría, fue por ellos, agarrando a dos por el pescuezo y haciendo entrechocar sus cabezas, atizándole a otro una patada en el estomago (disfrutó enormemente de su gruñido de estupor) y mirando luego al que quedaba de pie, con los brazos caídos, la boca abierta de miedo tonto, alejándose de él. Soltando una risita, Jack lo agarró y le arreó un puñetazo en el pecho, con todas sus fuerzas, momento en el que el chaval se dobló. Dos policías que iban en un coche patrulla lo habían visto todo y estaban cruzando la calle cuando el último de los chicos se desplomó. Agarraron a Jack y, tras llamar a otro coche patrulla y a una ambulancia, se lo llevaron al centro. Ambos polis estaban encantados con la actuación de Jack, pero no tenían más remedio que detenerle y llevárselo. Cuando descubrieron que estaba en libertad vigilada, lamentaron sinceramente haberlo trincado.

Jack estaba convencido de que se iba de vuelta a San Quintín, así que se refugió amargamente en su caparazón, odiándose a sí mismo por su supuesta dureza. Le ofrecieron efectuar la llamada telefónica que le correspondía, pero negó con la cabeza de mala manera; a continuación, abandonando su tonta tozudez, aceptó la oferta y llamó a Sally.

—Estoy en la cárcel —le dijo.

—Oh, Dios mío, te buscaré a un abogado —repuso ella.

A la mañana siguiente, tras mucha alharaca, lo soltaron. No había visto ni oído tanta pompa y circunstancia en toda su vida. Estaban todos allí: su agente de la condicional, su abogado (había confiado en ver a John, el tío al que había golpeado delante de Rosenbloom's, pero se llevó una sorpresa al ver que le representaba Cyril Whitehead, uno de los abogados criminalistas más famosos de la nación), Sally, los cuatro mastuerzos, sus padres, un representante de la oficina del fiscal del distrito, dos o tres abogados más con esa pinta rolliza y bien alimentada que se consigue trabajando para las grandes empresas... Por ahí andaba toda esa gente, hablando, tocándose mutuamente y alternando sonrisas con gestos severos; y lo bueno de la situación era que los sometidos a libertad vigilada no podían *luchar*, pero sí tenían derecho a *defenderse*, y en cuanto a los cuatro chavales... Pues bueno, todos pertenecían a importantes familias de la localidad y, en el fondo, eran buenos chicos y lo lamentaban muchísimo (lo que lamentaban era haber sido zurrados, pensaba Jack) y prometían no volverlo a hacer, etc., etc.; así pues, Jack y Sally se fueron a casa, y ella se mostró de lo más entregada y afectuosa durante las semanas siguientes. Casi lo había perdido; las cosas podían llegar a suceder así.

Por su parte, Jack se hizo cargo de lo que tenía que aguantar Sally, encerrada en casa todo el día, y se le ocurrió una solución formidable: ya era hora de empezar a tener hijos. Aunque sólo ganaba 72 dólares con 50 centavos a la semana, lo cual no daba precisamente para niños, más valía meterse en harina de inmediato para salvar a Sally de su perpetuo aburrimiento que esperar a más adelante y tal vez perderla. Era una solución de lo más racional, especialmente porque Jack pensaba que una Sally embarazada le inspiraría para lanzarse a progresar en serio, conseguir un trabajo que le gustase y ganar el dinero que necesitaban. Todo parecía encajar. Por eso la mujer se quedaba en casa y el hombre trataba de mejorar la situación en general: por los hijos. Sólo con pensar en ello, la realidad le pareció fecunda y llena de sentido.

Se quedó pasmado al enterarse, cuando llegó a casa esa noche, de que Sally no quería tener hijos. Todavía no. Era algo que él siempre había *dado por hecho*, pero de repente recordó que nunca habían llegado a hablar del asunto, no en serio, por lo menos, nada de una auténtica *charla*. Y perdió el oremus.

—Pues mira, yo estoy a favor —dijo—. Nos vamos haciendo mayores y he leído que es mejor tener críos cuando aún eres relativamente joven, ya que así no te cansas de ellos enseguida. Y además, así tendrías algo que hacer, algo por lo que planificarte la vida. ¿Qué te parece? ¿O es que te da miedo?

—Igual ya soy demasiado mayor —dijo Sally.

Estaban en la cama, con la luz encendida. A ella se la veía ligeramente aterrorizada. Tenía el pelo recogido hacia arriba con agujas y la nariz le destacaba notablemente. La luz que venía de arriba proporcionaba a su piel un tono cetrino de lo menos atractivo, mientras le empujaba los ojos y los desposeía de su color azul.

—Pues bueno —dijo Jack—, vamos por ello. Y podríamos empezar a intentarlo

esta misma noche. No llevarás puesto el diafragma, ¿verdad?

Sally lo observó con suspicacia.

—Sabes que cuando me pongo el pelo hacia arriba no lo llevo. Me vas a violar, ¿no?

Jack rechinó los dientes: su mujer resultaba tan deseable como un cadáver.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —sentenció.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —contraatacó Sally—. Tú ya has tomado una decisión y hala, adelante con los faroles. —Se rió amargamente—. Debería habérmelo olido. Siempre acabamos igual. Así es como haces tú las cosas. Te sientas, te lo piensas un rato y cuando crees que ya lo tienes, vas y lo haces. No importa nadie más. Sólo tú. No me extraña que te metieran en la cárcel.

—Debemos tener hijos —insistió, tozudo, Jack—. Si no, es una mierda.

—Puede que lo sea de todas maneras —apuntó ella.

Como si le dijera adiós a algo inefable, a algo que, total, ya se había ido mucho tiempo atrás, extendió los brazos hacia él e hicieron algo parecido al amor. Sólo para estar seguros, repitieron el acto quince noches seguidas, aunque resultaba irónico que esos encuentros apresurados fuesen lo menos romántico de todo su matrimonio. Cuando a Sally se le retrasó la regla ocho días (era de lo más regular), desapareció durante una semana.

Jack casi se volvió loco. Pensó que igual se había tirado del puente Golden Gate, si es que no había hecho algo no menos dramático y definitivo. Pero como también era muy tozudo, no se lanzó en su busca. No tenía ese derecho. Sólo estaban casados, como dijo ella en cierta ocasión, no cosidos el uno al otro.

Hacia el final de la semana, Jack estaba de pie ante el aparcamiento de Broadway, con su bata blanca hasta las rodillas y las manos en los bolsillos, esperando a que la muchedumbre empezara a salir del club, cuando un sedán rolls royce aparcó junto a él y Myron Bronson sacó la mano y le sonrió.

—¿Cuándo acabas?

—Dentro de un par de horas. ¿Qué tal estás?

—Tengo un mensaje de tu mujer.

Jack no se mostró sorprendido y mantuvo la cara inexpresiva:

—Pues quedemos en el Vesuvio a eso de la una. ¿Vale?

—¿Dónde está?

Jack se lo explicó, y el enorme coche de lujo dio marcha atrás y desapareció.

El Vesuvio estaba abarrotado, como de costumbre, pero Jack no tuvo ningún problema para localizar a Bronson, gracias a su bello y ondulado cabello gris. Ocuparon una mesa junto a la ventana, Bronson pidió Bushmill para los dos y empezaron a hablar.

Sally se había instalado en la elegante mansión de Bronson en Pacific Heights, debatiéndose entre emborracharse con el excelente coñac de su anfitrión o insistirle con suma pesadez en que le consiguiera un abortista. Uno de los pecados de la

pobreza, le dijo Bronson a Jack con una sonrisa tímida, era la falta de medios para costearse un aborto seguro. Él le habría dado el dinero a Sally, le contó a Jack, si le hubiese engatusado un poco y no le dijera para qué lo quería; pues Sally sabía que él, Bronson, no creía ni el aborto ni en los anticonceptivos.

—¿Eres católico o algo parecido?

—No. Simplemente, no creo en esas cosas. Yo mismo hice que me practicaran una vasectomía; supongo que me esterilicé para poder disfrutar de todo tipo de placeres sin temor a verme llevado a juicio o, aún peor, casado. —Sonrió—. Desde entonces, he estado casado tres veces; y es posible, sólo posible, que la causa produjera el efecto. En cualquier caso, no me gusta la idea de asesinar una posibilidad. Evidentemente, tanta ética sólo me la puedo permitir ahora.

Pero Jack no tenía mucho interés en los problemas de Bronson.

—Dile que vuelva a casa conmigo —dijo.

Quería añadir «La necesito», pero no lo hizo.

—Verás, Sally me ha pedido que te transmita un mensaje. Entiende, por favor, que eso es lo que piensa ella, no yo, pero que no la voy a echar a patadas. Tampoco creo que tú quieras que lo haga. Está atravesando una situación espantosa; yo creo que tiene miedo a perder lo único que la mantiene en libertad, o que, por lo menos, le permite creer que es libre; yo diría que teme que tener un hijo la hará envejecer. Sé que no es así, sé lo que un bebé hará por ella: completarla; pero ella no piensa en absoluto igual...

Dejó de hablar y se puso a mirar por la ventana.

—¿Y bien? ¿Cuál es el mensaje?

Bronson suspiró. Sin torcer la cabeza, dijo:

—Me ha pedido que te diga lo siguiente: «Informa a ese hijo de puta de que tendré al crío donde no pueda encontrarme, y que luego lo meteré en un orfanato».

Bronson sabía que el mensaje no podía ser más desagradable, pero aun así, se sintió muy afectado ante lo que le ocurrió al rostro de Jack. Había visto de todo, pero nunca nada parecido a eso, ni siquiera en 1929. La cara de Jack se volvió de color barro pálido. Se le congeló la boca y pareció que los ojos se le hacían de plomo, de un metal frío, muerto, carente de vida. Le miró como si realmente se hubiese muerto, justo en ese momento, nada más oír aquellas palabras. Bronson experimentó algo parecido al terror estrujando sus entrañas, así que tomó un trago rápido para disimular su temor.

Jack no vio la reacción de Bronson; no vio nada. Veinte años de su vida acababan de desvanecerse y estaba de pie y desnudo sobre un frío suelo de madera en un pasillo infinito lleno de camas roñosas de metal barato; estaba solo y no había allí nadie más para quitarle el miedo de lo que le había llevado a despertarse aterrorizado. No podía gritar porque, si lo hacía, alguien le daría un tortazo por armar follón y los demás chavales se reinaran de él por tener miedo, por tener pesadillas y por no ser capaz de aguantarse. Pero en su más hondo interior reptaba el terror, el viejo terror,

ese terror muerto, sin nombre, vacío, capaz de chillar en silencio, que le había despertado con el horror muerto del vacío y lo había matado en ese mismo momento, para morir de nuevo por el mismo motivo al cabo de veinte años... Por eso se quedó ahí sentado durante unos minutos, más inmóvil que una piedra; unos minutos en los que no oyó el ruido de la muchedumbre congregada en el Vesuvio ni vio el rostro amable de Myron Bronson, preocupado y temeroso, clavado en él; hasta que, gracias a un esfuerzo tremendo, consiguió salir de su ensoñación, enterró los recuerdos y abrió la boca para hablar:

—Dile que si hace eso, la mataré.

Acto seguido, se levantó y abandonó el local.

Sally regresó esa misma noche, muy tarde, y lo encontró tumbado en la cama como una piedra; besó su cuerpo y le susurró su amor al oído e hizo que volviese a la vida, asegurándole que no había querido decir eso, que ella nunca podría pensar algo así, que sólo quería herirle de la peor manera posible y sabía que ésa era la adecuada, que se odiaba a conciencia por haberle hecho algo así y que ahora sí que quería el bebé, pues ya lo amaba y lo deseaba con locura, el hijo de él, el hijo de ella, y querría a ese crío eternamente, como también le querría siempre a él; y finalmente, Jack volvió a la vida; la primera señal fueron las lágrimas que le caían por las mejillas, y luego esos fuertes sollozos que le salían del pecho mientras se abrazaba a ella y ambos lloraban juntos, sin palabras, hasta que se les pasó y pudieron dormir.

VEINTIDÓS

Tuvieron una discusión acerca de dónde tenía que nacer el bebé. Sally había estado leyendo algunos libros sobre el parto natural y temas aledaños, había llamado y visitado a amigos con niños y llegado a la conclusión de que algo que casi todas las mujeres deseaban, pero no reunían el valor necesario para hacer, era tener al bebe en casa, *de forma natural*, sin analgésicos, enfermeras ni nada que se interpusiera en el camino de la auténtica experiencia vital femenina. Hasta había pensado en recurrir a una comadrona, en vez de a un médico, para ese momento definitivo, pero prácticamente irrelevante, en el que una mujer podía necesitar cierta ayuda. Evidentemente, quería tener a Jack a su lado.

—Y una mierda —dijo éste—. Irás a un hospital.

—Pero ahí está todo muy *pasteurizado*. Y además, cuesta mucho dinero.

Pero él se mantuvo inflexible:

—Chorradas. No lo dices por eso. Tú lo que quieres es disfrutar de la *experiencia*. Yo también he leído algunas de esas memeces. Quieres tener al crío de manera natural, como manda la naturaleza, como una puta india, para que el niño sea *realmente* tuyo y tú puedas entender *realmente* el proceso mágico del nacimiento. A la mierda con eso. ¿Tú te crees que ésa es la única manera de aprender a querer al crío? ¿Tú te crees que será más tuyo si para tenerlo sufres como una bestia? Si lo quieres, lo quieres. Eso es lo que hay. No pienses en ti y en tu experiencia, ni en lo bien que te *sentará* tenerla; piensa en el *niño*. Es él quien nace, no tú. La seguridad, la esterilización y todas esas cosas son para él, no para ti. Bueno, sí, también son para ti. ¿Quieres arriesgar tu vida y la suya por una puñetera *experiencia*?

—¡Tú no me quieres entender! Se trata de lo que siente una mujer, ¡si es que es una mujer de verdad!

—¿Acaso lo dudas? Pues a joderse, tú. Mi hijo nacerá en un hospital y no hay más que hablar.

—A ti lo que te pasa es que estás aterrorizado. No puedes afrontar la responsabilidad. Puede que, a un nivel subconsciente, no tengas ni la más mínima idea de cómo asumir la responsabilidad de tener hijos. Puede que no estés *preparado*.

—Afrontaré lo que haga falta, pero no quiero saber nada de riesgos innecesarios. Y sí, joder, tengo miedo. ¿Qué pasa?

—¡Soy yo la que tiene que dar a luz! ¡Y pariré donde se me antoje!

Cosa que acabó haciendo. Ningún comentario de Jack, del más irónico al más airado, consiguió hacerle cambiar de idea, así que, finalmente, el hombre se rindió, medio esperando que Sally se acabara poniendo aprensiva y terminase por acudir al hospital. Pero no fue así. Sally tuvo al bebé en su propia cama, atendida por un médico, una enfermera y el propio Jack. La enfermera le hizo salir del cuarto mientras preparaba a Sally para el parto, cosa que él no pudo entender, ya que se suponía que estaba allí para el «gran acontecimiento», como lo definía su mujer. El

médico llegó cerca de una hora tarde: se trataba de un tío bajito y de aspecto reflexivo al que todo parecía antojársele de lo más normal. Durante el período de espera, Jack y él se quedaron en el salón, tomando café y hablando de literatura rusa. Jack había estado leyendo a los rusos, a sugerencia de su mujer, y había unos cuantos libros sacados de la biblioteca desperdigados por la habitación. Resultó que al galeno el autor que más le interesaba era Chéjov, puede que porque también había sido médico, mientras que Jack prefería a Dostoyevski, puede que porque también había estado entre rejas. Jack y el médico coincidieron en afirmar que la literatura rusa estaba «llena de vida».

El nacimiento del niño fue lento y sencillo, pero muy doloroso para Sally. Tenía la cara lívida y arrugada por el dolor. Jack, ahí de pie, cogiéndole la mano, no sabía qué hacer con los ojos. No quería ver salir al bebé, pero no podía dejar de mirar a su mujer a la cara. Consiguió centrarse en la del médico hasta que el niño empezó a emerger, y entonces ya no hubo manera de mirar hacia otro lado. Se sentía angustiado, pero era mucho más que eso, era como si se hubiese acabado el sueño y la vida fuese repentinamente real; una experiencia de tal intensidad que sólo pudo quedarse transfigurado ante la llegada de su hijo a este mundo. Sally no lloró cuando el crío empezó a salir; sólo emitía gruñidos de decisión; y cuando el bebé quedó libre y empezó a salir totalmente pringado, soltó un suspiro, no de alivio sino de dar la misión por cumplida, y Jack la miró a la cara. Se la veía somnolienta. Oyó la vigorosa palmada y se volvió para observar un gurrño infecto, pura carne pringosa, colgando de la mano del médico y ofreciendo leves señales de vida. Mientras Jack lo miraba, un fino torrente de orina salió del bebé, mojándole la bata al médico.

—Es una preciosidad —dijo éste—. Los buenos siempre se me mean encima. —Miró a Sally con ojos de admiración—. Puede usted sentirse orgullosa de su bebé. Es un chaval estupendo.

—Seguro que les dice lo mismo a todas las madres —repuso Sally con muy poca voz.

—Evidentemente —reconoció el médico.

Myron Bronson telefoneó para saber cómo habían ido las cosas, y cuando Jack se lo contó, dijo:

—Oye, Jack, me gustaría ser el padrino del crío. ¿Te parecería bien?

—Pues claro —dijo él.

—Eso significa que se llamará como yo, ¿verdad? ¿Tú le pondrías mi nombre?

—No —dijo Jack—. Ya tengo el nombre. Lo siento. Aun así, ¿no podrías seguir siendo el padrino?

—Supongo que sí. ¿Cómo se llamará?

—Billy.

Siempre había sabido que le iba a poner a su hijo el nombre de Billy Lancing, pero no se lo había mencionado a Sally, y ella, al principio, se opuso, pues quería llamarle John (por Jack) Myron; pero había algo en la expresión de su marido que la

hizo desistir; así pues, el niño fue bautizado en la catedral de la Gracia como Billy Lancing Levitt. La misión de la ceremonia religiosa y del papeleo consistía en aportarle al niño un entorno eclesiástico, por si lo necesitaba, no porque ninguno de sus progenitores practicase la fe episcopaliana. De manera racional, decidieron que no tenían derecho a negarle la seguridad de una religión, y llegaron a la conclusión de que entre todas las que tenían a su alcance, la episcopaliana era la más fiable. Myron Bronson se presentó con el tradicional tazón de plata, aunque con un billete de mil dólares enrollado en su interior, y el crío fue conducido a su bautizo en un rollroyce. Para Jack, todo el asunto estuvo teñido de cierta irrealidad, y se pasó todo el rato tratando de concentrarse en la imagen de su amigo muerto. Pero no había nada que le ayudara en sus intentos; ni el nombre parecía pertenecer ya al viejo Billy, sino únicamente al nuevo, a esa carita roja en el enorme hatillo blanco. Al principio había parecido una buena idea, pero en un ambiente tan elevado se convertía en algo tonto y sensiblero. No iba a servir para resucitar a Billy; ni para conmemorar sus buenas cualidades; Jack ni siquiera estaba seguro de que el viejo Billy *tuviese* cualidad alguna, como no fuera la fuerza de morir. En cualquier caso, todo era de lo más idiota, y a Jack tanto le daba el crío: no era más que un factor irritante añadido. Menos mal de los mil dólares.

Gastaron un montón de dinero en el niño, y luego Sally se hizo con lo que quedaba y se compró algo de ropa nueva. Tras la habitual depresión posparto, durante la que se dedicó a quejarse de que había engordado y de que sólo era la mujer de un aparca-coches, se dedicó de pleno a la maternidad, alimentando ella misma al bebé, leyendo al doctor Spock cuando podía arrebatarse su castigada edición de bolsillo a Jack y sacando a Billy a dar largos paseos en su cochecito verdiblanco; y cuando el niño se quedaba dormido en la cuna, que era casi siempre, se limitaba a sentarse en el salón poniendo cara de satisfacción. Por primera vez desde que se había casado, disponía del suficiente trabajo doméstico como para mantenerse ocupada, por lo que sentía auténtico placer cuando hacía un alto para holgazanear; no es que se dedicara a soñar despierta, sino que se conformaba con quedarse ahí y sentirse bien. Pasaron casi seis semanas hasta que volvió a hacer el amor con su marido, y a esas alturas, éste ya estaba a punto de volverse loco de deseo, por lo que se pusieron a la labor encantados.

Todo parecía maravilloso; Jack estaba aprendiendo gradualmente a querer a su hijo y no se sentía en absoluto descontento con su vida. Cuando volvía a casa muy de noche, tras su jornada laboral, solía echarle un vistazo al crío y hasta inclinarse sobre él para besarle y pensar en lo formidable que era eso de ser capaz de amar a algo que apenas era consciente de su propia existencia. Pero no quería analizar sus emociones, pues todo era demasiado bueno como para especular al respecto o intentar definirlo; había que olvidarlo todo y dedicarse simplemente a *sentir*.

Cuando veía a otros críos por la calle, sentía una gran empatía que lo conectaba con ellos; hasta empezaba a preguntarse si, llegado el momento, el pequeño Billy

sería capaz de hacerse respetar por los demás niños, y cómo sería cuando creciese. Y entonces Jack se asustaba con los placeres masoquistas de hacer cábalas sobre todos los posibles desastres que podían cernerse sobre un crío indefenso, cosas sobre las que él nada podría hacer, como que fuese deforme o subnormal, o que se ahogara en la cama, o que se echara a la calle y fuese atropellado mortalmente por un adolescente en moto, o que pillara la polio y pasara el resto de su vida con hierros en las piernas, o que se quedara ciego o sordo, o que no aprendiese a leer; y luego se daba cuenta de que se estaba torturando para extraer un placer infame, así que lo dejaba estar. A la mierda con el futuro, se decía. Para reconocer a continuación que le daba miedo pensar en ese futuro. ¿Y si hacía grandes planes para el muchacho y éste moría o se quedaba tullido? Todos esos planes se desmoronarían y él se volvería loco de pena. Era mejor no planificar nada, pensaba, dejar que las cosas sucedieran a su antojo. Bueno, puede que planificar *un poco* sí, pero no demasiado. Le debía algunas cosas al chaval y tenía que organizarlas.

Recordaba que él, de pequeño, nunca había recibido de nadie nada que no fuesen normas; y todos los juguetes que le daban por Navidad estaban usados, reparados para que te diceses cuenta de que los niños del Exterior se habían cansado y deshecho de ellos, como la ropa que llevaban; y había ciertos juguetes de los que los niños nunca se cansaban y que nunca aparecían por el orfanato, como los guantes de béisbol y los trenes eléctricos que sí funcionaban; y recordaba que todo lo que tenían en el hogar era el regalo de la autoridad sin rostro que dirigía aquel lugar, y que nunca ninguno de los críos consiguió nada que no mereciera.

Ahora pensaba mucho en el orfanato, sin especial autocompasión, sólo volviendo de manera abstracta a las cosas que le habían sucedido, seleccionando las buenas y rechazando las malas. Quería que Billy recibiera una buena educación y un mejor entrenamiento para la vida, pero no deseaba hacerle daño sin necesidad; evidentemente, no debería descuidarse como si pretendiera vengarse del orfanato, ni exagerar su dureza como una reacción ante él. La cosa consistía en encontrar el equilibrio adecuado. Billy no tendría juguetes de mierda que otros se habrían quitado de encima, ni noches vacías sin nadie que lo consolara; pero sí conocería las lágrimas, la injusticia, los sopapos, los gritos y la disciplina. Sobre todo, el muchacho sabría en su interior que todo era hecho con amor por un ser humano, no de manera abstracta por una máquina. A fin de cuentas, en eso consistía todo, en que el crío fuese amado. Así de fácil. Y sería amado, y lo sabría, y eso le daría la fuerza necesaria para enfrentarse a cualquier injusticia. Jack no había sido querido de niño; ni siquiera le había caído bien a nadie. Y eso había estado a punto de destruirle. No había sido nada hasta que fue amado. A partir de ese momento (el momento, pensó con un arrebató de dolor, de la muerte de Billy), su vida había empezado a mejorar. Cuanto más amaba y era amado, mejor era su existencia. A Jack se le antojaba la solución mágica para todo. ¡Si todo el mundo quisiera a los demás! Entonces no habría problemas en el mundo. Qué fácil parecía. Si todos extendiéramos las manos a

nuestros semejantes, ¡qué cimas de dicha humana podríamos llegar a alcanzar!

Una noche, se pasó horas dándole vueltas mentalmente a este concepto, preguntándose alternativamente por qué *no podría* funcionar y por qué *no* funcionaba. Trató de decidir a quién odiaba más en este mundo, pero acabó llegando a la conclusión de que no odiaba a nadie. Lo que detestaba era intangible. No se trataba de una persona o personas concretas, sino de una cosa. Se preguntaba si podría dejar de odiar a esa *cosa*, pero concluyó que no. Le había maltratado mucho. Y pensó en el odio; era una clase de pasión, no del todo deshonrosa en sí misma, pero que, como el amor, se prestaba a cometer las más repugnantes injusticias. Como lo que sentía mucha gente por los negros, que no era un odio hacia alguien en concreto, sino una idea, una abstracción, para una clase de personas que estaban cargadas de odio. Y que querían que se les *tuviese miedo*.

Así pues, no se trataba de odio, sino de temor. Y el amor no se impone sobre el miedo. ¿O sí? ¿Cómo puedes amar cuando estas aterrorizado? Jack sabía lo que hacía él cuando se encontraba en esa situación: atacaba. Pero lo que resultaba cómico era que nunca, a lo largo de toda su vida, había atacado a la máquina en sí, sólo a las personas. Durante su lucha de veinticinco años contra la autoridad, no le había asestado ni un solo puñetazo. Ha sido una gran pelea, mamá; no le he puesto el guante encima. *A ello*.

«Mi chaval no va a luchar hasta que lo oigamos hablar.» ¿Y cómo se llamaba aquel relato de Algren? «Golpeó y falló.» Fantástico.

Jack estaba bastante satisfecho consigo mismo por haber llegado a tantas conclusiones filosóficas de interés, pero al cabo de unos días se dio cuenta de que todos sus pensamientos cristalizaban en la frase popular: «Pues vete a luchar al ayuntamiento».

Y le entró la risa.

Pero había algo que aún le inquietaba. No podía ser cierto que hubiese malgastado su vida hasta ahora; no era posible que luchar contra el ayuntamiento fuera un error o un gesto fútil. La gente que decía eso tenía que estar equivocada. No era como lo de don Quijote y los molinos, ya que un molino no es un delincuente, pero la sociedad sí. La sociedad era un delincuente porque cometía delitos. Luchar contra la sociedad *porque era criminal* tenía que estar bien. ¿Pero qué había hecho Jack durante la mayor parte de su vida? ¿Había luchado para que la sociedad dejara de engañar, mentir, robar y asesinar? ¿O había peleado, simplemente, porque tenía miedo? Por mucho que lo intentase, no conseguía encontrar en su pasado nada que justificara la lucha. No había combatido a la parte mala de la sociedad; ni siquiera sabía exactamente cuál era. Se había limitado a *pelear*. Y eso le había dejado con una espantosa sensación de frustración, pues en su caso, además, la sociedad también había estado luchando de manera ciega e inútil. Sólo se había hecho con él lo que se podía hacer. No era la sociedad la que le había abandonado, sino sus padres, desconocidos y carentes de nombre; y debieron de tener sus motivos para hacerlo.

Por lo que él sabía, podían estar muertos y sería imposible echarles la culpa de nada. O ni tan sólo se amaban, o no tenían ni un céntimo, o contaban con otra docena de motivos para no quedárselo. ¿Y si se llegan a quedar con él, pero sin ningún amor que ofrecerle? Entonces ¿qué? ¿Podría haberse convertido en un monstruo peor del que ya era? Jack había conocido a mucha gente cuya vida doméstica, durante la infancia, había sido, por lo menos en apariencia, de lo más razonable, pero que eran unos maníacos de lo más depravados, comparados con él. ¿Qué decir de Dale Phipps, nacido y criado en una familia católica, sólida y protectora, al que lo que más le gustaba era matar gente? Jack ni siquiera podía afirmar con la más mínima certeza que Phipps no hubiese sido un niño querido. Puede que la sociedad no tuviera nada que ver con eso. Igual el lugar de nacimiento y las personas que te criaban no ejercían la menor influencia en ti. Puede que ciertas personas fuesen malas por naturaleza, de la misma manera que otras eran buenas. Pero, si ése era el caso, ¿qué podía hacer para asegurarse de que Billy, su hijo, saliera bueno?

Nada.

Qué palabra tan horrible. Nada. Le partía el corazón. Se negaba a creer en ella. Exigía que hubiese algo que él pudiera hacer. Exigía que su amor significara algo para ese crío. Si no era así, la vida sería un asco. Tenía que descartar la idea de que la existencia sólo era cuestión de accidentes, de porcentajes, porque eso era un concepto imposible de soportar. Aunque fuese cierto, estaba decidido a vivir como si fuera falso. Tenía que haber algún modo de hacerte *sentir*.

Una tarde, mientras Sally planchaba algunas prendas que él acababa de traer de la lavandería, le dijo:

—¿No te parece que esto es la respuesta a toda la puta cosa? Quiero decir, que la sociedad sólo está hecha de gente, y una gran parte de esa gente es más mala que la tiña, por eso la sociedad es parcialmente mala. Nosotros lo que hacemos es criar a nuestro hijo para que sea bueno; y cuanto más gente haga lo mismo, mejor sera el mundo. Y cuantos más buenos chicos fabriquemos, la mayoría de ellos también engendrarán buenos chicos. Y la cosa será como una bola de nieve que va creciendo, ¿lo pillas?, y al final todos los malos acabarán muertos y olvidados. —Se rascó la cabeza—. O algo así, ¿sabes?

Sally se rio de él.

—¿Qué has estado *fumando*?

—Oye, que hablo en serio. ¿Hay algo mejor que hacer que educar a Billy para que no tenga nunca ninguno de nuestros problemas?

—¿Quieres que nos pasemos la vida pendientes *de él*? Hace falta algo más que eso.

—No, joder, así lo asfixiaríamos. Me refiero... Bueno, ya sabes, a hacer de él una persona mejor que nosotros.

—¿Cómo?

Ahí estaba la cosa, claro está.

—¿Y cómo coño quieres que lo sepa? —se rebotó Jack—. Tú encárgate de todo a medida que vaya llegando. Billy tenía una teoría sobre la vida, ¿sabes? Creo que ya te la he contado alguna vez. Decía que todos estamos *conectados*. O sea, que las malas conexiones..., ¿te acuerdas?, pues que cuantas menos haya, mejor será tu vida. O sea, que lo básico es enseñar a Billy a comprender sus *sentimientos*...

—Esa teoría... —le interrumpió Sally—. ¿Tienes idea de lo infantil que es?... «Nunca preguntes por quién suenan las campanas, pues suenan por ti.» Hombre, claro.

—¿Y eso te parece infantil?

Sally se rio de nuevo, y la plancha de hierro siseó bajo sus manos.

—Ya sabes a lo que me refiero. Es una teoría anticuada. No tiene nada de nueva, pese a lo que tú puedas creer. Y tampoco nos ha servido de mucho, ¿no te parece? No es más que una de esas ideas que rondan por ahí.

—No creo que sea lo mismo —dijo Jack, sin mucho entusiasmo—. Y además, el hecho de que una idea ronde por ahí no significa que sea mala.

—Hay que reconocer que últimamente estás hecho un filósofo. Pues mira tú, sí, tener un hijo te hace *pensar*... —Le enseñó una de sus camisas de trabajo—. ¿Tú dirías que necesita plancha? Sólo está arrugada en los sobacos.

—No, déjala.

—¿Has dado algún paso para encontrar un trabajo mejor?

—Hoy no. Prefiero pensarme bien lo que quiero hacer de manera permanente, ¿sabes?

—Hoy es tu día filosófico. No tienes tiempo para pensar en ganar un poco más de dinero.

—Oh, déjame en paz.

Pero Sally tenía razón: había estado evitando la idea de cambiar, aplazando el momento de ponerse a pensar en serio para descubrir a qué se iba a dedicar en esta vida. De hecho, aparcar coches no le parecía tan mal. Le hacía sentirse razonablemente feliz, pues parecía carecer de cualquier ambición.

—Necesitamos un apartamento más grande, ¿sabes? —dijo Sally—. Podríamos pedirle a Myron dinero para la paga y señal y comprarnos una casa. Lo que pasa es que yo no tengo ningunas ganas de vivir en esas putas cajas de zapatos. Pero hay algunos sitios preciosos en Sausalito...

—No —dijo Jack. No era la primera vez que ella sacaba el tema—. No vamos a vivir a su costa. Ni a la de nadie.

—Bien que cogiste los mil dólares.

—Eso era diferente.

—Pues sí, no hay que devolverlos.

Jack se quedó callado. Realmente, no había manera de discutir con ella. Simplemente, no le quería entender.

—Mira —le dijo finalmente—. Creo que voy a intentar decidir de verdad qué

hacer conmigo mismo. Puede que me presente a uno de esos exámenes de aptitud o algo parecido.

—Eso estaría bien —dijo ella, con sequedad—. «Observamos, señor Levitt, que sus aptitudes muestran dos tendencias muy claras: la filosofía o llevar una gasolinera.» —Miró a Jack—. Oh, lo siento. Era una broma. Pero creo que deberías ir a la universidad. Yo podría trabajar en cuanto Billy crezca un poco. Necesitas culturizarte.

—A la mierda con eso —dijo Jack.

Pero no lo pensaba realmente; sólo estaba cabreado con ella. La idea de que su mujer lo mantuviera mientras iba a la universidad era de lo más atractiva. Pero había otra manera.

—Escúchame, Sally —le dijo—. Trabajo de noche, así que podría ir a la universidad de día. ¿Por qué no? —Se empezó a entusiasmar—. ¿Por qué no, coño? Por la mañana, a clase; por la tarde, a estudiar; y por la noche, a currar. Y también podría estudiar dentro de un coche. Podría avanzar muchísimo.

—No funcionaría.

—¿Por qué no? ¡Claro que funcionaría, joder!

—No. Porque no tenemos dinero para ningún extra, como los libros o la matrícula; y además, no creo que pudieses aguantar ocho horas de trabajo y la universidad al mismo tiempo. Es muy duro y tú lo sabes.

—Bueno, coño, era una idea.

—Sí, eso se te da muy bien.

—Oh, mierda.

Sally llevaba cierto tiempo en ese plan; quería que las cosas cambiaran, quería un apartamento nuevo o incluso una casa propia, quería que Jack se pusiera a labrar un futuro laboral, o por lo menos, un trabajo mejor pagado; pero no le gustaba ninguna de las ideas que se le ocurrían a su marido, y siempre parecía que se burlaba de él. La cosa resultaba irritante. En general, se llevaban mejor que nunca, pero siempre se producía esa discusión sobre el cambio de las circunstancias que solía dejar a Jack con mal sabor de boca; y también había veces en que Sally apenas le dirigía la palabra, y entonces él se sentía culpable y no sabía por qué, y se enfadaba por ello y le preguntaba a su mujer qué era lo que le preocupaba, y si ella se dignaba responderle, era para decir algo como «Nada. ¿Acaso hay algo que deba preocuparme?». Y Jack seguía sintiéndose culpable. Aparte de eso, todo iba bien. El bebé había sido realmente de gran ayuda. Ahí Jack había dado en el clavo. Pero se guardó mucho de comentárselo jamás a Sally.

VEINTITRÉS

Cuando tenía cosa de siete meses, Billy pilló algo y estuvo muy enfermo durante tres días. Era la primera vez que se encontraba realmente mal, por lo que Jack experimentó una mezcla de terror y apocamiento; pero asustado o no, se quedó en casa y no fue a trabajar. Sally también estaba preocupada, pero despreciaba la actitud de su marido.

—Tiene la gripe, por el amor de Dios. Tampoco es que se vaya a morir. Ya me ocupó yo de él. ¿O es que no te fías de mí?

—Preferiría quedarme por aquí —repuso Jack—. Cuéntame lo que ha dicho el médico.

—Ya te lo he explicado. ¿Qué pasa, no te fías de mí?

—Del que no me fío es de ese jodido médico. Total, ¿a él qué más le da?

La segunda noche, a Billy le subió la fiebre a treinta y nueve grados y se quedó ahí tumbado, caliente y congestionado, sin ni siquiera llorar o quejarse. Jack y Sally estaban plantados junto a la cuna, temerosos de tocarse y hasta de hablar, por miedo a parecer cursis. Jack quería volver a llamar al médico para informar a «ese hijo de puta» de que si no aparecía en cinco minutos, él en persona se encargaría de que no pudiera volver a tener ningún hijo propio. Pero no lo llamó. Puede que el médico se mostrara paciente con él, pero sabía que, en secreto, se lo tomaría a pitorreo. Lo de la fiebre alta ya estaba previsto. Se suponía que tenía que subir mucho para luego remitir. Se llamaba «La Crisis».

Jack y Sally se trasladaron al salón para esperar a que pasara, con la radio puesta en la frecuencia modulada. Escucharon un debate sobre las desgracias de los trabajadores agrícolas de California y, a continuación, una serie de sonatas de Beethoven, con comentarios. Luego la emisora se disolvió en el éter y ninguno de los dos se levantó para sintonizar otra. Al cabo de un minuto, Sally fue a ver como estaba el crío y volvió con cara de preocupación.

—Ya no está tan caliente —dijo, pese a todo.

Se volvió a sentar y se puso a hojear al buen tuntún un ejemplar de *Ring Magazine*.

Jack se levantó para comprobarlo por sí mismo y ella le lanzó una mirada de irritación, pero no abrió la boca. Jack observó al bebé en la penumbra: seguía ahí tumbado, con los ojos abiertos, inmóvil. Le puso la mano en la frente. Le pareció que estaba fría, casi helada. Le atacó la idea de que estaba muerto. Notó que las piernas se le doblaban. Se fue a la cocina y tomó asiento. Era imposible que Billy hubiese muerto. El médico había dicho que sólo era una gripe. Los bebés no se mueren de una gripe. ¿O sí? ¿Aunque se les cuide bien? ¿Podrías llegar a perder a tu bebé tras haber hecho todo cuanto estaba en tus manos? Jack conocía la respuesta, pero no pensaba dejar que se materializara en su cerebro. Sabía lo que tenía que hacer. Tenía que ponerse de pie, volver junto al crío y comprobar si estaba muerto o no. Se le pasó

por la cabeza una idea extraña que le impidió levantarse de la silla. ¿Qué se hacía con un niño muerto? ¿Había que llamar a la policía o bastaba con un enterrador? Jack aún recordaba lo que le había pasado a un tío al que había conocido en los viejos tiempos de los salones de billar de Portland. Su esposa había tenido un hijo que se murió al cabo de tres días, y en el hospital le informaron de lo que le iba a costar un féretro pequeño, el coche fúnebre y la ceremonia, momento en que el hombre tuvo que informar al personal de la clínica de que no tenía ni dinero ni trabajo y que había invertido hasta su último centavo en pagar el parto; así pues, el hospital metió al bebé muerto en una bolsa de plástico y se lo entregó a su padre para que hiciese con él lo que juzgara oportuno. También le entregaron una hoja fotocopiada en la que figuraban las normas del condado con respecto a la manipulación de cadáveres. Jack nunca se habría creído esa historia, de no ser porque aquel pobre hombre apareció por el garito de Ben Fenne con el niño muerto y la hoja de la normativa fúnebre en busca de ayuda. Los dos tipos que había en la mesa más cercana a la entrada se lo quedaron mirando, luego se miraron entre ellos, dejaron los tacos, se pusieron el abrigo y salieron a la calle con él. Jack nunca consiguió averiguar qué pasó después de aquello. Nadie tenía muchas ganas de hacer preguntas.

Pero ya se había torturado lo suficiente. Tenía que levantarse y volver allá. Y lo hizo, consciente de que en su mente, a punto de aflorar a la superficie, yacía el deseo, la esperanza, de que el niño estuviera muerto. Sólo fue por curiosidad, por la necesidad de comprobar si se alegraría, como consiguió imponerse a su cobardía.

El bebé tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta y babeante. Le tocó la frente. Fría, pero no helada. Cogió a Billy en brazos y lo estuvo meciendo un buen rato. Tal y como se sentía ahora, sabía que su deseo anterior de que el crío muriese era falso, así que se absolvió a sí mismo sin problemas.

Volvió al salón. Sally le miró con expresión ausente y le dijo:

—¿Por qué has tardado tanto?

Había una tremenda ansiedad en su voz y no se molestaba en disimularla.

—Está bien —dijo Jack rápidamente, resistiéndose a la tentación de ponerse dramático para torturar a su mujer—. Ya se ha enfriado un poco y respira mejor. Por Dios Bendito, ¡no me extraña que le llamen «La Crisis»! ¡Hay que ver!

Pero Sally, de todas formas, se levantó, fue a ver al crío y le tomó la temperatura con un termómetro rectal, y volvió con la cifra exacta.

—Treinta y siete —dijo con orgullo—. Eso no es nada.

—Nada en absoluto —remachó Jack con alegría.

De vez en cuando, Jack se preguntaba cuánto tiempo podría aguantar Sally. El incidente gripal sólo había sido un ejemplo, sin duda dramático, de las cosas con las que una madre, una progenitora, tenía que bregar. Jack lo podía soportar porque pasaba fuera de casa más de un tercio de su tiempo, pero Sally... Sally estaba allí día y noche, y responsabilizarse del cuidado de un hijo, sobre todo de uno al que cada día aprendía a querer más, era un trabajo peligroso, complicado y aburrido. Día tras día,

te podía ir chupando la energía hasta que ya no te quedara nada; podía desgastarte el valor hasta que una mañana te despertaras cargada de odio y terror. A veces, Jack sentía en sí mismo todo eso, y era consciente de que todo debería ser mucho peor para Sally. Sí, de acuerdo, Sally era una mujer, y se supone que las mujeres están mejor preparadas para enfrentarse a ese tipo de cosas, pero aun así... Y además, todo ese mundo doméstico no era en absoluto el suyo. Estaba acostumbrada a una vida más estimulante, a salir con gente rica y famosa, a beber en exceso, a ser admirada y perseguida y deseada... Pero ahora se pasaba la vida en casa, lavando platos, limpiando pañales, fregando los suelos, jugando con Billy, leyendo revistas, viendo esa tele pequeñita que tenían y poca cosa más. No salían mucho. Jack trabajaba tardes y noches, y en su noche libre prefería quedarse en casa a ver los combates de boxeo por televisión. Cuando salían, no llegaban más lejos de la esquina, para ver una película en el Royal Theatre. En cierta ocasión, vieron al exmarido de Sally haciendo de empleado de la perrera con conciencia que acaba dejando sueltos a todos los bichos y, de alguna manera, se hace con una enorme propiedad en el campo y con una esposa rica y adorable y todos son felices y comen perdices, incluidos un total de 87 perros. Era una película infame, pero el exmarido de Sally estaba francamente bien, la verdad es que era muy buen actor, y tenía su gracia ver a todos esos perrillos corriendo por el pueblo.

Terminada la proyección, Jack y Sally volvieron a casa andando. Jack pagó a la canguro mientras Sally se desvestía de inmediato y se iba a la cama sin decirle nada a su marido. Jack siguió su ejemplo, pensando que ella querría hacer el amor, pero cuando le puso la mano en el hombro, Sally se lo quitó de encima. Le entraron ganas de enfadarse con ella, pero no podía. La comprendía. Debía de estar pensando que se había convertido en un ama de casa del lumpenproletariado, aprovechando hasta el último centavo, limpiando la mierda de infinitos pañales (había que hacerlo antes de llevarlos a la lavandería) y perdiendo su buena forma; y mientras tanto, su exmarido era rico y famoso y, a medida que se iba haciendo mayor, cada vez más guapo y más viril. Todo eso, por haberse casado con Jack. Se preguntaba si todas las amas de casa del mundo se sentían así en ocasiones, incluso las que no tenían un exmarido rico y famoso. Se preguntaba por qué no hacían de su capa un sayo y echaban alguna que otra canita al aire. Sobre todo, las guapas o las que lo habían sido. A esas mujeres, la vida les promete mucho y al final no les da nada. Así ha de ser, ya que las promesas son falsas; tienen que serlo porque son demasiado halagüeñas.

A Jack ya le iba bien la situación, pues salía de casa cada día, se pasaba la jornada entre la muchedumbre de Broadway y podía darse cuenta de lo idiota que era todo, esa búsqueda frenética del entretenimiento y de los más variados estímulos que siempre te lleva a acabar atrapado en un atasco, furioso y congestionado, tocándole la bocina al borracho idiota que tienes delante. Seguro que veía eso casi cada noche y así *sabía* cómo estaba el patio; y total, después de trabajar siempre podía hacer un alto en el Vesuvio, beberse una buena cerveza, bromear con esas camareras tan

guapas y hablar con los parroquianos, todo ello antes de enfilear Broadway y volver a casa por el túnel. Pero Sally... Sally siempre estaba allí. Lo suyo no tenía nada que ver con lo de ella.

Así pues, cuando Sally acabó por explotar, Jack no se llevó la menor sorpresa y sólo consiguió sentirse herido y culpable.

Había llegado a casa del trabajo y resultó que su mujer estaba levantada. Estaba aprendiendo a tricotar y la cosa le resultaba más difícil de lo previsto; en esos momentos, estaba sentada en el sofá, tejiendo algo de color verde brillante. No se tomó la molestia de decirle a Jack de qué se trataba, pero a éste le pareció un jersey o alguna otra prenda para Billy.

Se desplomó en su sillón y agarró el libro con el que estaba batallando: *El villorrio*, de Faulkner. Al cabo de un rato, se levantó, caminó hacia la cocina en busca de una lata de cerveza y regresó a su lugar. En cosa de minutos soltó una discreta risita. Solía hacerlo siempre que leía algo que le gustaba, de la misma manera que emitía ruiditos de desaprobación cuando se enfrentaba a algo que le parecía complicado o estúpido. En esta ocasión, sus risitas ante alguna nueva trapisonda de Flem Snopes se vieron respondidas por un berrido de su mujer:

—¿Pero qué coño es esto?

—¿Qué?

Levantó la mirada hacia Sally, con los ojos bien abiertos. No era fácil arrancarle del condado de Yoknapatawpha.

Ella le lanzaba una mirada asesina:

—¡Tienes toda la boca manchada de carmín de alguna guarra!

Jack se frotó los labios mientras se sentía culpable y trataba de recordar. Ah, sí. La camarera le había dado un beso después de que él le dejara una propina de cincuenta centavos.

—No es nada —dijo—. Una camarera.

—No me extraña que ya no te acuestes conmigo —gritó Sally—. ¡Como te estás follando a una camarera...!

—¿De verdad te lo crees? —se rebotó Jack.

—Seguro que te paraste a pensarlo y llegaste a la conclusión de que ya era hora de tener una amante. Jodido pelagatos. Mañana me largo. A mí nadie me hace eso.

—Pero si nadie te lo está haciendo, maldita sea. Fue ella la que me besó a mí, no yo a ella. Porque le di propina, nada más. ¡Joder!

Era una de esas discusiones en las que nadie gana nunca. Ella le acusó de tirar el dinero. Él lo negó. Ella le echó en cara que se inflaba a cervezas cada noche, a la salida del trabajo. Él se negó a responderle. Ella le dedicó todos los insultos que le pasaban por la cabeza, y él repuso que todo eso lo era ella. Al final, Sally acabó levantándose para ir a llamar por teléfono a Myron Bronson. Jack le arrancó el auricular de la mano y colgó. Ella le dio una bofetada. Él se apartó de ella, volvió a dejarse caer en su sillón, agarró el libro y la lata de cerveza e hizo como que

regresaba a la lectura. Sally se fue al dormitorio y se puso a hacer las maletas. Luego las deshizo. Volvió al salón y le preguntó a su marido:

—¿De verdad era una camarera?

Jack se abstuvo de sarcasmos y respondió:

—Sí. No ha sido nada. De verdad.

—Lo siento —dijo ella.

—Ha sido culpa mía —dijo él.

—He empezado a imaginarme cosas.

—No te culpo.

Pero no hicieron el amor esa noche, ni la siguiente, ni la de más allá, pues Sally tenía la regla, lamentablemente, y para cuando se le retiró, ya se había ido. Llevándose al crío.

VEINTICUATRO

Poco después de que Sally le abandonara, Jack cumplió el período impuesto de libertad vigilada y reparó, sorprendido, en que llevaba tres años enteros fuera de San Quintín. Llevaba más tiempo fuera del que había pasado dentro. Tenía ganas de celebrarlo, pero no había con quién. No quería acercarse al Vesuvio para entretener con su liberación a una pandilla de vagos. Eran simpáticos, pero no lo entenderían. Había llamado a Myron Bronson, claro está, justo después de que Sally se marchara, queriendo creer que se había ido con él, ya que, por lo menos, estaba convencido de que en casa de Bronson el niño sería bien tratado. Pero Bronson no sabía dónde estaba. Jack era consciente de que no le mentiría. Hasta se ofreció para ayudarle a buscarla, pero él le dijo que no pensaba hacerlo: ya volvería a casa cuando se sintiera dispuesta. No estaba muy seguro de creerse sus propias palabras; ni siquiera sabía exactamente por qué se había ido su mujer.

Decidió celebrar su libertad a solas, y con esa intención se tomó la noche libre y se bajó al Tenderloin para darle al trago. Necesitaba urgentemente estar rodeado de ladrones y fracasados; sería muy relajante estar entre chorizos; puede incluso que se cruzara con alguien de San Quintín y pudiesen hablar de los viejos tiempos y de lo bien que se está en la calle.

No fue nada divertido. Empezó a beber en un garito de Mason, a una manzana de Market, y al cabo de ocho tragos, sentía la tripa llena mientras el resto de él seguía vacío. Los parroquianos eran todos desconocidos, y todo en aquel tugurio se le antojaba cutre y aburrido. Se largó de allí y, de manera impulsiva, acabó entrando en el salón de billar de la esquina, tras subir los dos negros tramos de escalera, pasar junto a las botellas de vino vacías y las paredes manchadas de orina y vómito y atravesar las puertas de cristal: ahí seguía la vieja, enorme y acogedora sala. Justo a la entrada estaba la larga hilera de mesas de billar francés, todas ocupadas menos una, así como unos viejos de pantalón oscuro y camisa blanca inclinados bajo el foco de luz y sobre el tapete verde. Los dejó atrás, a ellos y a la enorme mesa de *snooker* inglés, pidió una botella de cerveza y se sentó a ver jugar al bola seis a un par de gañanes. Abundaban esa noche, desperdigados por las butacas de teatro de detrás de las mesas, y entre ellos detectó a un par de tíos de mayor edad que se habían quedado fritos al resguardo del frío. Los salones de billar nunca cambiaban. Y los gañanes, tampoco. Las mismas miradas astutas y hambrientas, los mismos peinados, la misma charla de listillos.

De hecho, la única diferencia que podía encontrar Jack entre ese sitio y el Rialto de Portland era que aquí abrían las veinticuatro horas del día y que, a lo largo de sus oscuras paredes, colgaban unas enormes pinturas al óleo iluminadas de manera especial. Los cuadros no parecían cumplir ninguna función, pero tampoco desentonaban del todo. Había uno, muy mal hecho, de unos viejos jugando al billar, pero los demás no pintaban nada en un salón de billar, exceptuando, tal vez, el de la

mujer desnuda que adoptaba la misma posición reclinada de *La maja desnuda* de Goya. Los dos del otro lado de la sala se adecuaban a su entorno únicamente porque pertenecían a una época pasada; en uno de ellos, se veía a un grupo de mujeres en un harén, y en el otro, a una manada de leones sobre una duna, a la luz verdosa del crepúsculo norteafricano: esa imagen habría resultado extraña en cualquier parte, pero aquí constituía una peculiar reflexión silenciosa sobre esa sala enorme repleta de infelices. Jack se sentó y se pasó un buen rato mirando fijamente a los leones.

—¿Levitt? ¿Jack Levitt?

Se dio la vuelta. El hombre que se dirigía a él tenía el cabello rubio y ralo y los ojos grises, y parecía tener treinta y tantos años. Jack no lo reconoció.

—No —repuso.

El tipo sonrió:

—Claro que sí. No has cambiado mucho. Kol Mano. Portland. Hace como cien años.

Mano, el tahúr. Ahora sí que lo reconocía. Se estrecharon la mano y el recién llegado se sentó junto a Jack.

—¿En qué andas? —le preguntó éste.

Mano se encogió de hombros:

—Oí que estabas en San Quintín. ¿Cuánto llevas suelto?

—Tres años. ¿Y dónde oíste hablar de mí?

—Por ahí. ¿Te acuerdas de Denny Mellon? Tú solías ir con él en Portland. También ronda por ahí. Lo vi hace un mes en Emeryville.

—Pues sí que tienes buena memoria.

—¿Qué remedio? A eso me dedico.

Le explicó a Jack que seguía jugando, y pidieron más cervezas. Jack no estaba especialmente encantado de toparse con Mano, pero era mejor eso que nada.

—Hoy me han quitado la condicional —declaró.

—Coño, eso hay que celebrarlo.

—Pues sí. ¿Cómo sigue la vieja Portland?

—Espantosa. Hace mucho que no voy por allí. Cerraron el Rialto, echaron abajo el edificio donde estaba lo de Ben Fenne, chaparon los sitios donde se jugaba al póquer y todo lo que te puedas imaginar. Hace unos años, tuvieron a una alcaldesa que se puso realmente a hacer limpieza. Menudo plan, chaval. La tía llama a los polis y les dice: «Muchachos, ya sé lo que se cuece; sé exactamente dónde está cada garito de juego de esta ciudad, cada burdel y cada tugurio abierto cuando no debe. Mañana los quiero todos cerrados; y a los que los controlan, haciendo las maletas. ¿*Lo pilláis?*». —Mano se echo a reír—. Así que los maderos se van a ver al Escocés, (¿te acuerdas de él?) y le dicen: «¡Joder, la tía esta va en serio!», y él se lo piensa un minuto y acaba diciendo: «Pues vale, se acabó lo que se daba». Cerró el chiringuito y se volvió a Aberdeen. Con lo que toda la ciudad está más muerta que muerta. Quedan un par de garitos en Vancouver, pero se lo montan tan mal que no vale la pena ir. Y sí,

claro, los clubs de campo, el Club de la Universidad y mierdas de esas. Esos sitios nunca los chapán.

Miró de reojo a Jack:

—Oye, han pasado sus buenos diez años desde la última vez que nos vimos, ¿no? Han sucedido montones de cosas, tío. ¿Recuerdas que yo me ponía un dedo sobre el agujero de la garganta? Pues ya lo tengo arreglado.

—Estupendo. ¿Te sientes mejor?

—Bueno, perdí una gran ventaja psicológica. ¿Te acuerdas de Mike? ¿Aquel grandote, el que su madre hacía abortos? Bueno, pues abrió su propio local en la calle 14, junto al parque de juegos, y la mitad de los chorizos de la localidad empezó a dejarse caer por ahí, tíos como Clancy Phipps, Jack Morgan, todos aquellos matones. El caso es que tenía a un grupito que tocaba allí, y una noche se pone a discutir con el bajista, creo que fue el año pasado, aunque no sé exactamente cuándo, y éste se cabrea como una mona, se va a casa, pilla la escopeta de su viejo, vuelve y le vuela la cabeza a Mike. Muerto. Igual que Dale Phipps.

—¿Ah, sí? Creí que estaba en los Marines. ¿Cómo murió? Denny me dijo que se había cargado a un montón de gente en Corea.

—Pues sí. Luego volvió a Portland y lo destinaron a Swan Island, se casó, tuvo un par de críos y tal y tal. Pero una noche vuelve a casa del trabajo y se la encuentra ardiendo, y hay camiones de bomberos y una pila de gente mirando, ¿vale? El tío se mete corriendo en la casa para salvar a su mujer y a sus hijos, y se le cae todo encima. O sea, que se murió. Pero su mujer y sus hijos no estaban allí dentro. Lo vieron entrar corriendo. —Mano negó con la cabeza—. Todo un héroe, tío.

Jack lo observó. Intentaba recordar al mezquino, taciturno y cruel Dale Phipps y trataba de verle como un héroe, pero no podía. Se tiraron unos minutos dándole tranquilamente a la cerveza, viendo una partida de bola seis.

—¿Sabes una cosa? —dijo Mano—. Ha habido un montón de gente que se ha ido por el retrete durante los últimos diez años. Da que pensar.

—¿Ah, sí? ¿Quién más?

Ahora Jack estaba interesado; deseaba escuchar desastres ajenos. Se sentía feliz de haberse cruzado con Mano.

—¿Te acuerdas de mi compadre Case? ¿El Pequeño Bobby Case? Está en Alcatraz. Se metió en las drogas cuando tenía cosa de diecisiete años, traficó con heroína como si se fuese a terminar y lo trincaron en Arizona, donde le cayeron cinco años, y luego lo volvieron a pillar, pasando mierda por la frontera, y le cayeron dos años más, y después de eso, una temporadita en Lexington y, finalmente, a Alcatraz: cadena perpetua o algo por el estilo. Nos separamos hace un montón de tiempo.

—¿Quién más? —quería saber Jack—. ¿Quién más se ha ido por el desagüe?

—Bueno... —sonrió Mano—. Tú.

—¿Te acuerdas de aquel chico de color, Billy Lancing? ¿El que fue a aquella fiesta en las West Hills donde me trincaron?

—Claro que conozco a Billy. Me cruzo con él de vez en cuando, dando vueltas por ahí. Ese no se está quieto en ningún sitio. Hace algunos años que no lo veo, pero sigue por ahí. Creo que ahora vive en Seattle.

—No. Está muerto. La diñó en San Quintín.

—No me jodas. ¿Quieres otra cerveza?

—No.

Se les acercó uno de los gañanes, que le dijo a Mano en voz baja:

Oye, tío, ¿me pasas cinco pavos? Tengo un pringado al que puedo desplumar. ¿Qué me dices?

—Que te den, chaval —repuso alegremente Mano—. No encontrarías ni tu propio culo con las dos manos. Aire.

—Chupapollas —farfulló el otro.

Y volvió a la fila de asientos, pero había un viejo en el que él había estado ocupando. Lo miró con cara de asco y se fue. Mano se echó a reír.

—Estos putos críos no saben dónde les da el aire. No hay ni uno de ellos que tenga el talento de Bobby Case.

Jack se había puesto de muy mal humor. Le reventaba que Mano no hubiese entendido lo de Billy, aunque tampoco tenía ningún motivo para hacerlo. Pero Jack estaba harto de él, se sentía deprimido y era incapaz de emborracharse. El estómago se le tensó aún más al recordar que Sally le había dejado, llevándose al pequeño Billy.

—Bueno... —le dijo a Mano.

—Oye, me voy para Hot Springs en un par de días. ¿Te apuntas?

—¿Yo? ¿Para qué?

Había algo en los ojos de Mano que no le gustaba, una especie de segunda intención.

—Siempre viene bien un poco de ayuda. Da la impresión de que sigues siendo tan duro como siempre. Ya sabes.

—¿Guardaespaldas?

—Algo así.

—¿Y qué más?

—Nada más. ¿Qué pensabas?

—¿Qué piensas tú?

A Mano se le tensaron las comisuras en una sonrisa totalmente desprovista de humor.

—Cuando quiera un chulo, me pillaré a otro más guapo que tú, nene.

—Pues vale. No, no quiero ir a Hot Springs.

Mano se encogió de hombros.

—Yo sólo lo preguntaba.

—Ha sido un placer volver a verte.

Al final, Mano se puso a deambular con la botella de cerveza, fue hacia la fila de los gañanes y le susurró algo a uno de ellos. El chaval se levantó y él se sentó. Jack

apartó la vista. Se sentía tremendamente incómodo. Apuró los restos de su cerveza, confiando en tranquilizarse. No quería volver a ver a Mano. No quería ver a nadie de esa gente. El sitio no le gustaba lo más mínimo. No sabía qué coño había ido a buscar ahí, francamente. Como no fuese el fantasma de Billy. Y eso era una memez. El fantasma de Billy, su puro espectro, tendría cosas mejores que hacer que rondar por un salón de billar, aunque fuese aquel en el que lo habían detenido. Éste había sido el cuartel general de Billy durante su último y desesperado viaje a California, cuando había perdido fuelle y no había pringados a los que desplumar y tenía que firmar cheques sin fondos para poder comer; y éste era el lugar en el que dos fornidos policías de paisano aparecieron y lo detuvieron mientras todo el mundo miraba hacia otro lado y había quien se daba el piro por la puerta de atrás, mientras Billy contemplaba esos dos rostros duros y aburridos y sonreía y hacía un comentario gracioso que no le hacía gracia a nadie, y salía entre ambos maderos, diciéndole al encargado que le guardara el palo, caminando en plan chuleta, con esos andares de negrata sobrado que adoptaba para demostrar que no intentaba parecer algo que no era, bajando las escaleras hacia su propia muerte. Sólo que él no sabía que iba a morir en San Quintín. Y lo más probable es que nunca hubiese muerto allí si no llega a aparecer Jack. «Pero yo no le maté —se decía éste, furioso—, se mató a sí mismo. Pero lo hizo por mí.» Así eran las cosas.

Jack se levantó y fue hacia el mostrador tras el que estaban los palos. El sujeto bajito y de progresiva alopecia que se encontraba detrás del mostrador lo contempló impávido.

—¿Aún tenéis el taco de Billy Lancing? —le preguntó Jack, aunque le costaba que le salieran las palabras.

—¿Un palo privado? —preguntó aquel tipo con voz aburrída.

—Lo dejé aquí hace cuatro o cinco años. Y nunca ha vuelto.

El hombre se agachó y reapareció con un grueso y polvoriento libro de contabilidad, lo abrió y se puso a revisar una lista de nombres y números. A continuación, con el dedo sobre una línea del libro, levantó la vista y dijo:

—Cuatrocientos ochenta y cinco.

—¿Está ahí?

—Hay que joderse, pero así es —dijo el hombre—. Mira en la cajonera.

Señaló hacia un alto y oscuro archivador de madera. Jack fue hasta allí, encontró el cajón que buscaba, lo abrió y se topó con la ranura numerada. Ahí estaba el taco, un Willie Hoppe Special. Lo sacó de su sitio. Tenía una fina capa de polvo en la zona expuesta. Seguía siendo un buen palo.

—¿Es tuyo? —dijo una voz a su espalda.

Ahí estaba el tío del mostrador, por si a Jack le daba por robar algo.

—No. El dueño del palo está muerto. Falleció hace cosa de dos años.

—¿Ah, sí? —Al hombre no se le veía muy conmovido—. Pero no es tuyo, vamos.

—No. Supongo que deberías venderlo.

—¿Y cómo sabemos que el propietario está realmente muerto? La gente deja aquí los tacos mucho tiempo.

—Está muerto. Créeme. Yo le vi morir. —Jack miró fijamente al hombrecillo—. Por lo menos, vi cómo lo apuñalaban. Murió en el hospital, algo después.

—Devuelve el taco a su sitio. Voy a tener que consultarlo con Earl. Gracias.

—Yo le quería —le dijo Jack a ese perfecto desconocido—. Pero ya ves, nunca se lo dije.

El hombre hizo una mueca.

—Ah, vaya, vaya. Pues muy bien.

Esperó a que Jack dejara el palo en su sitio y luego regresó a su mostrador. Jack bajó las escaleras que conducían a la calle Market, con el pecho aún muy cargado.

Por fin lo había reconocido, con las únicas palabras que era capaz de utilizar. De todos modos, no se sentía mejor. Había amado a Billy y no había servido para nada. Amaba a Sally y se lo había dicho muchas veces, pero tampoco había servido de nada. Quería al pequeño Billy sin que sirviese de nada. Se habían ido y él, por culpa de su cobardía y de su estúpido orgullo, no iría a buscarlos. De repente, le entraron ganas de pelearse. Ya no estaba en libertad condicional, podía meterse en una pelea si le daba por ahí. En el peor de los casos, se tiraría unos días encerrado. Le sentaría bien partirle la cara a alguien. Avanzaba entre la muchedumbre de la calle Market, esperando a que alguien le mirara mal o le diese un empujón. Cualquier excusa serviría. Pasó junto a uno de esos quioscos de revistas y perritos calientes llenos de gamberros con pinta de duros y mestizos mexicanos con el pelo engrasado y ropa a la moda. Cruzó la mirada con uno de ellos, un grandullón de labios gruesos y estúpidos y con marcas de acné en la cara. Le sonrió cargado de esperanzas.

Como si no pasara nada, el gañán bajó la vista; Jack se mantuvo a la espera, pero cuando el grandullón levantó los ojos fue para mirar en otra dirección. No había manera. Y ni siquiera quería pelearse, en realidad. Lo único que deseaba ahora era otra copa. Tiró calle abajo hasta una licorería y compró tres petacas de Jack Daniels. Era muy caro, pero necesitaba lo mejor. Paró un taxi y se fue a casa.

Abrió una de las botellas en el interior del vehículo y le dio un buen trago.

—No hagas eso, colega —le dijo el taxista sin darse la vuelta.

—Estoy de celebración —repuso Jack.

—¿Ah, sí? Pues en mi taxi no. ¿Y qué celebras?

«No pueden dejar de hablar, ¿verdad? —pensó Jack—. Deben de sentirse muy solos.» Le contó al conductor lo del final de su libertad vigilada.

—Mi tercer aniversario en la calle —añadió.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué te encerraron?

—Me cargué a un taxista para robarle el dinero.

El conductor paró rápidamente junto a la acera y abrió la puerta de atrás.

—Fuera —dijo.

—Tómame un trago, chato —le sonrió Jack.

—Oh, mierda.

—Venga, hombre, tomate un trago y llévame a casa. Yo no te he atracado, ¿verdad?

El taxista echó un traguito apresurado y volvió a subir al coche.

—Me estás tomando el pelo —dijo.

—Pues sí, coño, te estoy tomando el pelo, capullo hijo de puta.

—Déjame en paz, ¿vale? Te llevo a casa. Ya sé cómo te sientes. No la tomes conmigo.

—¿Y con quién la tomo? ¿Qué me dices de los negratas? ¿Puedo tomarla con ellos?

El taxista soltó una risa amarga.

—Por supuesto. Se están haciendo los amos. ¿Sabes cómo les llamamos ahora a los Taxis Amarillos? La Compañía de Taxis Mau-Mau. No contratan más que a negratas, ¿sabes?

—Los putos negros se están quedando con todos los trabajos buenos —dijo Jack de mal humor—. Dirigen todos los bancos. Que se jodan. Y jódete tú también.

El taxista suspiró.

Cuando llegaron a su destino, Jack salió del coche y abonó la carrera.

—Oye, chaval —le dijo al taxista—, ¿y si te subes a casa y me la chupas?

El conductor le miró con odio y puso el coche en marcha.

—No —dijo Jack—. Te daré cincuenta pavos.

El taxista apartó la mirada; Jack se dio cuenta de que se lo estaba pensando; subir, ver el dinero, tratar de pillarlo, consciente de que Jack le estaba tomando el pelo, pero tentado en cualquier caso. Jack se rio de él:

—Tienes tus propias tarifas, ¿verdad?

El taxista apretó los dientes y se largó de allí. Jack soltó una risita. Se sentía misterioso e incorpóreo. Sabía que en realidad no quería pelearse. Lo único que hacía el taxista era trabajar. No había por qué pegar a un trabajador. Más valía meterse en casita, irse a la cama y tomarse un buen trago.

A la mañana siguiente, despertó con un resfriado, resaca y fiebre. Vomitó varias veces, intentó tomar un poco más de *whisky*, volvió a vomitar y regresó a la cama. Estuvo enfermo tres días, con la cabeza hinchada y confusa y las manos temblando. Se mantuvo medio borracho durante casi todo ese tiempo, lo cual no contribuyó a curarle el resfriado, pero se le hizo más agradable. No se afeitó, no comió y el constipado desapareció por su cuenta, dejándole vacío, sobrio y con tembleques. Bajó al colmado por algo de comida, y cuando volvió, tenía una postal en el buzón. Mostraba una imagen del Tabernáculo Mormón por un lado, y por el otro había una nota de Sally. Estaba visitando a su madre y a su padrastro con el niño y volvería a casa el viernes, te quiero. Jack ni siquiera sabía que tuviese madre y padrastro; si alguna vez se los había mencionado, no lo recordaba. Después de comer, se volvió a la cama, y esa misma noche empezó a trabajar de nuevo.

VEINTICINCO

No podía consentir que sus emociones subieran y bajasen al ritmo impuesto por Sally. Por mucho que lo intentara, nunca la entendería, a no ser que lo más evidente fuera cierto y resultara que ella, simplemente, se había cansado de estar casada con él. Puede que para ella el matrimonio hubiese sido un experimento, y que ese experimento hubiera fallado. Puede que a todos los matrimonios les sucediera algo parecido, y si no había un nexo más potente que el amor, ¿o sólo era pasión?, algo como una religión, un código, una ceguera positiva para no ver el desastre inconcluso que era la vida, el matrimonio estaba condenado desde el momento en que el hombre y la mujer recuperaban la vista. No tenía ni idea. Se preguntaba cuánta gente seguía casada por despecho o por miedo a quedarse sola. Se preguntaba cuántos niños crecían en hogares carentes de amor, donde la moneda falsa se aceptaba como si fuese buena, donde las palabras eran cálidas y los ojos y el corazón fríos. Se preguntaba por qué Sally y él nunca se habían hecho amigos. Eso lo habría cambiado todo.

Más adelante, cuando todo hubiera pasado y ya no luchara contra la pérdida de su mujer y su hijo y el tiempo hubiese evaporado la amargura de su sangre, se sorprendería de todo ese tiempo durante el que había logrado conservar la inocencia, dramatizando la adversidad como lo haría un niño, como para demostrar que existe. Para entonces, el pasado estaría semienterrado en su imaginación y el futuro se alzaría ante él como siempre lo había hecho, implacable, sin rostro y más allá de su capacidad de control, pero con la lenitiva diferencia de que ahora lo conocía y lo aceptaba como era. Para entonces, se daría cuenta de que esa libertad que siempre había anhelado, aunque nunca comprendido, estaba fuera de su alcance y del de nadie, pues todos los hombres por igual la desean; una liberación de la sociedad humana sin su ausencia; una liberación de la conexión, del miedo, del peligro y, por encima de todo, de la soledad de estar vivo. Para entonces, Jack entendería que la plenitud sólo era temporal y que el deseo es el enemigo de la muerte.

Para entonces, se daría cuenta de que todas las alternativas dramáticas que el dolor introducía en su mente nunca le satisfarían eternamente, sino que ellas, también, eran diferentes formas de esa pelea a puñetazos con un enemigo invisible en la que había consistido toda su existencia: haberla matado, soñaba con esto de mil amores, habría satisfecho su pulsión asesina de la infancia mucho después de que dejase de considerarla una protección; haberse dirigido, como se veía a sí mismo con terrible autocompasión, hacia el puente Golden Gate para un último salto a la eternidad, sólo habría sido un acto de venganza que no haría daño a nadie que no fuera él mismo. Había otras alternativas, por supuesto, surgidas de la necesidad de actuar o de dramatizar. Podría haberse convertido en ladrón profesional, vengándose así de una sociedad a la que ya ni quería ni odiaba. Podría haberse enganchado a las drogas o a la bebida, utilizándolas como armas contra el dolor que sentía; a algunos

les funcionaban, pero sabía que no sería así en su caso. Podría haberse ido de la ciudad y escoger un trozo de tierra bien lejos, en las montañas del Oeste, y convertirse en uno de esos granjeros solitarios y amargados cuyos únicos amigos son las nubes lejanas y los riscos montañosos... La verdad es que era un sueño de lo más atractivo y no podía abandonarlo del todo. Podría haber ido a la universidad para ser más listo y meterse en negocios y ganar diez millones de dólares y pulírselos. Podría haberse hecho poeta, vivir una vida tranquila y aceptar en forma de beneficio espiritual lo que había perdido en su fracaso material.

Sólo una vez, durante esos meses de angustia y pena por sí mismo, consiguió realmente hacer algo. Caryl Chessman, que llevaba doce años ejerciendo de símbolo del hombre solo contra la máquina, perdió su última apelación, y Jack se unió, de manera decidida y radical, a un grupo de jóvenes de ambos sexos que, tras atravesar el Golden Gate y enfilarse en la larga autopista que llevaba a San Quintín, pasaron la noche de vigilia ante el presidio para protestar por ese crimen inminente. Durante esa larga noche, Jack consiguió sentir algo por todos esos chicos y chicas: eran distintos a él; no sólo porque pertenecían a una generación más joven, sino porque eran realmente diferentes, más duros, más conscientes de sus derechos y de los derechos humanos en general. Hasta daban un poco de miedo. Por la mañana, cuando Chessman ya estaba muerto y todos volvían caminando a la ciudad, aparecieron unos adolescentes a burlarse de ellos, insultarles de mala manera y reírse de su reticencia, pasiva y carente de expresión, a cabrearse. Jack quería ser como los demás y mantenerse impávido ante las provocaciones, pero no podía. Un gamberrete le acercó su cara llena de acné y escupió; sin pararse a pensarlo, Jack le atizó dos veces en un arrebato de magnífica ira, dejándole sangrando e inconsciente para que se lo llevaran sus amigos. Los demás manifestantes contemplaron a Jack sin admiración y sin agradecimiento, y nadie habló con él durante el resto de la marcha. No podía evitar darles la razón. La única esperanza para el mundo, para Billy, era borrar de la faz de la tierra a los luchadores.

Había otras alternativas, puede que más racionales. Podía volverse a casar. Acabó llegando a la conclusión de que el matrimonio no era una institución, ni tan siquiera una idea, sino un proceso social racional cuya función era educar adecuadamente a los niños. Podría tener más hijos y criarlos hasta que se convirtiesen en adultos racionales. Sería un riesgo, pero valdría la pena. En ese tipo de vida podía haber amor y dignidad. Pero no era tan fácil. No tenía trabajo, ni profesión, ni obsesión alguna, y pensaba que un hombre sin una habilidad concreta podía acabar dedicando demasiada energía a su familia, ahogando a sus hijos con un amor y unos cuidados excesivos. Sería como fabricar tullidos, que es lo que hacía el orfanato. Así pues, el matrimonio seguiría siendo para él una alternativa, no una ambición.

Paulatinamente, gracias a sus libros, sus discos, sus largos paseos en solitario o el mero paso del tiempo, Jack empezaría a hacer las paces con la vida tal como era. Se convirtió en un observador. Empezó a saborear la comida y a oler el aire. Veía las

cosas y las sentía. La tierra devino real, y a veces era capaz de experimentar el placer de la existencia. En otras ocasiones, las cosas no iban tan bien. Había noches en las que bebía demasiado y se lanzaba a sentir pena hacia sí mismo, y en esos momentos, respondía fácilmente a la provocación. Entre los habituales de North Beach, acabó siendo considerado un personaje agradable, pero impredecible, y a él le divertía captar la preocupación en las miradas ajenas.

Su vida era temporal. Siguió aparcando coches para llegar a fin de mes, alojándose en hoteles y comiendo en restaurantes, pero de momento eso ya le iba bien. Tampoco es que pensara pasar el resto de su vida así. Carecía de planes.

Cuando Sally volvió de visitar a sus padres, las cosas cambiaron. A menudo, cuando llegaba a casa del trabajo, Jack se encontraba a la vieja canguro china y a Sally ausente. Aparecía tarde, frecuentemente por la mañana, y Jack se negaba a preguntarle dónde había estado. Escuchaba a menudo el rugido de un coche deportivo en el exterior de la casa, justo antes de que Sally introdujera su llave en la puerta. Cuando ésta volvía al hogar, solía estar borracha y, a veces, se mostraba muy afectuosa. Pero Jack se hacía el dormido.

Las cosas no podían seguir así. Una mañana en que Sally apareció especialmente beoda, Jack la escuchó cantar y oyó a Billy echarse a llorar. Abrió los ojos y encendió la luz de arriba. Sally tenía al niño en brazos y bailaba a los pies de la cama. El crío lloraba con desesperación. Jack se levantó, le quitó el niño a su mujer y lo devolvió a la cuna. Sally se quedó en mitad de la habitación, balanceándose ligeramente y con la cara en blanco. Se le había corrido el carmín y tenía el mismo aspecto que cuando Jack la conoció. Se preguntó si quien la había traído a casa sería Myron Bronson, su amigo el millonario.

—Vente a la cocina —le dijo.

Y ella le siguió, canturreando.

Jack preparó una cafetera y, en cuanto ambos se hubieron tomado una taza, le dijo a su mujer:

—Esto se tiene que acabar. No te preguntaré dónde te has metido o qué has estado haciendo, pero esto se tiene que acabar. No puedes cuidar de Billy y, al mismo tiempo, irte de juerga toda la noche. Olvídate de mí. Piensa en él.

—¿Tú crees que no lo hago? —Le dedicó una sonrisa torva—. Pienso en él todo el rato.

—Pues quédate en casa y cuida de él.

—Tal cual. ¿Y por qué habría de hacerlo?

Jack rechinó los dientes:

—*¡Porque eres su madre!*

—¿Te crees que no lo sé? ¿Y tú qué cojones sabrás de eso? ¿Alguna vez te has tenido que quedar en un sitio así, sabiendo que no puedes hacer nada de nada porque llevas un *bebé* colgado del cuello? En eso consiste la cosa, ¿sabes? El crío se te cuelga del cuello y ni puedes matarlo ni puedes abandonarlo, y a veces resulta todo

tan puñeteramente aburrido que me entran ganas de morirme y tú no te enteras de una mierda. Ahí está la cosa. No tiene nada que ver contigo en absoluto, tú ni te enteras.

—Autocompasión —le dijo Jack—. Pensé que estabas por encima de eso. Pero todos los vagos son iguales, ¿no?

—Tienes razón. ¡Ay, Señor, qué pena me doy! No puedo evitarlo. Se me da muy bien; mejor que a ti.

Jack se sintió superior ante la actitud de Sally, y le dijo:

—Vamos, toma un poco más de café. Mira, tenemos que aguantar la estructura que tenemos, tanto si nos gusta como si no.

Pero mientras lo decía, sabía que no era cierto. Estaba mostrándose tozudo, no racional. Y como supo después, le estaba sugiriendo a su mujer el castigo más grande con el que poder torturarla: *aguantar la estructura*.

Fue sorprendente lo mucho que duró, incluso después de eso. Hubo largos períodos de tiempo en los que Sally se quedaba en casa y «cuidaba del crío» (que ya recorría todo el hogar y era una réplica exacta de Jack: rubio, ojos azules, pequeño y decidido); se quedaba en casa y tricotaba, preparaba sabrosas cenas y parecía sentirse de lo más a gusto. Jack colaboraba; pidió y obtuvo otra noche libre a la semana, pensando que lo que se perdía en dinero se ganaba en tiempo; y ambos salían de bares y acudían a fiestas con los viejos amigos de Sally, algunos de los cuales se mostraban satisfechos de conocer a Jack y disfrutaban hablando con él de la vida en la cárcel; de día, salían a pasear en coche con mayor frecuencia, hacia la playa o las montañas, Sally y Jack delante y el pequeño Billy detrás, en su sillita. Se parecía bastante a una vida tan plena como estimulante.

Pero había veces en las que Jack volvía a casa y ahí estaba la cuidadora china, y en esos momentos, satisfecho en secreto, pero negándose a reconocerlo, dejaba escapar un suspiro, pagaba a la canguro y se ponía a esperar a Sally. Ya no se hacía el dormido, pues cuando ella llegara a casa, a ambos les apetecería discutir. Jack esperaba ansioso las broncas porque siempre ganaba. A fin de cuentas, tenía al niño de su parte, mientras que la única ventaja de Sally consistía en hacerse la pecadora arrepentida.

Las discusiones adoptaban distintos giros. A veces, Sally le decía a Jack que la culpa era suya por no tener un empleo mejor. Pero él podía superar eso. Recurriendo al sarcasmo, le explicaba que los expresidarios empedernidos y peligrosos como él no andaban muy buscados como presidentes de institución bancaria. En cierta ocasión, ella le echó en cara que ni siquiera buscaba un empleo en el que pudiera trabajar de día, a lo que él reaccionó encontrando uno, en un aparcamiento del centro. Todo un triunfo para él (un triunfo basado en el despecho, pero un triunfo al fin y al cabo); Jack trabajaba todo el día y Sally se quedaba en casa con Billy. Por la noche, Jack insistía en que salieran juntos. Y si él no lo hacía, ya se encargaba ella. A final de mes, Jack descubrió lo que, en realidad, siempre había sabido: que no tenían dinero para pagar las facturas.

Se asustó.

—¡No podemos salir en un mes! —le dijo a su esposa—. ¡No nos llega el dinero ni para comida!

—¿Me vas a tener encerrada aquí *todo un mes*? —fue la respuesta, sorprendida y victoriosa, de Sally.

—¡Pues sí, joder, que no tenemos ni cinco!

No había respuesta para eso.

—Pídele prestado a Myron —dijo Sally, y antes de que Jack pudiese contraatacar con su «ética», añadió—: Esta vez sí que necesitamos el dinero. Y tampoco es que no se lo vayamos a devolver.

Jack encajó la derrota y acabó llamando a Myron Bronson. Tanto él como Sally se quedaron horrorizados al enterarse de que Bronson estaba en Las Vegas y no volvería antes de una semana.

Al final, Jack consiguió un adelanto de su sueldo y pudieron comer, pero eso fue todo. Nada de salir.

Esa situación duró dos semanas. La noche en que Jack volvió a casa con su salario, Sally no estaba allí. El niño dormía en la cuna, pero no había ni rastro de la cuidadora china. Cuando se dio cuenta de que Sally había abandonado de verdad al niño, los últimos restos del amor que había sentido por ella murieron; así pues, lo que vino a continuación no tuvo el más mínimo efecto real. Su rabia era auténtica, pero no había pasión tras ella.

Eran las dos de la mañana cuando Sally llamó. Su voz sonaba extraña y distante, como si tuviera la boca alejada del auricular.

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, muy enfadado—. ¿Dónde estás? ¿Por qué has dejado solo al crío?

—Estoy... en una cabina telefónica —repuso Sally, entre risitas.

—¿Por qué has dejado solo a Billy?

—No estoy... sola —se reía Sally—. Estamos juntos en esto.

—¿Quién? ¿Quiénes?

—Yo... y este *negrata* grande y oscuro —Jack escuchó unos murmullos lejanos, y la voz de Sally diciéndole a alguien—: ¿Por qué no llamarte así? Eso es lo que eres. Y eso es lo que yo quería. Un enorme... y oscuro... *negrata*.

—¿Qué coño está pasando? —gritó Jack.

—Estamos en esta cabina telefónica —dijo Sally con una voz súbitamente fuerte, íntima, con la boca pegada al auricular—. Estamos... Bueno... follando, más o menos.

Jack colgó el teléfono muy suavemente. Pensó en el hombre que estaba con Sally, a quien, probablemente, le daba igual que ésta lo estuviera «utilizando» mientras consiguiera lo que quería. Por mucho que lo intentase, Jack era incapaz de odiar a ese hombre, ni tan siquiera le desagradaba. Pero cuando Sally apareció al cabo de varias horas, sola, él la estaba esperando. Ya había metido casi toda su ropa en sus maletas a

juego.

—Te vas —dijo—. Tú ya no pintas nada aquí. Yo me encargaré de Billy. Y tú te largas. Divórciate. Mantente alejada. No quiero volver a verte.

Sally le miró de manera extraña. Parecía estar bien, sólo un poco achispada.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó con la voz tomada.

—Me has llamado, ¿recuerdas?

Adoptó un gesto de estupor.

—¿Que te he llamado?

—Sí. Bueno, ahí están tus cosas. Empaquetadas. Te pediré un taxi. Ahí va un poco de dinero. Hoy me han pagado.

—Sí, bueno, pero... —empezó a decir Sally, pero él la cortó en seco.

—Largo de aquí. No te puedo dar los muebles hasta que consiga otros. Venga, largo.

Ése fue el final del matrimonio. Incluso mientras la echaba, Jack sabía que Sally había pasado por cosas mucho peores que él, pero no podía permitir que eso le detuviera. Billy podía haber muerto mientras ella iba a lo suyo; podría haber empezado a sentir ese vacío que él recordaba tan bien, y no pensaba consentirlo. Sentía compasión por Sally, pero la compasión no era suficiente.

Jack contrató a una chica para que se ocupara de Billy durante el día, y él mismo se encargaba del crío de noche. Se tiró varios meses sin salir de casa. Sabía que lo que estaba haciendo no era lo mejor para Billy, pero no se le ocurría ninguna alternativa. Cuando llegó el divorcio desde Reno, no lo impugnó, pues nada se decía de una pensión ni se mencionaba al niño. No supo de la existencia de esa parte hasta el final, cuando vinieron por Billy. Era muy sencillo, le explicó fríamente Sally, que lucía un vestido muy caro que Jack nunca habría podido permitirse comprarle; a ella le bastaría con acudir al juzgado para que le concedieran la custodia del crío. Se iba a casar de nuevo, y su flamante marido sería Myron Bronson, precisamente. Bronson se mantenía ligeramente apartado de Sally, sin abrir la boca, mientras ella se lo explicaba todo a Jack. Bronson había conseguido su divorcio al mismo tiempo que ella. A la hora de decidir entre un expresidiario sin esposa que sólo ganaba unos pocos dólares semanales y la mujer de un millonario, la ley optaría por... Bueno, no era difícil deducir quién se iba a quedar con el niño. Así pues, y de la manera más fría, Sally le dijo a Jack que por qué no se lo entregaba sin más. Jack se quedó estupefacto:

—Pero lo quiero tener yo —le dijo a Sally.

La expresión de ésta no cambió:

—Y nosotros también.

Y eso fue todo. Exceptuando la visita de Myron Bronson.

A esas alturas, como estaba solo, Jack se había trasladado al Swiss Hotel de Broadway y volvía a trabajar de noche, a una manzana de allí. Quedaron en el bar de al lado del hotel. Bronson tenía el aspecto de siempre: cabello gris, bigote canoso,

ropa bonita y de buen gusto, ojos amables. Intentó explicarle la situación a Jack.

—Yo no quería hacer esto. De verdad. Sally vino a mí cuando tú... la echaste de casa. Hace años que estoy enamorado de ella. Me sorprende que no te hubieses dado cuenta.

Jack intentó sentir cierto odio hacia Bronson, pero era incapaz.

—Una cosa —le dijo—, ¿Billy está bien?

Bronson sonrió afablemente.

—Sí, está muy bien. Yo también le quiero. Siempre ha sido así. Y quiero que vengas a verle. Pero cuando ella no esté, por favor.

—Lo haré —afirmó Jack—. Muy pronto. Quiero verle.

—Quiero que entiendas —dijo Bronson— que Sally no tiene realmente la culpa. No podía vivir así. Pero tampoco es culpa tuya. Vosotros dos, simplemente, nunca deberíais haberos conocido. —Había un vaso de *whisky* ante él, pero ni lo tocó—. ¿Sabes una cosa? Ahora que puede hacer lo que se le antoje sin descuidar al niño, se queda en casa. Sin tensiones, todo es diferente.

—Nunca nadie es culpable —dijo Jack—. Nadie tiene la culpa de nada. Desde tu punto de vista, por lo menos.

—No —dijo Bronson, levemente sorprendido—. Supongo que no. En realidad, no —desvió la mirada—. Quiero adoptar a Billy.

—De acuerdo —dijo Jack—. Adelante.

—No te voy a ofrecer ningún dinero.

—No. No lo hagas. Lo aceptaría si lo hicieras. Mira, yo sólo sirvo para pelear, ¿sabes? ¿Quieres pegarte conmigo? ¿Te parecería bien?

—No. No me pegaré contigo.

—¿Hay algo que pueda decir para *obligarte* a pelear? ¿Hay algo que pueda llamarte y que tú no puedas aceptar?

—No. Nada. Lo siento.

—En ese caso, no hay más que hablar.

—Eso me temo.

Cuando Bronson se fue, Jack se hizo con el vaso de *whisky* que había dejado atrás. No se sentía tan mal como debería. Se quedó ahí un buen rato, viendo pasar los coches por la calle y paladeando el magnífico *whisky* irlandés de Bronson.

EPÍLOGO

En la playa de St. Tropez (1963)

MYRON BRONSON estaba sentado bajo la sombrilla playera, esperando a que sus compañeros de *bridge* bajaran de sus barcas. Hacía un calor pringoso y, hasta con las gafas de sol puestas, experimentaba un leve dolor de cabeza. El calor y el sol de última hora de la tarde conferían al agua un aspecto bronceado, y los racimos de barcas blancas flotaban sin reflejarse en el tranquilo mar. Billy estaba jugando en la playa con otros niños y Bronson los contemplaba encantado. El cabello rizado de Billy era casi blanco por la constante exposición al sol, y su cuerpo estaba tan bronceado que resultaba casi negro. Parecía un perrito danés. Bronson pensaba en su propia infancia al aire libre, en las montañas Rocosas y el desierto de Utah, y se preguntaba una vez más si no sería hora ya de regresar a América. Si volvían ahora, Billy podría empezar a ir al colegio en otoño. Al principio no le resultaría fácil (hablaba mejor el francés que el inglés), pero él confiaba en la buena disposición del crío y en que su bondad le sirviera para atravesar las primeras y duras semanas de re-americanización. Quería que Billy creciera en América, en el Oeste. Algún día, cuando fuese mayor, descubriría quién era su auténtico padre, y Bronson aspiraba a que fuese capaz de entender la situación. No deseaba que Billy despreciara o, aún peor, se compadeciese de su auténtico padre.

Bronson tenía sesenta años y empezaba a temerse que moriría antes de que Billy llegara a adulto. A veces, despertaba en mitad de la noche y sentía cómo todo se le escurría entre los dedos. Estaba empezando a comprender que, a lo largo de su vida, sólo había aprendido dos cosas: a ganar dinero y a divertirse. Siempre había tenido un ramalazo frívolo, una tendencia a lo que estaba de moda, a lo rutilante, a lo moderno; y había aprendido a servirse de esa tendencia en su propio beneficio, a utilizarla con fines placenteros y no como fuente de culpabilidad. Bueno, eso no estaba nada mal. Pero no era suficiente. Lo que realmente deseaba era resistir, vivir eternamente. Ésa era la multa que pagabas por vivir para el placer, para ti mismo. Vivías tan ricamente que cuando te llegaba la hora de morir...

Pero tenía a Billy. Confiaba en que Billy llegara más lejos que él. Sí, claro, ahora sólo era un chaval adorable, y resultaba un poco tonto preocuparse tanto por su futuro.

De todos modos, a veces le amargaba pensar que su Billy iba a crecer en un mundo en el que las expectativas de supervivencia de un hombre eran iguales que las del tío de al lado; un mundo en el que, por primera vez en la vida, los ricos no estaban protegidos. Bronson sabía que no tenía «ningún derecho» a quejarse de eso, pero se quejaba de todas maneras. Aunque no podía evitar reconocer que también sacaba de esa evidencia cierto placer despectivo. La humanidad, tras milenios de esfuerzos,

había conseguido finalmente perfeccionar un arma lo suficientemente larga y afilada como para atravesar todas las filas de soldados de infantería e incrustarse en las orondas barrigas de los generales. Puede que Billy fuese un general o un político, o sólo un fofo ricachón más, de esos a los que se les cae el puro de la boca cuando se dan cuenta de que el refugio no es lo bastante profundo ni el aire lo suficientemente puro ni la comida lo necesariamente abundante para sobrevivir al suicidio definitivo, ardiente y envenenado de la Tierra. Aunque también es posible que Billy sea todavía un crío al que Myron Bronson deba abrazar mientras se muere...

Un hombre grandote con un bañador muy pequeño emergió del agua, chorreando y agitándose. Echó a andar por la arena hacia la mesa de Bronson. Era uno de los jugadores de *bridge*, un tipo cuya fortuna familiar se basaba en el granito y del que se decía que igual se presentaba al Senado por su estado natal de Illinois. Bronson contempló el pecho orondo cubierto de pelo, la enorme tripa que rebosaba sobre la estrecha tira negra del bañador, las piernas peludas y musculosas. Levantó la vista hacia el rostro reluciente de ese hombre, sus labios como de goma, sus ojillos castaños. Era un tonto impresionante, inasequible a la duda, un espantoso compañero de *bridge* que siempre faroleaba con sus jugadas y luego ponía cara de cachorrito abofeteado cuando perdía, que era casi siempre. Se sentó al lado de Bronson y le pidió una copa al camarero.

—Déjame recuperar el resuello —dijo—. Caramba, tengo que dejar de fumar.

—Todo el mundo lo está dejando —dijo Bronson.

Vio a Billy correr hacia el agua, y a su cuidadora levantarse de la mesa, dudar y volverse a sentar, mientras el chaval cambiaba de idea y volvía con los demás niños. Billy no se iba a ahogar allí, en St. Tropez. Aquí los niños estaban tan bien vigilados que no les podía pasar nada. Nadie tenía que preocuparse por sus hijos. Todo estaba pagado.

—¿Dónde anda Sally? —quería saber aquel tipo.

Se estaba secando la cara con una toalla, sin mirar a Bronson. Éste lo había visto la otra noche, inclinándose sobre Sally en un rincón del jardín, empujándola contra la pared, pero no se preocupó lo más mínimo. Sabía que ese tío quería acostarse con su mujer, pero también le había oído decir a ésta, en el dormitorio, esa misma noche, que «Nunca me pondría debajo de ese cerdo gordo». En cualquier caso, Sally estaba durmiendo con su primer marido esos días, y no tenía tiempo para nadie más.

—Oh, está en una fiesta en un yate —dijo Bronson—. Volverá para cenar.

El tipo hizo una mueca.

—¿Con aquel actor?

Bronson asintió. Empezó a remover los naipes; los otros dos jugadores estaban saliendo del agua en esos momentos y, en cuanto estuvieran secos, empezaría la partida. Jugaban juntos cada tarde. Casi todos los demás se dedicaban al póquer, pero ellos preferían el *bridge*.

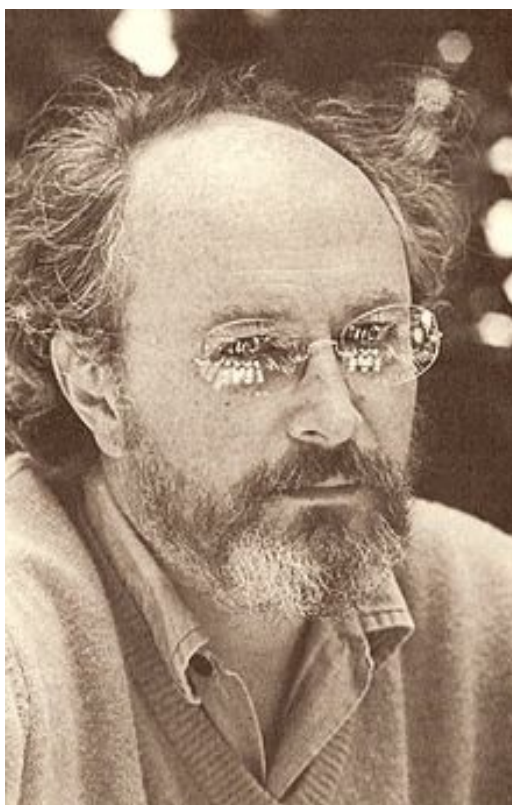
Evidentemente, la cosa consistía en librarse de Sally, pero quedarse con el niño.

Ella no quería volver; ya había tenido bastante de América. Finalmente, había conseguido ser ella misma, vivir en París, rodeada por un círculo de escritores, artistas y algunos de los jóvenes más brillantes del cine francés. Era feliz en París y no quería que Billy fuese a escuelas norteamericanas. Quería enviarlo a Suiza, a un internado. Ni siquiera le llamaba Billy, sino Myron. Aspiraba a cambiarle el apellido legalmente, pero Bronson consiguió irlo aplazando.

De verdad que era una pena lo de Sally. Sólo tenía treinta y dos años, pero cada vez era más ordinaria e iba más pintarrajeada; lo que en tiempos había resultado encantador en ella, ahora era desagradable, o por lo menos, así se lo parecía a Bronson. Billy tampoco le tenía ya demasiado aprecio, pues siempre elegía los peores momentos para mostrarse maternal. De hecho, la única persona a la que Billy quería de verdad era su gobernanta francesa. No le gustaba nada tener que abandonarla. Pero era necesario. La cuestión era, ¿cómo deshacerse de Sally? Era todo un problemón. Debería darle muchas vueltas al asunto. Y debería cerciorarse de que lo estaba haciendo todo por el bien del muchacho, y no para satisfacer el deseo de hacerle daño a ella. Confiaba en que no se tratara de eso.

—Bueno, vamos a elegir parejas.

Myron cortó y tuvo que pechar con el senador en potencia. Así consiguió echar la tarde a los cerdos. Disfrutaba enormemente del *bridge*, motivo por el que no podía soportar que su compañero jugase tan mal.



DON CARPENTER (Berkeley, California, 1931 - Mill Valley, California, 1995). Nació en Berkeley, California en 1931 y creció en la costa oeste de los Estados Unidos. Luchó en la fuerza aérea durante la guerra de Corea, asistió la Universidad de Portland y se licenció en el Portland State College para después hacer la maestría en San Francisco State College. Carpenter, su mujer Martha y sus dos hijas se instalaron en Mill Valley, cerca de San Francisco y él entabló buenas amistades con Evan Connell y, especialmente, con Richard Brautigan, ambos escritores locales. Su primer libro, *Dura la lluvia que cae*, se publicó en 1966 y lo siguieron nueve novelas más e incluso varias colecciones de cuentos. También escribió para el cine y la televisión, y dedicó bastante tiempo a Hollywood (un tema de varias de sus novelas). A causa de su mala salud, se suicidó en 1995, a los 64 años de edad.